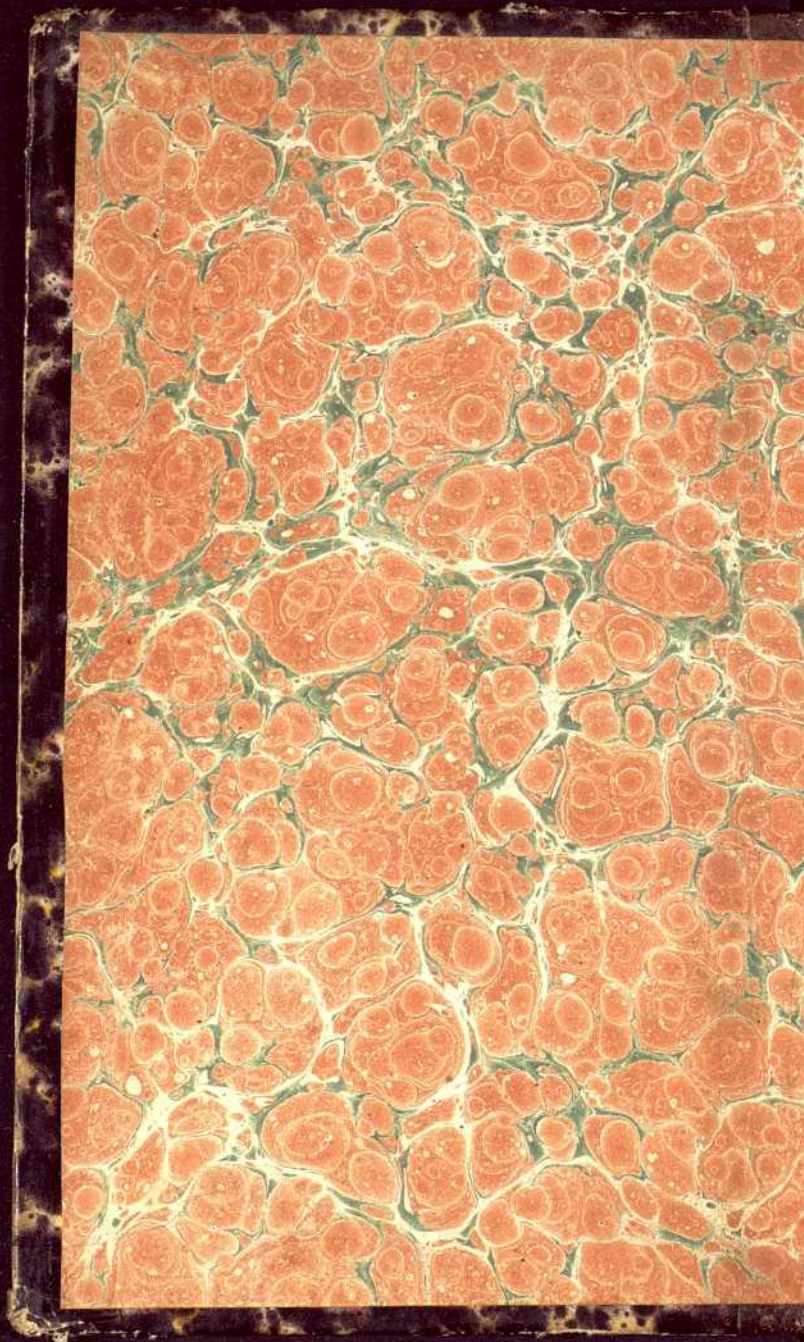
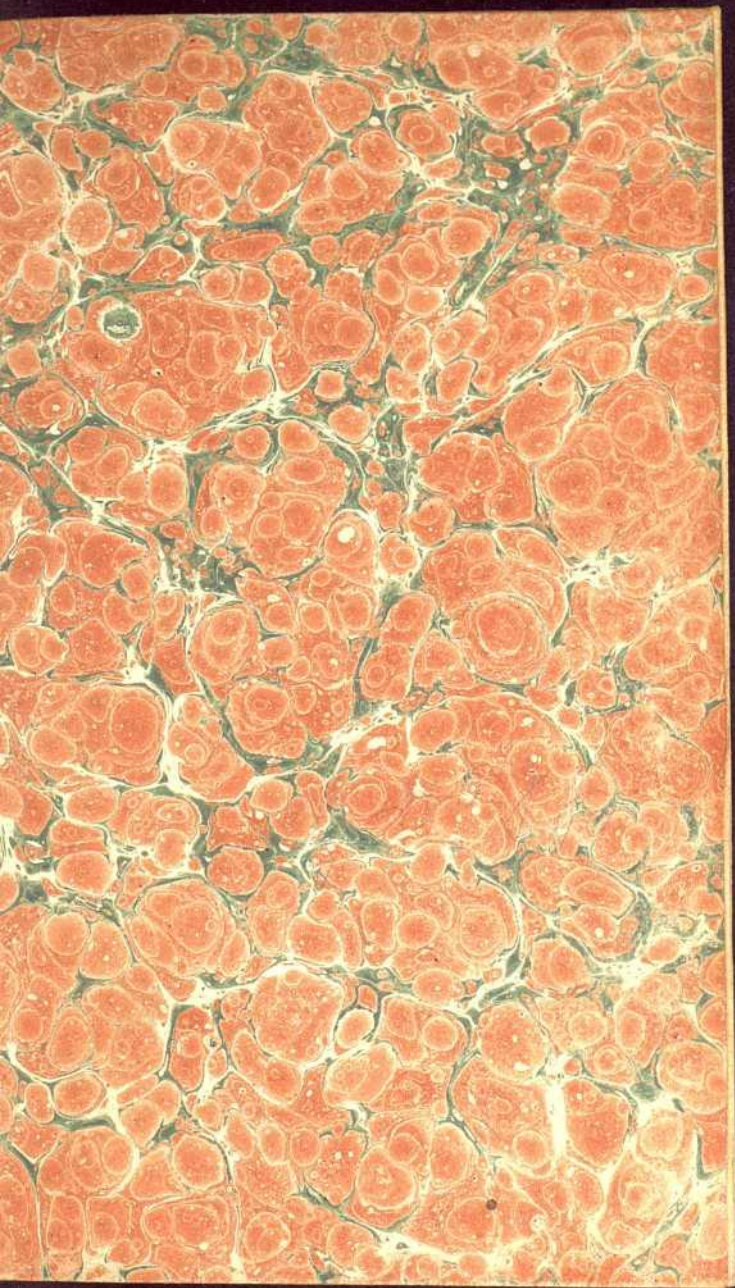


biblioteca  
92





UNIVERSITAT DE VALENCIA  
Biblioteca



80002487162

5 1209 692 1  
12368582X

BIBLIOTECA  
DE  
EL DIARIO MERCANTIL.

---

# EL LOBO BLANCO:

NOVELA DE PAUL FEVAL.

TRADUCCION DE D. P. G. C.



VALENCIA: 1858.

---

*Imprenta de José Rius, plaza de S. Jorge, n.º 3.*

D-92  
65

R. 50.534

## EL LOBO BLANCO.

---

### I.

#### *La cancion*

El viagero que va de París á Brest, de la capital del reino á la primera de nuestras ciudades marítimas, se duerme y se despierta dos veces mecido por los vaivenes de la diligencia, antes de descubrir las raquíticas mieses de la pobre Bretaña. La primera vez se despierta en las fértiles llanuras de Perche, cerca del Beauce, paraíso de los tratantes en harina, y se vuelve á dormir perseguido por el perfume del limon del Orne y por el patoá nasal de los naturales de la Baja-Normandía.

Al día siguiente por la mañana el paisaje ha cambiado y se descubre á Vitré: la momia gótica que inclina sus negras casas y las rui-

nas de su castillo sobre la pendiente de una escabrosa colina. Allí se ven prados inmensos sembrados á trechos de sauces y matorrales, entre los cuales el rio Vilaine pliega y repliega en mil fantásticos giros su estrecha cinta de azur. El cielo, que ayer era azul, aparece gris; el horizonte pierde su magestad y el aire adquiere cierto sabor húmedo que enerva el aparato de la respiracion. A lo lejos, sobre la derecha, detrás de una série de montículos áridos y cubiertos de abetos, se descubre una faja negra.

Es el bosque de Rennes.

El bosque de Rennes ha perdido mucho de su antigua gloria. Las explotaciones industriales están devastando há cincuenta años aquellos árboles magníficos. Los señores de Rohan, de Montbourcher y de Chateaubriand, corrian allí ciervos en otro tiempo, en compañía de los señores de Laval, convidados al intento, y del Sr. intendente real, de quien hubieran prescindido con mucho gusto. En la actualidad apenas se puede matar al acecho, de vez en cuando, algun tímido conejo, ó algun cervatillo ético, á los cuales el aburrimiento impele á buscar muerte tan indigna.

Ya no se oyen en la espesura los ecos de la trompa, ni el casco de los caballos huella el césped de las grandes avenidas. Todo guarda silencio, escepto los martillos y el fuelle ciclópico de las fraguas. Algunos se restregan las



manos aprobando este estado de cosas, y diciendo que los castillos no servian para nada y que con la madera se edifica. Nosotros tenemos en este punto una opinion fija; pero nos reservamos el derecho de emitirla en ocasion mas oportuna.

Como quiera que sea, en vez de algunos kilómetros cuadrados, cuyas tres cuartas partes están cubiertas de matorrales, el bosque de Rennes tenia, ciento cincuenta años há, ocho leguas largas y arboledas tan gigantescas, tan vastas y tan pobladas, que hasta los guardas se perdian en ellas. En los parages desnudos diez ó doce chozas agrupadas servian de habitacion á los carboneros. Habia un número considerable de ellos, y en suma, la poblacion del bosque se calculaba en unos cuatro ó cinco mil habitantes.

Eran éstos una raza aparte, un pueblo medio salvaje, enemigo nato de toda innovacion y que detestaba por instinto y por interés todo régimen que no fuese la antigua costumbre, la cual le concedia tácitamente el uso ilimitado de todos los productos del bosque, á escepcion de la caza. Desde tiempo inmemorial, no solo ignoraban la palabra *impuesto*, sino que hasta tomaban la madera necesaria para su industria sin indemnizacion de ningun género.

A su modo de ver el bosque era su legítimo patrimonio: habian nacido en él y tenian el derecho imprescriptible de vivir y morir en

aquella patria. Cualquiera que les disputase este derecho era para ellos un tirano inicuo, y no era gente que se dejase tiranizar sin resistir.

Luis XIV habia muerto, y Felipe de Orleans, con menosprecio del testamento del monarca difunto, desempeñaba la regencia. Aunque este príncipe, contra quien la historia ha hecho justas y severas apreciaciones, echó en olvido voluntariamente la política de su señor, esta política subsistia por sí misma, donde quiera que manos inhábiles ó pérfidas no la minaban sordamente.

En Bretaña habia terminado la larga y valerosa resistencia de los estados. Habíase creado en Rennes un intendente del impuesto, y el pacto de union no conservaba ya sus soberbias estipulaciones en favor de las libertades de la provincia. El partido breton estaba vencido, y la Bretaña se hacia definitivamente francesa: ya no habia frontera.

Pero una cosa era consentir una medida tomada en asamblea parlamentaria, y otra hacerla pasar á los hábitos de un pueblo cuya obstinacion es proverbial. Mr. de Pontchartrain, intendente real del impuesto, tenia la investidura legal de sus funciones; pero faltábale hacerse obedecer, y esto no era tan fácil. En todas partes se acusó á los estados de injustos y opresores, y en todas partes opusieron resistencia. La asociacion de *Los hermanos breto-*

nes, organizada para defensa de las libertades de la provincia, y que en realidad no tenia un objeto politico, siguió funcionando en las tinieblas; porque estas asambleas secretas se sobreviven á sí mismas, por decirlo así, y la francmasonería, que ha dejado de existir, vivirá mas tiempo que nosotros.

Los hermanos bretones se negaron desde luego á pagar el impuesto con las armas en la mano, y despues cedieron á su vez, pero no sin protestar. Veinte años despues de ocurrir los sucesos que vamos á narrar, y que son el prólogo de nuestra historia, volveremos á encontrar sus huellas. El misterio está en la naturaleza del hombre. Las asambleas secretas solo mueren de vejez, y solo Dios sabe lo que ésta dura.

En 1719 casi todos los nobles se habian retirado de la asociacion; pero ésta subsistia, activa é indestructible entre el pueblo, bajo de las ciudades y de los campos. Los nobles que quedaban en la hermandad eran objeto de un verdadero culto. Los castillos donde se atrincheraban estos obstinados partidarios de la independencia, eran centros en derredor de los cuales se agrupaban los descontentos. Tal vez eran ya impotentes para obrar en gran escala; pero su *oposicion* (y perdónesenos el anacronismo) ofrecia la mayor seguridad: para vencerla hubiera sido preciso poner el pais á sangre y fuego.

Por lo que llevamos dicho del bosque de Rennes, podrá imaginarse que era uno de los focos de resistencia mas activos. Su poblacion, compuesta en su totalidad de gente pobre, ignorante y endurecida en el trabajo mas penoso, ofrecia condiciones sumamente favorables á la oposicion, que consiste en una negativa lisa y llana, acompañada y sostenida por la fuerza de inercia. Suficientes en número, y unidos para combatir, si no podia emplearse ningun otro medio, los habitantes del bosque esperaban, confiados en los escondrijos inaccesibles que ofrecia á cada paso el pais, y sobre todo en el conocimiento perfecto que tenian de la localidad, inmenso y sombrío laberinto, cuyas espesuras lindaban por un lado con la campiña de Rennes, y por otro con los arrabales de Fongeres y de Vitré.

En estas tres ciudades tenian asociados, y el primer tiro de mosquete que se disparase en el bosque habia de atraer á la plebe andrajosa de los barrios bajos de Rennes, á los históricos ciudadanos de Vitré que usaban todavía armaduras como las de los soldados del siglo XV, y á los hábiles ladrones de Fougères. Con todos estos elementos era muy razonable conjeturar que los dependientes de Mr. de Pontchartrain no llevarian la mejor parte.

Habia en el mundo un hombre á quien profesaban tanto respeto, que si les hubieran dicho: «Pagad el impuesto al rey de Francia,»

quizá le hubieran obedecido. Pero este hombre se guardaba muy bien de pronunciar la frase: era justamente uno de los mas obstinados restos de la asociacion bretona, y su voz resonaba aun de vez en cuando en el recinto de los estados, para protestar contra la medida de la casa de Borbon.

Se llamaba Nicolás Trembl de la Tremlays, señor de Bouexis-en-Foret, y poseia, á cosa de media legua de la aldea de Liffré, un dominio que le hacia feudatario de casi todo el pais. Su castillo de la Tremlays era uno de los mas hermosos que habia en la Alta Bretaña, y no le cedia en magnificencia el de Bouexis. Necesitábanse dos horas para trasladarse del uno al otro, y durante todo el camino se pisaban las tierras de Nicolás Trembl. Era éste un anciano de elevada estatura y austera fisonomía. Sus largos cabellos blancos caian en espesas gudejas sobre la tela grosera de su jubon, cortado á la antigua usanza. La edad no habia moderado el fuego de su ardiente mirada, y a verle erguido y firme sobre la silla cuando iba á caballo por la espesura, la gente del bosque rebosaba de gozo, y decia:

—Mientras viva nuestro señor, contará el pais con un breton, y ¡ay de las sanguijuelas de Francia!

Y decian verdad. El patriotismo de Nicolás Trembl era tan indomable como exclusivista. La decadencia gradual del partido de la

independencia lejos de servirle de leccion, no habia hecho sino aumentar su obstinacion. De año en año sus colegas de los estados habian ido escuchando con menos sumision sus enérgicas protestas, pero él no cesaba de hacerlas y con la mano puesta en el puño de la espada fulminaba sus amenazadoras diatribas contra los representantes de la corona.

Un dia, mientras hablaba, los señores de la nobleza se echaron á reir y muchas voces murmuraron:

—Está visto que Mr. de La Tremlays ha perdido la cabeza.

El anciano cesó de hablar de repente: su frente se puso lívida y sus ojos despidieron un relámpago. Calóse el sombrero, y dirigiéndose lentamente á la puerta de la sala, se paró en el umbral con los brazos cruzados y dirigió al banco de la nobleza una mirada provocadora.

—Doy gracias á Dios, dijo con voz pausada y firme que llegó á todos los ángulos de la sala;—doy gracias á Dios por haber perdido solo la cabeza, cuando los señores de mi condicion que están presentes, han perdido tambien el corazon.

Al oir este sangriento ultrage los orgullosos señores dieron un brinco en sus asientos y salieron al aire en un instante mas de veinte espadas. Nicolás Treml no se movió.

—Dad paz á las espadas, repuso; tambien

yo fui insultado y por eso me retiro. No es sangre bretona la que pide mi cólera. A Dios, señores, ruego á Dios que vuestros hijos olviden á sus padres y se acuerden de sus abuelos... Me separo de vosotros y os reniego. Habéis abierto la tumba de la Bretaña: yo pondré sangre sobre esa tumba... Cuando no es tiempo de combatir, es tiempo á veces de vengarse.

Mr. de La Tremlays montó su hermoso caballo y tomó el camino de su castillo.

Los que le encontraron no pudieron adivinar los vengativos pensamientos que se agolpaban á su imaginacion. Fuerte de corazon y de cuerpo sabia guardar en su pecho la cólera. Su frente estaba tranquila; su mirada erraba vaga é indiferente por el desnudo paisaje de los alrededores de Rennes.

Cuando entró bajo la bóveda del bosque, el sol trasponia las colinas. Mr. de La Tremlays contempló mas de una vez con envidia las trincheras naturales é impenetrables que ofrecia á cada paso el suelo vírgen, y contaba involuntariamente aquellos hombres vigorosos y valientes que le saludaban desde lejos con respetuoso cariño.

— La guerra, pensaba Mr. de La Tremlays, podria ser terrible con esos soldados y esos escondrijos.

Diciendo esto paraba el caballo y se quedaba meditabundo. Pero á poco una idea te-

naz le hacia fruncir los cejas. Erguíase sobre el caballo y con los ojos inflamados:

—Nada de guerra, esclamaba. ¡Un duelo! ¡un solo golpe! ¡una sola muerte!

Y Mr. de La Tremlays, hundiendo las espuelas en los ijares del caballo, combinaba uno de esos planes cuya extravagante osadía provoca á risa á los hombres de buen sentido, y que apenas puede sancionar el éxito: un plan audaz, caballeresco, pero imposible, insensato y cuya idea solo podia germinar en el cerebro de un noble campesino que ignorase las cosas del mundo y midiese la prosa del presente con la poética medida del pasado.

Sin embargo, no hay que formar juicios temerarios y tachar de loco á Nicolás Treml, porque su empresa traspasase los límites de lo posible. Lo sabia y su entusiasmo no le ocultaba la profundidad del abismo; pero era uno de esos hombres, cuyo cerebro de bronce, ve un precipicio abierto y no se detiene.

Una sola circunstancia pudiera hacerle vacilar. La casa de La Tremlays no tenia mas que un heredero directo; Jorge Treml, nieto del caballero. ¿Qué seria de este niño de cinco años, herido en la persona de su abuelo y privado de protector natural? Nicolás Treml pensaba con impaciencia esta objecion de su conciencia.

—Si logro mi intento, decia pasa sí, Jorge endrá una herencia de gloria; si sucumbo, mi



primo Vaunoy le guardará su patrimonio....  
Vaunoy es un leal caballero.

Al pronunciar mentalmente estas palabras, una voz débil y lejana cantó el estrivillo de una cancion del pais, de una especie de balada, cuya música lenta, monótona y melancólica tenia por asunto el lúgubre relato de la muerte de Arturo de Bretaña, cobardemente asesinado por su tío Juan sin Tierra.

Mr. de La Tremlays se estremeció y tuvo un presentimiento funesto.

—¡Imposible! murmuró; Vaunoy es un pariente honrado....

La voz se aproximaba: el canto parecia que tomaba un tinte de ironía.

—Por otra parte, prosigió el caballero, Jorge es breton, y su felicidad, lo mismo que su sangre, pertenecen á la Bretaña.

La voz guardó silencio por espacio de algunos segundos, y volvió á cantar de repente por cima de la cabeza de Mr. de La Tremlays. Este levantó los ojos bruscamente, y en lo alto de un castaño cuya copa, dominando los árboles inmediatos, estaba iluminada por los rayos oblicuos del sol poniente, vió un individuo de aspecto extraordinario y casi diabólico. Su cuerpo iluminado por el sol despedia una especie de reflejo cárdeno. Si un viagero le hubiera encontrado en los bosques del Nuevo-mundo, de seguro que no le hubiera clasificado entre los hombres, y la historia natural de Mr. de

Buffon contendria un capítulo más, el mono blanco. El individuo de que hablamos se parecia en efecto á un enorme mono de color blanquecino: saltaba de rama en rama con maravillosa agilidad, y á cada brinco que daba caia al suelo una lluvia de ramas menudas.

Al mismo tiempo seguia cantando.

Es de creer que no era la vez primera que Mr. de La Tremblays encontraba á este personaje singular, pues detuvo al caballo sin manifestar la menor sorpresa y silbó como se acostumbra para llamar á un perro.

El canto cesó en el acto, y el individuo que se mecía en la copa del castaño se deslizó de rama en rama y cayó á los pies del anciano dando un gruñido que espresaba cariño y respeto.

Era un hombre en cuerpo y alma, y sin embargo parecia mas extraordinario aun de cerca que de lejos. Las piernas desnudas y cubiertas de pelos incoloros, sostenian sin gracia un cuerpo deforme y escesivamente corto. Su cuello mal hecho y peor colocado sobre su pecho deprimido, sostenia un rostro anguloso, á cuyos huesos iba pegada una piel blanquecina y sembrada de vello. Los cabellos, las cejas y la barba naciente eran blancos, y era admirable ver cómo relucian sus ojos sangrientos en medio de tan nevados accesorios. En toda su persona no se veia ninguna señal que pudiera designar exactamente la edad. Lo mismo podia

ser un niño que un viejo; pero la excesiva agilidad de que habia dado pruebas alejaba igualmente ambas suposiciones. Solo la juventud podia haber ocultado tan vigorosa agilidad bajo una corteza tan mezquina y miserable.

Levantóse de un brinco y se colocó en medio del camino, delante del caballo.

—¿Cómo está tu padre, Juan Blanco? preguntó Mr. de La Tremlays.

—¿Cómo está tu hijo, Nicolás Treml? respondió el albino haciendo una cabriola.

Pasó una nube por la frente del anciano. Esta pregunta brusca coincidía misteriosamente con el reciente motivo de su inquieta cavilación.

—Te vas haciendo insolente, muchacho; dijo el anciano. Soy demasiado bueno con vosotros los villanos, y esto os dá alas..... Abre paso y que no te vuelva á coger en otra.

En vez de obedecer esta órden pronunciada en tono severo, Juan Blanco asió de la brida y se puso á sonreír tranquilamente.

—Te engañas, señor, dijo con voz dulce y melancólica. No es con nosotros los pobres villanos con quienes te muestras demasiado bueno, sino con otros á quienes amas y te detestan.

—¡Silencio, loco! interrumpió Nicolás Treml.

Pero el albino no soltó la brida y continuó:

—El padre de Juan Blanco sigue bien. Juan Blanco velaba hoy junto á él, y junto á él

velará mañana. Ayer velabas tú al lado de Jorge Treml: ¿velarás mañana, señor?

—¿Qué quieres decir?

—Es una bella canción la de Arturo de Bretaña... Escucha: sé arrastrarme por la selva, lo mismo que trepar por las copas de los castaños. Te he seguido largo tiempo por el bosque: hablabas con tu conciencia; he comprendido y he cantado la canción de Arturo.

—¡Cómo! exclamó Mr. de La Tremlays; ¿me has oído?... ¿lo sabes todo?...

—No, todo no... has dicho demasiadas locuras para poderlas comprender todas.... Pero créeme; no dejes á Mr. Jorge á la merced de un primo. Si quieres irte muy lejos llévate á tu nieto en la grupa de tu caballo, y si no puedes, mávalo, pero no lo abandones. Y ahora voy á cortar ramas para hacer aros de toneles, Nicolás Treml. ¡Bendígate Dios!

El albino soltó la brida y trepó como un gato cerval por el nudoso tronco de un castaño. Comenzaba á cerrar la noche, y el traje de aquel extraño individuo, hecho de pieles de conejo y blanco como su persona, se distinguía á través de las ramas por las cuales se encaramaba con increíble celeridad.

Mr. de La Tremlays siguió su camino, muy pensativo.

—Es un pobre insensato, dijo para sí.

Pero su corazón se iba oprimiendo por grados, y cuando la voz de Juan Blanco, dejándolo-

se oír otra vez, le envió por encima de las pobladas copas de los cedros, las notas lúgubres de la balada de Arturo de Bretaña, el anciano caballero sintió circular por sus venas una corriente fría y pronunció estremeciéndose el nombre de su nieto.

## II.

### *El cofrecillo de hierro.*

Cuando Nicolás Trembl entró por el porton del hermoso castillo, habia cerrado la noche. Dió la brida á sus criados sin decir palabra, subió la escalera con distraccion y entró directamente en el aposento de su nieto.

Jorge dormía. Era un lindísimo niño blanco y rosa, cuyos cabellos rubios caian graciosamente ensortijados sobre los encages de la almohada. Sin duda alguna dulce quimera visitaba en aquel momento su sueño, á juzgar por la encantadora sonrisa que entreabria sus labios, mientras que sus manitas se agitaban como sosteniendo una lucha de caricias.

Cuando los niños se agitan de este modo á impulsos de un sueño placentero, la gente del pais de Rennes dicen que *sonrien á los ángeles*: idea muy graciosa y poética ciertamente; pero en Bretaña todo lo que es poético y bello tiende á la melancolía. Este gozo del sueño se considera como un presagio de muerte. El niño *sonrie á los ángeles* porque los ángeles de Dios

están allí á la cabecera de su lecho, para llevarse su alma al cielo.

Nicolás Trembl se inclinó sobre la cama de su nieto, y su labio erizado de pelos tocó la megilla satinada del niño que no se despertó.

— ¡Arturo de Bretaña! murmuró el anciano caballero que no podía olvidar las palabras de Juan Blanco; ¿y si sacrifican al último vástago de mi raza?... Pero no, ese hombre es un loco, y mi primo Vaunoy no se parece al inglés Juan sin Tierra.

Sentóse, dicho esto, á la cabecera del lecho de Jorge, y quedó sumergido en profunda meditacion.

Mr. de La Tremlays poderosamente rico y noble habia perdido dos años antes á su único hijo. Este, que se llamaba Jacobo Trembl y era padre de Jorge, habia sido un hombre fuerte y valeroso: Nicolás Trembl le habia inculcado desde muy temprano su ódio á la Francia y su amor á la Bretaña; dos sentimientos que en él tenian todos los caracteres de la pasion. La muerte de Jacobo fue para el anciano un golpe cruel; porque no era solo un hijo el que bajaba á la tumba, sino el heredero de sus creencias. Veia que iba envejeciendo y no sabia si tendria tiempo de inocularle á Jorge su ódio y su amor.

Los monarcas á quienes Dios arrebató el hijo que debia continuar su obra política laboriosamente comenzada, miran con desespera-

cion la cuna del huérfano real. El niño necesitará veinte años para hacerse hombre, y basta un solo día para derrumbar una dinastía. Nicolás Trembl no era rey, pero se consideraba como el último representante de una idea vencida que podía á su vez llevar la victoria. Jacobo era su brazo derecho, su sucesor, su *alter ego*. Jorge no era mas que un niño. En vez de un arma á toda prueba Nicolás Trembl no tenia en la mano mas que una frágil caña.

Habia en la provincia de Bretaña una familia pobre y de dudosa nobleza que tenia pretensiones de parentesco con la casa de Trembl y añadia este apellido al suyo. Antes de morir Jacobo Mr. de La Tremlays habia intentado un proceso contra la familia de Vaunoy, para obligarla á desistir de toda pretension al apellido de Trembl. El proceso estaba pendiente, y segun todas las probabilidades, el parlamento de Rennes iba á condenar á los Vaunoy, cuando ocurrió la muerte de Jacobo. Este fatal acontecimiento cambió de repente las miras de Mr. de La Tremlays. Detuvo la accion pendiente en el parlamento de Rennes, é invitó á Hervé de Vaunoy, que era el primogénito de la familia, á que pasase á verle inmediatamente. Este no se hizo esperar.

Atravesó el bosque montado en un mal caballo de labor. Al llegar á la llanura inmediata al dominio de Trembl y á las arboledas de Bouëxis, se quitó respetuosamente el fieltro y

saludó todas aquellas riquezas, mientras que una sonrisa de triunfo dilataba sus delgados labios entre los salvages pelos de su mostacho.

Hervé de Vaunoy podria tener unos cuarenta años. Era un hombre pequenito y repleto, con cabellos rojizos, cuyas exuberantes sortijas destacaban su rostro risueño y de espresion bonachona. Sus ojos grises desaparecian casi completamente bajo los pelos luengos de sus cejas; pero lo que se veia de ellos era muy simpático, y armonizaba perfectamente con la sonrosada frescura de sus megillas. En suma, tenia trazas de un escelente hombre, y era imposible verle una sola vez sin decir: ¡Allá va un hombrecillo escelente! A la segunda vez ya no se decia nada, y á la tercera cualquiera pensaba para su sayo que el hombrecillo podia muy bien no ser tan bueno como queria aparentar.

Por el camino inspeccionó el castillo de Bouëxis que halló muy de su gusto, y las dependencias y casas de labor, que le parecieron soberbias, y los bosques cuya belleza admiró muy cordialmente. Mientras se entregaba á esta ocupacion no se borraba de sus labios la sonrisa. No parecia sino que el hombrecillo se veia ya con el tiempo propietario y señor de todas aquellas riquezas. Pero lo que mas le lisonjeó fué el castillo de La Tremblays. Al ver aquel soberbio edificio que daba frente á una inmensa avenida, y su gran puerta adornada con los escudos de armas, Hervé de Vau-



noy paró su caballo de labor y no pudo contener un grito de gozo.

— ¡Santo Dios! murmuró conmovido, nuestra casa de Vaunoy con sus cuadras y palomares cabria en el pórtico de este noble castillo... Muy dura había de tener el alma mi primo Nicolás Trembl para no darme un asilo en cualquier rincón; que una vez puesto el pie y una buena voluntad en un rincón cualquiera, el diablo se encarga de lo demás.

Diciendo esto levantó el aldabon de la puerta y abandonó la sonrisa para adoptar un continente humilde y grave.

Mr. de La Tremblays estaba sentado á la inmensa chimenea de su comedor, y á su lado dormitaba indolentemente un grande y hermoso perro de raza. En un rincón, su nieto Jorge, que á la sazón tenía cuatro años, jugaba sobre las rodillas de su nodriza.

Un criado anunció á Hervé de Vaunoy.

El anciano volvió lentamente la cabeza para recibirle, y el perro, levantándose del suelo, dió un gruñido sordo.

— ¡Silencio, Job! dijo Mr. de La Tremblays.

El perro volvió á echarse sin quitar la vista del pavimento donde se hallaba Hervé con la cabeza descubierta y en actitud respetuosa. Mr. de La Tremblays seguía examinándole en silencio, hasta que al cabo de algunos minutos tomó de repente una resolución y se levantó.

—Acercaos, señor primo, dijo con brusca cortesía: bien venido seais al castillo de nuestros comunes antepasados.

Hervé no pudo contener un estremecimiento de gozo al ver tan fácil y prontamente reconocido su parentesco, en el cual no creía él mismo. A una seña de Nicolás Trembl se sentó bajo la campana de la inmensa chimenea.

La entrevista fue corta y decisiva.

—Supongo, señor de Vaunoy, dijo Nicolás Trembl, que sois un verdadero breton.

—¡Sí, pardiez! primo mio, respondió Hervé, un verdadero breton.

—¿Decidido á sacrificar la vida por el bien del ducado?

—La vida y la sangre, señor de La Tremblays.... ¡los huesos y la carne!

—Y detestais á la Francia.

—¡Santo Dios! ¡y cómo si la detesto, mi dignísimo pariente; con toda mi alma!

—¡Enhorabuena! exclamó Nicolás Trembl muy satisfecho. Vengan esos cinco, amigo Vaunoy. Nos entenderemos perfectamente, y mi nieto Jorge tendrá un padre en caso de accidente.

Hervé quedó hospedado aquella misma noche en el castillo de La Tremblays, y desde entonces ya no salió de allí. Jorge le estaba confiado muy especialmente, y debemos confesar que el primo mostraba profesarle un cariño extraordinario.

Así marcharon las cosas por espacio de

diez y ocho meses. Mr. de La Tremlays dispensaba á Hervé toda su confianza, y le consideraba como pariente bueno y leal. Los comensales del castillo imitaban á su señor, y Vaunoy era estimado de todo el mundo. Solo habia dos personajes cuyas simpatias no habia podido captarse: el primero y mas importante era Job, el perro favorito de Nicolás Tremly, y el segundo Juan Blanco el albino. Siempre que Vaunoy entraba en el salon, Job clavaba en él sus pupilas redondas, y gruñia á mas y mejor hasta que Mr. de La Tremlays le imponia silencio. Vaunoy le acariciaba inútilmente: Job, como buen breton, tenia la cabeza dura, y no variaba fácilmente de opinion. Mr. de La Tremlays se admiraba frecuentemente de la aversion que Job tenia á su primo, y esto le hacia muchas veces reflexionar, porque tenia á Job por un perro perspicáz, prudente y buen consejero. Pero por otra parte Vaunoy era tan humilde, tan servicial y tan afectuoso, y aborrecia tan cordialmente á la Francia. ¡Cómo concebir sospechas formales contra un hombre que odiaba al regente!

Por lo que hace á Juan Blanco, su odio era mucho menos temible, y ocupaba realmente en la escala social una posicion infinitamente mas humilde que la de Job. Era de oficio fabricante de aros de tonel; pasaba por idiota, y no hubiera podido sostener á su anciano padre sin los caritativos ausilios de mor-

sieur de La Tremlays. Era recibido en las cocinas del castillo, porque la hospitalidad bretona acogia á los hombres, á los mendigos y á los animales con igual religion ; pero costábale mucho trabajo conquistar un sitio en derredor del fuego, y tenia que hacer muchas cabriolas para desarmar la mala voluntad del mayordomo cuando se verificaba la distribucion de viveres.

—¡Atrás, conejo blanco! decia este funcionario : ¿no se avergüenza una bestia feróz como tú de pedir la pitanza de un cristiano?

Juan, segun el humor que tenia, soltaba la carcajada ó bajaba los ojos arrasados en lágrimas. Algunas veces parecia que cruzaba por su cerebro una ráfaga de razon y de orgullo, y entonces el borde inflamado de sus párpados se ponía lívido, y se determinaba en sus megillas una mancha de color escarlata. Pero era cuestion de un momento.

El escudero Judas tomaba la defensa del pobre albino, cuya natural apatia habia ya triunfado de su paságera cólera.

—Mas caridad, maese Alain, decia el escudero Judas al mayordomo : Juan Blanco es hijo de su padre, que era un buen servidor de Treml, y nuestro señor no quiere que se trate así á los pobres del bosque.

Y Judas decia verdad. Nicolás Treml era afectuoso con sus vasallos, pero por perfecto que sea el amo, la insolencia, que es la gan-

grena de la servidumbre, sabe siempre establecer su imperio en un rincon del edificio.

El mayordomo Alain proferia una blasfemia, y le cortaba de mala gana á Juan Blanco un pedazo de pan. Éste se aderezaba al instante las sopas sin rencor aparente, y devoraba con la mas completa tranquilidad. Cuando concluia le daban otra escudilla de caldo muy caliente, y se le llevaba á su padre Mateo Blanco, que habia sido certero en el *Foso de los Lobos*.

¿La tranquilidad de Juan Blanco era real ó fingida? No podremos resolver esta cuestion de una manera precisa, y aun entre las personas que conocian al personaje habia diversidad de opiniones. Todos convenian en que su cerebro no contenia la suma de ideas razonables que admite la inteligencia del hombre; ¿pero era realmente idiota? Durante el dia cantaba estrañas canciones sobre las copas de los castaños, y caminaba á pasos desiguales á lo largo de los senderos: á la hora de visperas su rostro pálido hacia muecas, capaces de tender de risa á los chantres. Y al propio tiempo Juan cuidaba de su anciano padre con la delicada atencion de una hija cariñosa. Cuando Mateo necesitaba remedios, Juan trabajaba doble de lo ordinario, y mas de un campesino afirmaba haberle visto por la noche, arrodillado y orando á la cabecera del anciano dormido. Además todos sabian que era capaz de

abrigar un agradecimiento sin límites. Había acometido, sin armas, á un jabalí que amenazaba al escudero Judas, su protector, y había escalado mas de una vez las elevadas tapias del jardin de La Tremlays, solo por besar, llorando de alegría, las manos de Jorge, el nieto de su bienhechor. La ternura que profesaba al niño rayaba en pasión, y los que no creían en el idiotismo de Juan decían que el ódio que profesaba á Mr. Vaunoy nacía de que le miraba como un intruso, destinado á usurpar la herencia de Jorge.

Esto lo decían cuando no tenían otra cosa mas interesante de que hablar; pues por lo demás Juan Blanco era un objeto de conversacion muy secundario. Fuera de Vaunoy que le temia vagamente y por instinto, y de Judas y Mr. de La Tremlays que no se desdenaban de hablar familiarmente con él de vez en cuando, nadie se cuidaba del pobre albino. Admiraban su maravillosa destreza en todos los egercicios corporales, como se admira la agilidad del cervatillo, y su problemática locura no le rodeaba siquiera de ese prestigio misterioso que adquieren en las comarcas semi-salvages, los seres privados de razon. Los habitantes del bosque no daban fe á su demencia. Juan era un objeto de burla ó de repugnancia para las mugeres, que reían al ver de lejos su rostro blanco comparable únicamente con la máscara popular de los arlequines modernos, y se estreme-

cian cuando por la noche veían brillar, bajo sus nevados cabellos, la luz fosfórica de sus ojos encarnados.

Volvamos ahora á Nicolás Trembl, á quien hemos dejado meditabundo á la cabecera de su nieto Jorge. El tema de sus reflexiones le tenía tan absorto, y pasó horas enteras tan engolfado en su meditacion, que se le hubiera podido tomar por una de esas estatuas de piedra que duermen sobre los antiguos sepulcros. El reloj del castillo habia dado las doce de la noche, hacia largo rato, cuando el anciano dió señales de vida.

Levantóse y mostró la faz sombría, pero resuelta. Tomó la lámpara que ardía á su lado, y cruzó silenciosamente la sala, moderando el sonoro ruido de las espuelas para no turbar el sueño de Jorge.

—Vaunoy es incapáz de hacerme traicion, murmuró.... así lo creo, por mi salud.... pero la lealtad no escluye la prudencia, y solo Dios puede sondear el corazon de los hombres. Quiero tomar mis precauciones.

El viento de la noche zumbaba en los largos corredores de La Tremlays. Nicolás Trembl, resguardando con la mano la llama de la lámpara, bajó la escalera principal y entró en la sala de armas, donde dormía Judas Leker, su criado. Despertóle y le hizo seña para que le siguiese. Judas obedeció silenciosamente.

Mr. de La Tremlays volvió á subir con

paso rápido la escalera del castillo, atravesó otra vez los largos corredores, é hizo entrar á Judas en una sala pequeña de forma circular que habia escogido por habitacion ordinaria.

Así que entró Judas, Mr. de La Tremlays cerró la puerta con llave.

El bueno del escudero no tenia por costumbre provocar la expansion de su señor. Cuando Nicolás Treml hablaba, Judas escuchaba respetuosamente, pero no hacia ninguna pregunta. Aquella noche, sin embargo, la conducta del anciano era tan estraña y su fisonomía revelaba una resolucion tan solemne, que el escudero no pudo dar treguas á su curiosidad.

— Señor... comenzó á decir...

Nicolás Treml le impuso silencio con el dedo y abrió un armario encajado en la pared.

Sacó un cofre de hierro vacío y se lo dió á Judas.

Tomando luego de un compartimiento secreto muchos puñados de oro, los apiló metódicamente en el cofrecillo, contando las monedas de una en una. Esta operacion duró largo tiempo, y contó cien mil libras tornesas.

Judas no podia dar crédito á sus ojos y se rompía los cascos para adivinar el motivo de tan estraña conducta.



Cuando hubo en el cofrecillo cien mil libras bien contadas, Nicolás Trembl lo cerró con doble candado.

—Mañana, dijo en voz baja y tranquila, cargarás esta cajita sobre un caballo,.... el mejor que tengas,.... é irás á esperarme, antes de salir el sol, al Foso de los Lobos.

Judas inclinó la cabeza.

—Antes de salir, repuso Mr. de La Tremlays, rogarás á mi primo Vaunoy que pase á verme sin demora... Ya puedes irte.

Judas se acercó á la puerta.

—¡Espera! añadió Nicolás Trembl: te vestirás como quien no ha de volver á casa en mucho tiempo:... te armarás como para una batalla en que hay que perder la vida,.... y dirás á Dios á los que amas.... ¿Has hecho testamento?

—No, respondió Judas.

—Pues hazlo, añadió Mr. de La Tremlays.

Judas hizo una señal de obediencia pasiva y se llevó la cajita.

### III.

#### *El depósito.*

Nicolás Trembl no durmió aquella noche. Al otro día, antes de amanecer, oyó en el patio las pisadas del caballo de Judas, y casi al mismo tiempo se abrió la puerta del aposento

y apareció en el umbral Hervé de Vaunoy. No tenía ya el aspecto humilde y tímido que había adoptado al entrar por primera vez en el castillo. Su sonrisa era risueña, llevaba la frente erguida y fingía bruesa franqueza, apenas modificada por la apariencia de un afectuoso respeto.

— ¡Santo Dios! dijo al llegar; sois en estremo madrugador, mi querido primo: estaba yo en el primer sueño cuando....

De repente calló al ver el severo y pálido rostro de Nicolás Trembl, cuyos ojos penetrantes estaban clavados en los suyos, como si quisieran penetrar hasta el fondo de su alma.

— ¿Qué hay de nuevo? murmuró con terror involuntario.

Nicolás Trembl le indicó con el dedo una silla, y Vaunoy se sentó.

— Hervé, dijo el anciano caballero con voz lenta y melancólicamente acentuada, cuando Dios me arrebató á mi hijo, erais vos un pobre hombre y sosteniais una lucha desigual contra mí que soy fuerte. Ibais á sucumbir....

— Y habeis sido generoso, mi noble primo, interrumpió Vaunoy que sentia una vaga inquietud.

— ¿Sereis agradecido? repuso el anciano.

Vaunoy se levantó y le tomó la mano llevándola á sus labios.

— ¡Cómo! primo y señor, exclamó, soy vuestro, ¡vuestro en cuerpo y alma!

Nicolás Trembl tardó algunos momentos en volver á tomar la palabra, sin apartar la vista de Vaunoy.

—Os creo, dijo al fin; quiero creerlos... Por otra parte, ya no es tiempo de vacilar; mi resolución es irrevocable: escuchad.

Mr. de La Tremlays se sentó junto á Vaunoy y prosiguió:

—Voy á partir, quizá para no volver... No me interrumpais... Mi camino será largo y al extremo hallaré un abismo. La Providencia puede salvarme de este peligro cierto y temible; ¿pero es seguro que la Providencia proteja aun al pais breton? Mi esperanza es efimera, y tengo la firme persuasión de que corro á la muerte.

—¡A la muerte! repitió Vaunoy sin comprender.

—¡A la muerte! exclamó el anciano, en cuyo rostro brilló un entusiasmo sublime: ¿nunca habeis deseado morir por la Bretaña, señor de Vaunoy?

—¡Santo Dios! respondió Hervé al azar, es posible, primo mio, que esa idea se me haya ocurrido alguna vez.

—¡Morir por la Bretaña!... morir por la madre oprimida es el deber de un caballero.

—Sí tal... pero...

—El tiempo urge, y mi proyecto no es para entrar en esplicaciones inútiles. Cuando yo me vaya, Jorge necesitará un apoyo...

—Lo hallará en mí.

—Necesitará de un padre.

—¿No os debo yo el agradecimiento de un hijo? exclamó patéticamente Vaunoy.

—Hervé, ¿no es verdad que amareis mucho á ese pobre niño que os confío? ¡Le enseñareis á amar á la Bretaña y odiar al extranjero!... Me sustituiréis...

Vaunoy hizo ademán de enjugar una lágrima.

—Sí, repuso el anciano conteniendo su emoción: sois bueno y leal; tengo confianza en vos y mi última hora será tranquila.

Levantóse al decir esto, cruzó la sala con paso firme y abrió un mueble, del cual sacó un pergamino sellado con sus armas.

—Aquí teneis un acta, añadió, que he redactado yo mismo esta noche y en que os concedo la libre propiedad de todos los dominios de Treml.

Vaunoy dió un brinco en la silla: sus ojos deslumbrados vieron millones de estrellitas; su sangre toda se agolpó á las mejillas, y Mr. de La Tremlays, ocupado en desarrollar el pergamino, no echó de ver estas señales de delirante alegría.

El anciano continuó:

—Sin haceros entrar en mi secreto, que pertenece á la Bretaña, puedo deciros que mi empresa me espone á una acusación de lesa magestad. Este crimen acarren, no solo la

muerte sino la confiscacion de todos los bienes del acusado. Es preciso que la herencia de Jorge Treml quede al abrigo de este percance, y os he elegido depositario de la fortuna de mi nieto.

Vaunoy no tuvo fuerza para responder: tal fue el trastorno de su cerebro al oír esta nueva inesperada. Limitóse á ponerse la mano sobre el corazon y á clavar en la techumbre su mirada hipócrita.

—¿Acceptais? preguntó Nicolás Treml.

—¡Que si acepto! exclamó Vaunoy, hallando por fin el uso de la palabra;—¡ah! primo mio, es llegada la ocasion de mostraros mi gratitud. ¡Si acepto! ¡si acepto!... ¡Santo Dios! ¿y me lo preguntais?

Y diciendo esto le estrechó las manos con efusion.

—¡Gracias, gracias, mi noble primo! prosiguió con entusiasmo: pongo al cielo por testigo de que depositais vuestra confianza en objeto digno de ella.

Job, el perro favorito de Mr. de La Tremlays, interrumpió en este momento á Vaunoy con un gruñido sordo y prolongado. Luego dejó la almohada donde habia pasado la noche y vino á situarse entre su amo y Hervé, fijando en éste sus ojos salvages. Estremecióse Vaunoy y retrocedió instintivamente.

—¡El perro y el idiota! dijo para sí el anciano, que no en vano era breton de buena raza

y tenia en el fondo del corazon esa fibra que tan fácilmente vibra en los pechos armoricanos; la supersticion.

Vaciló por espacio de un segundo y estuvo quizá á pique de volver á guardar el pergamino; pero la voz de lo que él llamaba su deber no le permitia retroceder. Apartó bruscamente á Job con el pie y entregó el acta á Vaunoy.

—Dios os ve, le dijo, y Dios castiga á los traidores. Ya sois dueño y soberano del destino de Treml.

El perro, como si comprendiera lo que estas palabras tenian de solemne, se echó en el almonedon dando aullidos lastimeros.

—Y ahora, señor de Vaunoy, repuso Nicolás Treml, no por desconfianza de vos, sino porque todo hombre es mortal y podriais dejar este mundo de una manera imprevista, os pido una garantía.

—La que queráis, primo mio.

—Escribid, dijo el anciano mostrándole la mesa donde le esperaba tintero, pluma y pergamino.

Vaunoy se sentó y Nicolás Treml dictó:

—«Yo, Hervé de Vaunoy, me obligo á devolver el dominio de La Tremlays, el de Boñe-xis en Foret y sus dependencias á cualquier descendiente de Nicolás Treml que me presente este escrito...»

—Primo mio, interrumpió Vaunoy, esto po-

dia dar armas al fisco. Si sois sentenciado como reo de lesa magestad, esta acta escitará naturalmente sospechas....

— Continúad. — «Este escrito, acompañado de la suma de cien mil libras, producto de la venta de los espresados dominios y dependencias.»

Vaunoy se quedó pensativo. Al cabo de algunos segundos desarrolló el pergamino que le habia entregado Mr. de La Tremlays. Era un acta de venta en debida forma. Al pasar por ella los ojos desarrugó el entrecejo.

— Enhorabuena, dijo, todo está bien hecho, ya que así lo quereis.... El cielo me es testigo de que deseo con todo mi corazon que vuestro feliz regreso inutilice todos estos pergaminos.

— Deseadlo, primo mio, dijo el anciano meneando la cabeza, pero no lo espereis.... Tened la bondad de firmar y rubricar esa obligacion.

Vaunoy firmó y rubricó, y los dos primos se guardaron en los bolsillos los pergaminos respectivos.

— Creo, repuso Vaunoy despues de un prolongado silencio, durante el cual Nicolás Tremly volvió á engolfarse en su meditacion; creo que esos preparativos no anunciarán una marcha repentina.

Hervé creía todo lo contrario y no se engañaba.

Su voz sacó bruscamente de su distraccion á Mr. de La Tremlays, que se levantó en el acto, y empujando hácia atrás la silla, se pasó la mano por la frente en ademán febril.

—¡Ya es hora! murmuró con voz ahogada: me habeis recordado mi deber: voy á partir.

—¿Ya?

—Me esperan, y ya he perdido tiempo.... Id, Vaunoy, y haced que ensillen mi caballo. Voy á decir á Dios á la casa de mi padre y á abrazar por última vez al hijo de mi hijo.

Vaunoy bajó la cabeza dando muestras exteriores de una sincera afliccion; y bajó á las cuabras.

Nicolás Treml se ciñó la lengua espada de sus abuelos; acero valeroso empavonado por el orin, y que habia hendido mas de un cráneo inglés en tiempo de las guerras nacionales. Se echó una capa á los hombros y cubrió con el sombrero las mechass desordenadas de sus cabellos blancos.

Entre su aposento y el gabinete donde reposaba Jorge, su nieto, estaba el gran salon de recibir. Era una inmensa pieza con las paredes de encina negra esculpidas, y cuyos planos estaban separados por unas columnitas de medio relieve con chapiteles dorados. En cada plano habia un retrato de familia y encima un escudo pintado, con cuarteles. Nicolás Treml cruzó este salon con paso lento y penoso. Su rostro tenia el sello del dolor mas profundo y



austero. Detúvose delante de los primeros retratos, que eran los de su padre y su madre, y se hincó de rodillas.

—¡A Dios, señora, murmuró, á Dios, padre mio! ¡Voy á morir como vos habeis vivido; por la Bretaña!

Al levantarse el anciano un rayo oblicuo del sol levante, penetró por los cristales del salon, hizo brillar los dorados y tiñó con un reflejo de vida los impassibles rostros de los castellanos. Parecia que las nobles damas sonreian y respiraban el perfume secular de sus inevitables ramos de rosas: parecia que los orgullosos señores poseian con mas soberbia los puños con guantes de búfalo sobre las caderas cubiertas de acero al escuchar la voz del último breton que hablabá de morir por la patria.

Antes de salir del salon Nicolás Tremblé se quitó el sombrero y saludó á las veinte generaciones de abuelos que aplaudian su sacrificio.

Jorge dormia aun; pero el sueño de la mañana es ligero. El contacto de los labios de su abuelo bastó para ahuyentar el ensueño que le acariciaba. Despertóse sonriendo y estrechó con sus sonrosados brazos el cuello del anciano.

Mr. de La Tremlays habia dicho á Dios, sin mostrar debilidad, á las imágenes veneradas de sus antepasados; pero se quedó sin fuerzas al ver á aquel niño, única esperanza de su

raza, que iba á quedar huérfano, y que sonreía dulcemente como si viera nacer la aurora de un dia de felicidad.

—Dios te proteja, hijo mio, murmuró, mientras que una lágrima, á duras penas contenida, humedecía el borde de sus párpados. Plegue al cielo que con el tiempo vean todos en ti un caballero y un breton, y que te parezcas á tus padres que fueron valientes... ¡y libres!

Imprimió el último beso en la frente del niño y huyó precipitadamente al ver que la emoción le quitaba el valor.

Hervé de Vaunoy estaba en el patio y tenía de la brida el caballo ensillado. Aquel modelo de primos quería á la fuerza acompañar á Mr. de La Tremlays hasta el extremo de la avenida. Por lo que hace á Job fue preciso sujetarle á la cadena para impedir que siguiera á su amo.

Al extremo de la avenida Mr. de La Tremlays paró el caballo y tendió la mano á Vaunoy.

—Volved al castillo, le dijo, nadie debe saber dónde dirijo los pasos.

—A Dios, pues, amigo y señor, dijo Vaunoy sollozando. El corazón se me parte al pronunciar esta cruel palabra.

—A Dios, dijo bruscamente el anciano. Acordaos de vuestras promesas y rogad por mí.

Diciendo esto metió espuelas al caballo, y

el galope del animal se ensordeció á los pocos instantes sobre el espeso musgo del bosque.

Hervé Vaunoy conservó por algunos segundos su fisonomía contristada, y despues batió las palmas estrepitosamente soltando la careajada.

— ¡Santo Dios! exclamó, me han dejado poner el pie en un rincon y el diablo ha hecho lo demás.... ¡Buen viage, mi dignísimo pariente! podeis estar tranquilo; cumpliremos exactamente nuestras promesas y los dominios pasarán á buenas manos.

Dicho esto volvió á entrar en el castillo con la cabeza erguida y el fieltro echado á la oreja. Al pasar junto á Job le dió con el pomo de la espada un golpe en la cabeza, diciendo:

— Así trataré á todo aquel que no se doblegue.

Aquel dia los servidores de Trembl se olvidaron de cantar las alegres canciones de la velada. Pesaba en torno del castillo como una atmósfera de infortunio y todos presagiaban un suceso funesto.

Nicolás Trembl tomó al galope los senderos tortuosos del bosque. En vez de seguir los caminos trillados, se internaba con placer en los mas espesos matorrales. A medida que avanzaba el aspecto del paisaje era mas sombrío. Entre árbol y árbol serpenteaban gigantescas raíces, como las de los bosques vírgenes del Nuevo-mundo. A trechos, y en algun claro del

bosque, se veía tal cual cabaña miserable que, con el humo de su chimenea, daba al cuadro melancólica animación.

Después de caminar media legua á escape, el anciano se vió precisado á refrenar el paso. El bosque iba siendo realmente impracticable. Ató el caballo al tronco de una encina, junto á la cual pacía ya la cabalgadura de su escudero Judas, que no debía estar muy lejos, y se abrió paso por la espesura. Algunos minutos después se reunió con su fiel escudero, que le esperaba sentado sobre el cofrecillo de hierro.

#### IV.

##### *El foso de los lobos.*

A media hora de la llanura oriental del bosque de Rennes, lejos de toda aldea y en el centro de los mas espesos matorrales, hay un profundo barranco, cuya pendiente áspera está cubierta de árboles. Una delgada cinta de agua corre durante la estación lluviosa por el fondo del barranco. En el verano desaparece todo síntoma de humedad, y el riachuelo solo dá señales de existencia por la línea verde que traza la yerba, creciendo entre el musgo amarillento y seco.

Este barranco corre de Norte á Sur. Uno de los bordes, el que mira á Oriente, está cubierto de espesos encinares: el otro, cubierto

de vegetacion en la base y desnudo mas arriba como un erial, se eleva hasta una altura considerable. La cabeza desnuda de la roca asoma de vez en cuando entre los brezos. A trechos se ven anchas hondonadas, circuidas de cipreses enanos.

En 1719 el aspecto de este paisaje era aun mas sombrío, si cabe. En la cima de la ladera que hemos descrito, dos torres de sillería, que en otro tiempo habian servido sin duda de molinos de viento, elevaban su fábrica desmoronada amenazando completa ruina desde tiempo inmemorial. La yerba desaparecia en derredor entre los escombros.

A algunos pasos sobre la derecha el suelo estaba castigado y conservaba las huellas de antiguas obras. A trechos se descubrian hoyos profundos, cuyos labios redondeados por el tiempo daban muestras de haber sido cortados á pico en otro tiempo, y de corresponder á otros tantos pozos de mina. Al otro lado de la cuesta algunos trozos de pared anunciaba la existencia anterior de obras considerables.

Pero todos estos restos de antiguos edificios eran muy anteriores á los molinos de viento, que sin embargo se arruinaban tambien de pura vejez. Para remontarse á su origen y darse razon de su destino evidentemente industrial, hubiera sido preciso salvar completamente la edad media y penetrar en los tiempos mas civilizados de la dominacion romana. Y aquí po-

demostramos afirmar que en el bosque de Rennes era en el siglo XVIII sumamente limitado el número de los arqueólogos y anticuarios.

Enfrente de los molinos de viento arruinados, el barranco se estrechaba de repente de tal suerte, que los altos árboles inclinados sobre las dos orillas reunían su espeso ramaje y formaban una bóveda impenetrable. Esta inmensa cuna negra, lúgubre y solitaria tenía por nombre en el país *El Foso de los Lobos*. No es preciso decir al lector el origen probable de este nombre.

El viajero extraviado que cruzaba por casualidad este sitio salvaje, cuyas tintas lúgubres trasportadas á la tela por un pincel de mérito formarían una decoración maravillosa para alguno de nuestros melodramas, no descubriría á primera vista ninguna huella de la proximidad ó de la presencia de los hombres. Por todas partes reinaba la soledad y el silencio, interrumpido solamente por los mil ruidos que se oyen donde quiera que la naturaleza está entregada á sí misma. Parecía un desierto. Sin embargo, con un exámen mas atento se descubría, medio oculta por un grupo de fresnos, una pequeña choza de tierra, cubierta de cañamo. Esta choza se apoyaba en una de las torres, y su aspecto miserable, lejos de alegrar el paisaje, lo entristecía con un reflejo de miseria y abandono.

Como ya hemos dicho Nicolás Trembl había

dado cita á Judas en el Foso de los Lobos, y el bueno del escudero se estaba en su puesto desde antes de despuntar la aurera. Mientras espera á su señor, sentado sobre las cien mil libras que representan en este momento el rico dominio de Trembl, levantaremos el trozo de estera que cierra la pobre choza cubierta de cáñamo, y dirigiremos al interior una mirada curiosa.

La choza se componia de un solo cuarto, y sus muebles consistian en un gergon y dos escabeles. En vez de pavimento el suelo desnudo y húmedo, y en vez de lecho el revés de la cubierta, es decir, el cáñamo sostenido por unos troncos que servian de vigas: en un rincón un poco de paja, y sobre ella un hombre dormido.

Sobre el gergon velaba otro hombre: era un anciano á quien la edad y los males físicos habian reducido á una debilidad extrema. ¡Padecía y tenia las dos manos puestas en el pecho como para ahogar un gemido!

El hombre, que yacia sobre el gergon y el que dormia sobre la paja, tenian entre sí una semejanza notable. La palidéz de su rostro era la misma y ambos tenian las facciones como borradas y los cabellos de nieve. Eran evidentemente padre é hijo, pero la edad habia encanecido la cabeza del anciano, al paso que el jóven, que era una criatura monstruosa y escepcional, habia sacado al nacer este

signo ordinario de la decrepitud. Era Juan Blanco, el albino.

Un dolor mas agudo arrancó al anciano un grito lastimero. Juan dió un brinco sobre la paja y se levantó en un volver de ojos. Acercóse al gergon y le tomó la mano á su padre estrechándola silenciosamente contra su corazon.

—Tengo sed, dijo Matías Blanco.

Juan tomó una taza desportillada donde quedaban algunas gotas de brevage y se la dió á su padre que la apuró con avidéz.

—Aun tengo sed, murmuró el anciano despues de beber; mucha sed.

Juan tendió una mirada por el cuarto. No habia nada.

—Voy á trabajar, padre, exclamó corriendo á la puerta; he dormido demasiado. Yo traeré remedio.

El anciano se volvió penosamente sobre el gergon; pero en el momento en que Juan iba á salir le detuvo.

—No te vayas, le dijo, sufro demasiado cuando estoy solo.

Juan se acercó otra vez á la cama.

—Me quedaré, padre, respondió. Cuando tengais sueño correré hasta el castillo y pediré lo que hace falta á Nicolás Trembl que nunca se niega á nada.

—¡Nunca! dijo lentamente Mateo. Ese es un caballero y no olvida al servidor que no



tiene ya brazos para trabajar ó batirse... Ese no desprecia al hijo porque tiene los cabellos de otro color que los de los hombres. ¡Dios le bendiga!

— ¡Dios le salve! dijo el albino.

Mateo se incorporó al oír estas palabras y miró fijamente á su hijo.

— Juan, repuso con viveza, soy muy viejo y tengo débil la memoria: pero sin embargo, creo recordar... ¿No me has dicho que el hijo de Nicolás Trembl está en grave peligro?

— Hace dos años que murió, padre.

— Es verdad; tengo débil la memoria.... El hijo de su hijo, quiero decir, el último bástago de Trembl....

— Sí que os lo he dicho, padre.

— ¿Y qué peligro es ese, hijo? ¿qué peligro? exclamó el anciano con febril exaltacion. ¿No puedo yo socorrerle?

Juan dirigió una triste mirada á los abatidos miembros de su padre.

— Orad, le dijo, que yo obraré... Ayer, desde lo alto de un árbol, vi desde lejos á Nicolás Trembl que volvía de Rennes donde están reunidos los Estados.

— Es una valerosa y noble asamblea, Juan.

— Así era en otro tiempo, padre. Bajé al camino para saludar á nuestro señor, como tengo de costumbre; pero su distraccion era tal que pasó junto á mí sin verme. Seguíle; ob-

servé que hablaba consigo mismo y aun oí sus palabras.

—¿Y qué decía?

Las facciones del albino se pusieron hoscas de repente y una convulsión irresistible agitó todos los músculos de su rostro. Luego soltó una carcajada.

—¿Qué decía? repitió el anciano.

Juan, en vez de responder se puso á dar zancadas por la choza cantando un monótono estrivillo del país. Su padre hizo un ademán de sombrío dolor y se volvió hácia la pared como si estuviera acostumbrado á estas escenas de locura.

Y así era en efecto. Juan, sin ser idiota, como lo creían de buena fe los sencillos habitantes del bosque, padecía frecuentes desarreglos mentales que dejaban un sello de lasitud moral y de melancolía. Su fealdad física y la incierta debilidad de sus facultades intelectuales le constituían en la esfera de un sér excepcional. Él lo sabía, y juzgándose inferior á sus groseros compañeros, á quienes su inteligencia dominaba sin embargo en los períodos de lucidez, ocultaba escrupulosamente su inteligencia, vivía aislado de todos, y aparentaba manías estrañas, poniéndolas como una barrera entre él y los demás. Medio maniático y medio misántropo, tan pronto era bufon á sabiendas como real y verdaderamente insensato.

El único á quien se mostraba sin máscara

y á quien descubria los tesoros de ternura filial que habia en el fondo de su corazon, era á su anciano padre, pobre viejo cuya vida se iba consumiendo en la miseria.

Por lo que hace á Nicolás Trembl, el albino le profesaba un afecto sin limites; pero Juan Blanco, el infeliz á quien Dios habia negado hasta la forma humana, encerraba en su alma un orgullo indomable. Él mismo limitaba los beneficios del castellano y no aceptaba de él si no lo estrictamente necesario. Por lo demás, Mr. de La Tremlays, que estaba completamente engolfado en sus ideas de resistencia á las vejaciones de la corona, ignoraba hasta qué punto su antiguo servidor Mateo carecia de recursos. Habia dicho una vez para siempre á su mayordomo que no negase nada al hijo de Mateo, y descansaba en la exactitud de su criado.

Alain aborrecia á Juan Blanco y cumplia mal los generosos deseos de su señor: pero Juan Blanco se guardaba muy bien de quejarse. Cuando hallaba por casualidad á Mr. de La Tremlays en los senderos del bosque, le hablaba de Jorge á quien amaba con pasion y envolvia en misteriosas parábolas la espresion de las sospechas que habia concebido contra Hervé de Vaunoy.

Estas entrevistas tenian un carácter extraño. El señor y el vasallo se trataban de igual á igual, porque el primero se compadecia since-

ramente del segundo, y éste, que era fiel y adicto, pero escesivamente orgulloso, hallaba singular placer en utilizar su locura como una capa que le permitia prescindir de toda ceremonia.

Juan Blanco estuvo por espacio de media hora, poco mas ó menos, entregado á su acceso de delirio. El jóven saltaba y decia entre dientes:

— Soy el conejo blanco, el conejo...

Y al decir esto se reia amargamente.

En lo mas recio de su delirio, se detuvo de repente, y sus ojos encarnados perdieron su espresion de trasporte febril. Se asomó precipitadamente á la ventana y miró con ojos ávidos hácia el Foso de los Lobos.

En este momento Nicolás Treml y su escudero Judas salian del barranco y subian la cuesta. Juan salió aceleradamente de la cabaña, pero entretanto el castellano y su criado desaparecieron entre los árboles.

Hé aquí lo que habia mediado entre los dos.

## V.

### *El hueco de una encina.*

En el centro del Foso de los Lobos se elevaba un tronco de encina de dimensiones colosales que ostentaba sus altas y nudosas raices

sobre el plano inclinado de la cuesta. Sus ramas, corpulentas como árboles ordinarios, irradiaban en todos sentidos y formaban en cierto modo la llave de la bóveda de verdura que cubria aquella parte del barranco.

Acerca de este árbol gigante y de las dos torres que coronaban el talud meridional del barranco, circulaban en el país varias historias tradicionales. Decíase, entre otras cosas, que el árbol se elevaba directamente sobre un vasto subterráneo cuya entrada debia estar en los cimientos de una de las torres, ó en la pendiente opuesta del talud, ó en los trozos de pared que hemos mencionado. Como es muy propio de la apatía bretona, nadie habia pensado jamás en averiguar la verdad de estos rumores, y esto era causa de que todo el mundo estuviese persuadido de su exactitud. Solo estaban divididas las opiniones acerca del origen de aquellos subterráneos que nunca habian sido explorados. Unos decian que eran antiguos pozos de donde en otro tiempo se extraia mineral de hierro: otros rechazaban esta prosáica hipótesis y afirmaban que aquellas cuevas sin límites recorrian el bosque en todos sentidos y comunicaban con las del castillo de Boüëxis, donde la tradicion suponía uno de los centros de resistencia al contrato de Union, en el tiempo de la popular princesa Ana, cuyos actos son tan conocidos como adorada su memoria. Admitiendo esta segun-

da hipótesis, el subterráneo había sido un refugio ó un punto de reunion de los primeros conspiradores que en la Alta Bretaña adoptaron el nombre de Hermanos Bretones.

Sea esto lo que quiera, el que hubiera dudado de la existencia de estas cuevas hubiera sido considerando como un ignorante ó un insensato.

Ninguna señal denunciaba, sin embargo, su inmediacion y forzosamente debian estar situadas á gran profundidad, si se considera que la encina estaba casi en el fondo del barranco y sus raices debian penetrar á mucha distancia en la tierra. Su circunferencia era enorme, y aunque su follage lozano no mostraba ninguna señal de decrepitud, el tronco, completamente desprovisto de yema, solo se sostenia por la corteza. Dos anchos agujeros hacian practicable el interior que era como una sala donde podian sentarse cómodamente diez hombres.

Mr. de La Tremlays se reunió con su escudero al pie de esta encina.

El anciano estaba pálido. Los amargos pensamientos que cruzaban por su mente, se reflejaban en su rostro austero. Judas estaba vestido y armado como para un largo viage. Al acercarse su señor se levantó y mostróle con el dedo el cofrecillo de hierro.

— Bien está, dijo Nicolás Treml.

Se puso de rodillas junto al cofre, le

abrió, y sacando del pecho el pergamino firmado por Hervé de Vaunoy, le ocultó debajo de las monedas de oro.

— De este modo, murmuró volviendo á cerrar el cofrecillo, los Trembl, pobres ó ricos, podrán reclamar su herencia y la traicion será vencida, si es que la hay.

Judas no comprendia una palabra y se mantenía inmóvil y pronto á obedecer una orden cualquiera que fuese; pero sin anticiparse á ella.

Judas era hombre de robustos miembros y duras facciones. Sus pómulos angulosos salían bruscamente fuera del contorno de la mejilla y daban á su rostro el carácter de rudeza que presenta por lo comun el tipo breton. Llevaba los cabellos largos y su barba entrecana le rodeaba el cuello como un collar. Su traje, lo mismo que el de Nicolás Trembl, debía ser muy de moda cien años antes, y por la desmesurada longitud de su espada con puño de acero, se podia creer que no habia pasado aun el tiempo de los caballeros errantes.

En Bretaña el tiempo no vuela, camina; sus alas se entorpecen al nebuloso contacto de la atmósfera armoricana. Las costumbres resisten al tiempo, y ó se arrastran lánguidamente, ó permanecen inmóviles. En el momento en que escribimos esta historia hay aun entre París y cualquier ciudad del pais de Leon, de la Cornouaille ó del obispado de Rennes, la

misma distancia que existe entre la edad media y nuestra era, entre la resina y el gas, entre la carreta y el vapor; pero tambien hay entre una y otras la distancia que existe entre la poesia y la prosa, entre las agujas caladas de una catedral y los bastardos tejados de nuestros templos modernos, entre un noble caballero y un agente de bolsa.

Por lo que hace á la moral, Judas era uno de esos hombres honrados nacidos para la sumision pasiva, y que desde la infancia amoldan su voluntad á las leyes de un señor. Judas obedecia, y éste era su papel y su vocacion; pero su obediencia era afecto y fidelidad, y no servilismo. En nuestros dias no se conciben ya esos contratos tácitos é irrevocables que formaban un todo homogéneo del señor y del criado, reuniendo la fuerza de dos hombres subordinados á una voluntad única. La servidumbre envuelve la idea de abyeccion, y esta idea, sea ó no justa, pesa sobre toda una clase de nuestra sociedad; pero en aquellos tiempos en que el vasallage organizado subia del siervo al soberano por todos los escalones de un sistema completo y sin lagunas, el criado era, respecto del señor, lo que el señor respecto del rey. La comparacion consiguiente establecia proporcion, y toda comparacion escluye el desprecio absoluto.

En tiempos mas lejanos de nosotros, y cuando la caballería era una verdad, los hijos



de los nobles no calzaban de derecho las espuelas. Era preciso llevar la lanza de otro antes de ponerse una divisa en el escudo, y pasar por una verdadera *domesticidad*, para alcanzar el título mas espléndido que haya obtenido jamás hombre valiente ; el título de caballero. Ahora bien ; como ya hemos dicho, las costumbres son estacionarias en Bretaña, y vivaces los recuerdos. A principios del siglo que vió compilar la enciclopedia, y levantó un pedestal á Voltaire, ese hombre que ha puesto su talento malévolo y envidioso como un helado sudario sobre las creencias de mil quinientos años ; á principios de ese siglo, repetimos, los ritos feudales no se habian olvidado en Bretaña. Sus nobles, que no perdian nunca de vista las chimeneas ahumadas de sus castillos, no habian podido cambiar de ideas al contacto de las ideas modernas. Los vasallos eran vasallos en toda la estension de la palabra ; es decir, los términos de la gran progresion feudal.

Los criados eran vasallos.

No hay que estrañar, por consiguiente, que hagamos diferencia entre Judas y un servidor asalariado. Judas, aunque estaba dispuesto á obedecer pasivamente y sin discutir, conservaba incólume su dignidad de hombre. Su obediencia tenia el mismo origen, ya que no la misma importancia, que la adhesion de un caballero de la alta nobleza á la persona del rey.

Mr. de La Tremlays, despues de cerrar el

cofrecillo, dando dos vueltas á la llave, dirigió en derredor una mirada inquieta.

—¿Estamos solos? preguntó en voz baja; ¿completamente solos?

Judas registró minuciosamente los matorrales inmediatos.

—Estamos solos, respondió.

—Es que la vida y la fortuna de Trembl, prosiguió el anciano poniendo la mano sobre el cofrecillo de hierro, están aquí dentro: es que mi secreto, la esperanza de mi raza y la compensacion de mi sacrificio están ahí encerrados, y mi amigo mas íntimo correria peligro de muerte si me sorprendiera aquí en este momento.

—¿Debo retirarme? preguntó Judas.

—No; tú me perteneces y sé que perderias la vida antes de hacerme traicion.

Judas puso la mano sobre el corazon.

—Estais solo, repitió.

Mr. de La Tremlays dirigió otra mirada á los matorrales inmediatos y despues alzó los ojos.

—¿Qué es eso? preguntó al ver detrás de las torres arruinadas la choza de Mateo Blanco.

—No es nada, respondió Judas: el conejo blanco duerme y su padre se muere.

Una nube oscureció la frente del anciano caballero.

—¡Juan Blanco! murmuró.

El recuerdo de la escena ocurrida el dia an-

terior cruzó por su mente como una amenaza ó un mal presagio.

—El pobre mozo, dijo Judas, no disfruta de la simpatía de maese Alain. Dios sabe lo que será de él durante nuestra ausencia.

Nicolás Trembl entregó su bolsa de seda á Judas, que comprendió en el acto la idea de su señor, y arrojó dicho objeto por cima de los árboles. La bolsa diestramente dirigida fue á caer en el umbral de la choza.

—¡Ahora manos á la obra! dijo el caballero.

Con la ayuda de su escudero llevó el cofrecillo de hierro al hueco de la encina. Este escondrijo servía de almacén á Juan Blanco y contenía sus utensilios y muchas ramas de castaño. Judas tomó un pico y comenzó á cavar. Al cabo de una hora de trabajo, muy penoso á causa de la naturaleza del terreno, que estaba cruzado de raíces, el cofrecillo fue colocado en la escavacion y cubierto de tierra. Judas dejó las cosas en su estado primitivo con tanta destreza, que á no mediar una traicion no podia sospecharse que se hubiese removido la tierra.

El sol se levantaba en el horizonte y dirigia ya sus rayos por encima de los árboles.

—¡A marchar! dijo Nicolás Trembl: el camino es largo y tengo prisa de salir del paso.

El señor y el escudero volvieron á subir la cuesta á paso acelerado.

En este momento fue cuando Juan salió de

la choza y los vió. Dotado de una agilidad maravillosa no tardó en llegar al sitio donde había desaparecido Mr. de La Tremlays. Pero anduvo tanteando por entre los matorrales, y cuando llegó al camino trillado, oyó á lo lejos el galope de los dos caballos. Echó á correr otra vez, pero los animales iban como el viento y por mas que se esforzaba no podia ganar terreno. Entonces por una súbita inspiracion trepó á lo alto de una encina con la agilidad de una ardilla y llegó á la copa en pocos segundos. Desde allí vió dos caballos que corrían en direccion á Fougères.

— ¡Nicolás Treml! gritó con desesperacion.

El caballero volvió la cabeza y siguió su camino.

Juan Blanco formó con las manos una bocina y entonó la balada de Arturo de Bretaña.

Por un momento tuvo motivo para creer que este medio produciria el efecto apetecido. Nicolás Treml se detuvo indeciso, pero pasándose al fin la mano por la frente como para desechar importunos temores, hendió las espuelas en los ijares del caballo.

Juan Blanco bajó del árbol y se dirigió silenciosamente al Foso de los Lobos. Junto al umbral vió brillar á los rayos del sol un objeto entre los escombros. Era la bolsa de Nicolás Treml. Una lágrima humedeció los ojos de Juan Blanco.

— ¡Dios le guie! murmuró. Es bueno y cree obrar con razón.

Dicho esto se sentó en el umbral, y quedó pensativo.

— ¡Pobre Jorge! dijo después de un prolongado silencio: ¡solo y en manos de ese hombre!... Pero el conejo puede morder como el lobo por defender y vengar á los que ama, añadió después de una pausa.... Yo lo veré.

## VI.

### *El viage.*

La última voz que Nicolás Trembl oyó en sus dominios fue la de Juan Blanco, cuyo canto melancólico y amenazador le saludaba al partir como un funesto presagio. El anciano caballero tuvo que apelar á toda su fuerza de voluntad y á la obstinación propia del carácter breton, para desechar los tristes pensamientos que le asaltaban. Rechazó la imagen de Jorge, y continuó su camino.

Para que no comprendiesen su itinerario, después de haber caminado dos leguas en dirección á Coëtesson y al mar, retrocedió bruscamente, dió la vuelta á Vitré, cuya negra ciudadela absorbía los rayos del sol de Mediodía, y tomó el camino de Laval, dejando á la derecha los hermosos prados por donde serpentea el Vilain.

Entre Laval y Vitré, algo mas abajo de la aldea de Ernée, que ochenta años despues representó un gran papel en las guerras de la *Chuaneria*, se veian sobre un repecho dos trozos de poste, cuyas cabezas habian desaparecido. Estos dos postes estaban colocados á seis pies el uno del otro.

Nicolás Treml paró el caballo, y se quitó el sombrero. Judas Leker le imitó.

—Algunos pasos mas, dijo Mr. de La Trem-lays, y entramos en tierra enemiga;... ¡la tierra de Francia! Ahora que aun huellan nuestros pies el suelo de la patria, debemos rezar un *Ave Maria* á nuestra Señora de Mi-Foret.

Los dos viageros recitaron devotamente la oracion latina.

—En otro tiempo, repuso el anciano caballero, estos postes tenian cabeza. Este ostentaba el escudo de armiños timbrado con una corona ducal: el otro era de azur, con tres flores de lis, de oro. A este lado de la barrera habia un hombre de armas breton, y al otro uno francés.... Los soldados se miraban á la cara, y los emblemas se ostentaban con fiereza separados por la longitud de las lanzas: Dreux y Valois eran iguales.

—¡Tiempos gloriosos! dijo Judas suspirando.

—Dreux ya no existe. Borbon ha recogido su herencia y la Bretaña es una provincia, prosiguió Nicolás Treml. Pero Dios es justo, y dará fuerza á mi brazo.... Ven.

Los viajeros salvaron el antiguo límite de los dos estados, y siguieron su camino silenciosamente.

El viage fue largo. Pasaron por Laval, antiguo feudo de la Tremoille, por Mayenne, que dió su nombre al mas obeso de los Guisa, por Alenzon, que fué la herencia de muchos príncipes de Francia. En cada una de estas ciudades se detuvieron el tiempo necesario para dar descanso á los caballos.

—¿A dónde iremos? se preguntaba con frecuencia á sí mismo Judas Leker.

Pero nunca hacia la pregunta en alta voz. La voluntad de Nicolás Tremi era callar el objeto de su viage, y no debia él sorprender su secreto.

Su incertidumbre no debia durar mucho tiempo. Se dejaron atrás á Mortagne, á Verneuill y á Dreux, y en la mañana del sexto dia entraron por la verja dorada del parque de Versailles.

Versalles estaba ya abandonada, pero sus blancos portales de mármol conservaban aun el brillo de sus dias de gloria. Las estátuas, columnatas, urnas antiguas y ricos frontispicios, ostentaban aun el esplendor del última reinado. ¡Era tan reciente la viudéz de la ciudad real! La arena de los andenes conservaba aun la huella de los escarpines de raso y de los altos tacones, encarnados como las mejillas de una coqueta. Aun ha-

bia flores en los vasos, frases amorosas en la corteza de los árboles y surtidores de cristal en la boca risueña de las náyades de bronce. Pero la viudéz se ha prolongado por espacio de mucho tiempo: las flores se han marchitado; broncees y mármoles han adquirido la austera belleza de la antigüedad, y se acabaron los cantos, la alegría, los ondeantes penachos de los cortesanos y los lindos zapatos de las duquesas.

Cantemos, pues, al pasado, con el poeta:

«¡Oh, que soberbia se ostentaba Versalles en sus días puros de toda mancilla! ¡Sobre su frente brillaban estrellas de esperanza y prosperidad! Allí eran interminables los placeres y el regocijo: cada árbol tenía su atavío. Todo allí seguía la ley del señor, como cien caminos diversos conducen al mismo punto. Allí estaban amontonadas todas las grandezas, y si se veía el olimpo representado en las techumbres era para completar al gran rey.»

Nicolás Trembl y su escudero no eran hombres para ocuparse mucho de esculturas ni de surtidores de agua. Dirigieron al pasar una mirada distraída á todos estos dioses del paganismo que sonreían, tocaban la flauta ó bailaban coronados de racimos, y pasaron adelante.

Después de algunas horas de viage, llegaron al Sena.



— ¿Está muy lejos París? preguntó Nicolás Trembl á un hombre montado en un jaco.

El viagero se volvió y tendió el brazo en direccion al este. Mr. de La Tremblays, siguiendo la indicacion, descubrió en el horizonte un punto luminoso. Era el oro de la iglesia de los Inválidos, reflejado por los rayos del sol levante.

— Valor, amigo, le dijo á su escudero: hemos llegado al término de nuestra peregrinacion.

Judas respondió lacónicamente:

— Bien está.

Si los caballos pudieran hablar hubieran sin duda alguna manifestado su satisfaccion de una manera mas esplicita.

Al entrar en la ciudad, Nicolás Trembl hizo que le indicasen el palacio del regente y metió espuelas al caballo para llegar mas pronto. Se habia apoderado de él una especie de fiebre. Judas le seguia paso á paso. El semblante del leal escudero revelaba la mas viva curiosidad. ¿Qué tendria que ver con el regente Mr. de La Tremblays?

Este se apeó del caballo á la puerta del palacio real, y quiso entrar; pero los criados le impidieron el paso.

— Id á decir á Mr. Felipe de Orleans, dijo el caballero, que Nicolás Trembl quiere hablarle.

Los criados contemplaron el gótico atavío del anciano caballero, que llegaba completamente cubierto de una capa de polvo y volvieron la espalda soltando la carcajada.

El mas cortés de todos respondió:

— Monseñor está en su castillo de Villers-Cotterets.

Mr. de La Tremlays volvió á montar á caballo.

— ¿Alguno de vosotros, dijo, quiere conducirme á ese castillo?

La servidumbre del regente siguió riendo á mas y mejor.

— Buen hombre, exclamaron, las personas de vuestra especie no son admitidas en el castillo de Villers-Cotterets.

— Ese será algun campesino del Danubio, cuya hija habrá seducido monseñor, dijo cuchicheando un criado.

— No, pues yo creo, respondió un correo, que es el marido de alguna hembra gentil....

— ¡Es Virginio!

— ¡Es Menelao!

Judas echó mano á la empuñadura del espadon; pero su señor le contuvo con el ademán y volvió grupas: el insulto que viene de muy bajo se detiene en el camino y no se oye.

Mr. de La Tremlays hizo alto en una hostería que tenia por muestra las armas de Bretaña. Sin quitarse siquiera las botas hizo lla-

mar al hosterero y le pidió un guía que le condujese al instante á Villers-Cotterets.

El asombro de Judas llegaba á su colmo. La curiosidad reprimida le ahogaba, y no pudiendo al fin contenerse, tomó la palabra:

—¿Señor, dijo con timidez, por lo que veo teneis gran deseo de ver á Felipe de Orleans?

—¡Y tú me lo preguntas! exclamó Nicolás Trembl con energía.

Al oír esta contestacion no tuvo límites la sorpresa de Judas.

—¡Qué me caiga muerto, murmuró hablando consigo mismo, si sé lo que mi señor tiene que hacer con el regente!

Nicolás Trembl oyó estas palabras, y asiendo del brazo á su escudero, le dijo:

— ¡Quiero matarle!

Judas se reconvino á sí mismo por no haber adivinado una cosa tan natural.

— Enhorabuena, dijo.

Y volvió á recobrar su acostumbrada tranquilidad de ánimo.

En este momento apareció el huésped acompañado de un guía.

## VII.

### *El bosque de Villers-Cotterets.*

La magnífica casa de recreo del regente Felipe de Orleans tenia aquel dia un aspecto

mas risueño que de costumbre. Sus palafreneros caracoleaban en los patios en torno de las carrozas; los caballos de montar piafaban y se mostraban impacientes como llamando á sus ginetes, y las inmediaciones del peristilo estaban ocupadas por un egército de pages, cazadores y lacayos con brillantes libreas.

El regente estaba aun sentado á la mesa. Este príncipe, cuyo interregno ha suministrado asunto para tantas comedias insípidas y novelas de baja esfera, no tenia las reales costumbres de los primogénitos de Borbon. Entre los gustos fastuosos de Luis XIV habia elegido los que mas le cuadraban y limitaba sus pasiones á dos: la mesa y el amor. Su corte exhalaba el tufo de la orgía; en los encages de sus favoritos habia manchas de vino, y fue quizá el único príncipe que haya estado en su sitio sobre las tablas mal frecuentadas de nuestros teatros.

Luis XV tuvo los defectos que todos saben: pero al menos la embriaguéz no le hizo nunca tropezar y caer en el arroyo.

La regencia fue una época de prosperidad para la caza de los bosques de la corona. Felipe de Orleans no cazaba, y preferia con mucho las mullidas almohadas de una carroza, á la crin y al cuero de la silla de montar. Paseaba ordinariamente despues de beber, y en estas ocasiones solia tener necesidad de un respaldo.

Como todas las cosas tienen fin el regente acabó de comer. Los cortesanos y las damas bajaron entre oleadas de terciopelo y raso la escalinata del castillo. Todos estaban, como es de suponer, de muy buen humor. No habia una sola boca de rosa que no mostrase una sonrisa provocadora, ni una peluca empolvada que no oscilase graciosamente, mientras su dueño pronunciaba un chistoso juego de palabras ó disparaba una declaracion erótica besando un guante perfumado. Era aquello un delicioso punto de reunion, una adorable confusion de marquesas entre dos vinos y de vizcondes saturados de Madera. Es verdad que los collarines estaban algo ajados y los peinados un tanto cuanto derruidos; pero la moral quedaba siempre á salvo, toda vez que el reverendo Guillermo Dubois, abad de una multitud de abadías y á quien ya se proclamaba cardenal en expectativa, santificaba con su presencia la amable ceremonia.

Mad. de Carnavalet, que tenia el honor de ser distinguida por el regente hacia tres veces veinticuatro horas, subió la primera á la carroza.

Esta fue la señal.

Los carruages se llenaron de lindos rostros, los caballos de montar caracolearon al sentir el peso de los ginetes y se abrió la puerta principal del patio.

Por extraordinario Felipe de Orleans no

habia ocupado su carroza, y probaba un magnifico caballo que le habia enviado la reina Ana de Inglaterra, regalo que apreciaba especialmente por su origen británico: porque el regente era inglés de corazón.

Todos los historiadores convienen en que Felipe de Orleans tenia un rostro muy bello, y sus retratos corroboran este aserto. Cuando queria prescindir de sus modales descuidados y sus hábitos de tronera vulgar, todos echaban de ver en él al descendiente de reyes, y podia hacer el papel de príncipe.

Aquel dia estaba de buen humor: montó á caballo con elegancia y partió en el acto la calbagaña.

Entre el bosque salvaje de Rennes y las espesuras artísticamente recortadas de Villers-Cotterets, habia una gran diferencia. Tambien en este último punto se veian grandes bosques inundados de opacas sombras, encinas gigantes y espesuras cubiertas donde podia estraviarse un ejército; pero en todas partes se adivinaba la mano del hombre.

Feliz el terreno á quien la suerte le depara un príncipe por dueño. Cuando la mano del señor puede prodigar el oro, la naturaleza se modela y se embellece, sin perder nada de su agreste esplendor. Los inmensos andenes se cesan á lo lejos, formando recodos caprichosos, ó seguian hasta perderse de vista una línea recta sus dos hileras de troncos esbeltos,

como una inmensa columnata formada para sostener una bóveda de verdura.

Entre los dos paisajes fuerza es confesar que el de Bretaña no llevaba la ventaja. El bosque de Retz está sembrado de parages admirables, y al bajar los sombríos senderos que conducen al valle, se viene á la imaginacion el paraiso terrestre. Cuando se mira desde los puntos elevados, el horizonte se dilata y adquiere la estension que falta por lo comun á los paisajes bretones.

Por otra parte, el pobre bosque de Rennes no podria apostar mas que algunos castillejos desconocidos, ó la ignorada torre de alguna iglesia de aldea, al real alcázar, construido por los Valois, y á la noble abadía de Premontré.

Hacia una hora que la cabalgata habia dejado la avenida de Villers-Cotterets, y caminaba lentamente. Los caballeros caracoleaban junto á las ventanillas de las carrozas que rodaban silenciosamente sobre el césped de los andenes.

Felipe de Orleans platicaba con Mad. de Carnavalet, la cual por la otra ventanilla miraba al gallardo Mr. de Nancre.

De repente aparecieron dos caballeros en un recodo del camino, y se colocaron en medio cerrando el paso. Eran dos hombres de elevada estatura y de atléticas formas. Su traje,

que en nada se parecia al que se usaba en aquella época, estaba cubierto de polvo.

El mas viejo de los desconocidos se volvió á un campesino montado en un rocin que le servia de guia, á distancia respetuosa, y le preguntó en alta voz:

—¿Cuál de esos hombres es el duque de Orleans?

El campesino señaló con el dedo al príncipe y echó á correr.

El desconocido se fue en derechura al regente que retrocedia por instinto, y puso mano á la espada.

Los cortesanos, que al pronto se habian quedado suspensos á causa de la sorpresa, corrieron á colocarse delante de su señor. Mad. de Carnavalet, que habia pensado desmayarse, recobró los sentidos, á fin de ver mejor.

—¿Quién sois? preguntó el regente despues de un momento de silencio.

—Soy Nicolás Tremblay de La Tremlays, señor de Boulexis en Foret, respondió el caballero.

—¿Y qué quereis?

—Batirme en singular combate con el regente de Francia.

Estas estrañas palabras fueron pronunciadas en tono firme y grave exento de toda fanfarronería.

Los cortesanos se miraron unos á otros y acudió á sus labios una sonrisa silenciosa.



La curiosidad de las damas estaba en gran manera interesada en el lance, y lo contemplaban con la ansiedad de una representación dramática.

Para las mugeres todo es espectáculo.

Y en efecto, era una escena singular y muy capáz de causar asombro, la que ofrecían aquellos dos hombres, fantasmas de otro siglo, pero fantasmas vigorosos, amenazadores, intrépidos, en medio de aquellos favoritos de semblante afeminado: aquellos espadañes con tazas de hierro, entre las elegantes espadas de paseo; aquellas chupas de tela grosera sin cintas ni bordados, en medio de tanto oro y terciopelo.

Parecía que la Bretaña del siglo XV salía de la tumba y venía á pedir satisfacción de la conquista á los biznietos de los conquistadores.

Felipe de Orleans experimentó en los primeros momentos cierta inquietud; pero había ya diez gentil-hombres entre su persona y el breton, y olvidó su temor pasagero.

—Ese hombre está loco, dijo riendo y va á asustar á las damas; que le echen de aquí.

La órden era esplicita, pero la espada de Nicolás Trembl era larga. Los gentil-hombres no se daban mucha prisa.

El anciano se quitó lentamente el guante de piel de búfalo que podía pesar una libra.

— ¡Acabemos! murmuró el regente con impaciencia.

— ¡Acabemos! repitió gravemente Nicolás Trembl... — ¡Felipe de Orleans, regente de Francia, por segunda vez le provocó á singular combate!

Diciendo esto Mr. de La Tremblays des-  
envainó la espada.

Los gentil-hombres hicieron lo mismo, y las damas hallaron la comedia muy de su gusto.

— ¡Vosotros sereis testigos! repuso Nicolás Trembl en voz alta y solemne: no pudiendo acusar al rey, que es un niño, acuso al regente de Francia por el pecho con que abruma á la provincia de Bretaña, que es libre de impuestos: y para probar la verdad de lo que digo, reto á duelo singular y á todo trance. Si Dios permite que sucumba, la Bretaña solo habrá perdido uno de sus hijos: si salgo vencedor recobraré sus legítimos privilegios.

— ¡Un combate en palenque cerrado! murmuraban los cortesanos que no estaban muy lejos de tomar á risa la aventura. ¡Un combate entre su alteza real y el señor Nicolás!... La idea vale cualquier cosa.

El regente no reía.

Por lo que hace á las damas, que tomaban la aventura por lo novelesco, admiraban ya en aquel momento el austero rostro del

anciano, y se hacian partidarias de su barba blanca.

— ¡Y bien! repuso Nicolás Trembl en cuyos ojos brillaba la indignacion: regente de Francia, ¿no respondeis?

Despues de estas palabras reinó un silencio profundo, y á todos asaltó el presentimiento de un suceso extraordinario. En el momento en que Felipe de Orleans abria los labios para ordenar resueltamente á sus gentil-hombres que separasen al breton, éste adivinó su intento y se volvió á su escudero.

— Ten á raya á esos hombres, dijo friamente.

Judas dirigió su robusto caballo hácia la muchedumbre de cortesanos, que rechazados con vigor irresistible, se separaron á derecha é izquierda.

Por espacio de un segundo, de uno solo, Felipe de Orleans y Nicolás Trembl se hallaron frente á frente. Este breve espacio de tiempo bastó al anciano para levantar su pesado guante de búfalo y arrojárselo al rostro al regente de Francia, gritando con voz estentórea:

— ¡Por la Bretaña!

Treinta espadas amenazaron á un tiempo su pecho. Las damas pudieron desmayarse, porque el desenlace escedia sus esperanzas.

Felipe de Orleans se puso pálido al recibir el sangriento ultrage. Echó mano á la espada

como el último de sus gentil-hombres y acometió al agresor.

Pero se detuvo en el camino. La cólera no hacia presa en aquella organizacion, en que la cabeza dominaba completamente al corazon. Se acercó á Mad. de Carnavalet que se hacia la muerta, é hizo como que la socorria.

Entretanto se habia empeñado entre los dos bretones y la comitiva de su alteza un combate cuyo desenlace no parecia dudoso. Los gentil-hombres del príncipe, que aunque disolutos habian conservado su nativa generosidad, pròcuraban desarmar á sus adversarios sin matarlos.

Al cabo de algunos minutos, Nicolás Trembl fue derribado del caballo y atado á un árbol.

El breton no pronunció una palabra y se quedó con la cabeza erguida, delante de su vencedor.

Judas tenia aun la espada en la mano. Estaba cercado por todas partes, pero no vencido.

Mr. de La Tremlays, juzgando inútil prolongar la batalla, le hizo una seña de lejos. Judas arrojó al instante el arma á los pies de sus adversarios que se apoderaron de él en el acto.

En este momento las facciones del anciano caballero, que hasta entonces habia mostrado una calma estóica, reflejaron de repente el

mas acerbo dolor. Acababa de cruzar por su mente un recuerdo: habia visto á Jorge sonriendo en la cama.

Hasta aquel momento le habia sostenido y alentado una estravagante esperanza: habia creido obligar al regente á salir con él al campo y decidir espada en mano los destinos de la Bretaña: habia contado con el insulto supremo, creyendo que los príncipes á quienes suponía caballeros ante todo, no podían vengar un ultrage sino apelando al juicio de Dios. La fiebre habia pasado y comprendía ya su situacion. Como sucede siempre, despues de una derrota, agolpábanse á su mente mil siniestras ideas: sentía nacer en su corazon una duda sobre la lealtad de su pariente Hervé de Vaunoy, y esta duda, apenas concebida, fue tomando proporciones inmensas, hasta presentarse terrible como una realidad.

Creía oír la voz amenazadora y lejana del pobre albino, y aquella voz le anunciaba la ruina de su raza.

Miró con desaliento á Judas y se arrepintió de haberle hecho rendir la espada.

—Recoge el arma, amigo, gritó: pasa por encima de esos barbilindos y vete á velar por el niño.

Judas obedeció como siempre. De la primera sacudida se desasíó de las manos que le sujetaban; pero el gentío habia aumentado y criados y palafreneros ausiliaban á la corte.

Judas quedó vencido y al caer dirigió á su señor una mirada de respetuosa tristeza.

— ¡No he podido! murmuró como disculpándose de una desobediencia.

Nicolás Trembl dobló la cabeza.

— ¡Pobre Jorge! exclamó, Dios me castigue y tenga compasion de él.

Mad. de Carnavalet, conceptuando que su desmayo se habia prolongado suficientemente, recobró los sentidos. El regente dió la señal de retirarse.

Por el camino mostró la mas amable jovialidad: pero al subir el peristilo del castillo se acercó al abate Dubois y pronunció el nombre de la Bastilla. Dubois se inclinó en señal de obediencia.

Era la sentencia de Nicolás Trembl y de Judas, su leal escudero.

## VIII.

### *Túnela.*

Algunas horas despues de la estraña batalla que hemos referido, Mr. de La Tremlays y su escudero fueron encerrados en la Bastilla.

Es de creer que el anciano haria reflexiones bastante tristes cuando pasó el umbral de su infausta fortaleza. En cuanto á Judas se puede afirmar que no reflexionaba.

Cualesquiera que fuesen sus angustias, Ni-

Nicolás Trembl era demasiado orgulloso y demasiado fuerte para darlo á conocer en el semblante. Subió sin decir palabra la negra escalera de la Bastilla y entró en su calabozo como si entrara en su salon del castillo de La Tremlays, con la frente erguida y el rostro sereno.

Pero el diablo no perdió nada con esto. Una vez solo el anciano caballero dió rienda suelta á su desesperacion. Se acusó de haber abandonado á Jorge y casi maldijo su inútil patriotismo. Su empresa se presentaba á su imaginacion bajo su verdadero punto de vista. Su breve conocimiento de la corte habia cambiado el curso de sus ideas. Comprendia, aunque tarde, que su tentativa, que aun en los tiempos de la caballería hubiera sido temeraria, era en el siglo XVIII un acto de demencia.

—Éra por la Bretaña, repetia el anciano por via de consuelo.

Pero esta reflexion no le consolaba.

Su dolor y su arrepentimiento hubieran sido mucho mas amargos á saber lo que ocurría en su castillo de La Tremlays. En efecto, Hervé de Vaunoy no hacia las cosas á medias. Algunas palabras de Nicolás Trembl, en la última conversacion que habia tenido, le abrieron los ojos y le hicieron adivinar, poco mas ó menos, el objeto del repentino viage de su pariente. Con esto le bastaba para conjeturar lo demás.

Dejó pasar una semana. Al cabo de este

tiempo consideró el regreso de Nicolás Trembl como muy problemático por lo menos, y procedió de una manera consecuente con esta idea. La mayor parte de los antiguos criados del castillo fueron despedidos, y Vaunoy no conservó mas que á los que habia conseguido ganarse de antemano, y á Alain el mayordomo, que era su confidente en algunas ocasiones.

Vaunoy habia cambiado de carácter completamente. Hacia dos años que pensaba noche y dia en la posesion del rico dominio de Trembl, y de repente veia su sueño realizado. Ayer no poseia mas que su capa raida de hidalguelo: hoy se despertaba mas opulento que ningun miembro de la alta nobleza bretona. Habia para trastornar el cerebro de un ambicioso, y el de Vaunoy no resistió á la prueba.

Es verdad que, bien considerado, su opulencia no tenia nada de positivo. En manos de Vaunoy el castillo y sus dependencias no era sino un depósito, y su carácter era el de un fideicomisario. Pero para quien conoce la aguja de marear, el papel de fideicomisario puede ser muy fecundo. Los hombres son mortales, y los pupilos están espuestos á la infinidad de azares deplorables que amenazan constantemente nuestra pobre humanidad. Es fácil morir de calenturas, de sarampion, por no comer, por comer demasiado: es fácil ser comido de lobos, ahogarse, y Dios sabe cuántas cosas.

Mas adelante vienen los desafíos, las cai-



das montando á caballo, y el amor que fue la perdicion de Troya.

Todos estos accidentes son causa de que el pupilo de un fideicomisario hábil llegue raras veces á la mayor edad cuando la herencia es de consideracion.

Pues bien, Mr. de Vaunoy era un hombre muy hábil, solo que como estaba muy impaciente por disfrutar sin obstáculo de su inesperada fortuna, no hizo gran caso de las eventualidades que acabamos de enumerar. En rigor el niño podia salir victorioso de todos estos azares, y Mr. de Vaunoy no queria de ningun modo correr los riesgos de este peligroso albur.

Los bretones son generalmente buenos y generosos, pero cuando se dan á la maldad, los traidores de melodrama son ángeles comparados con ellos. Nada les detiene, y los medios que ponen en juego son brutales y diabólicos.

El lector podrá juzgar en breve.

Vaunoy siguió tratando á Jorge como al hijo querido y respetado de su señor, porque queria crearse un apoyo con el afecto del niño para el caso temible en que Mr. de La Trem-lays volviese inesperadamente algun dia.

Pasó un mes y luego otro: Hervé habia limpiado el castillo de toda la servidumbre que conservaba afecto á la sangre de Trem-l. Sin embargo, habia un fiel servidor á quien no ha-

bia podido despedir, y era Job, el perro favorito de Nicolás Trembl.

En vano los criados, armados de látigos, perseguían á Job hasta gran distancia por el bosque: el perro volvía otra vez. Cuando Hervé le creía muy lejos le volvía á encontrar por la noche sentado junto á la cuna de Jorge. El perro velaba, y no podemos asegurar que sin la presencia de este valeroso guardian, el heredero de Trembl hubiera pasado las noches sin peligro, á juzgar por las estrañas miradas que Mr. de Vaunoy dirigia con frecuencia á la cuna en que reposaba su primo.

No era Job el que velaba por Jorge: otro protector cubria al niño con su égida misteriosa. Con el oro de Nicolás Trembl Juan Blanco habia aliviado los dolores de su padre, y no trabajaba. Durante el dia se entregaba al sueño ó recorria los alrededores del castillo: por la noche subia á uno de los árboles del parque cuyas largas ramas rozaban con las ventanas del aposento donde Jorge dormia, y estaba allí de centinela hasta la mañana.

Hervé lo habia amenazado algunas veces, diciéndole que se guardase de la carabina de su montero; pero Juan Blanco sabia correr por la verde copa de los árboles como un marinero por los aparejos del buque. No temia las balas y habia dicho:

— ¡Yo lo veré!

## IX.

### *El estanque de La Tremlays.*

Seis meses hacia que Nicolás Treml había marchado á París, y nadie sabia en Bretaña el paradero del anciano.

Los habitantes del bosque le lloraban porque era buen amo, y rogaban á Dios por el reposo de su alma.

Una tarde de otoño, Hervé de Vaunoy se echó al hombro la escopeta y tomó de la mano á Jorge, dirigiéndose al estanque de La Tremlays. Job iba detrás siguiendo á Jorge. De vez en cuando Hervé de Vaunoy miraba con la cola del ojo al fiel animal, y esta mirada anunciaba intenciones nada satisfactorias.

Jorge corria por el césped cogiendo flores y sus rubios cabellos ondeaban acariciados por la brisa de la tarde.

El estanque de La Tremlays está al Oeste, á un cuarto de legua del castillo. Su forma es la de un gran trapecio cuyos tres lados apoyan sus orillas, cubiertas de alisos, sobre un terreno sembrado de matorrales, mientras el cuarto, cortado en forma de escarpado talud, tiene en su cima un grupo de pinos. Desde el punto central de este talud, que se vence sobre el lago á causa de antiguos desprendimientos, sale casi horizontalmente el tronco robusto de una

encina negra, cuyas largas ramas penden sobre el agua y cubren la cuarta parte de la anchura del estanque.

Enfrente de esta encina y á algunas toesas de las últimas ramas, el agua tiene mayor profundidad. En el resto del estanque crecen á flor de agua grandes matas de juncos, poblados á principio del invierno de infinidad de aves acuáticas.

En la orilla occidental del estanque de La Tremblays, existe hoy un apequeña aldegüela con capilla y molino; pero en la época en que ocurrieron los sucesos que referimos, aquel sitio estaba completamente desierto, y era raro el transeunte que turbaba la tranquilidad de los ánades y becasinas.

Mr. de Vaunoy abrió el candado de un barquichuelo, colocó á Jorge en uno de los bancos y se alejó de la orilla.

Sin que le convidasen á ello Job salvó de un brinco la distancia y se echó á los pies del niño.

Despues de remar algunos momentos hasta llegar al medio del estanque, Mr. de Vaunoy montó su escopeta y dirigió en torno una mirada de cazador novicio.

Un ánade mostró la cabeza entre las matas y Hervé hizo fuego.

La esplosion del arma sobresaltó á Job, y el olor de la pólvora dilató sus narices. Le-

vantóse al instante y fijó la vista en las plantas donde Vaunoy habia dirigido el tiro.

—¡Búscalos.... búscalos! dijo Vaunoy con dulzura.

Ya sabeis la historia de la gata convertida en muger: aparece un raton y Minette le sigue en pos á cuatro patas. Job, escitado en su instinto, saltó del barquichuelo, dejando á Jorge asustado por la esplosion.

—¡Búscalos.... búscalos! repitió Mr. de Vaunoy cargando otra vez la escopeta aceleradamente.

El perro buscaba, pero no encontraba el ánade, cuya salud no habia sufrido el menor deterioro.

Mr. de Vaunoy cebó otra vez la escopeta.

—Mira qué encina tan grande, Jorge, dijo al niño.

Mientras Jorge se volvia salió el tiro. Job dió un aullido lastimero y cayó muerto entre las matas.

—Detrás de las hojas de la encina, dijo el niño, he visto una figura blanca que nos miraba.

Vaunoy dirigió una rápida mirada entre las ramas del árbol, pero no vió nada.

—Mira otra vez, dijo con voz melosa.

Y añadió entre dientes:

—Lo que es ahora ya no volverá ese maldito animal.

—¡Ah! exclamó Jorge; allí está otra vez la figura blanca.

Vaunoy estaba en esa disposicion de ánimo en que el hombre se espanta de su misma sombra. La noche tendia su manto con rapidéz. Contó con la vista las hojas de la encina negra, y no vió cosa alguna.

Sin duda el niño se habia equivocado.

La mano de Hervé temblaba, sin embargo, al depositar la escopeta en el fondo del barquichuelo para tomar los remos. Vaunoy se dirigió lentamente hácia el punto del estanque que ya hemos indicado, frente á la gran encina. En aquel sitio el agua tranquila y sombria arunciaba una gran profundidad.

Vaunoy cesó de remar y apoyó la cabeza en la mano. Su respiracion era fatigosa y corrían de su frente gruesas gotas de sudor.

Cuando levantó los ojos habia cerrado completamente la noche. Por dos ó tres veces tendió el brazo para asir á Jorge, y lo volvió á retirar. Al fin hizo un violento esfuerzo:

— Y ahora, dijo con voz ahogada, ¿no ves la figura blanca?

El niño volvió la cabeza.

— Si, respondió; ¡allí está!

Al decir estas palabras Vaunoy le asió por detrás y lo precipitó en el estanque.

En el momento mismo una forma blanca apareció en efecto entre el follage de la encina; pero Vaunoy hacia fuerza de remos para salir á la orilla y no pudo verla.

La luna, que se levantaba sobre el horizon

te, envió sus primeros rayos por encima de la espesura, é iluminó el pálido rostro de Juan Blanco.

En el momento en que Vaunoy llegaba á la orilla el albino se deslizó como una culebra á lo largo de una rama flexible que se doblaba con el peso y venia á caer á flor de agua. Con la ayuda de los pies imprimió á la rama el movimiento de una honda, y abriendo las manos de repente se arrojó muy cerca del sitio donde Jorge habia desaparecido.

Vaunoy oyó sin duda el ruido que hizo al caer, pero acosado por el supersticioso terror que sigue al crimen y lo castiga, se tapó los oídos y huyó despavorido.

Al cabo de algunos segundos Juan Blanco volvió á la superficie sacando al niño desmayado.

El semblante del albino mostraba una expresion de gozo delirante cuando tocó la orilla. Echó á correr estrechando convulsivamente al niño entre sus brazos y no paró hasta que estuvo á gran distancia del castillo de La Tremlays.

— Estaba yo allí, decia riendo, y sabia que harian daño al señorito.... Ahora es mio; me lo he ganado.... Estaba yo allí para que el fuerte no matase al débil, como en la balada de Arturo de Bretaña.

Los que conocian al pobre Juan Blanco hubieran visto en estas palabras entrecor-

tadas el síntoma precursor de un acceso de locura. El mismo comprendía vagamente que se acercaba una tempestad intelectual, y al punto desapareció su alegría.

El jóven hizo alto en medio de uno de los caminos del bosque y colocó á Jorge sobre el césped de un talud.

La atmósfera estaba fria: la escarcha se desprendía en abundancia de las copas de los árboles medio despojados de sus hojas. Jorge permanecía inmóvil: sus miembros estaban rígidos y helados y una lívida palidéz cubria su lindo rostro.

—Es preciso que se despierte, murmuraba Juan Blanco abrigándole en su seno: es preciso, ¡Virgen Santa! despertadle.

Diciendo esto se quitó su chupa de pieles de conejo cosidas y se sirvió de él para envolver el cuerpo transido del niño. Su pecho jadeaba y sus ojos miraban en torno con mirada vaga. Juan Blanco luchaba contra el acceso de locura que comenzaba á invadir sus facultades intelectuales.

—¡Virgen Santa! gritó al fin con desesperacion; dadme el tiempo necesario para despertarle y hago voto...

Una carcajada irresistible interrumpió esta ardiente invocacion. Guiado por la última chispa de inteligencia se quitó del pecho una medalla de cobre que tenia grabada la imagen venerada de nuestra Señora de Mi-Foret y se



la puso al cuello á Jorge que seguia inanimado.

Un momento despues, exaltado por su febril acceso, corrió dando zancadas, riendo y cantando á internarse en lo mas espeso del bosque.

El niño quedó solo al amparo de nuestra Señora.

El acceso de Juan Blanco fue largo, por lo intenso de la emocion que lo habia provocado: por espacio de mas de una hora corrió por la espesura repitiendo su extraño estrivillo:

— Soy el conejo blanco;... ¡el conejo!

Pasado este período de tiempo se calmó la fiebre. El albino recobró sus facultades mentales y el recuerdo de Jorge volvió á presentarse de repente á su imaginacion.

Echó á correr atropellando cuantos obstáculos hallaba al paso y encontrando el camino por una especie de instinto, llegó al anden en pocos minutos. Su corazon palpité de gozo al ver que un rayo de la luna, atravesando el ramage, alumbró un objeto blanco sobre el talud.

— ¡Jorge! gritó.

El niño no respondió.

Juan Blanco salvó en dos brincos la distancia que le separaba del talud y cayó de rodillas.

— ¡Jorge! repitió.

Y como el objeto blanco permaneciese in-

móvil, Juan le tocó. Era una chupa de pieles.

El niño había desaparecido.

## X.

### *La velada.*

Veinte años mas pesan mucho sobre la cabeza de un hombre; pero para el conjunto de las cosas creadas, aparte del hombre mismo; es decir, para la porcion mas grande y duradera de la naturaleza, veinte años pasan como el soplo de la brisa que roza y no hiere.

Veinte años trascurridos han puesto desconocidos á los personajes de nuestra historia. El niño se ha hecho hombre, el hombre anciano y el anciano ha dejado de vivir.

Pero el castillo de La Tremlays se eleva todavía firme y altanero al extremo del anden de encinas gigantes.

Se han muerto algunos árboles en el bosque, otros brotan del suelo y crecen llenos de sávia en busca del ardiente sol que calienta la bóveda de follage. El Foso de los Lobos ha conservado sus toldos sombríos, y la hueca encina sostiene valerosamente la pesada carga de sus ramas colosales.

Los dos molinos vacilan y amenazan ruina como en otro tiempo, y apenas se perciben los restos insignificantes é indignos de atencion

de la pobre choza de Mateo Blanco que se ha arruinado completamente.

Por lo que hace al estanque de La Tremlays conserva las mismas aguas dormidas y la misma abundancia de plantas acuáticas sobre las cuales se calcinan los huesos de Job, el perro fiel de Nicolás Treml.

Estamos en el otoño del año 1740 y hay velada en las cocinas de Mr. Hervé de Vauvoy y de La Tremlays, señor de Bouëxis en Foret.

La cocina es una gran pieza cuadrada, con cuatro ventanas altas. Delante de la chimenea, cuya campana puede contener un número considerable de personas, hay abierta de par en par una ancha puerta de encina, forrada de hierro. Cinco ó seis troncos de árbol arden en el hogar y combinan la roja llama con la tétrica luz de dos teas.

Sobre la maciza mesa que ocupa el centro de la cocina, una hilera de jarras metódicamente alineadas exhala un fuerte olor de cidra. Entre la ceniza se cuecen criadillas de tierra y á uno y otro lado de la llama hay puestos á asar media docena de trozos de tocino.

Excusamos la descripción de los hornillos, cazos, cucharones, marmitas, espumaderas y demás útiles que amueblaban la cocina.

Hay veinte personas sentadas bajo la campana de la chimenea. La mayor parte son cria-

dos ó criadas de Vaunoy : dos ó tres son forasteros , á quienes se ha concedido hospitalidad.

A fin de no faltar á la galantería francesa, hablaremos en primer lugar de las mugeres.

Junto al escabel de tres pies, y tan cerca del fuego, que la punta de sus abarcas se carbonizan , está sentada la Sra. Goton Rehou, ama de gobierno de La Tremlays. Si se ha de dar crédito á la crónica del bosque , la buena señora habia pasado alegremente la juventud; pero hacia de esto cuarenta años, y en la actualidad Mad. Goton fuma su pipa corta ennegrecida por el uso con toda la gravedad que conviene á una matrona de su calidad.

A su lado, y alejándose gradualmente del hogar, están sentadas las criadas del castillo, y hasta la camarera de la señorita Alix de Vaunoy. Esta última falta evidentemente á la etiqueta, alternando con semejante sociedad; pero es fuerza matar el tiempo, y por otra parte Ivon, el mozo de las jaurías, es lo que se llama un buen mozo.

Al otro lado de la chimenea están alineados los mozos.

Andrés el guarda , Simonnet , Corentin y otros muchos , que seria prolijo enumerar , y que suprimimos en obsequio á la brevedad.

Bajo la campana de la chimenea, y enfrente de la Sra. Goton Rehou , está sentado un hombre del bosque, que ha recibido hospitalidad en La Tremlays por algunas horas.

Este individuo merece una descripción particular.

Desde luego se ve que es carbonero. Cubre su semblante una costra negra, que toma una tinta más clara en los puntos más salientes del rostro, como las máscaras de bronce. Sus ojos, cuyos párpados están inflamados, parece que teman el ardiente resplandor del hogar, y buscan refugio detrás de la negra mano. Por lo demás, está vestido como los habitantes del bosque; gorro de lana de mezcla, chupa larga en forma de paletó, calzon corto, medias azules y zapatos con hebillas de hierro.

Su estatura es problemática. Sentado parece pequeño; pero cuando se levanta para tomar una jarra y beber, sus luengas piernas le aumentan de repente la estatura. Su complexión revela más agilidad que fuerza, y nadie sabría determinar su edad.

Hace quince años que el carbonero Pelo Rouan anda por el bosque.

Descritos ya nuestros personajes, escucharemos su conversación, pues á la verdad estamos muy desorientados en un castillo en donde no hemos puesto los pies en veinte años.

Renée, la camarera de la señorita Alix de Vaunoy, platica en voz baja con Ivon, el cual está componiendo el látigo y tejiendo una trailla, destinada á dejarse sentir en los lomos de los perros.

Andrés el guarda unta con aceite la llave de su escopeta de chispa.

Corentin construye con galantería una pala de lavandera para Ana, la vaquera.

La conversacion no se ha generalizado todavía.

Ha dado las seis la campana cascada de la torre. El viejo Simonet, gefe del lagar, ha estrujado devotamente los versículos del *Ave Maria*, y por espacio de algunos momentos ha reinado un profundo silencio, durante el cual los unos han orado y los otros lo han aparentado.

Cuando fue de su agrado romper el silencio, la Sra. Goton hizo la señal de la cruz y revolvió con precaucion la ceniza de la pipa.

— Los dias pasan, dijo la vieja.

Todos reconocieron implicitamente la verdad de la observacion.

— Vendrá el fin del mes, prosiguió el ama de gobierno, y encenderemos otra vez la tea para rezar el *Ave Maria*.

— Es verdad, dijo Simonet.

Y todos repitieron en tono de conviccion:

— Los dias pasan, ¡es una verdad!

La Sra. Goton saboreó por un momento la general aprobacion.

— Maese Simonet, repuso en seguida, ya que sois tan complaciente, dadme acá la jarra; tengo la lengua abrasada.

En vez de una jarra pasaron diez de mano

en mano, y todos bebieron copiosamente.

—Famoso y capaz de resucitar á un muerto, exclamó la vieja, paseando voluptuosamente la lengua por los labios despues de beber. Como la cidra del otoño que viene sea tan buena como la de este año, no habrá mas que pedir.... ¿No es verdad?

Esta era otra proposicion de éxito seguro. Todos respondieron afirmativamente, y el gefe del lagar bebió otro trago para demostrar la sinceridad de su opinion.

—Por lo que hace al año que viene, dijo, ¿quién sabe lo que sucederá? De aquí al otoño caerá mucha leña muerta en el bosque, y nuestro señor dice que los tiempos que corren son tiempos de peligro.

Renée cesó de hablar con Ivon y levantó la cabeza con inquietud.

—¿Se teme por ventura un ataque de *Lobos*? murmuró.

Al oír esta pregunta el carbonero medio cerró los ojos y dirigió en torno una mirada furtiva.

—¡Los Lobos! repitió Simonet dando un puñetazo sobre la mesa. ¡Si estuviera yo en la pelleja del Sr. lugar-teniente del rey, no meterían miedo por mucho tiempo esos malditos bandidos! ¡Pues nó me han quemado el magnífico lagar de *Boüexis-en-Foret*!

—Y á mí me han robado las vacas, añadió la vaquera.

—Y á mí me han devastado la perrera, dijo Ivon.

—Y han robado mas caza de la que mata en tres años nuestro señor, exclamó el guarda.

—¡Y á mí me han muerto las gallinas!

—¡Y á mí me han pisoteado las verzas! gritaron á coro los diversos funcionarios del castillo.

La Sra. Goton llenaba la pipa con gravedad y no decia esta boca es mia. Pelo Rouan el carbonero dormia, al parecer, arrimado á la chimenea.

—¡Oh! ¡malditos bandidos! repuso el coro, por encima del cual se oia la voz sobreaguda de la camarera.

Goton encendió la pipa y despidió tres horribles bocanadas de humo.

—Veinte años há, murmuró, el señor de La Tremlays se llamaba Nicolás Treml, y entonces los que llamais lobos eran corderos. La miseria les ha aguzado los dientes.

Estas palabras fueron acogidas con un murmullo de desaprobacion.

Los Treml eran buenos señores, dijo Simonet con la reserva de un viejo cortesano que habla de un rey caido en el seno de una corte nueva;—no se puede decir lo contrario; pero los lobos son bandidos y no hay nadie que los defienda mas que vos, Sra. Goton.

Una sonrisa imperceptible asomó á los labios de Pelo Rouan. La vieja levantó con dignidad la cabeza.



—Maese Simonet, respondió, yo no defiendo á los Lobos que harto saben defenderse á sí mismos; digo que son bretones, y nada mas; y que hay personas, mas valientes al lado del fuego que en la espesura.

La sonrisa del carbonero se dibujó con mas vigor, y los criados del castillo quedaron mortificados al oír esta acusacion de cobardía disparada á quema ropa.

—¡Paciencia, paciencia! dijo al fin Simonet: pronto debe llegar de París un valiente oficial del rey á tomar el mando de los gendarmes de Rennes, y proteger el convoy de los fondos del impuesto que ha de cruzar el bosque. Esos lobos condenados han muerto al último capitán...

—¡Que se ande con tiento el nuevo! interrumpió la Sra. Goton.

—¡No parece sino que lo deseéis! exclamó con acritud Renné la camarera.

—Amiga mia, respondió Goton con ironía, soy vieja y hecho de menos los antiguos tiempos. Creedme, conversad con Ivon y recordadle que antes de correr en amable compañía por la espesura es bueno pronunciar algunas palabras delante del Sr. cura en la iglesia parroquial de Liffré.

Renné se puso encarnada y no respondió. La conversacion iba á concluir ó á cambiar de asunto, cuando Pelo Rouan, que sin duda tenia sus razones para ello, se restregó los ojos como si despertara y dijo:

—¿He soñado, maese Simonet?... ¿No habeis dicho que iba á venir otro capitan para poner á raya á esos lobos... que Dios confunda?

—Eso he dicho, amigo, y esa es la verdad. Mientras los Lobos no han hecho mas que saquear á Mr. Vaunoy, la corte de París no ha visto en ello nada de particular; pero los bandidos, como todo el mundo sabe, han ido hasta Rennes á atacar á la luz del dia la casa del Sr. intendente. Interceptan el impuesto....

—¡Qué lástima! interrumpió la incorregible Goton con sarcástica sonrisa.

—¡Son unos valientes bribones! dijo Pelo Rouan con naturalidad; ¿pero sabeis cuándo llega ese oficial del rey que decis?

—Se le está esperando, buen hombre.

Levantóse Pelo Rouan, tomó una jarra y llevándola á la boca, dijo con cierto aire bonachon, en el cual la vieja Goton creyó notar sus puntas de ironía:

—¡A la salud del capitan!

—¡A su salud! respondió la servidumbre de La Tremlays.

## XI.

### *Flor de retama.*

Pelo Rouan al dejar la jarra sobre la mesa añadió como complemento del brindis.

—¡Y al esterminio del Lobo Blanco y de sus lobeznos!

—¡En hora buena! dijo la vieja Goton despues que todos aplaudieron el caritativo brindis del carbonero: Pelo Rouan es un pobre hombre del bosque. En él es un rasgo de valor el maldecir en alta voz al Lobo Blanco que es fuerte y poderoso y que dispone de mil brazos para egecutar sus órdenes; y digo que es un rasgo de valor, porque ahora mismo va á tomar su baston y á internarse de noche en los dominios de los Lobos. ¡En hora buena!... No le deseo mal á Pelo Rouan.

—Gracias, señora, dijo lentamente el carbonero; yo por mi parte os deseo bien.

Pelo Rouan era un hombre singular. Mientras hablaba de este modo miraba fijamente á Goton y la línea encarnada de sus párpados se agitaba á la luz del hogar. Su mirada revelaba una gratitud mayor de la que merecia la observacion del ama de gobierno.

Por otra parte debemos decir desde luego que la mayor parte de las acciones de aquel hombre eran difíciles de esplicar. A veces se podia presumir que caminaba lenta y sistemáticamente hácia un fin misterioso; pero pronto se perdía la pista y el espía mas sagáz y obstinado no hubiera podido hacer presa en su conducta.

Nadie pensaba tampoco en espíarle. ¿Para qué? Sus frecuentes visitas á la la casa de

Mr. de Vaunoy, enemigo personal y encarnizado de los Lobos, alejaban toda idea de connivencia con ellos, y solo esta connivencia pudiera dar alguna fuerza á un hombre colocado en tan baja esfera de la escala social.

Hacia quince ó diez y seis años que Pelo (Pedro) Rouan habia ido á establecerse en el bosque de Rennes, llevando consigo una niña de corta edad. Ordinariamente estaba sola y huia al parecer de la sociedad de sus semejantes. Se habia construido una pequeña choza en el sitio mas desierto del bosque y un horno subterráneo en el que hacia el carbon necesario para su subsistencia y la de su hija.

María tenia ya la estatura de una muger, y se habia hecho muy bella; pero no lo sabia. Muchos dirán que esta última asercion encierra una imposibilidad absoluta: nosotros, sin embargo, no sostenemos lo dicho.

María, hija de la soledad solo tenia valor contra el peligro, la vista de un hombre la turbaba y la asustaba. Cuando sonaba la trompeta de caza en los andenes María hacia como los ciervos: se ocultaba entre las matas. Los galantes hidalgüelos del pais jamás habian podido acercarse á ella lo suficiente para decirle una flor y acariciarle la mejilla, como es uso y costumbre de todos los hidalgüelos desde la mas remota antigüe-

dad: nunca habia llevado al castillo quesos frescos en una banasta, ni manzanas, huevos ó leche como se practica hoy en el teatro real de la Opera cómica, ni bailaba, ni era una florista de Mad. de Genlis, de esas que miran sus púdicos atractivos en el cristal de las fuentes, ni una graciosa del teatro de Mr. de Marmontel, de las que discurren acerca de Dios, la naturaleza y otros asuntos.

Era una hija del bosque sencilla, pura y medio salvaje; pero en cuya organizacion se hallaba el gérmen de todo lo que es notable, gracioso, poético y bueno.

La espresion general de su rostro era un compuesto de esquisita afabilidad y de exaltada sensibilidad. Sus rasgados ojos azules eran apacibles y profundos y la sonrisa de sus labios calentaba el alma como un rayo del sol. Sus pálidas mejillas se destacaban sobre dos torrentes de rizos dorados, muelles, flexibles, elásticos, que ondulaban cada vez que movia la cabeza y jugueteaban sobre sus hombros cubiertos con modestia. El color de sus cabellos hubiera desesperado á un pintor, porque las tintas de que puede disponer el arte son á veces insuficientes; pero esto solo prueba que el hombre no ha sabido robar mas que la mitad de la paleta celeste.

En María esta vaguedad indefinible era un atractivo mas: sus facciones delicadas, pero de contorno atrevido, aparecian suaves y co-

mo veladas debajo de esta indecisa aureola. Sus cabellos hacian el efecto de esa nube mística de rayos suaves con que los pintores de la edad media adornaban la frente divina de la Madre de Dios.

María era como su padre: amaba la soledad. Cuando no estaba en la choza ocupada en tejer canastos de madreselva que Pedro Rouan vendia en las ferias de Saint Aubin du Cormier, vagaba sola y pensativa por los senderos extraviados del bosque.

El viagero se detenia muchas veces á escuchar una voz pura y semejante á las de los ángeles que cantaba la balada de Arturo de Bretaña, de que hemos hablado en la primera parte de esta historia. Los que se acordaban del pobre Juan Blanco pensaban en él al oír su cantinela favorita: la mayor parte saboreaban la música sin evocar el recuerdo del albino, porque eran muchos los que cantaban esta balada que aduerme á los niños en todas las chozas del pais de Rennes.

Por lo demás los viageros oian casi siempre á María como se oye al ruiseñor: sin verla. Así que veía á un extraño su instinto de salvaje timidez le obligaba á huir. La espesura se agitaba un instante y volvía á reinar el silencio.

María era lista y vivaracha, y hubieran corrido largo tiempo tras ella antes de alcanzarla.

Sin embargo, algunos la habían visto, y la fama de su belleza sin rival había volado por el país. No sabían su nombre, porque Pedro Rouan no permitía que le hicieran preguntas, sobre todo cuando se trataba de su hija, y María se quedaba muda cuando un hombre le dirigía la palabra.

A causa de esta ignorancia y por un resto de la caballeresca poesía que por tanto tiempo ha florecido en el suelo de Bretaña, escogían para designar á María los nombres de las flores mas lindas. Su existencia misteriosa era causa de que los jóvenes del bosque hablasen de ella con frecuencia.

Andando el tiempo la costumbre deshojó esta guirnalda de graciosos sobrenombres y quedó uno solo que aludía al color de los cabellos de María.

La llamaron *Flor de Retama*.

Pelo Rouan dejaba á su hija en completa libertad, y ésta usaba de ella naturalmente y con el mismo abandono con que se respira, sin imaginar que pueda hacerse lo contrario. Por otra parte el carbonero, aun siendo tal su voluntad, no hubiera podido vigilar muy atentamente á la jóven, pues hacia largas y frecuentes escapatorias, cuyo motivo era un secreto para la misma María.

Algunas veces el horno de Pedro Rouan estaba apagado por espacio de semanas en-

teras; pero cuando volvía trabajaba dos veces mas y recuperaba el tiempo perdido.

Nadie era admitido en la choza. De vez en cuando iban á buscar á Pelo Rouan por la noche. En estos casos los que necesitaban del carbonero, por razones que no sabremos decir, llamaban á la puerta de cierto modo. Pedro salia y María, que estaba acostumbrada á estas visitas, no paraba mientes en ello.

Sin embargo, un dia, estando ausente Pedro Rouan, pasó un estrangero el umbral de la choza inhospitalaria. Era un bello jóven y Flor de Retama no tuvo miedo. Su corazón palpitó con violencia y el color de la púrpura reemplazó las delicadas tintas de sus mejillas; pero la choza paterna le parecia de repente menos ahumada, los árboles mas verdes y el cielo mas limpido entre los claros de las ramas.

Sintió que la vida circulaba por sus venas con mas vigor.

Desde aquel dia sus errantes paseos tuvieron un objeto y siempre encontraba al gallarda jóven que le daba un beso en la mejilla y se sentaba junto á ella al pie de una encina.

Solo los cervatillos y algun zorro observador hubieran podido decir el asunto de sus prolongadas conversaciones; pero el bueno de La Fontaine habia muerto y los animales ya no sabian hablar.

Esto duró algunos meses. Despues se mar-



chó el jóven dejando su recuerdo en el corazón de María, á quien dejaba pura como si fuera su hermana.

El jóven se marchó y la gente del bosque vió otra vez á Flor de Retama en la espesura. La jóven caminaba al azar con la cabeza inclinada sobre el pecho y cantando melancólicamente la balada de Arturo de Bretaña.

Pelo Rouan no le preguntaba la causa de su tristeza, porque la habia adivinado.

Entretanto continuaba la velada en la cocina del castillo de La Tremlays.

Despues de haber pronunciado el brindis con que comienza este capítulo, Pelo tomó el baston, como lo habia anunciado el ama de gobierno; pero en vez de marchar, sacudió lentamente la pipa y se colocó, de espaldas al fuego, enfrente de Mr. Simonnet.

—Y... ¿se sabe su nombre? dijo aparentando indiferencia.

—¿El nombre de quién?

—Del capitan.

—El amo lo sabrá quizá, respondió Simonnet.

—Bien es verdad que cualquiera que sea su nombre debe ser un buen servidor del rey, y eso es lo principal.... ¿Se alojará en el castillo?

—O en casa del Sr. intendente real.

Pedro Rouan vaciló un momento, antes de hacer otra pregunta.

—Es muy justo, repuso, todos se disputarán el gusto de recibir á un valiente oficial y á los soldados destinados á la persecucion de malhechores.

Dicho esto se dirigió hácia la puerta. Al pasar junto á Ivon le estrechó furtivamente la mano y dirigió á Corentin una mirada de inteligencia.

—Buenas noches, dijo, maese Simonnet y la compañía.

Al poner la mano sobre el picaporte, resonó un aldabazo en la puerta exterior. Pedro se detuvo. Algunos minutos despues dos hombres embozados entraron en la cocina. Los anchos bordes de sus fieltros les ocultaban el rostro casi completamente. Sin embargo, uno de ellos hizo un movimiento y la luz del hogar iluminó parcialmente sus facciones.

Pedro Rouan se estremeció al verle y en vez de salir se ocultó con presteza en el hueco de una puerta.

## XII.

### *En el bosque.*

Los forasteros eran ambos de elevada estatura y de robustos miembros, segun la apariencia. El que habia llamado la atencion de Pedro Rouan estaba en todo el vigor de la juventud. Su rostro era bello y su figura elegante.

El otro mostraba bajo las alas del fieltro sus cabellos entrecanos y mas de sesenta años sobre los hombros.

—Quien quiera que seais, dijo Simonnet empleando la fórmula armoricana, seais bien venidos. ¿Qué pedis?

El mas jóven de los dos forasteros separó la capa con el codo y mostró el uniforme de capitan de la fuerza destinada á la persecucion de malhechores.

—Quiero hablar á Mr. Hervé de Vaunoy, respondió.

—¡El capitan que esperábamos! dijeron cuchicheando los criados de La Tremlays.

Renée, la camarera de la señorita Alix, se arregló con presteza los pliegues del vestido, y las otras mugeres, menos listas, se limitaron á ruborizarse inmoderadamente.

Por lo que hace á Pelo Rouan se llegó á la puerta sin hacer ruido, despues de dirigir otra mirada de inteligencia á Ivon y á Corentin.

—¡Ah! ¡con que el capitan nuevamente nombrado es él!.... murmuró lentamente y muy pensativo.

Y diciendo esto se internó en los senderos del bosque.

Maese Simonnet adoptó su ademan grave y solemne, á fin de desempeñar convenientemente su oficio de introductor, en reemplazo de maese Alain, el mayordomo, que se iba haciendo viejo y dormia ordinariamente á aque-

llas horas, despues de embriagarse con aguar-diente.

Quitóse el gorro y guió á los forasteros al salon de recibir, donde se hallaban Hervé de Vaunoy y su familia.

Mientras cruza el vestibulo y el salon retrocederemos algunas horas y nos reuniremos con los dos forasteros desde el momento en que dejan la ciudad de Vitré para entrar en el bosque.

Aparte de que éste es un medio muy sencillo de conocerlos, asistiremos tambien con ellos á algunos pequeños incidentes que nos importa no pasar desapercibidos.

Como el lector habrá podido comprender, el viejo de la barba entrecana llenaba las funciones de criado del capitan. Era un hombre en cuyo semblante estaba retratada la honradéz y la austeridad. Su cuerpo ligeramente encorvado era lo único que anunciaba fatiga ó padecimientos; porque su frente no tenia arrugas, y su mirada serena denotaba la mas perfecta tranquilidad de ánimo.

En cuanto al capitan echábase de ver en sus labios una sonrisa serena y agradable, y en sus ojos una osadía indomable, franca jovialidad y una especie de reflejo de cordial lealtad. Difícil hubiera sido encontrar un talle mas elegante que el suyo, un continente mas gallardo, cuando montaba su hermoso caba-

llo y mas gracia para llevar el belicoso uniforme que vestia.

Tenia de veinticinco á veintisiete años.

El criado se llamaba Judas Leker: el amo Didier á secas.

El leal escudero de Nicolás Trembl no habia cambiado mucho en los veinte años transcurridos. Los padecimientos habian resbalado sobre su corazon como el tiempo sobre la dura corteza de su rostro. Aun se tenia firme sobre el caballo, y no hubiera sido muy agradable recibir un revés de la tizona moderna que habia sustituido su luenga espada con taza de hierro.

Serian las dos de la tarde cuando Didier y Judas pasaron los primeros árboles del bosque. El pálido sol de otoño bañaba el amarillento follage, y el casco de los caballos se hundia á cada paso en el blando tapiz que Noviembre estiende á los pies de los árboles.

Judas respiraba al parecer con avidéz una atmósfera conocida, y saludaba cada tronco de árbol con mirada amistosa y casi filial.

Hacia veinte años que Judas no habia visto el bosque de Rennes.

Por el camino el señor y el criado seguian una conversacion comenzada.

—¡A fe mia que era un viejo valiente, ese Nicolas Trembl! exclamó Didier, interrumpiendo una larga historia que le referia Judas:— me gusta su guante de búfalo que pesaba una

libra y hubiera querido ver el gesto que puso el regente.

—El regente nos encerró en la Bastilla, respondió Judas suspirando.

—En conciencia era lo menos que podía hacer.

—Nicolás Trembl, que en paz descanse, era ya muy viejo, y además pensaba sin cesar en el niño...

—¿En qué niño? interrumpió otra vez Didier.

—En Jorge Trembl, que á estas horas debe ser un valiente soldado, si conserva en sus venas una gota de la buena sangre de sus padres.

La historia decaía y Didier bostezó.

Judas prosiguió de este modo:

—Pues como iba diciendo, pensaba en el niño que se habia quedado en el pais sin protector y sin apoyo. Vejez y disgustos son demasiadas cosas á la vez, señorito. Nicolás Trembl bajó á la madre tierra, y me ordenó al morir que me encargase de Mr. Jorge. Esto fue hace tres años.

—¿Y qué ha sido de ese Jorge?

—Dios lo sabe... Yo fui puesto en libertad dos años despues de la muerte de mi señor. No tenia dinero, y á no encontrarme con vos por un favor de la Providencia en ocasion en que buscabais un criado para el viage, no sé cómo hubiera vuelto á Bretaña... ¡á mi querida Bre-

taña! añadió Judas vertiendo lágrimas de alegría.

Didier se paró y le tendió la mano.

—Eres un excelente hombre, dijo, y te quiero por el respeto que tienes á la memoria de tu señor y el cariño que te inspira tu país. Si quieres no me dejarás nunca.

Judas tomó respetuosamente la mano que le tendió el capitán.

—Yo bien quisiera, murmuró meneando la cabeza, lo juro á fe mía, porque hay algo en vos que me recuerda la franca lealtad de Treml... Pero estoy consagrado al niño y soy breton. ¿No me habeis dicho que veniais á aniquilar los últimos restos de la resistencia bretona?

—Sí tal... algunos centenares de locos furiosos. Cuando la rebelion se siente débil, se inclina al latrocinio. Vengo á castigar bandidos.

Judas reprimió un ademan de cólera.

—En mi tiempo, murmuró, los señores de la cofradía bretona no merecian ese nombre.

—Es verdad... Las gentes de que hablas no eran mas que monomaniacos obstinados... pero los Hermanos Bretones se han hecho Lobos.

—¿Lobos? repitió Judas sin comprender.

—Ellos mismos han elegido este salvaje apodo. No es á la Bretaña, sino á los Lobos, á los que vengo á combatir de orden del rey.

Judas no quedó persuadido con esta sutil distincion, y se limitó á contestar:

—No sé lo que hacen los Lobos, pero son bretones y sois francés.

—¡No hablemos más de eso! exclamó jovialmente el capitan. En cuanto á la cuestion de saber si soy francés ó no, es cosa que no puedo decir... Bebe un trago, amigo.

Diciendo esto dió su caramañola de viage á Judas, que esta vez no tuvo ninguna objecion que hacer.

—Y ahora, repuso el capitan, orientémonos. Hé aquí un sendero que debe conducir á Saint-Aubin-du-Cormier...

—Es mi camino, respondió Judas, y vamos á separarnos aquí... ¿Porque creo que vais á Rennes?

—Voy al castillo de La Tremlays.

Judas se estremeció y quedóse pensativo.

—Debeis haber venido otra vez á este pais, dijo despues de un momento de silencio, porque lo conoceis casi tan bien como yo... ¿Sin duda no es la primera vez que vais al castillo de La Tremlays?

—Tal vez, repuso el capitan, como eludiendo una contestacion mas categórica.

—Si habeis ido, continuó Judas cuyas facciones espresaban una gran curiosidad, debeis haber visto á un jóven... gallardo mozo por cierto, heredero de esos nobles dominios.... y úni-



co vástago de una raza tan vieja como la Bre-  
taña.

—¿Y se llama?

—Jorge Treml.

Estas palabras llamaron la atención del  
capitan. Por primera vez asoció el nombre de  
Treml al del castillo, y comprendió que el an-  
ciano caballero cuya triste historia acababa de  
oir, era el señor de La Tremlays.

—Nunca he visto á ese jóven, respondió.

### XIII.

#### *El capitan Didier.*

Judas se quedó por un momento como ater-  
rado.

—¡Dios mio! dijo para sí; ¿qué habrán hecho  
del señorito?

El capitan se habia quedado pensativo.  
Quizá conocia bien á Mr. de Vaunoy y co-  
menzaba á surgir una duda en su alma sobre  
la suerte del heredero de Treml.

—Mi camino está trazado, repuso Judas, y lo  
andaré.... Señor, añadió en tono solemne á  
causa de la emocion, apelo á la nobleza de  
vuestra cuna para que me presteis ayuda.

El capitan sonrió melancólicamente.

—¡La nobleza de mi cuna!... dijo.

—¡Hacedlo por vuestra madre!.... repuso  
Judas.

—¡Mi madre! replicó el capitán: vaya, muchacho, tú te has equivocado. ¿Qué estás ahí diciendo de títulos y de madre?... Pero soy oficial del rey, y esto equivale á ser noble: te prestaré mi ayuda.

—¡Gracias, gracias! exclamó Judas. En cambio soy vuestro, caballero, vuestro de todo corazón. Ahora tened la bondad de separaros un poco del camino, que ya volveremos juntos al castillo.

El capitán siguió á Judas. Anduvieron por espacio de un cuarto de hora por el camino que conduce á la aldea de Saint-Aubin-du-Cormier, y Judas volvió despues á la izquierda, internándose de repente en un espeso soto.

Despues de caminar unos cien pasos Didier paró el caballo.

—¿A dónde me llevas? le preguntó.

—Al sitio donde Nicolás Treml, mi señor, al marchar á París escondió la esperanza y la fortuna de su raza.

—¿Luego tienes gran confianza en mí?

Judas vaciló un instante.

—Os confiaria mi vida, dijo al fin; pero el tesoro de Treml no me pertenece. Teneis razon, mas vale que yo solo guarde el secreto.

—Y mas vale tambien que yo no me interne en esa espesura, sabiendo que al otro lado está la guarida de los Lobos.... Podrian mordermé.... Anda, aquí me encontrarás.

Apeóse Judas y se internó á pie en el soto.

por el cual en otra ocasion hemos visto caminar á Nicolás Trembl cuando llevaba en el bolsillo el acta firmada por su primo Hervé de Vaunoy.

Cuando estuvo solo el capitán se apeó tambien, tendióse en el césped, y dió rienda suelta á su pensamiento. Su meditacion fue placentera. Oficial de fortuna, y colocado, gracias á su mérito, en un puesto que sus iguales no alcanzaban antes de peinar canas, veia delante de sí un porvenir de color de rosa.

Su mision en Bretaña no dejaba de tener importancia y esperaba dominar fácilmente á aquel puñado de hombres intrépidos, pero sencillos y groseros, que se oponian todavía al pago del impuesto, molestaban á los súbditos sumisos del rey, y llevaban á veces su insolencia y su audacia al extremo de poner las manos en los fondos del gobierno.

Aparte de este interés político su llegada al país de Rennes tenia para él un interés particular que no ocultaremos al lector.

No era la primera vez que Didier visitaba la Bretaña. El año anterior habia pasado seis meses en Rennes en calidad de gentil-hombre de monseñor el conde de Tolosa, gobernador de la provincia, quien le habia hecho entrar despues en un regimiento de mosqueteros, del cual habia salido con el grado que tenia.

De rostro bello y gallardo continente, tierno de corazon, aunque inconstante y ligero, no

habia carecido de aventuras en la capital bretona, donde las damas eran tan compasivas como bellas. Esta última cualidad la conservan aun hoy, y en cuanto á la primera no podremos dar noticia exacta á los curiosos.

Durante su permanencia en Rennes Didier anduvo revolando como una mariposa, de la morena á la blanca, y llevó una vida como convenia á su carácter alegre.

Habia tenido veinte queridas, y al cabo del año que acababa de trascurrir le habian quedado dos recuerdos, siendo de notar que estaban consagrados á las dos únicas mugeres que habia respetado su victoriosa galantería.

La primera era la señorita Alix de Vaunoy de La Tremlays, jóven de singulares dotes, cuyo bello rostro era menos bello que su entendimiento, y el entendimiento menos bello que el corazon. Didier la habia visto en el palacio del gobernador que durante su permanencia en la provincia reunia en torno suyo una especie de corte.

El jóven la amó. Alix no se tomó la molestia de ocultar la aficion que le tenia, y sus relaciones, sin salir de los límites de la mas estricta moral, hubieran tenido á los ojos de la gente cierta publicidad.

Solo Mr. de Vaunoy daba muestras de ignorarlo ó por lo menos de no darse por entendido; lo cual no dejaba de asombrar á todos. Era público, en efecto, que Vaunoy tenia

pretensiones muy altas respecto al casamiento de su hija única, y que habia puesto sus miras nada menos que en Mr. Bechameil, marqués de Naintel, intendente real del impuesto y uno de los mas opulentos capitalistas que habia á la sazón en Europa.

A pesar de esto, Vaunoy, que al principio habia mirado con singular desden al oficial, le atrajo en breve á su casa y le obsequió lo mismo que á los herederos de las familias mas poderosas. A no ser por una circunstancia de todo punto insignificante para el público, hubieran podido observar que este estraño cámbio habia coincidido con la adquisicion hecha por Vaunoy de un individuo llamado Lapierre, criado del Sr. gobernador. Pero en realidad no parecia probable que este pequeño accidente de antecámara hubiera podido influir de ningun modo en la conducta ulterior de Mr. de La Tremlays.

Como quiera que sea, una noche, al salir Didier de casa de Vaunoy, engolfado en amorosas imaginaciones, fue atacado en la calle por tres matones que le pusieron en conflicto. Didier no llevaba mas arma que su espada de baile, pero hizo buen uso de ella, y los tres matones hubieron de tomar la fuga, no sin algunos rasguños.

Didier volvió á entrar herido en el palacio y el asunto no tuvo consecuencias, porque el conde de Tolosa dejó á Rennes algunos dias despues.

El segundo recuerdo del capitán Didier, aunque mucho más humilde, estaba más profundamente arraigado en su corazón. Era una rubia niña del bosque, á quien había vuelto á ver muchas veces en sueños.

Una cabeza de ángel en un cuerpo de sílfide.

En aquel momento pensaba en ella, tendido en el húmedo césped y entregado á sus quimeras.

El nombre de María desterraba de sus labios el de Alix, y era la graciosa imagen de *Flor de Retama* la que sonreía en el fondo de su pensamiento.

Soñaba todavía, y soñaba amor, como conviene á todo gallardo capitán. En aquel momento no existían para él ni los Lobos, ni el impuesto, ni la próxima batalla.

—¡Si viniera! murmuró penetrando con ávida mirada en las sombrías profundidades de la espesura.

Lo que más fácilmente podía *venir* en aquel momento era alguna bala despedida por la carabina de algún Lobo, pues se había echado sobre la capa y estaban de manifiesto los bordados de su uniforme.

Pero hay un Dios para los enamorados. Una voz dulce y lejana respondió á su evocación. El joven aguzó el oído. La voz se acercaba cantando la balada de Arturo de Bretaña.

Didier saboreaba deliciosamente aquella voz y aquella melodía que le eran ya conocidas; pero esperaba, obedeciendo á una especie de refinamiento sentimental. Los glotones no se apresuran á llevar á la boca un manjar delicioso, y la espectacion tiene tambien sus atractivos.

A medida que la voz se acercaba las palabras se oian con mas claridad. *Flor de Retama* cantaba el siguiente pasage de la balada popular en que Constanza de Bretaña comienza á desesperar de volver á ver á su desgraciado hijo.

Traduciremos el dialecto de los campesinos de Ille-et-Vilain.

En vano al hijo querido  
la triste madre angustiada  
espera; en vano á los cielos  
eleva ardiente plegaria.—  
¡Dios mio! esclama la triste,  
¿á dónde está mi adorada  
prenda, mi amor, mi ventura,  
el hijo de mis entrañas?...

María estaba á pocos pasos de Didier, pero aun no se veian á causa de la espesura del soto.

El capitán contenia el aliento. María prosiguió, repitiendo, segun costumbre, los últimos versos á guisa de estrivillo:

¡A dónde está mi adorada  
prenda, mi amor, mi ventura,

el hijo de mis entrañas!  
¡Arturo!... ¡ay triste!... la ausencia  
es viento de la esperanza....  
La triste madre los ojos  
en llanto acerbo anegaba.

Este cantar respira tan profunda y tierna melancolía que el trovador que lo hace oír á un rústico auditorio, puede contar de antemano con una ovacion de lágrimas. La última estrofa brotó de los labios de María como un gemido armonioso, cual si estuviera identificada con el sentido de las palabras.

—¡Flor de Retama! murmuró Didier sin poderse contener por mas tiempo.

La jóven le oyó y de un brinco salió de la espesura. Al pronto no vió nada á causa de la emocion que le turbaba la vista. Cuando vió por fin al capitan le flaquearon las rodillas y cayó alzando al cielo sus rasgados ojos azules.

#### XIV.

*Donde el Lobo Blanco comienza á enseñar  
el hocico.*

Didier tomó en brazos á Flor de Retama y la colocó á su lado sobre el césped. La pobre niña era tan feliz que no hallaba palabras en sus labios, y contemplaba en silencio al gallardo capitan que acariciaba su rubia cabellera.



Ambos se hablaban de amor con los húmedos ojos. La cuna compacta que les ocultaba el cielo, los envolvía en su sombra, y algunas veces, cuando el viento agitaba las ramas iluminaba su semblante un rayo del sol.

Era un cuadro de los que raras veces puede trazar el pincel; uno de esos cuadros que acaricia y sueña el poeta en las horas privilegiadas en que la poesía eleva su mente.

Después de algunos minutos de silencio, Flor de Retama sacudió de repente su lengua cabellera de oro y se puso á mirar con gozo infantil el nuevo uniforme de Didier.

—¡Qué bello estás! exclamó, ¡qué bello estás y cuánto te amo!

Didier le tomó la blanca mano y la llevó á sus labios.

—¡Tú has crecido, María, respondió, y estás mas linda que nunca.

María no ocultó el gozo que le causaban estas palabras.

—¡Tanto mejor! exclamó: pues mira, he llorado, y las lágrimas afean á las jóvenes.

—¿Y por qué has llorado, María?

—Porque los senderos desiertos del bosque me hablaban de ti y de tu ausencia, porque el césped habia reverdecido en los sitios donde solias sentarte, porque mi padre me decia que no volverias.

—¡Tu padre! repitió Didier con asombro: pues qué, ¿sabia?...  
... que me hablaban de ti y de tu ausencia...

—¡Lo sabe todo! dijo la jóven poniéndose pensativa: no es posible evitar la vigilancia de Pelo Rouan... ¡Lo sabe todo!

Didier guardó silencio y se quedó también pensativo.

—¿Pero es que nos espiaba? preguntó al cabo de un momento.

—¿Quién puede decir lo que hace Pelo Rouan? dijo María con énfasis. Ha sabido eso, porque lo sabe todo. Cuando te fuiste me besó en la frente y me dijo: Niña, es fuerza olvidarle: es francés y los franceses engañan á las jóvenes. Son cobardes y embusteros.

Didier se puso encarnado y frunció las cejas.

—Pelo Rouan no ha mentido nunca, prosiguió María, y tuve miedo... Pero ya estás aquí... y mi padre se ha engañado. ¿No es verdad que me amas?

Sería inútil trasladar al papel la contestación de Didier.

El tiempo pasaba entretanto y los jóvenes continuaban sentados el uno junto al otro, con los brazos enlazados y engolfados en esa dulce palabrería que saben los enamorados y que no tiene sentido trasladada al papel.

Entretanto Judas Leker buscaba por la espesura el camino que debía seguir. Al principio le costó mucho orientarse, porque no había sendero que penetrase por la selva; pero así que anduvo unos cien pasos vió con sor-

presa una multitud de caminitos que cruzaban en todos sentidos y que al parecer conducían á un centro comun.

Siguió uno de estos senderos y no tardó en llegar al borde del salvaje barranco, que ya conocemos con el nombre de Foso de los Lobos.

A mas de estos caminos escondidos que no existian en otro tiempo y que positivamente anunciaban la proximidad de una numerosa reunion de hombres, el sombrío aspecto, del pais ageno, no habia cambiado en lo mas mínimo.

La misma soledad reinaba al parecer por aquellos contornos.

Judas bajó, asiéndose á las ramas, la pendiente del barranco y llegó al fondo, cerca del sitio donde se hallaba la hueca encina. La fisonomía del leal escudero respiraba tristeza. Sin duda pensaba en aquel momento que la última vez que habia visitado aquel sitio, iba acompañado de su difunto señor. Pensaba tambien que el hueco de la encina podia haber sido depósito infiel y que toda la fortuna de Trembl habia sido depositada entre aquellas nudosas raices que desgarraban la tierra.

Antes de penetrar en el interior del árbol, Judas examinó atentamente los alrededores, escudriñó con la vista cada matorral y cada mata de brezo, y debió convencerse de que estaba solo.

Este exámen le hizo descubrir, detrás de una de las torres arruinadas, un monton de escombros en el sitio que ocupaba la cabaña de Mateo Blanco.

—Esos eran buenos servidores de Tremi, murmuró descubriéndose. ¡Dios los tenga en el cielo!

En el interior del árbol halló algunos trozos de aros de tonel y casi todas las herramientas de Juan Blanco, enmohecidas y en un estado que no revelaba el uso reciente de ellas.

Judas tomó un pico y se puso á trabajar al instante.

Mientras se hallaba ocupado en esta operacion, se movieron imperceptiblemente los matorrales y asomaron dos cabezas humanas enmascaradas con dos trozos de piel de lobo. Al mismo tiempo apareció entre unos arbustos muy inmediatos á la encina donde trabajaba Judas, otra cabeza con máscara blanca.

Los tres hombres disfrazados se hicieron con rapidéz una seña de inteligencia. La del que llevaba la máscara blanca fue sin duda una órden, pues los otros dos se escondieron en el acto.

El primero se tendió en el suelo boca abajo, silenciosamente, y se acercó como una culebra al escudero. Salvó con lentitud la distancia que de él le separaba y se lo compuso de modo que metió la cabeza por una de las

La máscara le molestaba para ver: quitóse la y descubrió su rostro negrecido por el humo y el carbon. Era Pelo Rouan el carbonero.

Judas seguía trabajando y no sospechaba que una mirada curiosa espiaba todos sus movimientos.

Al cabo de algunos minutos el pico saltó rechazado por un cuerpo duro y sonoro. Judas separó la tierra y no tardó en sacar el cofrecillo de hierro que Nicolás Trembl había ocultado en aquel sitio.

Después de examinarlo un instante con inquietud para ver si lo habían descubierto en su ausencia, Judas sacó una llave del bolsillo.

En este momento Pelo Rouan volvió silenciosamente á su escondite.

Su retirada fue muy oportuna; porque Judas, antes de abrir la cajita, dió una vuelta en derredor de la encina mirando con ansia á todas partes. No vió á nadie, y volviendo al hueco del árbol abrió el cofrecillo de hierro.

Todo estaba intacto como el día del depósito; el oro y el pergamino. El bueno de Judas no pudo reprimir una exclamación de alegría al pensar que Jorge Trembl, aunque estuviese reducido á mendigar, podía con una palabra recobrar toda su herencia.

Pero pronto desapareció de sus labios la

sonrisa y se cubrió de una nube su semblante.

¿Dónde estaba Jorge Tremblé?

Judas hubiera querido estar en aquel momento en el castillo, para saber la suerte del niño. Colocó otra vez el cofrecillo en el hoyo, cubriéndolo de tierra, y cuidando de borrar completamente las señales de la escavacion, y subió el talud del barranco.

Pelo Rouan le siguió con la vista.

—¡No hay duda, es Judas! murmuró; ¡Judas el escudero de Tremblé! Y no se lleva el cofre: yo veré esta noche lo que contiene... Entretanto no conviene que la gente sospeche este misterio, porque podrían anticiparse.

Judas había desaparecido. Los dos hombres enmascarados dejaron la espesura y corrieron á la encina. Revolvieron los útiles, examinaron cada hendidura del tronco y no hallaron nada.

Aquellos dos hombres eran *Lobos*.

—Amo, dijeron quitándose la gorra; ¿qué habéis visto?

Pelo Rouan se encogió de hombros.

—Es lástima que no vivais en la ciudad de Vitré, respondió. Sois curiosos como los viejos y estaríais perfectamente en una casa de vecindad... He visto un campesino que desenterraba hasta dos docenas de monedas de á seis libras que había escondido allí.

Los Lobos se miraron.

—Eso hace seis luises de oro, murmuró uno de ellos, y es posible que haya mas.

—Buscad, dijo Pelo Rouan con aparente indiferencia. Yo voy á ponerme de centinela en vuestros puestos.

Los dos Lobos vacilaron un momento; pero al fin llevaron otra vez la mano á la gorra y se retiraron cada cual á su puesto.

Pedro Rouan se volvió á poner la máscara blanca.

—Bien está, dijo, pero tened presente lo que voy á deciros. Cuando estoy aquí mis ojos vigilan con los vuestros y puedo perdonar un momento de negligencia. Pero cuando me alejo la negligencia degenera en traicion, y ya sabeis cómo castigo á los traidores. En el bosque se han visto soldados y quizá en este momento hay ojos enemigos que registran las profundidades de este barranco. ¡La menor imprudencia puede revelar el secreto de nuestra guarida!... ¡No os digo mas!

El carbonero pronunció estas palabras en tono imperioso.

Los dos Lobos respondieron con humildad.

—Amo, estaremos alerta.

Pelo Rouan se quitó las dos pistolas que llevaba al cinto y las ocultó entre la ropa.

—Voy al castillo, continuó, á averiguar lo que debemos temer de la gente del rey. Volveré esta noche.

Diciendo esto subió la cuesta con rapidéz y desapareció entre los árboles del bosque.

—¡El Lobo Blanco y el diablo! murmuró uno de los centinelas: solo ellos dos pueden correr de ese modo... ¿Guyot?

—¿Francisco?

—Hubiera querido, sin embargo, mirar allí en el hueco de la encina.

—Yo tambien... Pero... Yo me entiendo.

—¡Es verdad! Cuando él dice una cosa, no hay mas remedio que obedecer.

Como consecuencia de esta reflexion los dos Lobos se resignaron á llenar su deber de centinelas.

Judas Leker atravesó la espesura con pie mas ligero y corazon mas gozoso que la primera vez. Por lo menos una de sus inquietudes se habia calmado y tenia ya en sus manos con que revindicar los ricos dominios de Treml.

María y Didier le oyeron de lejos. Hacia mas de dos horas que estaban juntos; pero el tiempo les habia parecido muy corto.

María se levantó con mucha repugnancia.

—Hasta la vista, dijo: ¿es verdad que ya no me dejarás?

—¡Nunca! respondió el capitán dándole un beso.

Abrióse un matorral, y apareció Judas.

Didier estaba solo.

—No has perdido tiempo, amigo, dijo éste en



tono jovial.... No te esperaba tan pronto.

Judas interpretó estas palabras en sentido de reconvencion por su tardanza, y pidió mil perdones.

—¡Vamos! exclamó el capitán montando de un brinco á caballo, sin tocar el estribo: sin duda he dormido y soñado algo bueno, porque el diablo me lleve si tenía prisa de que volvieses.... A propósito, ¿y el tesoro de Trem?!

—Dios me lo ha guardado, respondió Judas.

—¡Tanto mejor!... Ahora al castillo si no tienes otra misión misteriosa que cumplir.

Es raro que un breton de antigua raza simpaticese completamente con la ligera y expansiva jovialidad que constituye el fondo del carácter francés. Esta repentina recrudescencia de buen humor, puso en situación violenta al bueno del escudero, que en aquel momento tenía la imaginación ocupada en asuntos graves.

Siguió por algún tiempo en silencio al capitán, que tarareaba pasando revista á todas las canciones picarescas antiguas y modernas del teatro de la Feria, y al fin aceleró el paso del caballo y tomó la palabra:

—Señor, dijo el joven; mi deber es grave y mi talento limitado. Cuento con la ayuda que me habeis prometido.

—Tienes razón, amigo; haré todo lo que esté en mi mano. Vaya, explícame lo que quieres de mí.

—En primer lugar, respondió Judas, aunque

han pasado veinte años desde que puse los pies por última vez en el castillo de La Tremlays, podría haber álguien que me conociese, y tengo interés en que esto no suceda. Quisiera, pues, que no entrásemos hasta la noche.

—En hora buena; el tiempo es bueno, y podemos esperar en el bosque.... Pero el medio no me parece eficaz, atendido á que en el castillo de Mr. de Vaunoy hay bugías y velas de resina.

—Es verdad, murmuró el pobre Judas con sentimiento: no habia caído en ello.

El capitán repuso sonriendo:

—Hay medio de conciliar las cosas, amigo. Llegaremos embozados en nuestras capas de viage, y yo hallaré algun pretexto para librar-te de las miradas indiscretas.... ¿Y despues?

—Despues.... repitió Judas indeciso.... despues procuraré indagar.... de cualquier modo.... la suerte del señorito.

—Eso es: ya haremos lo posible.

Cerró la noche, y los viajeros fueron recibidos en el castillo, como ya sabe el lector. Simonnet, el gefe del lagar, se encargó de anunciarlos.

Mr. Hervé de Vaunoy y su hija Alix estaban en el salon con la señorita Olivia de Vaunoy, hermana menor de Hervé, y Mr. Bechameil, marqués de Nointel, intendente real del impuesto.

Hacia algunos dias que esperaban al capi-

tan, aunque ignoraban quién seria el nombrado.

Así que maese Simonnet pronunció la palabra capitán, todos se levantaron y miraron á la puerta con curiosidad mas ó menos pronunciada.

El capitán entró seguido de Judas, que se quedó á la puerta embozado hasta la nariz. Didier avanzó con el fieltro debajo del brazo y la cabeza erguida, como convenia á un hombre acostumbrado á las elegantes modales de la corte.

Su presencia causó admiración á todos, y Didier pudo leer esta impresion en caracteres visibles, aunque diferentes, en los semblantes de los cuatro personajes.

La señorita Olivia se mordió los labios manejando con agitacion febril el abanico.

Alix se puso pálida, y se apoyó en el brazo del sillón.

Mr. de Vaunoy mostró un temblorcillo nervioso en su melosa sonrisa.

Y finalmente, Mr. Bechameil hizo la mueca mas deplorable que puede verse en el rostro de un capitalista, desagradablemente sorprendido.

## XV.

### *Retratos.*

Didier saludó con profunda reverencia á

las damas, á Hervé de Vaunoy con menos ceremonia, y casi imperceptiblemente á monsieur Bechameil.

Hervé reforzó al instante su benigna sonrisa, y avanzó tres pasos para recibir al capitán.

—¡Santo Dios! exclamó de la manera mas cordial; ¡amigo mio! muy bien venido. No sé por qué me habia imaginado que os veria pronto con la charretera... ¡Venga esa mano, capitán, venga esa mano!

Didier se prestó con mucha amabilidad á esta afectuosa acogida.

Despues de besar la mano á las dos señoras, á Alix silenciosamente y á la señorita Olivia de Vaunoy diciéndole una galantería vernal, se sentó junto al señor de La Tremlays.

—La órden de su magestad, dijo Didier, me dá á escoger entre la hospitalidad del señor marqués de Nointel y la vuestra. He creido que no os desagradaria tenerme de huésped por algunos dias.

—¡Santo Dios! amigo mio; ¡lo que me hubiera desagradado es lo contrario!

—Os doy mil gracias... y para aprovechar vuestro amable ofrecimiento os pido permiso para que acompañen al instante á mi criado al aposento que me destinan.

La señorita Olivia agitó una campanilla de plata que habia á su lado sobre la chimenea.

—No será sin que vuestro criado haga la libación de la noche con maese Alain, mi mayordomo, dijo Hervé de Vaunoy.

Al oír el nombre de Alain, Judas se puso pálido.

—Mi criado está enfermo, respondió el capitán. Lo que necesita es una buena cama y descanso.

—Como gustéis, amigo mio.

En este momento entró un criado.

—Preparad una cama á ese muchacho, dijo Mr. de Vaunoy, y tratadle en todo como al criado de un hombre á quien quiero y respeto.

Didier hizo una cortesía, y Judas, embozado en una capa, salió en pos del criado que, á pesar de su curiosidad, no pudo verle las facciones.

Ya conocemos á Mr. Hervé de Vaunoy, señor actual de La Tremlays y de Bouëxis-en-Foret. Los veinte años trascurridos no habian cambiado su rostro lleno y jovial lo suficiente para que sea necesario hacer otra descripción de su persona.

La señorita Olivia de Vaunoy, su hermana, era una doncella alta y seca que habia sido muy fea allá en su juventud. La edad, incapáz de embellecer, borró al menos las diferencias escesivas que separan la belleza de la fealdad.

A los cincuenta años lo que queda de una muger fea no está muy distante de parecerse

á lo que queda de una hurí. Solo la expresion del rostro puede demostrar categorías. Ahora bien, el de la señorita Olivia no expresaba nada, aparte de unas pretensiones mayúsculas á la discrecion y á la amabilidad y una incomparable mogigatería.

Por lo demás iba vestida á la última moda, con jubon largo en forma de corazon, caderas inmoderadamente abultadas, peinado voluminoso y empolvado, abanico de mal gusto y escarpines sin tacones.

Tenia la mejilla sembrada de lunares de formas muy variadas, y á favor de una pincelada de barniz negro, sus cejas estaban admirablemente arqueadas.

Pasaremos en silencio el carmin que le cubria los labios, el bermellon delicadamente desleido en sus pómulos y la sonrisa infantil que ponía el sello á tantas y tan diversas seducciones, dándolas un atractivo extraordinario.

Alix no se parecía á su padre y mucho menos á su tia. Era alta, y sin embargo su talle bien proporcionado, tenía gracia y dignidad. Su ancha frente, que se destacaba entre la masa de sus cabellos negros, sin polvos, reflejaba el pudor y la nobleza, y esta expresion estaba dulcificada por el brillo suave de sus grandes ojos azules.

Su mirada era séria, pero no triste; así como los contornos puros de su boca, anun-

ciaban un alma reflexiva, mas bien que melancólica.

Era el tipo perfecto de la muger; tan agena á la inercia contemplativa del Norte como de la pasion desvergonzada del Mediodía: conjunto de sensibilidad verdadera y de firmeza digna y elevada, capáz de amor y de sufrir y de llevar la fidelidad hasta el heroismo.

Hervé de Vaunoy se habia casado un año despues de ausentarse Nicolás Trembl y su muger habia muerto á los diez y ocho meses.

Alix era el único fruto de esta union. Tenia diez y ocho años.

Réstanos hablar del Sr. intendente real del impuesto.

Mr. de Bechameil, marqués Nointel, era un buen mozo de cuarenta años y algo mas. Tenia panza, aunque no en gran cantidad, el cutis sonrosado y la mejilla carnosa. Su barbilla no tenia mas de tres pisos y todos convenian en que su pantorrilla no podia ser mas correcta.

Por lo que hace á lo moral, tomaba tabaco en una caja de concha tan perfectamente trabajada que todas las marquesas sumergian en ella los dedos con placer. Su traje de corte tenia botones de diamantes que costaban veinte mil libras cada uno. Tenia ademanes que le eran peculiares, tales como sacudir la blonda de sus chorreras y levantar la punta de la espada á la altura del hombro. Su memoria, su-

ficientemente cultivada, le permitia decir de vez en cuando algunos retruécanos de ocasion, cuya circulacion no tenia mas antigüedad que la de seis semanas.

Además de estas dotes poseia un apetito incomparable, al cual sacrificaba la tercera parte de sus rentas, y un estómago á toda prueba.

Bien mirado no era mucho mas grotesco que la mayor parte de las personas de su clase en aquel tiempo.

El Sr. marqués de Nointel tenia en Bretaña numerosas é importantes ocupaciones. En primer lugar amaba furiosamente á Alix de Vaunoy, á quien queria dar su mano á toda costa.

Mr. de Vaunoy no queria otra cosa, pero la opinion de Alix era diametralmente opuesta, y daba lástima ver cómo perdía Mr. Bechameil su galantería, sus madrigales improvisados de memoria, y sobre todo las maravillas de su cocina, cuya escelencia es histórica. Con todo, Mr. Bechameil no se daba por vencido, y cada dia hacia mayores esfuerzos, aunque siempre en vano.

Además era, como ya hemos dicho, intendente del impuesto, y este cargo exigia, especialmente en Bretaña, una gran actividad. La provincia carecia á un tiempo de dinero y de buena voluntad para satisfacer los enormes impuestos que pesaban sobre ella á la sazón.

En tercer lugar, y éste era indudablemen-



te el empleo que mas le agradaba, Bechameil tenia autoridad absoluta para investigar las pruebas de nobleza en toda la estension de la provincia; y estas funciones eran, por decirlo así, inherentes al cargo de intendente; porque los nobles no estaban sujetos al impuesto, y en este concepto hubieran podido eludirlo muchos plebeyos fingiéndose nobles. Pero Bechameil fundaba este derecho en título mas sólido. Mediante una suma considerable, pagada anualmente á la corona, habia contratado la investigacion de los títulos, actas y diplomas, y en virtud de este contrato cobraba para sí las multas impuestas á su instancia, por el parlamento breton, contra todo villano que se fingia noble.

Por consecuencia tenia interés en hallar muchó número de usurpadores. No tenia el menor escrúpulo en volver de arriba abajo las papeleras de las familias, y se mostraba tan encarnizado en esta tarea que hasta los señores adictos al rey le miraban por encima del hombro.

Pero le tenian mas temor que ódio. Y en efecto, en una provincia como la de Bretaña, pais de hábitos y de buena fe, donde muchos nobles, fiados en la posesion inmemorial, no poseian títulos ni pergaminos, el poder de Mr. Bechameil tenia una estension terrible. Pobre de espíritu, avariento y de corazón mezquino, avezado á los hábitos munda-

nos, y sin mas benevolencia que esa cortesía superficial que grangea á los que la poseen el título poco significativo de *escelente hombre*, el intendente del impuesto era tan necio como se necesita para ser un tirano implacable.

Una sola cosa podia ablandarle, y era el dinero. Cualquiera que le ponía en la mano el contingente de la multa y algunos millares de libras á guisa de prima, tenía la seguridad de no sufrir molestia de ningun género, por temerarias que fuesen sus pretensiones.

Por diez mil escudos hubiera dejado el título de duque al bastardo de su lacayo.

Pero cuando no mediaba dinero era preciso para escapar de sus garras, la posesion de un título muy irrecusable, y las memorias de aquel tiempo cuentan muchos egemplos de personas de calidad reducidas por él al estado plebeyo.

Fácil es imaginar que Mr. de Vaunoy, que no poseía papeles de familia muy en regla, debió temblar al principio en presencia de un hombre semejante. Malas lenguas suponían que había comenzado por rascarse el bolsillo, como el medio mas escelente y seguro; pero esto no bastaba en la posición de Vaunoy. Poseedor á título de venta de los dominios de Trembl, cuyo nombre usaba y cuyas armas había adoptado añadiéndoles su dudoso escudo, tenía hartó que temer para

no buscar todos los medios posibles de granjearse la amistad de su juez.

Un despojo de nobleza le habia hecho perder á un tiempo sus títulos que estimaba en mucho, y sus bienes que estimaba en mucho mas; porque solo á su condicion aristocrática y á su parentesco debia la facultad de adquirir el dominio de Trembl.

Felizmente para él Bechameil anduvo las tres cuartas partes del camino. El intendente se arrojó, por decirlo así, en sus brazos sin disimular la pasion que le inspiraba Alix.

Este era un golpe de fortuna y Vaunoy supo explotarlo. Trabó amistad con Bechameil, y aunque en realidad el intendente real era el mas fuerte de los dos, pronto se dejó dominar por el tacto superior de su reciente amigo.

Es ocioso añadir que Bechameil recibió promesa formal de obtener la mano de Alix, lo cual no impidió á Vaunoy favorecer de algun modo la intimidad que se habia establecido en Rennes entre la jóven y Didier.

Vaunoy tenia sin duda sus razones para ello.

Durante la permanencia del capitán en Rennes Bechameil no habia podido menos de observar sus amores con Alix, y esto nos esplica la mueca que hizo al ver al capitán.

Por lo que hace á la señorita Olivia, agitó su abanico, porque creyó hacer gala por este medio de refinado pudor.

La comida es el acto mas importante de la hospitalidad bretona. Al cabo de algunos instantes el mayordomo maese Alain, decorado con su cadena de plata oficial, y con los ojos encarnados á causa de un sueño báquico, abrió las dos maderas de la puerta para anunciar la cena.

—Mañana hablaremos de negocios, dijo en tono jovial á Mr. de Vaunoy. Ahora vamos á cenar.

—Vamos á cenar, replicó Mr. de Bechameil, á quien esta palabra hizo recobrar parte de la serenidad.

Levantóse Alix y por instinto dió la mano á Didier, pero la tomó Mr. de Bechameil. El capitán, sea de intento, sea á falta de otra cosa mejor, se contentó con los dedos descarnados de la señorita Olivia.

Nos referiremos la cena por llegar cuanto antes á sucesos de mas importancia. Solo diremos que Mr. de Vaunoy mientras brindaba por la salud del capitán dirigió una mirada equívoca á maese Alain, á quien dió en voz baja una órden al terminar la cena. Maese Alain trasmitió esta órden á un criado de semblante poco simpático que Vaunoy habia sonsacado el año anterior al Sr. gobernador de la provincia y que se llamaba Lapierre.

Entretanto Bechameil hacia el amor como de costumbre. Alix no le escuchaba y dirigia de vez en cuando su mirada triste y sorprendida al capitan que hablaba muy asiduamente con la señorita Olivia. Esta hacia mil coquetterías, se mordía los labios y no omitia ningun detalle de los que constituyen la coquetería rancia de una vieja que paladea con placer las atenciones casuales de que es objeto.

Hervé de Vaunoy condujo por sí mismo al capitan hasta la puerta de su cuarto y le dió las buenas noches. Judas aun no se habia acostado, y paseaba por el aposento con lentitud, sumergido en profunda meditacion.

—¿Y bien? le dijo su señor, ¿estás contento de mí? ¿Te he salvado de las miradas indiscretas?

—Señor, os doy gracias, respondió Judas.

—¿Has sabido algo?

—Nada acerca del niño, y esto es de mal agüero... Pero sé que Mad. Goton, que fue la nodriza del señorito, es ahora ama de gobierno del castillo.

—Ella te dará noticias.

—Tambien sé que me será difícil ocultarme por mucho tiempo, porque he visto la cara de un enemigo. He visto á Alain, el antiguo mayordomo de Trembl.

—Lo mismo te digo, camarada: le he visto la cara á un bribon que fue criado de Mr. de Toulonse, gobernador de Bretaña y protector

mio, y de quien sospecho que no fue ageno á cierto ataque nocturno que me valió el año pasado una estocada... Pero ya desentrañaremos todo eso. Por ahora vamos á dormir.

—Dormid, respondió Judas.

El capitán se echó en su cama y Judas se quedó velando.

## XVI.

### *El consejo privado de Mr. de Vaunoy.*

El capitán dormía, soñando quizás alternativamente con la noble Alix y la humilde hija del bosque: porque á pesar de su frialdad sistemática, no había podido volver á ver á la primera sin experimentar viva emoción.

Judas paseaba á largos pasos el cuarto y pedía á su pobre cerebro un medio de encontrar al hijo de Trembl.

Bechameil gustaba en sueños un manjar exquisito.

La señorita Olivia construía en sueños un magnífico castillo en el aire. La solterona se veía ya dueña y señora de un gallardo oficial de su magestad el rey Luis XV.

Alix procuraba inútilmente conciliar el sueño y combatir la fiebre, porque la pobre joven había sufrido mucho aquella noche. No quería explorar su corazón y su corazón hablaba á despecho suyo. Estaba enamorado y

la naturaleza mas vigorosa se dobla al primer soplo del desengaño.

Hasta entonces no habia visto otro obstáculo entre ella y la felicidad que su deber ó la voluntad de su padre. Ahora era un abismo el que se abria á sus pies.

Didier la habia olvidado.

En el aposento reservado de Mr. de Vaunoy, cuya sólida puerta estaba cerrada, se hallaban reunidos, como un consejo, tres hombres.

Eran Mr. de Vaunoy, Alain su mayordomo, y el criado Lapierre.

Alain era ya un viejo. Su grosera fisonomía, en la cual habia impreso huellas innobles su habitual embriaguéz, no tenia otra espresion que la de la mas estúpida é implacable dureza.

Lapierre podia tener de cuarenta y cinco á cincuenta años. Su rostro no tenia el carácter breton. Sus facciones puntiagudas y su mirada cautelosa y como espantada se acercaba mas al tipo angevino.

Era, en efecto, oriundo de la parte meridional del pais de Anjou, tierra sumamente fecunda en vagabundos y matones. Hasta la edad de veinticinco años habia egercido la profesion ambulante de charlatan y volatineero, y entró despues á servir en calidad de criado en la casa de monseñor de Toulonse, que aun no era gobernador de Bretaña.

Lapierre llevaba en su compañía un niño de quien se servia para atraer al público á sus funciones al aire libre. El niño era muy bello; cobróle aficion el duque de Toulonse y le hizo page, hasta que al cabo de algunos años le hizo figurar entre los gentil-hombres de su casa.

Lapierre, que no habia cambiado de condicion, cobró un ódio profundo al jóven, esclavo suyo en otro tiempo y ahora su superior. Durante la permanencia en Rennes del gobernador de Bretaña, se presentó en casa de Vaunoy y pidió una audiencia particular.

La conferencia fue larga y Vaunoy cambió muchas veces de color al oír al saltimbanqui. Antes de salir Lapierre recibió una bolsa bien provista, y pocos dias despues Vaunoy le recibió en su casa.

Desde aquel momento el Sr. de La Tremlays comenzó á recibir muy bien al page Didier, y esto fue causa de que rabiase de celos Mr. de Bechameil, marqués de Nointel.

Pocos meses despues Didier fue traidoramente atacado en las calles de Rennes.

Era mas de media noche. Hervé de Vaunoy se paseaba muy agitado, mientras sus dos criados se hallaban cómodamente sentados junto al hogar.

Lapierre se balanceaba, manteniendo el equilibrio, sobre un pie de la silla, con una destreza que daba indicios de su antigua *profession*.



Maese Alain acariciaba debajo de su gaban la adorada panza de cierta botella de vidrio blanco, ancha, cuadrada y siempre llena de aguardiente, á la cual solia decir cuatro palabras siempre que habia ocasion.

El mayordomo hacia esfuerzos para no dormirse.

—¡Santo Dios, Santo Dios, Santo Dios! exclamó tres veces Mr. de Vaunoy dando una violenta patada en el suelo y parándose delante de sus confidentes.

Maese Alain se estremeció como si despertara de repente.

Lapierre no perdió el equilibrio.

—¡Erais tres contra uno! repuso Vaunoy, cuya cólera iba subiendo de punto.—Era de noche.... ¡Tres buenas espadas, de noche, contra un espadin de baile! ¡Y no le habeis muerto!

—Os hubiera querido ver en la danza, murmuró lentamente maese Alain. El bribon se defendia como un diablo. Malos moros me cautiven si no sentí diez veces en los bigotes el aire que traia su espada.

—Yo la sentí mas cerca, dijo Lapierre levantando el cuello de la camisa y enseñando una cicatriz en forma triangular, y nuestro pobre compañero Joaquin la sintió mucho mas que yo, toda vez que se quedó en el sitio. Dios le tenga en su gloria.

—Amen, dijo gruñendo maese Alain.

—¡El diablo os lleve á los dos! osclamó

Vaunoy. Tú, maese Alain, tuviste miedo, y tú, malvado saltimbanqui, huiste al recibir el rasguño.

—Sí, hubiera sido mejor imitar á Joaquin, ¿no es verdad? preguntó el mayordomo que comenzaba á enojarse: ya sé que quisierais vernos muertos mejor que vivos, nuestro amo....

—¡Calla! interrumpió Hervé encogiéndose de hombros con impaciencia.

Alain obedeció de mala gana, y Mr. de Vaunoy continuó su paseo solitario, dando patadas en el suelo, cerrando los puños y repitiendo en todos los tonos imaginables su juramento favorito.

Los dos criados se dirigieron una mirada de inteligencia.

—Esto le costará dos luises de oro, dijo Lapierre en voz baja.

Maese Alain aprovechó este momento para beber un trago, haciendo con la cabeza una seña afirmativa, y ambos se sonrieron maliciosamente, como si estuvieran seguros de lo que decían.

Al cabo de algunos minutos, Vaunoy se paró, en efecto, de repente y se metió la mano en el bolsillo.

—¡Santo Dios! dijo con sonrisa de miel, creo que me he enfadado, amigos míos. La cólera es un pecado y quiero hacer penitencia. Aquí teneis para beber á mi salud, hijos míos.

Diciendo esto sacó dos luisas del bolsillo. Los dos criados recibieron la propina y quedaron hechas las paces.

—Ahora raciocinemos, prosiguió Vaunoy, ¿cómo saldremos del apuro?

—Cuando yo era médico ambulante, respondió Lapierre, y no era bastante una dosis de mi elixir, repetía la pócima.

—¡Eso es! exclamó el mayordomo, á quien daba cierta elocuencia la botella cuadrada: es preciso doblar la dosis. Entonces fuimos tres y ahora seremos seis.

—Y lo que es ahora respondo de la curacion, añadió Lapierre.

Vaunoy meneó la cabeza.

—Imposible, dijo.

—¿Por qué?

—Porque está receloso.... Además, los tiempos han cambiado. Entonces era un loco que corria aventuras por la noche, y su muerte no hubiera causado sospechas.... Yo no estaba encargado de vigilar las calles de Rennes.... Pero ahora es un oficial del rey y le hospedo en mi casa para bien del estado. Su venida á La Tremlays tiene algo de oficial, y la santa hospitalidad, hijos míos, prohíbe matar á un huésped.... á no poderlo hacer con toda seguridad.

Alain y Lapierre recibieron el chiste de la manera mas satisfactoria.

—Es preciso buscar otro medio, añadió monsieur de Vaunoy.

Maese Alain se devanó los sesos y Lapierre lo aparentó.

—¿Y bien? preguntó Hervé al cabo de algunos minutos.

—No se me ocurre nada, dijo el mayordomo.

—Ni á mí tampoco, añadió Lapierre, como no sea... Pero el veneno os gustará tan poco como el puñal.

—Mucho menos, hijo mio... ¡Santo Dios! estamos en un conflicto. De un momento á otro la casualidad puede revelarles lo que no debe saber... ¿y quién me dice que no lo sabe ya? ¿Qué aposento le han destinado?

—El de la nodriza, respondió Alain. Vos mismo le habeis acompañado hasta la puerta.

Vaunoy se puso pálido.

—¡El cuarto de la nodriza! exclamó estremeciéndose; ¡el cuarto donde estaba en aquel tiempo la cuna! ¡Y yo no he parado mientes en ello!

—¡Bah! dijo Lapierre, un cuarto se parece á otro.

—Es evidente, añadió el mayordomo medio dormido.

Estas palabras no tranquilizaron á Mr. de Vaunoy, y repuso con inquietud:

—¿Y ese criado que viene enfermo! Él mostraba interés en ocultarse. ¿Quién será?

—En cuanto á eso, repuso Lapierre, estoy

tan enterado como vos. Estaba embozado hasta los ojos y no le he podido ver ni la punta de la nariz.

—Es extraño, murmuró Vaunoy, que, como todas las almas perversas, era propenso á ver bajo el aspecto mas amenazador las cosas mas naturales. No me gusta ese misterio. Quisiera saber qué hombre es ese, quisiera...

—Mañana será de día, interrumpió filosóficamente el saltimbanqui.

—¡Esta noche! ¡al instante! exclamó Vaunoy en tono imperativo. No sé por qué me parece que la presencia de ese hombre es un peligro ó una desgracia... ¡Seguidme!

Lapierre estuvo á punto de responder que, segun todos los indicios, el capitan y su criado estarían durmiendo á hora tan avanzada de la noche; pero Vaunoy habia hablado en tono que no admitia réplica.

Los dos criados se levantaron. Vaunoy abrió sin hacer ruido la puerta de su aposento, y los tres penetraron á oscuras en el largo corredor que unia las dos alas del edificio.

A los pocos pasos Hervé se detuvo y apretó fuertemente el brazo á su mayordomo.

—¡No duermen! dijo en voz baja mostrando un punto luminoso que brillaba en la oscuridad al otro extremo del corredor.

El resplandor salia en efecto del aposento del capitan.

—¿Qué harán á estas horas? repuso Vaunoy.

Si están hablando escucharemos. Alguna palabra dirán que desvanezca ó legitime mis temores... Y si tengo razcn para abrigrarlos, si lo sabe todo ó lo sospecha tan solo.... ¡Santo Dios! no le ha de salvar su mision oficial.

Los tres personajes siguieron su expedicion. El mayordemo estaba completamente dispierto y caminaba delante.

Al llegar á la puerta del aposento donde estaba el capitan, miró por el ojo de la llave.

Judas estaba de rodillas junto á su lecho y oraba con la cabeza oculta entre las manos.

Maese Alain no le podia ver el rostro.

Al cabo de algunos segundos el escudero acabó de rezar su oracion y levantó la cabeza.

La luz inundó su rostro.

Maese Alain retrocedió espantado.

—Yo conozco á ese hombre, dijo.

Vaunoy se acercó y miró por la cerradura; pero no vió mas que la mecha roja y humeante de la vela de resina que Judas habia apagado antes de acostarse.

—¡Santo Dios, murmuró enderezándose, ¿dices que le conoces? ¿quién es?

Maese Alain se apretaba la frente para evocar sus recuerdos.

—Le conozco, dijo al fin; le he visto; pero ¿dónde, cuándo? No lo sé... Debe hacer mucho tiempo.

Vaunoy devoró una blasfemia y el filósofo Lapierre repitió:

—Mañana será de día.

## XVII.

### *Visita matinal.*

Judas Leker se despertó antes de amanecer. Levantóse sin hacer ruido por no turbar el sueño de su amo, que dormía como se duerme á los veinticinco años, después de un largo y cansado viage.

Aunque el crepúsculo no alumbraba todavía las tinieblas de los interminables corredores, Judas halló el camino sin vacilar.

Habia nacido en el castillo y vivido en él por espacio de cuarenta años.

Bajó á la cocina y tomó un corredor estrecho que conducía á las habitaciones de los criados. Muchos cámbios habia habido en el castillo de La Tremlays; pero estos departamentos habian conservado su primitiva distribución. A no mediar esta circunstancia de poco le hubiera servido á Judas su excelente memoria.

Contó tres puertas en la galería interior y llamó á la cuarta.

Es de creer que la Sra. Goton Behou, ama de gobierno del castillo, no recibía, por lo común, visitas á hora tan intempestiva. La buena señora tenía sesenta años, y á esta edad las

amas de gobierno solo temen á los ladrones.

Goton dormia ó se hacia la sorda. Judas no recibió contestacion y volvió á llamar mas recio.

— ¡Bendito sea Jesus! dijo la anciana con voz acatarrada: ¿se ha prendido fuego al castillo?

— Soy yo, soy Judas, murmuró éste llamando sin cesar. ¡Judas Leker!

Goton no era una muger tímida. Tomó un palo y fue á abrir la puerta, á pesar de que su oido debilitado por la edad no habia entendido una palabra de cuanto habia dicho Judas.

— ¡Ya van, ya van! respondió la anciana; y si son los Lobos no importa. Les hablaré de Trembl y de los tiempos de antaño, y no tocarán un alfiler de la casa que fue suya. Si son espíritus...

Al decir esto hizo la señal de la cruz y calló.

—Abrid, repitió Judas.

—Si son espíritus,... entonces... mejor quisiera que fuesen Lobos.

Dicho esto abrió la puerta presentando el palo.

—¿Quién vive? dijo.

—Silencio, señora, ¡silencio por Dios!

—¿Quién vive? repitió la intrépida ama de llaves, levantando el palo.

Judas la asió de los brazos y entró cerrando tras sí la puerta.

—Un individuo, cuyo nombre no conviene



pronunciar en el castillo de Trembl, sino en caso necesario, respondió el escudero.

—¡El castillo de Trembl! repitió Goton sintiendo latir su corazón al oír este nombre; gracias, quien quiera que seáis. Veinte años hace que no había oído dar su verdadero nombre á la casa que habita Hervé de Vau-noy.

Judas tendió la mano en la oscuridad y la de Goton hizo la mitad del camino. El ama de gobierno no necesitaba ver á su interlocutor y los dos fieles servidores cambiaron una especie de saludo masónico y misterioso.

—¿Pero quién eres tú que te acuerdas de Trembl? preguntó al cabo la vieja.

Judas dijo su nombre.

—¡Judas! exclamó Goton, olvidando toda prudencia. Judas Leker, el escudero de nuestro señor. ¡Oh! ¡deja que te vea la cara, amigo mio, deja que te la vea.

Y Goton corria temblorosa y á tientas en busca de su pedernal. Encendióse la vela de resina y la anciana contempló á Judas como estasiada por espacio de largo rato.

—¿Y él? dijo al fin; ¿le volveremos á ver?

—Ha muerto, respondió Judas.

Goton se puso de rodillas, juntó las manos y recitó un *De profundis*, mientras las lágrimas surcaban sus arrugadas mejillas. Al verla en aquel momento, cualquiera se hubiera enternecido, porque nada hay que con-

mueva tanto como las lágrimas que bañan un rostro grosero.

Judas guardó silencio mientras Goton oraba. No parecia sino que en aquel momento queria ya prolongar su incertidumbre y que retrocedia espantado ante la revelacion que le habia llevado á aquel sitio.

Al fin tomó la palabra con voz penosamente acentuada:

—¿Y el señorito? dijo con temor.

—¿Jorge Trembl?... Veinte años han trascurrido desde que mi dueño idolatrado me tendió por última vez sus brazos desde la cama: veinte años hace que no le he visto.

—¡Ha muerto! ¡ha muerto tambien! exclamó Judas rompiendo en un sollozo desgarrador y ocultando el rostro entre las manos.

—¡Yo no he dicho eso! exclamó Goton: no, yo no he dicho eso, y Dios me libre de creer tal cosa... Y sin embargo, Judas, amigo mio, ha veinte años que espero y cada dia que pasa me anubla un rayo de esperanza.

Judas la miró con ojos fijos y atónitos, sin comprender una palabra.

—Si, repuso la anciana, quisiera esperar y me digo muchas veces á mi misma:—Cualquier dia volverá nuestro señorito, crecido y fuerte: con la cabeza erguida, la cara altiva y la espada en el cinto... ¡Ay de mí!...

—¡Pero hace tanto tiempo que repito estas palabras!

—¿Pero en fin, Goton, qué sabeis sobre el paradero de Jorge Trembl?

—Sé... No sé nada, amigo. Una tarde... Pero acérete mas, porque estas cosas no se pueden decir en alta voz. Una tarde Hervé de Vaunoy volvió pálido y desencajado, y nos dijo que el niño se habia ahogado en el estanque de La Tremlays, Corrieron allá los criados, sondearon el agua y no encontraron el cuerpo de Jorge.

Judas escuchaba con el pecho agitado y la pupila dilatada.

—¿Y en eso solo se funda vuestra esperanza? interrumpió.

—No... ¿Te acuerdas de un pobre idiota del bosque á quien llamaban el Conejo Blanco?

—Me acuerdo de Juan Blanco.

—¡Pobre criatura! Amaba á Trembl casi tanto como nosotros...

—¡Pero y Jorge, y Jorge! interrumpió Judas otra vez.

—Pues bien, amigo, Juan Blanco referia en el bosque cosas estrañas. Decia que Hervé de Vaunoy habia arrojado al agua con sus propias manos al señorito.

—¡Eso decia! exclamó Judas despidiendo por los ojos un relámpago de cólera.

—Sí, eso decia; y aunque le tenian por un pobre loco, yo creo que decia verdad cuantas veces hablaba de Trembl. Pero aun hay mas, Juan Blanco añadia que se habia su-

mergido en el fondo del estanque, sacando al señorito Jorge desmayado...

—¡Ah! exclamó el bueno del escudero exhalando un suspiro de satisfaccion.

—Despues, prosiguió Goton, tuvo un acceso de locura y el pobre niño se quedó solo sobre el césped... y cuando volvió á buscarle el Conejo Blanco, el niño habia desaparecido.

—¡Ah! volvió á exclamar Judas.

—Veinte años han trascurrido, amigo.

Judas se quedó por un momento como aterrado.

—¿Dónde está Juan Blanco? dijo, quiero verle.

Goton meneó la cabeza lentamente.

—¡Pobre criatura! repuso; es peligroso para un pobre muchacho arrostrar la cólera de un hombre poderoso. Hervé de Vaunoy se apercibió de los rumores que corrian por el bosque, y atormentaron á Mateo Blanco y á su hijo con motivo del impuesto. El anciano murió y el hijo desapareció del bosque... Algunos dicen que se ha hecho Lobo.

—He oido pronunciar ese nombre, ¿qué clase de gente es esa, Goton?

—Son bretones, amigo, bretones que se defienden y se vengan. Les han dado ese nombre; porque su guarida está inmediata al Foso de los Lobos. Todos lo saben, pero nadie podria encontrar la entrada. Ellos mismos hacen lo

posible por acreditar ese apodo que aterra á los cobardes. Llevan máscaras de piel de lobo menos el gefe que la usa blanca.

—Iré á buscar á los Lobos, dijo Judas.

La vieja reflexionó un instante.

—Escucha, repuso. Hay un hombre en el bosque que podria decirte quizá si Juan Blanco vive todavía. Este hombre es un breton, por mas que se empeñe en hablar como si tuviera en las venas sangre francesa. Recuerdo que cuando vino á establecerse en esta parte del bosque, la gente decia que su hija, que era entonces una niña, tenia las mismas facciones que la hija de Juan Blanco, el pobre loco. Algunos iban mas adelante, y afirmaban que la conocian.

—¿Dónde hallaré á ese hombre?

—Su choza está á cien pasos de nuestra Señora de Mi-Foret.

—¿Y se llama?

—Pelo Rouan, el carbonero.

En aquel momento comenzaba ya á despuntar el dia y la resina palidecia á los primeros resplandores del crepúsculo.

—Hasta la vista y gracias, dijo Judas. Veré á Pelo Rouan antes de una hora.

Dicho esto apretó la mano á Goton y salió.

—Dios sea contigo, buen hombre, murmuró el ama de gobierno siguiéndole con la vista á lo largo de los corredores. Mucho tiempo hacia que mi pobre corazon no experimentaba

tanto gozo. Dios sea contigo, y ojalá conduzas otra vez á sus dominios al heredero de Treml.

Goton, poseida mas del deseo que de la esperanza, meneó tristemente la cabeza al pronunciar estas últimas palabras.

## XVIII.

### *Sueños.*

Cuando Judas, despues de caminar á lo largo de los corredores, volvió al aposento donde habia pasado la noche, el capitán dormia todavía.

Su semblante tranquilo y risueño anunciaba la completa felicidad que se disfruta á veces en sueños y jamás en la realidad.

Judas le contempló por un momento.

—Es un excelente jóven, dijo para sí: su rostro altivo me recuerda al anciano Treml en el tiempo en que aun tenia negro el mostacho.... ¡qué dichoso es! ¡Oh! daria de buena gana toda mi sangre por ver al señorito Jorge en su lugar.

Judas tomó su larga capa de viage para poder ocultar el rostro en caso de tener un mal encuentro.

Era ya de dia: los primeros rayos del sol iluminaban las cortinas de seda. En el momen-

to en que Judas se ceñía la espada para salir, Didier se agitó en su lecho.

—¡Alix! murmuró.

—Ya están en el patio todos los criados del castillo, dijo Judas para sí. No me será fácil pasar desapercibido.

—¡María! murmuró Didier.

Judas le contempló sonriendo.

—¡Bravo, señorito! dijo para sí: ¿os queda otra con quien soñar?

—¡Flor de Retama! gritó el capitán como aceptando el desafío.

Y al decir esto se incorporó en la cama despertando de repente.

—¿Eres tú, amigo Judas? repuso después de dirigir la vista en torno del aposento, como si esperase encontrar otra persona. Creo que soñaba.

—Podeis estar seguro de ello, señor: soñabais y muy agradablemente, respondió Judas.

Didier miró por casualidad las antiguas cortinas iluminadas por los rayos oblicuos del sol, y su sonrisa, que no le había abandonado, adquirió una expresión de gozo más intensa.

—Los poetas tienen razón, dijo hablando consigo mismo, en alabar el regreso al hogar paterno. Yo que no tengo familia experimento aquí una sensación parecida... ¡Calla! pues la ilusión crece de punto.... Judas, amigo mío, me parece que siendo niño he visto ju-

guetear el sol de otoño en unas cortinas de seda como esas... ¡Qué estraña sensación, Judas! Huérfano de padre, experimento, sin embargo, aquí un recuerdo lejano de besos, de caricias y dulces palabras...

—Señor, interrumpió el escudero, voy á despedirme de vos para dar comienzo á mi tarea.

—Quédate, Judas, quédate por espacio de algunos minutos, de un instante, yo te lo ruego... Mi corazón se enternece á impulsos de un estraño sentimiento... No sé, pero mis ojos necesitan llorar, Judas.

—¿Os sentís malo? dijo éste acercándose presuroso.

Didier dejó caer la mano sobre la del anciano y reclinó la cabeza en la almohada.

—No, respondió, no me siento malo: al contrario, no quisiera dejar de experimentar lo que experimento; porque esta angustia desconocida está llena de dulzura. Judas, ¡qué felices son los que tienen recuerdos verdaderos!

—Esos, repuso el escudero con tristeza, suelen no volver á ver el hogar de sus antepasados. ¿No es verdad que debe ser un dolor muy amargo el del niño que se acuerda imperfectamente y muere antes de encontrar la morada de su padre?

—Tú piensas en Jorge Treml, amigo mio.

—Pienso en Jorge Treml, señor.

—¡Siempre!... Dios te ayudará, amigo mio, porque tu misión es obra cristiana.... Mira,



ahí pasa una nube cubriendo el sol. La ilusion desaparece. Vuelvo á ser el capitan Didier y ahora estoy ya dispuesto á jurar que siendo niño he visto mas cortinas de cáñamo que de seda.... Ve, amigo mio, ya no te detengo.

—Didier, desechando un resto de languidez, saltó de la cama. Judas, antes de salir, dirigió una mirada al patio y conoció á maese Alain que conversaba con Lapierre.

—Ya es muy tarde, dijo, para escapar sin que me vean. Allí veo á un hombre cuyas miradas me será difícil evitar.

—¿Quién? preguntó Didier acercándose á la ventana: ¿Lapierre?

—No sé si ha cambiado de nombre, pero en mis tiempos se llamaba maese Alain. Es el mas viejo de aquellos dos.

—Ya lo veo. ¿Y es á ese á quien ayer llamas tu enemigo?

—Ese mismo.

—Pues bien, amigo, el otro es el mio.

—¿Vuestro enemigo un criado?

—¿Eso te maravilla? ¿Tendré que repetirte que no soy noble? Ese criado es la única persona en el mundo que sabe el secreto de mi nacimiento; pero no quiere decirlo y está en su derecho. Asegura que en mi infancia me sirvió de padre.... ¿Ves esto?

Didier, que aun no estaba vestido, abrió el pecho de la camisa y mostró en el nacimien-

to del hombro, junto á la espalda, una cicatriz reciente.

—Esta es una herida hecha á traicion y por la mano de un miserable, dijo Judas frunciendo las cejas.

—Lo entiendes, amigo mio, y tengo motivos para creer que el miserable de que hablas ha sido ese hombre. Pero si no soy noble soy soldado, y mi mano no se deshonrará bajándose hasta él.

—Yo soy un criado, dijo Judas con frialdad; pronunciad una palabra y le castigo.

—¡Estás echando en olvido á Jorge Trem! exclamó Didier sonriendo. ¡Pardiez, que en el corazon de estos bretones viejos corre lo que se llama sangre caballeresca! Pensemos en tu señorito, amigo mio. Yo no sé lo que quieres intentar en obsequio suyo: ese es tu secreto: pero he prometido ayudarte y te ayudaré. Bajemos juntos. Mr. de Vaunoy es un súbdito demasiado fiel y adicto á su magestad para que sus criados se atrevan á mirar mas de cerca de lo que conviene al escudero de un capitan enviado por él.

Judas se cubrió la cara con el embozo y bajó seguido del capitan.

Alain y Lapierre estaban aun en el patio y se inclinaron respetuosamente al pasar Didier, que llevó la mano al fieltro con languidez.

—Que ensillen el caballo de mi criado, dijo.

Lapierre obedeció en el acto. El mayordomo se quedó.

— Camarada, le dijo á Judas, ¿es que vuestra enfermedad exige que lleveis siempre la nariz debajo de la capa? Los criados de La Tremlays aun no han podido daros la bienvenida.

— Maese, ¿qué se dice de los Lobos en el pais? preguntó Didier para que Judas no se viese en el caso de contestar.

— Dicen que son malas bestias, señor capitán... ¿No aceptareis un vaso de cidra, camarada?

— ¿Y qué hace la gente del bosque? preguntó Didier.

— Señor capitán, respondió Alain de mal humor; hacen aros de tonel, carbon y abarcas... ¿Qué decis, camarada? añadió exhibiendo su *vade mecum*, ó lo que es lo mismo, su botella de vidrio blanco; ¿preferis una gota de aguardiente?

Maese Alain fue interrumpido por Lapierre, que traía el caballo de Judas ensillado. Este montó al instante, y en esta evolucion se le desvió un poco el embozo.

El mayordomo, que no le quitaba ojo, le vió una parte del rostro.

— ¡Lléveme el diablo, si no conozco esa cara lo mismo que la mía! dijo entre dientes. ¿Dónde la he visto?... ¡Ya veo que me hago viejo!..

—Esta noche me irás á buscar á Rennes, amigo, exclamó Didier. ¡Ahora en marcha, y buena fortuna!

Judas no aguardó á que se lo repitiese. Metió espuelas al caballo, y salió á galope.

Así que hubo salido por la puerta del patio, el capitan se volvió á los dos criados de Vaunoy.

—Sois por demás curioso, maese, le dijo á Alain, y ese es un pícaro defecto que no hace provecho. Por lo que hace á ti, añadió dirigiéndose á Lapierre, ándate con pies de plomo.

Dicho esto se alejó, y los dos criados le siguieron con la vista.

—¡Andate con pies de plomo! repitió irónicamente Lapierre. ¿Qué decis á eso, maese Alain?

—El gallo canta muy alto: no parece si no que sepa que es de buena raza.... En cuanto á lo de andarse con pies de plomo, siempre es un buen consejo.

Didier se habia dirigido, sin saberlo, hácia al jardin, y no tardó en internarse entre los elevados setos cortados á pico, que formaban el inevitable y clásico laberinto del siglo XVIII.

De trecho en trecho, y entre las ramas que se resentian ya de la proximidad del invierno, se veian algunas estátuas de mármol blanco. Didier dirigia á todos estos objetos una mirada distraida, porque su imaginacion volvía á seguir el rumbo que habia tomado al despertar.

Como suele acontecer á las almas vehementes y poéticas, bástabale, por decirlo así, evocar la ilusion para que volviese á aparecer. Aquellas grandes murallas de verdura se convirtieron en objetos familiares: halló la salida de aquellos dédalos soñados, y aunque su artificio era bastante inocente, creyó, ó al menos hizo lo posible por creer, que el recuerdo era para él el hilo de Ariadna.

—¡Veamos! decia para sí en tono entre risueño y sério; veamos si me engaño... si recuerdo, ó si divago! Mi memoria ó mi imaginacion me dice que al cabo de este anden, á la derecha, hay un cenador, y en ese cenador una estatua de ninfa antigua... ¡Veamos!

El jóven siguió caminando con inquietud é impaciencia, porque la ilusion habia tomado mayores proporciones y era llegado el punto de temer un desengaño.

A algunos pasos del sitio en que el seto formaba un recodo, se paró y dirigió una mirada entre las ramas. De repente se puso pálido, llevó la mano al corazon y dejó escapar un grito.

Tenia delante el cenador y la estatua.

Pero al grito del capitan, la estatua, que era una seductora ninfa vestida de blanco, se estremeció y volvió la cabeza.

**XIX.**

*En el jardín.*

La ilusion desapareció como por encanto. En la especie de apuesta que habia hecho consigo mismo, Didier contaba con un cenador y una estatua. El cenador existia; pero lo que habia tomado por una estatua era una seductora jóven de carne y hueso; era la señorita Alix de Vaunoy de La Tremlays.

La equivocacion era muy disculpable. En el momento en que la vió Didier, la señorita de Vaunoy le volvia la espalda, y estaba de pie, inmóvil, en el centro del cenador, leyendo una carta ajada y al parecer leida y releida, que acababa de sacar del seno. Sus cabellos negros estaban empolvados aquella mañana, y todo su trage consistia en un vestido de muselina blanca.

Al grito que dió Didier la jóven se volvió, como ya hemos dicho, y el papel que leia se le escapó de la mano temblorosa.

Su primer impulso fue el de huir, pero la reflexion la detuvo, y aun se acercó al recodo del seto por donde sin duda iba á asomar Didier, á quien habia conocido por la voz.

La señorita de Vaunoy estaba pálida, como es natural despues de una noche sin sueño. Su mirada, por lo comun atrevida al par que dulce, era melancólica, tímida y grave.

Didier se acercó algo turbado, y para tomar una actitud cualquiera se bajó á recoger la carta que Alix habia dejado caer. Esta carta era suya; conocióla, y su malestar aumentó al propio tiempo que invadia tambien á su compañera, cuyas mejillas se tiñeron de vivo carmin.

—Esa es la carta que me escribisteis anunciándome vuestra marcha, murmuró en voz tan baja que apenas la oyó Didier. Celebro, caballero, que haya caído en vuestras manos, porque así os la quedareis.

Estas palabras pueden parecer muy sencillas y muy insignificantes: pero ¿quién ignora que entre personas que se aman y son correspondidas las palabras no significan nada? Al decir las que hemos trascrito Alix bajó los ojos y su seno se agitó como para contener un gemido. Su voz revelaba un amor indomable, combatido por una resignacion poderosa, pero impotente.

Didier la contemplaba con respeto y ternura; porque el dolor que se sufre con nobleza y orgullo siempre inspira respeto, porque muchas veces siente el corazon no amar cuando el amor ha acabado por inconstancia y no por cansancio; y finalmente, porque hay un sentimiento afectuoso, leal y delicado que vive en las almas nobles mas que la pasion estinguida.

Por otra parte, ¿Didier sabia acaso lo que

habia en el fondo de su corazon? En presencia de aquella muger tan bella, ¿podria estar seguro de que no la amaba? En aquel siglo la moral era poco caballeresca, y amar á dos mugeres á un tiempo parecia, si no un acto meritorio, al menos un pecado venial. Didier no pertenecia, en esto, á su siglo. Su carácter franco y leal rechazaba el engaño; pero tenia veinticinco años y el corazon es muy ancho á esa edad.

El jóven tomó la mano de Alix y la llevó á sus labios.

—Lo que entonces escribia, respondió, lo siento todavía. ¿Acaso vos habeis cambiado, Alix?

—¡Yo! respondió ella con candorosa sorpresa. No... no soy yo quien he cambiado, caballero.

Didier bajó los ojos.

—Escuchad, repuso la señorita de Vaunoy sonriendo melancólicamente. Mas vale así. Nuestros amores eran una locura, Didier. Ayer cuando os vi entrar indiferente y frio d gracias á Dios, porque vuestro olvido es una dicha para entrambos.

—No os comprendo, dijo el capitan: ese supuesto olvido...

—Es real y verdadero.... muy verdadero. Así lo quiero, así lo espero.

—¡Cómo, Alix! dijo el capitan con amargura.



—Sí, repitió la señorita de Vaunoy con el corazón desgarrado, pero con la sonrisa en los labios;—así lo espero.

Si la joven hubiera hablado en estos términos de intento y con miras de coquetería, tendríamos que concederle una gran habilidad. En efecto, sus palabras penetraron en lo más hondo del corazón de Didier y removieron las cenizas de un amor casi apagado.

El joven levantó los ojos encendidos por la impaciencia, é interrogó á Alix con la vista. Su mirada espresaba el enojo, la estrañeza y la esperanza. Era la mirada de un enamorado.

Pero la señorita de Vaunoy, que podía ser coqueta, en ocasiones, como lo es toda hija de Eva, no representaba un papel en aquel momento.

—Esa carta contiene muchas locuras, repuso señalando con el dedo el papel que Didier tenia en la mano. Eramos dos niños.... Ha pasado tiempo, y el tiempo se lo lleva todo, hasta el recuerdo... No me interrogueis, Didier; sé lo que vais á decir. Al verme ha vibrado en vuestro corazón una cuerda que estaba muda hace mucho tiempo. Estais conmovido, y equivocando la emocion con el amor, estais dispuesto á ratificar los juramentos de otro tiempo; pero yo no puedo ni quiero escucharlos.

—¡Pero Alix, por Dios, creedme! exclamó el jóven: ¡mi corazon no ha cambiado!

—¡Es una jóven bellísima! interrumpió la señorita Vaunoy con voz algo temblorosa. Su mirada es pura como la de un ángel. Tiene diez y seis años y os ama.... Si no le correspondierais, Didier, la pobre niña seria muy desgraciada.

Alix se detuvo para respirar penosamente. El capitán estrujaba la carta despechado.

—Pero la amais, prosiguió Alix, la amais, ¿no es verdad?

—¿A quién? preguntó turbado el capitán que comenzaba á comprender.

—Teneis su nombre en los labios, lo mismo que en el corazon.... Mas vale así.... Ya estoy contenta.

—No sé á qué viene esa sospecha.

—No es una sospecha.... Hay una especie de fraternidad entre nosotros los hijos del bosque. Yo soy noble y rica y ella es campesina y pobre: pero de niñas nos hemos encontrado con frecuencia en la espesura. Hemos jugado en otro tiempo como hermanas al pie de las altas encinas que cobijan á nuestra Señora de Mi-Foret..... Yo conseguí domesticar á la arisca niña, y mientras ella vivia en su soledad, yo aprendia á conocer el mundo; mientras ella corria libre como la gacela por el bosque, yo me iniciaba en los deberes de una doncella noble.... Aprendia á llevar el terciopelo y la

seda, á hablar, á guardar silencio, y á sonreír.... ¡Estraño é incomprensible destino! ¡Ella en su soledad y yo en las suntuosas fiestas de Rennes hemos corrido la misma suerte.... Ella ha entregado su corazon al hombre que yo.... creía amar!

—¡Luego no me amais, Alix!

—¿Eso qué importa? Ahora no hablamos de mí. Dos meses habian trascurrido desde que os fuisteis, cuando un dia, que me paseaba sola por el bosque, pensando en los magníficos bailes de monseñor el conde de Tolosa, y quizá tambien en vos, oí una voz sentida que cantaba en la espesura la balada de Arturo de Bretaña....

—¡Flor de Retama! dijo el capitán con voz aguda.

Alix se estremeció.

—¡Flor de Retama! repitió al cabo de un instante. Al fin sabeis de quién hablo, Didier. Hacia mucho tiempo que no habia visto á la jóven y la encontré bellísima. Ella me conoció al instante y se vino á mí con los brazos abiertos. Despues sacó de su canastillo de madre selva un lindo ramo de primavera y me lo puso en el seno. Luego me habló de vos.

—¡De mí! dijo automáticamente Didier.

—No os nombró, pero yo os conocí al instante.... Estaba loca todavía, caballero, y sentí oprimírseme el corazon....

El capitán tendió el brazo con timidez para tomar la mano de Alix.

—¡Ah, señorita! le dije, he sido muy culpable para con vos.... y quizá también para con ella.

—Para con ella solamente, caballero, si decis una palabra más. No olvidéis que la amais y que os ama.

—¿Pero y vos, Alix?

No había la menor fatuidad en esta pregunta que salió del corazón.

—¿Yo?... ¡Oh! voy á deciros luego la suerte brillante que me proponen.... Una palabra más acerca de ella. ¿Pensais darle vuestra mano?

Didier no se hubiera hecho jamás á sí mismo esta pregunta, y no supo qué responder.

La señorita de Vaunoy frunció un poco las negras y delicadas cejas.

—Pensais casaros con ella, repuso con gravedad. Tal debe ser vuestro deseo y tal es vuestro deber.... Es pobre, pero vos teneis una espada y no sois de los que hallan un obstáculo en el nacimiento.

Al pronunciar estas últimas palabras Alix consiguió desterrar toda espresion de melancolía. Hablaba con firmeza y persuasión.

—No soy noble, respondió el capitán; ya lo sé.... y creo que no era necesario recordar la distancia que nos separa.... Vos habeis olvidado, y yo procuraré tener valor para imita-

ros.... Pero no defendais la causa de María, Alix, porque mi corazon es débil y al veros tan noble y tan generosa....

—¡No veis que he olvidado! interrumpió Alix haciendo asomar otra vez á sus labios la sonrisa.

El capitán se mordió los labios. El papel que representaba iba siendo cada vez mas difícil. Adivinaba el amor, el amor vehemente y poderoso, bajo la capa de hielo de la señorita de Vaunoy; pero la jóven lo negaba, y atrincherábase al parecer detrás de la diferencia que existia entre su posicion social y la de Didier. Demasiado fuerte y orgullosa para aceptar la compasion, Alix tomaba la delantera y pronunciaba palabras de separacion. Por otra parte, el recuerdo evocado de María hablaba eloquentemente. Didier veia su suave sonrisa detrás de la sonrisa altanera de Alix. Quizá hubiera permanecido frio en presencia de Alix afligida; pero Alix imploraba compasion para María, y el alma humana es débil contra las sorpresas.

—¡No, dijo al cabo de un momento, no me habeis olvidado, Alix, es imposible!

Estas palabras eran demasiado exactas para no ir en derechura al corazon de la señorita de Vaunoy. Pero habia mucho trecho de su corazon á su rostro, porque éste obedecia á su firme voluntad.

—¿Necesitais pruebas? preguntó la jóven, re-

chazando por medio de un poderoso esfuerzo la emocion que agolpaba las lágrimas á sus ojos. Didier, si os amase todavía no estaria á vuestro lado.... Ya que es fuerza hablaros con claridad, caballero, tengo las debilidades y las preocupaciones de mi raza. Soy Vaunoy de La Tremlays, y mi marido, si me caso algun dia, no me ha de dar un nombre que valga menos que el de mi padre.

—¡Es verdad lo que decís! exclamó Didier.

—Es verdad.... Pero dejemos eso.

—¡Oh! sí, dejemos eso, señorita. ¡Pluguiera á Dios que nunca hubiéramos hablado de tal asunto! ¡Así hubiera conservado la admiracion que os profesaba.... Os creía tan superior á las demás mugeres!

Alix no pudo contener un suspiro, pero fue cosa de un segundo. La jóven recobro su tono jovial.

—Hablemos como antiguos amigos que se ven despues de una larga ausencia. ¿No sabeis lo que hay? Mi padre quiere casarme.

—¡Ah! dijo Didier.

En seguida añadió dando á su voz un acento irónico:

—¿Y ese es sin duda el motivo?...

—No, el hombre que quieren darme por marido no podria haceros sombra si fuerais mi amante.... Nunca le daré mi mano....

—¿No tiene un nombre que esté al nivel del

vuestro? preguntó Didier sin dejar el tono irónico.

—Es Mr. Bechameil, marqués de Nointel, intendente real del impuesto.

Didier soltó la carcajada, y como si el cenador tuviera eco resonó otra carcajada estrepitosa á unos veinte pasos.

—¡Son ellos! exclamó Alix. ¡Dios mio! no os he dicho aun todo lo que tenia que deciros.... Nos volveremos á ver, Didier.

Y dicho esto la jóven escapó presurosa, dejando al capitan estupefacto.

—¿Me ama todavía? se preguntó á sí mismo.

En cuanto á la señorita de Vaunoy así que estuvo sola brotaron las lágrimas de sus ojos.

—¡Dios mio, Dios mio! murmuró, ¿le amaré todavía?

En aquel momento se volvió á oír otra carcajada y voces que hablaban. A poco aparecieron al revolver del andén los Sres. de Vaunoy y de Bechameil.

## XX.

### *Antes y despues de almorzar.*

Vaunoy y el intendente real, que venian de muy buen humor, se acercaron presurosos á Didier, que aun no habia vuelto en sí de la sorpresa, y guardaba un continente poco sereno.

—Mi querido huésped, dijo Vaunoy, llega-

mos á este sitio guiados por vuestras carcajadas... ¿Tan de buen humor os ha puesto el paseo solitario?

—¿He reído? preguntó maquinalmente Didier.

—Sí, á fe mia, habeis reído.

—Es un hecho que habeis reído, dijo Bechameil. Tengo el honor de daros los buenos días.

—Pues no recuerdo... dijo Didier.

—¡Ah! dijo Vaunoy, viendo el papel que el jóven tenia aun en la mano, sin duda es esa carta la que os ha arrancado vuestra carcajada matutina.

—Eso parece lo mas probable, dijo Bechameil. Os ruego que me deis noticias de vuestra salud.

Didier estrujó la carta y la rasgó en mil pedazos. Hecho esto saludó al intendente real y le contestó con un cumplimiento venal.

Mr. de Bechameil habia modificado completamente el humor negro del dia anterior. Vaunoy acababa de hacerle comprender que no tenia nada que temer de semejante rival, y que podia contar con la mano de Alix. Esta noticia le inclinaba á la benevolencia.

Por lo que hace á Vaunoy no se habia quitado la máscara de bondad que le servia de disfráz.

—Señores, dijo el capitan, cuya frialdad contrastaba mucho con la cordialidad de sus huéspedes, si os parece bien hablaremos ahora de lo



que concierne al servicio de su magestad.

—¡Con mucho gusto! respondió Vaunoy.

Y Bechameil repitió:

—¡Con mucho gusto!.... Con todo, añadió despues de reflexionar, creo, salvo vuestro parecer, que seria conveniente almorzar antes.

—¡Cómo! Sr. de Bechameil, dijo Vaunoy sonriendo.

—No he dicho nada, amigo mio; figuraos que no he dicho nada... Prefiero el servicio del rey al almuerzo... y aun á la comida. Pero esto no obsta para que un almuerzo frio sea una triste cosa.... Ya os escuchamos, señor capitán.

Didier sacó de la cartera un pergamino, por el cual pasó la vista Vaunoy por pura fórmula. Al leer la firma real, Bechameil creyó de su deber quitarse el sombrero y decir: Dios bendiga á su magestad.

—A propuesta de su alteza real, monseñor el conde de Tolosa, gobernador de Bretaña, dijo el capitán, el rey me ha confiado la mision de escoltar los fondos del impuesto por esta comarca que se cree peligrosa.

—Y que lo es realmente, interrumpió Vaunoy.

—Que lo es enormemente, añadió Bechameil.

—El rey me ha encargado, además, repuso Didier, que proteja la percepcion de los pechos, y su alteza real me ha dado la mision especial

de perseguir y aniquilar, por todos los medios, á ese puñado de rebeldes que se conocen con el nombre de Lobos.

— ¡Dios os dé su ayuda! dijo Vaunoy. Esa es una noble mision, amigo mio.

— Una mision que no os envidio por cierto, amiguito, dijo para sí Bechameil... Dios os dé su ayuda, añadió en alta voz.

— Os doy gracias, señores; Dios protege á la Francia y no nos faltará su ayuda.... ¿Espero que tampoco echaré de menos la vuestra?

A esta pregunta hecha con brusca franqueza, Vaunoy respondió con una inclinacion de cabeza, acompañada de una sonrisa diplomática.

Bechameil, á pesar de su buena voluntad, no pudo imitar mas que la inclinacion: porque el bueno del gastrónomo no era diplomático.

Didier se creyó en el caso de insistir.

— ¿Puedo contar con vuestra ayuda? preguntó segunda vez.

— Por mas de un título, amigo mio; por vos y por su magestad.

— Me adhiero á lo dicho por Mr. de Vaunoy, dijo Bechameil.

— Gracias, señores; no esperaba menos de dos súbditos leales del rey. Cuento mucho con vuestro ausilio, y os advierto de antemano que no perderé ocasion de esplotar vuestra buena voluntad.... Tened la bondad de prestarme atencion.

Bechameil sacó el reloj, y observó con dolor que habia pasado, hacia diez minutos, la hora habitual de almorzar. Exhaló un profundo suspiro, y no se atrevió á significar mas claramente su disgusto.

—Antes de llegar aquí, repuso Didier, ya tenia formado mi plan de campaña. He tomado todas las medidas. El destacamento que hay en Rennes para la persecucion de malhechores está avisado; el de Laval marcha ya á estas horas en direccion á Bretaña. Los gendarmes de Vitré, de Fougères y de Louvigné-du-Désert me auxiliarán en caso necesario.

—¡En hora buena! exclamó Bechameil. Toda esa gente compone un ejército respetable.

—Cerca de trescientos hombres, caballero.

—No es bastante, dijo Vaunoy. Los Lobos son cuatro veces mas numerosos.

Bechameil moderó su alegría.

—Yo creí que eran muchos mas, repuso friamente el capitán. Uno contra cuatro.... Somos superiores.

—No lo sé, dijo Bechameil.

—Somos superiores, repuso Didier, porque tendremos de nuestra parte todas las ventajas.... Por supuesto no imaginareis que yo quiera atacarlos en el Foso de los Lobos.... Mr. de Vaunoy, no os asombre que sepa yo el nombre de su guarida.... Por circunstancias que no juzgo á propósito referiros en este mo-

mento, conozco el bosque de Rennes como si hubiera nacido en él.

A estas últimas palabras Hervé de Vaunoy se estremeció violentamente, y se puso tan pálido, que Bechameil se creyó en el caso de sostenerle.

—¿Qué teneis, amigo mio? preguntó el intendente.

—Nada.... no es nada, dijo Vaunoy con lengua balbuciente.

—¡Sí tal! apuesto á que lo que teneis es pura necesidad de tomar algun alimento.... Y en realidad la hora de almorzar ha trascurrido hace treinta y cinco minutos y algo mas.

Vaunoy hizo un brusco esfuerzo para disimular como pudo, y rechazó á Bechameil.

—Capitan, dijo, os ruego que me dispenseis.... Un repentino vahido.... porque padezco de esta enfermedad.... Proseguid si gustais.

—Por vuestro bien, amigo mio, insistió heroicamente Bechameil, os aconsejo que tomeis algo.... El capitan y yo os acompañaremos....

Vaunoy hizo un ademán de impaciencia, y Bechameil conoció con profundo dolor que el almuerzo quedaba, sin remedio, aplazado indefinidamente.

—Decia, repuso Didier, que habia fijado poco la atencion en esta escena, que el bosque de Rennes es para mí una localidad conocida. Sé que la posicion de los Lobos es inespugnable, y no pretendo arrostrar las eventualidades de

un ataque.... al menos mientras no estén en salvo los fondos de su magestad. Yo necesito tambien tomar posiciones en el bosque, y os pido á vos, Mr. de Vaunoy, vuestro castillo de La Tremlays, y á vos, señor intendente real, vuestra casa de recreo de la Cour-Rose....

—¡Mi *Locura!* exclamó Bechameil; y ¿qué quereis hacer con la casa, caballero?

—No lo sé... Tal vez una plaza de armas.

—Pero es que hay tapices en todos los aposentos, caballero, tapices por valor de veinte mil escudos.

—¡Mr. de Bechameil, Mr. de Bechameil! interrumpió Vaunoy.

Peró esta vez el marqués se mostró reacio y añadió:

—Hay muebles esculpidos, incrustados, dorados...

—¡Mr. de Bechameil, Mr. de Bechameil! repitió Vaunoy.

—Hay porcelanas del Japon, loza de Italia, cristales de Suecia... Solo la batería de cocina, caballero, vale catorce mil y quinientas libras... ¿Y quereis entregar todo esto al saqueo? Vuestros soldados devastarian mi despensa, se me beberian cuanto hay en la cueva;... en mi cueva que es la mas rica de Francia y de Navarra... Me pisotearian las alfombras, me romperian los cristales... y ¡quién sabe los males que cometerian!... Una plaza de armas.... ¡Pardiez! ¿reeis, caballero, que he

construido mi *Locura*, que así se llama la casa, para hospedar á vuestra soldadesca?

—Mr. de Bechameil, Mr. de Bechameil, repitió Vaunoy por tercera vez. ¡Santo Dios! os digo que calleis.

Mr. de Bechameil se paró al fin sin aliento. Didier no hizo caso de la interrupcion, y repuso con mucha calma:

—Quizá una plaza de armas.... Pero en tal caso, señores, os prometo avisaros con dos horas de anticipacion.

—Eso bastará, dijo Vaunoy que parecia dispuesto á aprobarlo todo.

—Amigo mio, exclamó Bechameil exasperado; no os comprendo.

Vaunoy le apretó fuertemente la mano. Esta es una seña que comprenden las inteligencias mas obtusas de todos los paises. Monsieur de Bechameil calló instintivamente.

—Supongo, mi querido huésped, dijo Vaunoy en tono amable y cortés, que las medidas de que hablais forman la última parte de vuestro plan. Antes de fortificares os ocupareis, sin duda, en convoyar los fondos que os esperan en Rennes; porque dicen que las arcas del rey están vacías ó poco menos.

—Tal es, en efecto, mi proyecto, caballero.

—Pues hasta que La Trémlays sea plaza de armas, lo usaremos, si os parece, como posada donde descanse la escolta del impuesto.

—En ese caso, dijo Bechameil, yo ofrezco

tambien mi Locura. Una posada pase, pero una plaza de armas....

—El impuesto, respondió el capitán, queda bajo la garantía y responsabilidad del Sr. intendente real, en tanto que no haya pasado las fronteras de la Bretaña. Por consiguiente al Sr. intendente real toca elegir el sitio donde la escolta haya de pasar la noche.

Una espresion de singular inquietud se reflejó en el rostro del señor de La Tremlays. Su emocion debió ser muy poderosa para que Vaunoy, acostumbrado, como estaba, á dominar admirablemente su fisonomía, no pudiera reprimirse.

Didier y el intendente lo observaron. El primero no fijó mucho la atención. Creía conocer á Vaunoy, y le despreciaba sin suponerle traidor. Su altiva indiferencia no se dignó ocuparse de este pequeño incidente. Por lo que hace ó Bechameil, interpretó á su manera la angustia evidente del señor de La Tremlays, y creyó que Vaunoy, viendo que quedaba á su cargo la eleccion del sitio donde habia de pasar la noche la escolta, temia su decision por el gasto de cocina y las provisiones del castillo.

—Amigo mio, le dijo; debo advertiros desde ahora, que los gastos del convoy son de cuenta mia....

Vaunoy se puso pálido y frunció las cejas.

—Yo lo pagaré todo, prosiguió el intendente; la hospitalidad es para mí un deber.

—¿De ese modo pretendéis recibir á la gente del rey en vuestra casa de la Cour-Rose? preguntó Vaunoy, cuya ansiedad aumentaba visiblemente.

—¡No, amigo mio, no! exclamó con viveza Bechameil.

Vaunoy respiró libremente, y el color encarnado volvió á aparecer en sus mejillas. Este movimiento fue tan irresistible y tan marcado que Didier no pudo menos de observarlo... Sin embargo, fué cuestion de un momento, y á medida que recobraba la calma la fisonomía de Vaunoy se desvanecian las dudas del capitán.

Pero para un espectador atento y desinteresado de esta escena hubiera sido evidente que el cerebro de Vaunoy acababa de concebir un proyecto atrevido, proyecto que favorecia mucho Bechameil designando á La Tremlays, como punto donde debia descansar la escolta de los fondos del rey.

Bechameil, que no imaginaba ni remotamente que su decision pudiera ser del agrado de Hervé de Vaunoy, se esforzó en escucharla y motivarla á su memoria.

—Os repito, amigo mio, dijo, que no tendreis nada, absolutamente nada, que desembolsar...

—Dejemos eso, interrumpió Vaunoy.

—Permitidme. Creo que me hareis la justicia de persuadiros á que soy un súbdito fiel y



adicto de su magestad. Mi pobre casa está á su servicio desde los cimientos hasta las tejas,... incluso, por supuesto, los pisos intermedios... Pero se trata de quinientas mil libras tornesas.

—Quinientas mil libras tornesas, repitió lentamente el señor de La Tremlays.

—Nada menos, amigo mio... Aun habrá algunos escudos mas... Si robasen esta suma, mi posicion financiera, que es regular, se resentiria terriblemente... Ahora bien, mi Locura no es buena para sostener un sitio, y sí los Lobos...

Vaunoy se encogió de hombros con afectacion,

—El Sr. intendente tiene razon, dijo el capitán, que hacia seis minutos que ponía muy poca atencion en lo que se hablaba.

—Permitidme, dijo Bechameil respondiendo á la pantomima de Vaunoy, sentiria que imaginaseis...

—Vamos á almorzar, interrumpió sonriendo el señor de La Tremlays.

El golpe era de un efecto seguro, y dió en lo vivo. Bechameil agitó convulsivamente las mandíbulas, como para insistir en su explicacion; pero solo pudo repetir estas palabras que despertaban en su corazon los mas tiernos ecos:

—Vamos á almorzar.

Vaunoy se apoyó familiarmente en el bra-

zo de Didier, y Bechameil abrió la marcha con las narices dilatadas y absorbiendo al vuelo entre los efluvios que saturaban el aire, todos los que venian de la cocina.

Por el camino se resolvió que el convoy de dinero saldria de Rennes al dia siguiente. De la ciudad al castillo la jornada era corta, pero los caminos de Bretaña en el año 1740 estaban trazados de modo que cuaduplicaban la distancia.

Bechameil, á pesar de la proeminencia notable de su abdómen, subió al peristilo en dos brincos. Un minuto despues ya se estaba atando la servilleta al cuello y saboreaba un plato de alones de becasinas, elogiando su esquisito condimento.

Hervé de Vaunoy no estuvo ocioso en toda la mañana. El almuerzo habia terminado apenas, y Mr. de Bechameil acababa de echarse en la cama para entregarse al deber de la siesta que nunca deben olvidar los glotones, cuando Mr. de Vaunoy, dejando á Didier bajo un pretesto tanto mas fácil de hallar cuanto que el capitan no tenia el mayor interés en disfrutar de su compañía, se dirigió pensativo y agitado á su aposento.

—Que vengan al instante Lapierre y maese Alain, dijo á un criado que halló en el camino.

El criado obedeció al instante, y Vaunoy siguió adelante: pero habiendo dirigido una

mirada distraída á través de los cristalēs de una ventana del corredor, vió á su hija Alix, que caminaba pensativa con la cabeza baja y á paso lento por el anden principal del jardín.

—¡Siempre triste! dijo para sí Vaunoy en tono que revelaba un átomo de sensibilidad. ¡Pobre niña!... Pero bien mirado no tiene razon. Bechameil seria la perla de los maridos.

Iba á pasar adelante, cuando desde otro anden, cuya línea formaba ángulo con el primero, vió al capitán Didier en actitud tambien pensativa. Vaunoy hizo un ademan de mal humor.

—¡Ya estaba en camino de olvidarlo! murmuró; conozco la aguja de marear. Un solo mes se necesitaba para que ese loco amor pasase al estado de recuerdo, de uno de esos melancólicos recuerdos que divierten á las mugeres, pero que no son obstáculo para un bueno y sólido matrimonio... ¡Y hétele aquí otra vez! Su presencia destruye de una manera fatal todos mis planes... Y por otra parte, si alguna de esas casualidades que prepara el infierno le llegase á descubrir....

Vaunoy interrumpió su monólogo. Como ya hemos dicho, los dos andenes que seguian Alix y Didier se cruzaban. Cada paso que daban los dos jóvenes los aproximaban mas y mas el uno al otro, é iban á encontrarse al instante.

—¡Y aunque no sepa nada! repuso Vaunoy colérico. Su estrella quiere que me haga daño,

y que sepa, que no sepa me perderá si yo no le pierdo.

Alix y Didier llegaban al mismo tiempo al punto de convergencia de los andenes. En el momento en que iban, á encontrarse frente á frente. Vaunoy llevó á los labios su silhato de caza. Su sonido hizo levantar la cabeza á los dos jóvenes. Alix volvió los ojos al castillo y obedeció á la seña que le hizo su padre llamándola.

Didier saludó y continuó su paseo.

—Era una especie de cita, dijo para sí Vaunoy. ¡Santo Dios! he errado el golpe dos veces; pero dicen que el número 3 es afortunado.

Dicho esto entró en su aposento, adonde llegaron á poco sus dos criados, maese Alain y Lapierre. Casi al mismo instante Alix entreabrió la puerta.

—¿Me habeis llamado, padre mio? preguntó.

Vaunoy, que abria ya la boca para dar órdenes á los dos criados, vaciló un poco y estuvo á punto de despedir á su hija; pero se reprimió.

—Quedaos aquí, dijo á los criados. Os necesitaré dentro de un instante.

Dicho esto ofreció el brazo á Alix y se la llevó hácia la galería.

Maese Alain y Lapierre se quedaron solos. El primero, cuya inteligencia se habia debilitado considerablemente bajo el peso de la edad

y por efecto tambien de la embriaguéz, sacó del bolsillo su frasco cuadrado de vidrio blanco y bebió un gran trago de aguardiente.

—¿Quiéres? preguntó á Lapierre.

—Tiempo hay para todo, respondió el ex-saltimbanqui: yo no bebo nunca cuando he de hablar con el señor.

—Pues yo bebo doble.

—Y ves lo mismo... Ayer ni siquiera pudiste conocer á aquel bribon de criado...

—Me voy haciendo viejo, dijo Alain bebiendo otro trago. El hecho es que se me va la memoria; pero si le veo otra vez, quizá le conoceré.

—¿Y si no vuelve?

Alain, en vez de responder, bebió otro trago, y se preparó para dormir mientras esperaba á su señor.

Lapierre se encogió de hombros, y para no perder tiempo se paseó por el cuarto, dando generosa hospitalidad en sus insondables bolsillos á todas las monedas estraviadas que halló sobre los muebles.

Los cajones estaban cerrados.

Cuando acabó su paseo apoyó los codos en el antepecho de la ventana, y á lo lejos, en el jardin, vió á Didier que continuaba su paseo solitario. Lapierre comenzó á reflexionar.

—Pues, señor, creí que te tenia mas ódio, dijo al fin; es un gallardo mozo.... Vaunoy

paga mal y pide mucho.... Allá veremos, allá veremos....

—¿Quiéres? preguntó maese Alain que bebía en sueños.

Lapierre dirigió al viejo una mirada de desprecio.

—Hé ahí en qué viene á parar un hombre sirviendo á Vaunoy, dijo el saltimbanqui.... Nunca se deja los cajones abiertos.... Algunas monedas de oro por mucho trabajo.... Es una lástima condenarse así gratuitamente.... Allá veremos.

## XXI.

### *La señorita de Vaunoy.*

Mientras Alain y Lapierre esperaban, Hervé de Vaunoy media á paso lento el corredor con su hija, que iba apoyada en su brazo, y cuya blanca mano acariciaba con mimo paternal.

—Tengo que regañaros, Alix, decía con voz melíflua. ¡Habeis estado tan fria con nuestro huésped el capitan Didier!...

Vaunoy acentuó estas palabras, y miró á su hija por cima del hombro. El bello y sereno semblante de Alix no reveló la menor emocion.

—No conviene ir mas allá de lo regular, añadió el señor de La Tremlays. El capitan es un bravo oficial del rey, que merece todo

género de atenciones, y cuando no se quiere á un hombre, es bueno contenerse un poco.

Alix contempló á Vaunoy con mirada tranquila.

—¿Y cuándo se le quiere? preguntó en voz baja.

Vaunoy se estremeció, y no pudo contener una mueca de disgusto; pero se serenó al instante.

—¿Qué locura! exclamó, esforzándose para reir. Hace un año, si mal no recuerdo, tuvimos una conversacion sobre esa niñería, y me prometisteis....

—Os prometí hacer lo posible por olvidarle, padre mio: lo he intentado, y no he podido conseguirlo.

—Me prometisteis mas, Alix.

—En efecto, repuso lentamente la jóven; os prometí renunciar á toda esperanza de ser suya.... Padre, añadió despues de un momento de silencio y con profunda tristeza, he cumplido mi palabra: no tengo ninguna esperanza.

Vaunoy besó la mano de su hija, tosió, y comenzó á hablar de cosas indiferentes; pero las últimas palabras de Alix helaban su aparente jovialidad. Amaba á su hija, y éste era el único sentimiento laudable que se habia librado en su corazon de los estragos del egoismo y de la cupidéz.

Vaunoy hubiera querido hacer feliz á su hija; pero los sucesos le acosaban, y no podia

escoger el camino que habia de seguir. Una palabra de Bechameil podia poner en jaque su fortuna, su nobleza y su vida, y era preciso á toda costa comprar el apoyo de Bechameil.

Por otra parte, la ternura paternal de Vaunoy se resentia de sus hábitos é inclinaciones. Era muy sincero cuando consideraba el amor de arriba á bajo. Habia sido jóven de edad, pero no de corazon. La felicidad para él era el oro y el poder territorial, y segun su manera de discurrir debia consistir tambien para una jóven en el oro y el lujo que proporciona, en las maravillas del tocador, en las fiestas suntuosas y en la humillacion de las rivales. Y real y verdaderamente, la opinion de Vaunoy estaba bastante de acuerdo con la de infinitas mugeres.

Ahora bien, casándose con Vaunoy, Alix podia tener todo esto con creces y á medida del deseo, y el recuerdo de Didier no seria mas que un dige mas; porque bueno es que una muger tenga en el fondo de la memoria una cuerda que vibre tiernamente en las horas de jaqueca ó de histérico.

A juicio de Vaunoy una muger, aunque tuviera los trenes de una reina y los diamantes de una judía, no tendria todo lo que le hace falta cuando carece de este dige, ó sea de este melancólico recuerdo de amor desgraciado y lejano que hace brotar lágrimas de



sus ojos en los momentos en que su cerebro necesita llorar.

Vaunoy estaba violento, porque Alix le dominaba desde la altura de su franqueza. Quizá por milésima vez se arrepintió de haber usado de la astucia con ella y conoció demasiado tarde que el ardid se estrella contra el candor.

Demasiado vil para sentir con intensidad la angustia que oprime el corazón de un padre sorprendido por su hijo infraganti delito de engaño, estaba, sin embargo, avergonzado del papel que representaba, é hizo un esfuerzo para arrojar la máscara.

—Alix, dijo de repente fingiendo bastante bien la sinceridad, hago mal en proceder con vos de este modo. Perdonadme: mereceis mi entera confianza y quiero prescindir de todo género de subterfugios... Sabéis lo que quiero, y adivinareis quizá por qué lo quiero.... ¿Defraudareis mis esperanzas?

—Haré lo que he prometido, y nada mas, padre, nada mas.

Vaunoy respiró.

—Eso basta, dijo. El tiempo es un poderoso remedio contra las caprichosas repugnancias de las jóvenes. Por ahora solo os pido que no veais al capitán Didier.

—Le he visto ya, padre, respondió Alix.

—¡Ah!... ¿Y le habeis hablado?

—Le he hablado.

—De suerte que aquella aparente frialdad era una comedia, una mentira.

Alix no se irguió para tomar la actitud de maestro de armas por medio de la cual los cómicos creen espresar la indignacion de la virtud ofendida, ni dirigió al cielo la olímpica mirada que los mismos dirigen al techo de la sala, cuando quieren tomar el quinqué por testigo de su inocencia.

—Ni mienten mis acciones ni mis palabras, dijo sencillamente. Tranquilizaos, padre: tengo ánimo de cumplir mi promesa y la cumpliria aunque me costase la vida.... Además, añadió en voz mas baja y con algun rubor, mi voluntad no es la única garantía que os ofrezco: el capitan Didier no me ama.

—¡De veras! exclamó Vaunoy con júbilo brutal.

Y sin curarse del daño que sus palabras podian hacer á su hija, prosiguió en seguida:

—Es una buena noticia, Alix. ¿Por qué no la deciais antes, hija de mi alma?... ¡Con que el capitan, ese soldado aventurero!...

Vaunoy pronunció estas ultimas palabras en tono de irónica compasion, que hubiera lastimado profundamente un corazon vulgar: pero Alix era superior á esta grosera agresion.

La frente de la jóven conservó su serenidad y repuso con sonrisa melancólica, pero tranquila:

— Soy de vuestra opinion, padre, creo que todo es para bien.

Vaunoy conocia á su hija, y aunque no tenia condiciones para comprenderla, le profesaba una especie de respeto. Sin embargo, la resignacion de Alix le parecia tan extraordinaria que apenas se atrevia á darle crédito. Involuntariamente, y fiel á su antigua costumbre, volvió á su espionage moral.

— ¡Santo Dios! dijo despues de un momento de silencio, sois la flor y nata de las muchachas, Alix, y apuesto á que de Rennes á Nantes no se encuentra quien os iguale. ¡Ni una sola palabra de sentimiento, ni una queja! ¡Santo Dios! parece increíble; y eso me dá buenas esperanzas en pró de ese pobre Mr. de Bechameil que se muere de amor por vos.

Alix no respondió una palabra.

— Pero no hablemos de eso, prosiguió el señor de La Tremlays. Ya hemos vencido esta dificultad. No hay que pedir mucho de una vez. ¡Santo Dios! ¡yo que estaba tan apurado!... Ahora ya no temo nada: sé que sois demasiado orgullosa para volveros á acercar á él.... ¡Se habrá visto hombre mas necio!... Pues juro á fe que la entrevista de que hablábamos poco há será la última.

Esta frase era la parte importante del discurso de Hervé de Vaunoy. Todo lo demás habia sido una preparacion. Observó con inquie-

tud el efecto que producía y aguardó contestación.

Olvidaba otra vez que todos estos ardides eran supérfluos. Las palabras de Alix no temían las interpretaciones ni necesitaban de comentarios.

La jóven dejó el antepecho de la ventana, en la cual tenía apoyado el brazo, y mostró con el dedo á Didier que salvando la última barrera del parque se internaba en la espesura.

—Tendré que esperar á que vuelva, dijo.

Vaunoy creyó haber comprendido mal.

—¡A que vuelva! repitió maquinalmente.

—Sí, señor. He prometido al capitán Didier que nos volveríamos á ver. Es preciso; debo hacerlo y os pido como un favor que no pongais obstáculo....

—Pero.... dijo Vaunoy sorprendido y disgustado.

—¡No me negueis lo que os pido! dijo Alix con calor. Nunca os he desobedecido, y sabe Dios que lo haría con gran sentimiento.

—¿De suerte, señorita, que si os negara mi consentimiento me desobedeceriais?

Alix bajó la cabeza silenciosamente.

—¡Perfectamente! repuso Vaunoy, cuyo arisco enojo no se parecía en nada á la dignidad de un padre ofendido: al menos estoy prevenido con tiempo.... ¿Y me será permitido preguntaros qué asunto de importancia es el que

motiva esa entrevista entre la señorita de Vaunoy y el capitán Didier?

—No os lo sabré decir, padre.

—¡Hola! ¡caminamos de sorpresa en sorpresa!... ¡Pero, Santo Dios!... parece increíble. ¡Olvidais, Alix, que podría encerraros en vuestro aposento!

—Espero que no lo hareis.

—¿Y si lo hiciera? exclamó Vaunoy montado en cólera.

—Padre, dijo Alix refrenando la voz que quería estallar, os respeto y os amo..., pero há mucho tiempo que mi silencio induce á error á Mr. de Bechameil, y si callo es por vos. ¡Si hablara!...

La jóven se contuvo avergonzada de haber estado á punto de amenazar; pero Vaunoy comprendió la reticencia, y su cólera desapareció como por encanto. Y no fue esto solo, sino que impuso á su fisonomía, acostumbrada á estos cambios repentinos, una espresion jovial.

—Sois una perversa criatura, Alix, dijo, dándole un beso estrepitoso en la frente: sabeis que no puedo negaros nada, y abusais de vuestro poder que camina á paso largo hácia la tiranía.... ¡Loquilla! lo que dije fue por pura curiosidad. Quería sorprender el gran secreto, pero me habeis vencido, y no volveré á tener con vos luchas de palabras.... Si se presenta otro caso, os azuzaré á guisa de vanguardia á la señorita Olivia de Vaunoy, mi digna her-

mana.... y entonces os aconsejo que os pongais bien sobre los estribos.

Alix no dió crédito á esta repentina jovialidad. Vaunoy tenia razon: con toda su larga esperiencia de intrigante no podia luchar contra la altiva rectitud de su hija. El señor de La Tremlays malgastaba su diplomacia.

—Me alegro de oiros hablar así, padre mio, dijo Alix por toda contestacion.

—¿Os alegráis?... Entonces sed clemente, y compadeceos un poco del pobre Mr. de Bechameil.... Pero eso vendrá con el tiempo, y ya volveremos á hablar del asunto.

Dicho esto sacó el reloj.

—¡Las once ya! murmuró.... Vamos, hija mia, os dejo y os doy carta blanca, seguro de que no abusareis de mi confianza.... Hasta la vista.

Vaunoy hizo un ademan familiar y cariñoso, al cual respondió Alix con una respetuosa reverencia, y se apresuró á volver á su aposento, donde le esperaban sus dos ministros, el uno filosofando como puede hacerlo un ex-saltimbanqui, y el otro roncando á la manera de los justos y de los beodos.

Cuando Alix se quedó sola, su bello semblante perdió su espresion de tranquila dignidad, y reflejóse en su mirada al mas sombrío desaliento.

—¡Volverle á ver! murmuró la jóven; ¡volver á sufrir esa galantería venal que me prodi-

ga como un consuelo ; leer la compasion en su sonrisa, y no poder ennoblecerme á mis propios ojos, sino defendiendo la causa de una rival!...

Alix habia bajado, sin saberlo, la escalera interior y las gradas de granito del peristilo. Sentóse en un banco de césped á la entrada del jardin, y escondió el rostro entre las manos.

La jóven conservó esta postura por espacio de mucho rato. Cuando levantó la cabeza, sus ojos secos pugnaban por llorar. Al cabo de algunos minutos sacó de su seno una medallita de cobre informe y rústicamente grabada, que llevaba pendiente de un cordon de seda.

Besóla con pasion, y al fin brotó una lágrima de sus ojos.

—¡Cuánto le amo, Dios mio, cuánto le amo! dijo.

Al través de las lágrimas brilló en sus ojos un rayo de entusiasmo, y apretando con fuerza la medalla de cobre contra su corazon, añadió:

—¡Volverle á ver!... Sí, es preciso... ¡Sufriré, pero le salvaré!

## XXII.

### *Dos criados á pedir de boca.*

Vaunoy tenia á veces con su hija conversaciones parecidas á la que acabamos de referir. Alix sabia poco mas ó menos qué gé-

nero de interés tenia su padre en conservar la amistad de Mr. de Bechameil, y aun sabia que Vaunoy tenia un derecho de posesion incierto y precario á los inmensos dominios de Treml.

Es ocioso advertir que no abusaba jamás de este secreto. El carácter de su padre, que la jóven hubiera querido no juzgar, pero cuya bajeza le saltaba á los ojos, por emplear una espresion vulgar, habia sido para ella desde su primera juventud una causa perpétua de pesadumbre.

Su carácter sério, leal y vigoroso se habia acostumbrado á la tristeza, y sus breves amores con Didier eran los únicos instantes de alegría pura que habia gustado en su vida.

Por lo demás no veia en la usurpacion de Vaunoy mas que un peligro y no un crimen, porque ignoraba que esta usurpacion perjudicase al legítimo dueño. Y en realidad nadie hubiera podido sostener la opinion contraria, en razon á que Treml no habia dejado heredero. Quizá si no hubiera conocido al capitán Didier se hubiera sacrificado por el reposo y la seguridad de su padre; porque su organizacion superior era susceptible de la mas completa abnegacion; pero era demasiado grande el contraste entre Didier y Bechameil. El intendente real, hombre ridículo y despreciable á la vez, le inspiró un senti-



miento de invencible repulsion y fue precisa toda la obstinacion de su padre para moverla á no rechazar abiertamente y á las primeras de cambio las pretensiones de Bechameil.

Vaunoy no se cansaba. Creia conocer á las mugeres y atacaba el corazon de Alix por todos los lados que con razon ó sin ella, pasan por vulnerables en las hijas de Eva. No hacia progresos en esta tarea; pero ganaba tiempo.

En los momentos á que nos referimos no hubiera tenido tiempo para provocar la lucha que acababa de tener con Alix, á no ser porque le convenia conjurar un peligro inminente. La llegada de Didier amenazaba todos sus proyectos, y trató de interponer su voluntad, como una barrera material, entre su hija y el capitan.

Ya hemos visto el resultado de su tentativa. La casualidad debia favorecerle mejor que su elocuencia.

Terminada su entrevista se dedicó á preparar la egecucion de un proyecto que por primera vez se le habia ocurrido en el jardin, hablando con Didier y Bechameil. Este proyecto le traia muy cabiloso. Durante el almuerzo habia pesado sin duda las probabilidades, y habia formado la resolucion de jugar el peligroso albur.

Media hora hacia que Mr. de Vaunoy se

habia reunido con sus dos esbirros. Maese Alain habia sacudido hasta cierto punto su somnolencia, y Lapierre escuchaba atentamente, sentado en un excelente sillón.

Vaunoy habia hablado largo rato y sin interrupción. Cuando hubo concluido interrogó con la mirada á los dos criados. Maese Alain respondió con una mueca equívoca, y Lapierre se columpió muy diestramente sobre un pie de la silla.

—¿No me habeis oído? preguntó Vaunoy.

—Sí tal, respondió Lapierre: lo que es yo me he enterado perfectamente.

—Yo también, añadió maese Alain.

—¿Y qué decis?

El mayordomo se pasó muy buenos deseos de sacar su botella cuadrada; pero no se atrevió. También tuvo conatos de responder; pero fiel á su prudente costumbre, esperó á que Lapierre manifestase su opinión, bajo el supuesto de que seria tiempo de hablar despues.

Lapierre seguia columpiándose.

—¿Qué decis? repitió Vaunoy frunciendo las cejas.

—¿Que qué digo, hé? respondió Lapierre dándose importancia.

—¡Pues! dijo enfáticamente maese Alain.

—¡Cómo! exclamó Vaunoy montando en cólera; ¿no comprendeis que su muerte viene á ser un caso fortuito de que no soy responsa-

ble? ¿Que las sospechas se alejarán naturalmente de mí, y que sería insigne locura ó mala fe el acusarme de semejante *desgracia*?

—Si tal, dijo Lapierre; por mi parte comprendo eso.

Maese Alain hizo con mucha gravedad una señal de aprobacion.

—¿Y qué decis? repuso Hervé de Vaunoy.

—¿Que qué decimos? repitió Lapierre.

Vaunoy, cuya frente se puso de color de púrpura, blásemó entre dientes.

—Sí, repuso el ex-saltimbanqui sin afectarse en lo mas mínimo; es evidente que no podría escapar... y si estuviéramos en ese caso no daría seis ochavos por su vida;... pero...

—¿Pero qué?

—Pero no estamos en ese caso.

—¿Es que no te parecen bastante atractivo cinco mil libras?

—Vendrían por la décima parte de esa cantidad.

—Por la vigésima, dijo maese Alain *aparte*, daría yo mi alma al diablo, yo que soy hombre de avanzada edad y súbdito fiel del rey.

—Entonces ¿qué quereis decir? preguntó Vaunoy á Lapierre.

Maese Alain aguzó el oído á fin de apropiarse en caso necesario la opinion de su camarada. Este sin parar mientes, al parecer, en la progresiva impaciencia de Vaunoy, se

balanceó un momento y dijo estas palabras en tono grave:

—Supongo que habreis oido hablar de las fábulas de Lafontaine... Si os enojais me quedo mudo.... Ese Sr. de Lafontaine es un poeta de muy buen consejo y recuerdo una de sus fábulas...

—¡Santo Dios! interrumpió Vaunoy, daría diez luises por apalear á este bergante...

—Dádmelos y apalead, repuso el imperturbable Lapierre. Por lo que hace á la fábula de que hablo, no podeis juzgarla antes de oirla, y como no la sé de memoria no os la recitaré.

—Pero ¡Santo Dios! á qué viene eso, ¿ladron?

—Os ruego me perdoneis la falta de memoria, prosiguió Lapierre: á falta de texto os diré el resumen. Se trata de lo siguiente... Los ratones celebran consejo y buscan el medio de dar la muerte á un gato muy temible....

—¡Ya te comprendo! exclamó violentamente Vaunoy levantándose y paseando á largos pasos por el aposento.

—Pues yo no, dijo para sí maese Alain.

—¡Te comprendo.... repitió Vaunoy, ¡tienes miedo!

—Os engañais. Mas valiera, para vuestro proyecto, que yo tuviera miedo. Pero yo estoy decidido á hacer lo que los ratones de la fábula: no tengo miedo.

—¿Desobedecerías mis órdenes, miserable?

—Ponerle el cascabel al gato es una necesidad completamente agena á mis principios y á mis hábitos.... Que se lo ponga otro, y por lo demás soy vuestro humildísimo servidor.

—¿De qué diablo de cascabel está ahí hablando? dijo muy cabiloso maese Alain, ¿y á qué viene mentar los ratones en esta cuestion?

Vaunoy guardó silencio por un instante y activó su paseo, llevando dos ó tres veces la mano á la guarnición de la espada. Su frente por lo comun tan risueña, estaba sombría como un cielo tempestuoso. Su rostro se ponía alternativamente encendido ó lívido y agitaba sus pálidas mejillas un temblor convulsivo.

—La tempestad será seria, dijo Lapierre en voz baja. Atención, maese Alain.

—Por favor; ¿de qué se trata? murmuró temblando sin saber de qué se trataba.

Lapierre le dijo algunas palabras al oido, y un estremecimiento general agitó los miembros del viejo.

—¡Virgen de Mi-Foret! exclamó, ¡mejor quisiera ir al infierno!

—Es que no puedes escoger, abuelo; porque el diablo te guarda hace mucho tiempo un sitio en el punto que acabas de indicar.... Pero si quieres disfrutarlo lo mas tarde posible, como supongo, mantente firme y haz lo que haga yo.

—¡Virgen Santa! ¡Dios mio! ¡divino Jesus! murmuró maese Alain atribulado.

—Vamos, bebe un trago, que va á comenzar el ataque.

El viejo no era capaz de despreciar este consejo. Dirigió una mirada á Vaunoy, que no pensaba en observarle, sacó su frasco del bolsillo y bebió hasta que le faltó el aliento.

—Se va á poner furioso, porque para él se trata de una gran jugada: pero en resúmen, lo mas que puede hacer es que nos ahorquen; y allá bajo nos asarán vivos.

—¡Lo menos! dijo maese Alain en tono de conviccion y exhalando un suspiro. ¡Quisiera verme fuera de aquí aunque supiera no beber en todo un dia!

Vaunoy se paró de repente con torvo ceño y la mirada brillante y resuelta. No era el mismo hombre. Su fisonomía se habia despojado de toda espresion cautelosa.

Maese Alain cerró los ojos como los niños tímidos al ver la férula del pedagogo.

Lapierre, por el contrario, aseguró el sillón sobre los cuatro pies, cruzó las piernas y se reclinó, tomando la actitud de la calma mas completa.

El terror del uno y la provocadora intrepidez del otro pasaron igualmente desapercibidos. Vaunoy no paró mientes en ello.

En vez de prorumpir en invectivas para ir á parar en seguida á una especie de adulacion

melosa, como tenia de costumbre cuando trataba con sus dos cómplices, volvió á sentarse con la mayor frialdad y los miró alternativamente con espresion que dió en qué pensar al mismo Lapierre.

—Dentro de una hora, dijo lentamente y acentuando cada palabra, es preciso que uno de nosotros monte á caballo.

—Como no sea yo, respondió Lapierre, no tengo el menor inconveniente.

—¡Silencio! dijo el señor de La Tremlays sin levantar la voz. Lo repito: uno de nosotros debe marchar dentro de una hora. Es preciso.... Podria apelar á la fuerza, porque soy vuestro amo: pero la fuerza se estrellaria quizá contra la apatía de Alain y contra vuestra obstinacion, y el tiempo es harto precioso para gastarlo en haceros violencia. Prefiero poner precio á vuestra obediencia. Vaya, ¿quién de vosotros quiere ganarse mil libras tornesas?

Un relámpago de cupidéz hizo brillar las pupilas apagadas del mayordomo.

—¡Mil libras! repitió maquinalmente.

Vaunoy observó el efecto de su proposicion con gran ansiedad. Por un momento creyó que el viejo estaba deslumbrado por la magnificencia del ofrecimiento; pero no contaba con Lapierre.

—¡Mil libras! repitió éste. Los muertos no vuelven á hacer efectivos sus créditos, y la

ventaja está de vuestra parte, señor. ¡Mil libras! ¡Si al menos tuviera yo herederos!...

Maese Alain se rascó la oreja y volvió á su actitud de momia.

—¡Dos mil libras! exclamó Vaunoy; daré dos mil libras adelantadas, al instante, al que me obedezca.

Lapierre se encogió de hombros, y maese Alain, tomándolo por norma, hizo una seña negativa.

La frente de Vaunoy se cubria de gruesas gotas de sudor.

—¡Pero Santo Dios! ¿qué es lo que pidis? exclamó con angustia. ¡Os digo que es preciso!... Ese hombre me cierra el paso por todos lados; me pone obstáculos en todo. Si consigo librarme de él desaparecen todas las dificultades; pero mientras viva le tendré delante de mí como una amenaza perenne.

—Como si dijéramos la espada de Damocles, dijo Lapierre, que era hombre leído. Todo eso es la exacta verdad.

—Su presencia aquí, prosiguió Vaunoy animándose mas y mas, no solo ataca mis proyectos relativos á mi hija, sino que amenaza mi fortuna, mi nombre, mi vida.

—Tambien eso es verdad, dijo Lapierre.

—Y me negais vuestra ayuda cuando de un solo golpe podria aniquilarle.... Decid, ¿hay que doblar la suma, triplicarla, cuadruplicarla?..



—Ocho mil libras, dijo Alain sumando en voz baja.

—Ocho mil libras, mi buen Alain, exclamó Vaunoy; diez mil si quieres, y mi agradecimiento, y...

—Una hoguera de leña verde en algun rincón del bosque, interrumpió Lapierre. Es tentador.

Vaunoy le apretó el brazo con violencia.

—Al menos, dijo en voz baja, habla solo por ti y no influyas en el ánimo de ese hombre... Pagaré hasta tu silencio.

—¡En hora buena! respondió Lapierre. Todo quiere entenderse... ¿Cuánto me dareis?

—Diez luises.

El ex-payaso se quedó mudo, pero ya era tarde. El daño estaba hecho. El mayordomo deslumbrado al principio por las diez mil libras retrocedía al pensar en la muerte.

En vano Vaunoy volvió á la tentación. A todos sus ofrecimientos maese Alain respondió con un sombrío silencio.

—¡Conque os negais los dos! exclamó al fin el señor de La Tremlays, levantándose otra vez.

—Por mi parte me niego, dijo resueltamente Lapierre.

Maese Alain no respondió.

—Bien está, murmuró Vaunoy: debía presumirlo. Sucede con frecuencia que en el momento decisivo el arma se rompe en la mano

del soldado. Entónces tiene que luchar cuerpo á cuerpo... Maese Alain, añadió con acento imperioso, preparad mi ropa de viage y mis pistolas... Lapierre, haz ensillar mi caballo.

Maese Alain se apresuró á obedecer. Lapierre se quedó y miró á Vaunoy cara á cara con gran asombro.

—¿He comprendido bien? dijo despues de un momento de silencio. ¿Pensais intentar vos mismo esa empresa?

—Te digo que hagais ensillar mi caballo.

—Yo que vos tendria menos prisa.... Pero, en fin, esa es cosa vuestra, y si por casualidad volveis con la cabeza sobre los hombros, convendré en que el capitan es hombre muerto.

Lapierre hizo ademan de salir; pero al llegar á la puerta se volvió.

—Sois mas valiente de lo que yo creia, dijo. El diablo os debe su proteccion, y tal vez.... Pero no importa; la jugada es azarosa y mas vale que la hagais vos.

Vaunoy se quedó solo, y cayó sobre una silla. Cuando los dos criados volvieron á anunciarle que todo estaba dispuesto para la marcha, se levantó y tomó automáticamente el camino del patio.

Cuando montó á caballo, la púrpura de sus mejillas se habia trocado en la mas espantosa palidéz.

Al fin partió.

Cuando el caballo pasó el umbral de la

puerta, Lapierre meneó la cabeza, y dijo con ironía:

—Buen viage.

—¿Quiéres? le preguntó maese Alain presentándole el frasco.

—Con mucho gusto, respondió Lapierre: es permitido beber despues de la batalla.... Tengo la cabeza débil, y si hubiera acariciado esta mañana tu frasco con demasiada ternura, quizá á estas horas estaria, en vez de Mr. Vaunoy, camino del cementerio.... ¡A su salud!

—¡*Requiescat in pace!* dijo con gravedad el mayordomo.

### XXIII.

#### *Viage de Judas Leher.*

Hervé de Vaunoy no era un hombre temerario, ni mucho menos. La empresa que intentaba, y que le esponia, en realidad, á un peligro terrible, era por servirnos de la espression de Lapierre, una jugada peligrosa.

Era una especie de duelo á muerte, en que se jugaba la vida contra la de Didier.

Tal vez cegado por un ardiente deseo de deshacerse del jóven, no veia parte del peligro. Quizá contaba con medios de buen éxito, que habia ocultado á sus dos criados. Como quiera que sea, su terror era grande, y el que le hubiera encontrado tembloroso y lívido so-

bre el caballo, le hubiese tomado por un aventurero.

Mucho antes de la hora de partir el antiguo escudero de Nicolás Trembl, Judas Leker habia, como ya hemos dicho, salido del castillo para ir á la cabaña de Pelo Rouan, el carbonero.

Judas habia llegado el dia antes á Bretaña inquieto, pero lleno de esperanza. Lo peor que podia suceder era que Jorge Trembl, el nieto de su señor, hubiera sido despojado, quizá, de su herencia, y Judas tenia en su mano lo necesario para devolvérsela.

La inquietud se habia convertido en angustia, y la esperanza vacilaba. Hubiera valido cien veces mas hallar el niño y perder el cofrecillo, depositario de la fortuna de Trembl. Jorge vivo, jóven, fuerte y valeroso, hubiera tenido una espada para sostener la lucha: muerto ó ausente Jorge, no quedaba mas que un derecho vano. El cofrecillo, ó lo que era lo mismo, el inmenso dominio de Trembl, no tenia dueño legítimo, y la adhesion de Judas, su amor sumiso, paciente y lleno de abnegacion, que no habian podido enfriar veinte años de ausencia, no tenia ya objeto.

Quedaba, es verdad, la venganza, supremo móvil de las personas que no tiene esperanza. Pero Judas era viejo. Su carácter leal era mas apto para el amor que para el odio. La venganza que tiene tantos atractivos para cier-

tas almas , era para él una inútil y triste compensación.

—Buscaré, dijo para sí , hallando su camino entre los senderos conocidos del bosque ; buscaré mucho , buscaré siempre. Si adquiero la prueba de su muerte , y ruego á Dios que no acibare con ese amargo trago mi vejéz, me llegaré á su asesino, y le mataré en nombre de Nicolás Trembl.

Judas no podia dar un paso por aquellos caminos tortuosos y sombríos , tan trillados en otro tiempo , sin hallar un recuerdo. Allí estaba el sendero por donde el antiguo señor de La Tremlays tenia costumbre de cabalgar cuando iba con su nieto á su hermoso castillo de Bouëxis. Allí estaba la revuelta donde Job, el magnífico y leal caballo, habia acorralado á un lobo hambriento despues de un combate heróico. Allí estaba la senda abierta entre los matorrales, tan angosta que solo parecia accesible á las cabras, y que conducia en línea recta al estanque de La Tremlays: el estanque de La Tremlays que quizá era la tumba del último Trembl.

Judas tenia el corazon destrozado y sus ojos secos y abrasados pugnaban por dar libre curso á las lágrimas.

Judas recordaba que en otro tiempo se veian humear, en la espesura, las chimeneas de los carboneros. Todo esto habia desaparecido. Las cabañas estaban, unas en pie y otras me-

dio derruidas, pero la mayor parte desiertas al parecer. En vez del ruido incesante de las tijeras y del martillo que acompañaban los alegres cantos de los obreros, reinaba el silencio, un silencio uniforme y universal.

¿Qué plaga habia pasado por el bosque de Rennes? ¿Qué peste habia despoblado sus llanuras y estampado aquel sello de muerte en unos sitios poco antes tan llenos de vida y animacion?

Judas prosiguió su camino, mas triste y sombrío que los sitios que pisaba. El bueno del escudero se santiguaba al pasar por las cruces, de las cuales no pendian ya las devotas ofrendas de los fieles. Pronunciaba nombres conocidos al pasar junto á ciertas chozas abandonadas, y ninguna voz le respondia.

A veces se aparecía una forma humana en algun recodo del camino, pero desaparecía al instante como un relámpago, y Judas, que era un cazador machucho acostumbrado á distinguir los habitantes del bosque, adivinaba en la imperceptible agitacion de las ramas bajas de la espesura, que la soledad no era tan completa en la realidad como en la apariencia, y que habia mas de unos ojos abiertos detrás de aquellas espesas paredes de verdura.

Cuando estuvo cerca de la cruz de Mis-Foret que, como su nombre lo indica, marca, con poca diferencia, el centro del bosque, el paisaje cambió de repente y apareció mas desier-

to, si es posible. En este sitio se cruzan todos los caminos de comunicacion que atraviesan el bosque. Las llanuras son allí mas abundantes y la inundacion de los caminos habian reunido allí una multitud de industrias forasteras.

A lo largo de los anchos y bellos andenes que formaban como una estrella en derredor de la cruz, veíase en otro tiempo una hilera de chozas cubiertas de cáñamo, donde trabajaban toneleros y otros industriales.

Judas halló estas chozas incendiadas en su mayor parte. Las que quedaban de trecho en trecho estaban devastadas y conservaban huellas inequívocas de los estragos ocasionados por la mano del hombre.

Judas se detenía delante de estos rústicos escombros, y evocaba los recuerdos del pasado. En los tiempos en que Trembl era señor del pais, todas estas chozas estaban habitadas y todos sus habitantes eran felices.

—¡Los franceses han pasado por ahí! decía el escudero, bajo el pretesto de los impuestos han pedido la bolsa ó la vida, y los hombres del bosque no tienen bolsa.

Judas estaba en lo cierto. Aquellas ruinas eran obra de los agentes del fisco, secundados por algunos nobles del pais de Rennes, entre los cuales figuraba en primer término Hervé de Vaunoy.

Mr. de Pontchartrain, primer intendente

real, y despues de él Mr. de Bechameil, marqués de Naintel, habiendo contratado la cobranza del impuesto breton tenian un interés evidente en no dejar que ninguna parte de la provincia se prevaliese de una exención, fundada únicamente en el uso. Quisieron obligar á la gente del bosque á hacer efectiva su cuota y no retrocedieron ante ningun esceso para conseguir su fin.

A esto llamaba Judas pedir la bolsa ó la vida.

Por lo que hace á los nobles tenian otro interés, pero tambien muy evidente. Los hombres del bosque, diseminados en los diversos dominios que formaban la mayor parte de aquel enorme territorio, pretendian tener derecho de uso gratuito y gravaban de hecho aquellos dominios con una verdadera y pesada servidumbre.

Mientras vivió Nicolás Tremblé, como él solo poseia tantos bienes, ó mas, que los otros nobles juntos, estos últimos le tomaron por norma, y Tremblé era un señor afable con los débiles, duro con los poderosos y mas dispuesto á socorrer á sus pobres vecinos que á disputarles el mezquino sosten de su existencia.

Cuando abandonó el pais, Vaunoy ocupó su lugar, é hizo intervenir su tacañería de hidalguelo en todos los asuntos que su primo habia tratado como caballero.



Los propietarios de los alrededores, autorizados con este ejemplo, hicieron lo mismo y pronto reinó por todas partes un sistema de ataque y de compresion contra los desgraciados habitantes del bosque.

Por una parte estaba el fisco y por otra los propietarios. Aquel les arrancaba sus escasos ahorros, y éstos les quitaban todo medio de subsistencia. Creemos haber dicho ya que la gente del bosque se parecia mas al jabalí que á la liebre. Sin embargo, en los primeros momentos, viéndose acorralados y perseguidos por todas partes, buscaron su salvacion en la fuga y se ocultaron en el fondo de los ignorados escondrijos que abundaban entonces en el pais.

Pero su natural feróz y belicoso no podia sufrir esta táctica pusilánime. Para combatir solo necesitaban concertarse, y á la primera voz se levantaron. Las intrincadas espesuras del bosque vomitaron de repente la poblacion salvage que en ellos se guarecia, y no salieron bien librados los agentes del fisco ni los avaros propietarios que habian concitado la tempestad.

Muchos cadáveres sembraron el césped de la espesura y muchas osamentas se blanquearon bajo el toldo de verdura; y en las noches oscuras, mas de un criado, atacado de improviso, pagó la cupidéz de su señor.

Acudieron soldados de Rennes y de todas

partes; pero á medida que el ataque se encarnizaba, se organizaba mas poderosa resistencia.

Era evidente que los insurgentes (porque su número y sus agravios no permitian que se les llamase bandidos) tenian un gefe hábil y resuelto, cuyas órdenes, cualesquiera que fuesen, eran obedecidas con ciega sumision.

Llegó un momento en que la defensa, conducida con maravillosa unanimidad, se convirtió en ataque. Los papeles se trocaron. Los oprimidos se hicieron agresores, y un dia cinco mil campesinos, cubierto el rostro con máscaras estrañas, avanzaron hasta Rennes y saquearon el palacio del lugar-teniente del rey.

Desde aquel momento reinó el terror, y la insurreccion adquirió el prestigio, que es para toda empresa la primera garantia de buen éxito. Envolvieron al gefe de los insurgentes en una misteriosa aureola, y cada cual refirió alguna milagrosa hazaña egecutada por el incógnito personage.

La gente del bosque se hizo popular en veinte leguas á la redonda. Tuvieron sus genealogistas, y los sábios se tomaron el trabajo de encadenar su asociacion con vínculos históricos é incontestables, á la famosa sociedad política de los *Hermanos bretones*, que á mediados del siglo anterior habian estado á pique de librar á la Bretaña de la dominacion francesa.

Desde el origen del levantamiento los principales conjurados se habian reunido en sociedad secreta, bajo las órdenes del gefe que en breve debia hacerse tan temible. Ya en aquel tiempo los hombres del bosque eran partidarios naturales de la asociacion: pero nada se habia organizado todavia, y los primeros afiliados tenian mucho que temer.

Este peligro fue sin duda lo que les inspiró la idea de observar un misterio absoluto en sus acciones, y de no dejar nunca sus escondrijos sin tener el rostro cubierto con una máscara. Esta máscara era simplemente un trozo de piel de lobo, y de aquí la denominacion que les dieron desde el primer momento, como un apodo despreciable, y que pocos meses despues era pronunciado con terror en todo el pais de Rennes.

Así marcharon las cosas por espacio de quince años, mostrándose la fortuna varia para los Lobos, pero sin que jamás las tropas del gobierno pudiesen desbaratar el centro de operaciones.

Por espacio de algun tiempo los nobles de las inmediaciones tuvieron con el bosque una especie de tregua tácita, y desalentado el intendente real dejó de apremiar. Pero seis meses antes de la época en que comienza nuestra segunda parte, Bechameil tuvo la mala idea de volver á romper las hostilidades.

La esplosion fue terrible. Casi todas las

chozas quedaron desiertas aquel mismo dia. Los hombres del bosque se reunieron, y corrieron á la guarida permanente del núcleo de la filiacion. Allí encontraron, como siempre, armas y gefes.

Al dia siguiente la revolucion estaba otra vez á las puertas de Rennes, y á los dos dias ya habian saqueado el palacio del intendente real.

Los soldados del rey, por via de represalias, demolieron é incendiaron las chozas inmediatas á las grandes avenidas; pero era trabajo perdido. Los Lobos sabian dónde hallar asilo, y por otra parte aprendian á indemnizarse con creces de las pérdidas que sufrían.

Despues del intendente real fue Hervé de Vaunoy quien mas sintió los efectos de su mal humor. En vano Hervé de Vaunoy disimulaba su rencor profundo contra los Lobos, que en diversas ocasiones habian maltratado cruelmente sus dominios. En vano se ocultaba para aconsejar medidas rigurosas al pacífico Bechameil. Cada vez que sugería alguna medida perjudicial á los Lobos, éstos se vengaban inmediatamente.

El castigo seguía tan de cerca á la ofensa, que no parecia sino que el gefe de los Lobos tuviese inteligencias secretas con los del castillo de La Tremlays.

No hacia mucho que habiendo emitido Vaunoy la opinion de que para destruir la in-

surreccion de una manera radical, era preciso atacar el Foso de los Lobos y sondear el barranco; su castillo de Bouëxis fue completamente devastado á las veinticuatro horas.

En suma, los Lobos no tenian enemigo mas mortal que Hervé de Vaunoy y ellos le pagaban en la misma moneda.

Judas sabia algo de esto y debia enterarse de lo restante dentro de poco. Su eleccion no podia ser dudosa en aquella lucha. El recuerdo de su señor y sus inveteradas simpatias le inclinaban á los Lobos, que eran bretones, como decia con énfasis la Sra. Goton, pero Judas no tenia ni voluntad ni tiempo para prestar apoyo á la gente del bosque...

Su mision habia concluido. Las últimas palabras de Trembl al espirar resonaban aun en sus oidos, y hubiera considerado como un crimen el detenerse en el camino trazado por la suprema orden de su señor, y hasta el separarse por un momento de la línea recta.

Eran sobre las ocho de la mañana cuando Judas llegó á la vista de la cruz de Mi-Foret. Este sitio era muy venerado en todo el pais, y las buenas almas de las inmediaciones le tenian una devocion hasta cierto punto patriótica á una Madona cuyo nicho estaba abierto en la misma madera de la cruz.

A esta Virgen conocida, como la cruz, con el nombre de nuestra Señora de Mi-Foret, fue á la que Nicolás Trembl dijo su última *Ave Ma-*

ría al dejar la tierra de Bretaña que no debía volver á pisar.

Judas se apeó del caballo y oró al pie del monumento rústico.

Algunos minutos despues distinguió, entre el espeso ramage de un grupo de árboles, el humó de la choza de Pelo Rouan, el carbonero.

La choza de Pelo Rouan estaba oculta en el centro del bosque, y se elevaba arrimada á un repecho cubierto de brezos, donde habia abierto sus hornos de carbon.

El aspecto de aquel sitio era agreste, pero risueño; y el pequeño jardin lleno de flores, como un canastillo, daba á la cabaña la apariencia de la calma y el bienestar.

Este jardin era el dominio de María. Ella era la que plantaba y regaba las flores.

En el momento en que Judas se dejaba atrás los últimos árboles, María, sentada al umbral de la puerta, tejia distraida un canastillo de madreSelva. Su imaginacion estaba lejos de allí, pero sus dedos blancos, afilados y sonrosados, doblaban con tal destreza las ramas flexibles y perfumadas, que el trabajo no se resentia de su distraccion. La jóven cantaba mientras tejia; pero tampoco era el canto lo que distraia su atencion. Su voz pura y franca resonaba por intervalos caprichosos: la melodía se interrumpia bruscamente y continuaba de repente, unas veces melancólica y lenta, otras animada y gozosa, y siempre seductora.

En quien pensaba Flor, de Retama mientras trabajaba, era en el gallardo capitán Didier. La joven recordaba su felicidad del día anterior.

Le había vuelto á ver mas gallardo y mas tierno que nunca; tan tierno y tan gallardo que había sobrepujado los sueños de la esperanza y de la ausencia.

Flor de Retama era dichosa y saboreaba con avidéz su alegría: no quería desperdiciar un átomo de ella y rechazaba toda idea de duda ó de temor. ¿Por qué dudar? ¿por qué temer? ¿No era tan orgulloso y noble de corazón como de rostro? ¿Había mentido nunca?

El joven lo había dicho:—¡Yo te amo! Lo había dicho con la boca, con los ojos y con el alma.

El canto de María era una especie de plegaria, un himno en acción de gracias que se exhalaba de su corazón para subir suave y dulce al firmamento.

Aquella mañana se notaba una especie de coquetería en su traje. Las corolas de algunas flores de otoño asomaban entre el oro pálido y abundante de su cabellera.

Se había ajustado con lazos de color de rosa el brillante jubón de las hijas del bosque, y sus pequeños chanclos, comparables á las chinelas de cristal de los cuentos de hadas, hacían mas notable la delicadeza y la pequenez de su pie.

Peró su galanura no consistia tanto en sus adornos campestres como en la angélica alegría que brillaba en su frente. La mirada de sus rasgados ojos azules, agradecida y piadosa, volaba hácia Dios juntamente con su canto.

La jóven estaba bellísima y digna del gracioso nombre que habia encontrado para ella la poesía de las cabañas; porque tenia de la flor la brillantéz, la frescura y los perfumes...

Vióla Judas, y una sonrisa paternal asomó á sus labios.

Al verle María se puso encarnada, y quiso huir espantada; pero el semblante leal de Judas la tranquilizó.

Levantóse é hizo una reverencia con el respeto que se debe á un anciano.

—Hija mia, dijo el escudero acercándose, busco la choza de Pelo Rouan.

—Es mi padre, respondió Flor de Retama.

—Dios le ha dado una hija bellísima... por cierto.... Ya que ésta es su casa voy á entrar para hablar con él.

Diciendo y haciendo Judas puso el pie en el umbral de la puerta; pero Flor de Retama le cerró el paso con presteza.

—No se entra de ese modo, dijo con dulzura, en la choza de Pelo Rouan. Quisiera decirlos: Deteneos aquí y descansád; pero nadie pasa el umbral de nuestra pobre morada. Tal es la órden de mi padre.



—Sin embargo... quiso insistir Judas.

—Tal es la orden de mi padre, repitió resueltamente María.

El bueno del escudero tenía motivos harto graves para querer interrogar á Pelo Rouan para darse por satisfecho con semejante negativa. Flor de Retama, por su parte, cuando no se trataba del gallardo capitan, obedecía al pie de la letra la consigna de su padre y cerraba la puerta á todo el mundo.

En el momento de que hablamos tenía trazas de querer defender obstinadamente la brecha. Pero felizmente quiso la suerte que las cosas no llegasen á tal extremo.

En efecto, en aquel momento se dejó oír una voz en el interior de la choza.

—¡Niña! dijo, mira bien el rostro de ese hombre á fin de no negarle jamás la entrada en la casa de tu padre... ¡Deja el paso libre!

Flor de Retama se hizo á un lado al instante.

Judas estaba asombrado y permanecía inmóvil sin atreverse á pasar.

—Acércate, Judas Leker, repuso la voz. Bien venido seas, buen servidor de Trembl.... Te esperaba.

## XXIV.

### *La choza.*

Ningun obstáculo impedía á Judas Leker entrar en la choza. Flor de Retamá, en efecto, obediente á la voz de su padre, habia dejado el paso libre.

Sin embargo, el anciano escudero no se apresuraba á aprovechar el permiso. Permanecía inmóvil, clavado en el sitio, temeroso de una emboscada y pensando quién podia ser aquel hombre que aparentaba pronunciar con amor el nombre de Tremi.

Por lo demás se comprendia la desconfianza en aquel tiempo y en aquel sitio. El interior de la choza tenia un aspecto extraño y á propósito para inspirar sospechas. Solo penetraba la luz por la abertura baja de la puerta, de tal suerte que desde fuera todo parecia estar sumergido en profunda oscuridad.

Esperimentábase allí esa sensacion de vago temor que sobrecoge al viagero en el momento de penetrar por la abertura de una gruta tenebrosa, en el fondo de la cual brillan las miradas fosforescentes de un animal desconocido.

Judas habia llegado el dia anterior. Veinte años de cautiverio debian haber cambiado sus facciones, y sin embargo habia allí en la os-

curidad de aquella sombría choza un hombre que sabía su nombre y le decía:

—Te esperaba.

¿Era un amigo ó un enemigo? Aquella cabaña inhospitalaria que se abría para él solo ¿no ocultaba una emboscada?

Judas era valiente hasta la temeridad, pero estaba ligado á la última voluntad de su señor y tenía miedo de morir antes de haberla obedecido,

Sin embargo, su perplegidad no duró mucho. Miró segunda vez las facciones angélicas de Flor de Retama y esto bastó para desvanecer los negros pensamientos que se agolpaban á su imaginación.

Donde habitaba aquella niña no podía reinar la traicion.

Judas entró en la cabaña. Sus ojos, acostumbrados á la luz, no distinguieron nada al principio.

— Por aquí, dijo la voz.

El bueno del escudero dirigió la vista hacia donde se oía la voz, y distinguió en la profunda oscuridad que reinaba en lo interior de la choza dos puntos redondos y luminosos como los ojos de un gato cerval.

Judas avanzó resueltamente. Una mano asió la suya y le llevó á un banco de madera.

En esta posición Judas quedó sentado dando el flanco al vivo rayo de luz que pene-

traba por la abertura. Su vista, que se iba acostumbrando gradualmente á las tinieblas, le permitió distinguir la forma de la cabaña y su mueblage.

Era un gran aposento cuadrado, que ó no tenia ventanas ó estaban herméticamente cerradas. El techo era tan bajo que el escudero se admiró de no haberlo tocado con la cabeza. En uno de los ángulos opuestos á la puerta una tabla inclinada y cubierta de paja servia sin duda de lecho á uno de los habitantes de aquella pobre mansion. El resto del mueblage consistia en dos bancos y algunos escabeles que rodeaban una mesa de madera apenas devastada. No habia allí nada que sirviese para dormir una jóven. María debia tener otro cuarto.

Entre Judas y el rayo de luz se veia el bulto enteramente negro de un hombre, sentado, como él, en un banco.

Los dos puntos redondos y luminosos que Judas habia visto en la oscuridad, se hallaban en aquel momento entre él y el rayo de luz.

Eran los ojos de aquel hombre.

—¿Sois vos el carbonero Pelo Rouan? le preguntó Judas.

—Así me llaman en efecto, compañero, y te lo repito: seas muy bien venido á mi casa: te esperaba.

—¿Luego me conocéis?

—Quizá sí, buen hombre.

—Yo no puedo decir si os conozco, porque no os veo el rostro.

Pelo Rouan se levantó sin decir palabra, tomó de la mano á Judas y le condujo al umbral de la puerta. La luz dió de lleno en un rostro ennegrecido.

—No os conozco, dijo Judas despues de examinarle atentamente.

Pelo Rouan volvió á su sitio y Judas le siguió.

—Tienes razon, dijo lentamente el carbonero: no me conoces. Esta choza ha sido construida mucho tiempo despues de ausentarse Nicolás Treml... Pero supongo que no habreis dejado el castillo para hablarme de vos ó de mí.

—Es verdad: he venido á buscaros...

—Has hecho bien, interrumpió Pelo Rouan, y haces siempre bien, Judas Leker, porque tu corazon es fiel y leal... Por lo que hace al motivo de tu visita, no hay para que me lo digas: lo sé.

—¡Lo sabeis! exclamó Judas sorprendido.

—Lo sé... Vienes á pedirme noticias de un desdichado idiota que se llamaba Juan Blanco.

—¿Ha muerto? exclamó Judas.

—No... Y quieres tener noticias tuyas para saber de su boca la muerte del heredero de Treml.

—¡Es verdad, es verdad! murmuró Judas cuya candorosa imaginacion estaba violenta-

mente sacudida por lo que habia de extraño en aquel incidente imprevisto. Vos que conocéis el único objeto de mi existencia, decidme en nombre de Dios, ¿quién sois?

—Soy el carbonero Rouan, respondió Pelo con sencillez: un pobre hombre cuya vida oscura pasó por amargas pruebas, un hombre que tiene algunos beneficios que pagar, y muchos agravios que vengar.

—¿Y sabéis algo del señorito Jorge?

La voz de Pelo Rouan tomó un acento de tristeza al responder:

—No sé nada mas que lo que vos mismo sabéis... Pluguiera á Dios que el castillo de La Tremlays hubiera guardado un depósito con tanta fidelidad como la encina del Foso de los Lobos.

Al oír estas palabras Judas se estremeció.

—¿La encina del Foso de los Lobos? repitió.

—El hueco de la encina del Foso de los Lobos:

A ser menos densa la oscuridad se hubiera podido ver á Judas cambiar de color dos ó tres veces en el espacio de un segundo. Asíó con sus dedos de bronce el brazo del carbonero y se lo apretó convulsivamente.

—Quien quiera que seas sabes demasiadas cosas, dijo en voz baja y amenazadora.

El brazo de Rouan era bien débil para pertenecer á un hombre de su estatura. La fuerza de Judas era tan evidentemente superior

que no parecia si no que el buen escudero no tuviese mas que hacer un movimiento para tender á su huésped á sus pies.

Sin embargo, éste conservó su ademan tranquilo y guardó un altivo silencio.

—¿Quién te ha dicho eso? prosiguió Judas con terrible exaltacion. Por mi salud que habrás de entregar tu alma á Dios, porque has sorprendido el secreto de Tremé, y yo soy el guardian de ese secreto.

Y sin soltar el brazo de Rouan, Judas puso mano á la espada con presteza.

Pero mientras el buen escudero desenvainaba su tizona el flaco brazo de Pelo Rouan giró entre sus dedos robustos: los músculos se tendieron y tomaron la consistencia del acero.

Judas quiso apretar mas y sus dedos se clavaron en la palma de su mano, que estaba vacia.

De un brinco Pelo se trasladó al fondo de la choza. Judas no veia mas que el rojo resplandor de sus ojos que brillaban á lo lejos en la oscuridad.

Corrió precipitadamente en aquella direccion sin que le detuviese el ruido de dos pistolas que armaban; pero de repente tropezó con un escabel y vino al suelo.

En aquel mismo instante Pelo Rouan le puso una rodilla en el cuello.

—Si te levantas me matarás, buen hombre,

dijo el carbonero con calma: por eso si intentas levantarte te mato.

Judas sintió en la sien la boca de una pistola.

—La vejéz no te ha cambiado, repuso Pelo: valiente corazon y entendimiento limitado.... ¿Qué quieres que haga yo con tu secreto?... Si las cien mil libras me hubieran tentado ¿estarian aun en el hueco de la encina?

—Es verdad, dijo por tercera vez el pobre Judas; pero yo no sé quién sois...

—Y quizá no lo sabrás jamás.... Pero ¿qué importa? ¿Ya te he hecho ver que soy el amigo de Treml, y vivo ó muerto Treml tantos amigos tiene para que dos de ellos no se dignen esplicarse antes de aniquilarse, cuando la Providencia los reune?

—Fio completamente en vos, murmuró Judas. ¡Quiera Dios que seais, en efecto, un amigo de Treml!

Pelo Rouan quitó la rodilla y Judas se levantó.

—Toma la espada, dijo el carbonero: tengo confianza en ti, aunque te has puesto á servir á un francés...

—Un esclente jóven...

—Un enemigo de la Bretaña, prosiguió Rouan con amargura, y mi enemigo personal... Pero no se trata de él, y su cuenta no será difícil de arreglar despues... Volvamos á Treml.

Judas envainó la espada y ambos se senta-



ron otra vez sin desconfianza el uno junto al otro.

—Habeis sido generoso, dijo Judas, porque yo os he atacado bruscamente. No os preguntaré ya quién os ha hecho dueño del secreto de nuestro señor. Con vos está seguro y fío en vos como vos en mí... Venga esa mano.

—Con mucho gusto, buen hombre... Juan Blanco, que es otro yo, me ha hablado muchas veces de vos. Erais misericordioso y bueno con el pobre insensato... Gracias os doy por él, que no lo echa en olvido, amigo Judas, y que quizá algun dia podrá devolveros el bien que le habeis hecho.

—¡Que se lo devuelva á Treml, el pobre mozo!

—Ha hecho lo que ha podido por Treml, dijo Pelo Rouan con tristeza y solemnidad.

—Sin duda... pero lo que él podia hacer era bien poca cosa.

—Así era en otro tiempo, porque Juan Blanco solo sabia devolver bien por bien... Despues ha aprendido á devolver mal por mal, y se ha hecho fuerte.

—¿Luego ya no está loco? preguntó Judas.

—Dios nos envia á veces pruebas tan violentas, que los que están buenos pierden el juicio, respondió Pelo Rouan. Esas sacudidas devuelven la razon á los insensatos.... Juan Blanco no está ya loco.

—¿Y ha conservado memoria de los hechos ocurridos há mucho tiempo?

—Se acuerda de todo.

—¡Es preciso que yo le vea! exclamó Judas.

Un imperceptible temblor agitó los párpados de Pelo Rouan.

—¡Ver á Juan Blanco! dijo con extraño acento: há largo tiempo que nadie puede alabarse de haberle encontrado frente á frente en la espesura.... Creedme, buen hombre, contentaos con interrogarme á mí, y no intentéis ir en busca de Juan Blanco.

—Pero quizá él podría decirme....

—Nada que no os pueda decir yo tambien.

—Sin embargo....

—¡Me ha abierto tantas veces su corazon y confiado sus recuerdos!... Escuchad; ¿quereis que os refiera el cobarde asesinato ocurrido en el estanque de La Tremlays?... Sé los mas pequeños detalles.... Me parece ver al infame Hervé de Vaunoy.

—¡Hablad, hablad! interrumpió Judas con avidéz; ¡aun no aborrezco bastante á ese hombre!

Pelo Rouan refirió con los detalles mas minuciosos el asesinato horrible de que Vaunoy se habia hecho culpable en la persona de un niño de cinco años, nieto de su bienhechor. Habló largo rato y Judas le escuchó constantemente con religiosa atencion.

La muerte de Job arrancó una lágrima al

anciano escudero y la llegada del albino saltando al agua para salvar á Jorge, le hizo prorumpir en un grito de entusiasmo.

—¿Y despues, y despues? dijo conteniendo el aliento,—¡Dios se lo pague al pobre loco! —¿Y despues?

Pelo Rouan continuó su relacion.

Al llegar al acceso de delirio que se apoderó de Juan Blanco en el bosque, su voz se apagó y se puso temblorosa como si hiciera esfuerzos para no llorar.

—Juan abandonó al niño, dijo, cuando volvió no habia sobre el césped mas que la chupa de pieles de conejos que era en aquel tiempo el traje ordinario del pobre albino.... Cayó de rodillas.... alzó su oracion á Dios.... á Dios y á nuestra Señora.... y lloró.

Judas se encogió de hombros con cólera.

—¡Lloró lágrimas de sangre! repuso Pelo Rouan dando un profundo sollozo y cuando habla de aquella horrible tarde, llora todavía; porque el recuerdo de Tremi vive en el fondo de su corazon.

—¿Pero por qué no corrió, buscó?...

—Sus facultades mentales en aquel entonces eran muy débiles.... Estuvo hasta el otro dia por la mañana tendido en el húmedo suelo, sin fuerza y sin poder discurrir.... Al otro dia corrió, buscó, pero no encontró nada.

—¿Ni el menor vestigio? ¿Nada que pudiese dar idea?

—Nada.

Pelo Rouan pronunció esta palabra con voz sombría y desmayada.

Judas, que hasta aquel momento habia devorado cada palabra con febril avidéz, dejó caer los brazos é inclinó la cabeza.

—Nada, repitió. ¿Entonces no queda ninguna esperanza?

—Tiempo há que la ha perdido Juan Blanco, respondió el carbonero; pero Dios es bueno y la raza de Trembl no ha producido nunca mas que varones justos y cristianos. Tal vez el señorito Jorgé ha ido á parar á manos de alguna buena alma. En ese caso, con la ayuda de la Providencia, podríamos encontrarlo.

—¿Cómo? preguntó con vivacidad Judas Le-ker.

—Juan Blanco tenia una de esas medallas de cobre que en otro tiempo se acuñaban en Vitré en honor de nuestra Señora de Mi-Foret. Era la única herencia que le dejó su madre. Cuando en aquella horrible tarde le atacó el acceso de locura, conoció que se apoderaba de él, y devoto á la Santa Madre de Dios le puso al niño la medalla al cuello, dejándolo así al amparo de nuestra Señora.

—¡Pero hay tantas medallas de esas!

—La de Juan Blanco tenia en el reverso una cruz grabada con un cuchilló, y solo Mateo Blanco, su padre, poseia una semejante que lleva ahora María.

—¿Esa linda criatura que acabo de ver?...

—La hija de Juan Blanco el albino.

María, que continuaba su canastillo de madre selva cantando en voz baja á la puerta de la choza, su balada favorita, oyó pronunciar su nombre y asomó la cabeza.

—La hija de.... dijo Judas.

—¡Silencio! interrumpió el carbonero. Ella cree que es hija mia.... Acércate, María.

Flor de Retama obedeció al instante, y Pelo Rouan, tomando la medalla que llevaba al cuello, la mostró al anciano escudero. Este le dió mil vueltas en todos sentidos.

—¡Plegue á Dios que encuentre la otra! murmuró. Ahora la conoceré entre mil.... Pero es un débil indicio.

María se alejó á una seña del carbonero, y pronto se oyó á la puerta la suave melodía del canto de Arturo.

—Canta, en efecto, la cancion de Juan Blanco, dijo Judas. ¿Quién diria que aquel desdichado mozo daria el sér á una niña tan bella?

—Era feo, respondió el carbonero con melancolía, era repugnante; ¿no es verdad?... Y sin embargo, Dios permitió que un ángel pudiese contemplarle sin horror ni disgusto. María es el vivo retrato de su madre.... Pero se me olvidaba, camarada, añadió cambiando de tono repentinamente. Hay todavía otra esperanza de encontrar al heredero de Trembl. Esta esperanza, muy precaria, á la verdad, puede tener

algun resultado con la ayuda de Juan Blanco....

—¡Juan Blanco! murmuró Judas con incredulidad. No me habláis mas que de Juan Blanco.... ¡Qué puede hacer el pobre diablo, cuando los hombres se ven con las manos atadas!

—Vos no sabéis quién es Juan Blanco, dijo el carbonero con un poco de énfasis.... Voy á deciros en qué estriba su fuerza y lo que puede hacer por el hijo de Treml.

## XXV.

### *Ocho hombres y un recaudador.*

Las últimas palabras de Pelo Rouan habian galvanizado al anciano escudero de Treml. Cuando se desea algo con ardor, pronto se recobra la esperanza perdida, y la simple posibilidad de que hablaba el carbonero, tornó á infundir valor en el alma de Judas.

Acercóse mas para no perder una sola palabra, y esperó con impaciencia la relacion de Pelo Rouan.

Pero éste se habia quedado meditabundo y guardaba silencio.

—¡Y bien! dijo Judas; ¿cuál es el medio de encontrar á nuestro señorito?

Pelo Rouan se estremeció casi imperceptiblemente.

—¡El medio! respondió: he hablado de una

esperanza débil y precaria.... ¿Crees que si hubiera algun medio no lo hubiera utilizado Juan Blanco?

— Siempre Juan Blanco, dijo Judas para sí.

Y la curiosidad se unió al poderoso interés de la lealtad para estimular su impaciencia.

¿Qué milagro habria engrandecido al desdichado albino para convertirle en la piedra angular en que pudiese apoyarse el destino de Trembl?

— «Lo que voy á recordar ocurrió hace veinte años, repuso Pelo Rouan con lentitud y como hablando consigo mismo; pero son cosas cuyo recuerdo no se pierde sino con la vida....

«Escucha, buen hombre: cuando habré concluido conocerás á Juan Blanco como él se conoce á sí propio.

«Era algunos meses despues de la desaparicion del niño. Pont-Chartrain, que Dios confunda, era todavía intendente del impuesto, y sus agentes no habian osado hasta entonces penetrar en los escondrijos de la pobre gente del bosque.

«Una mañana que Juan Blanco cortaba aros de tonel en lo alto de un castaño, junto al camino de Rennes, vió penetrar en el bosque una numerosa cabalgata.

«Habia soldados pertrechados para la guerra, y de esas sanguijuelas vestidas de negro cuyas atribuciones debiamos conocer muy pron-

to.... Al frente de la tropa venían dos caballeros.

«Podía ser una compañía de paisanos, de nobles y de soldados que iban camino de Francia; pero Juan Blanco creyó conocer á uno de los caballeros que iban á la cabeza y que no era otro sino Hervé de Vaunoy.

«Desde la aventura del estanque Vaunoy profesaba un ódio terrible á Juan Blanco que no había podido refrenar la lengua,»

—¡Hizo bien! interrumpió Judas: su deber era publicar por todas partes el crimen....

—«Juan Blanco, prosiguió Pelo Rouan, era entonces una criatura de que se hacía menos caso que de Job, el perro fiel de Nicolás Treml. Job quiso ladrar y le mataron: Juan Blanco hubiera hecho mejor en callar.

«Pero el hecho es que habló y Vaunoy no le perdonó los rumores siniestros que comenzaban á circular por el país. Al ver á aquel miserable seguido de soldados, Juan Blanco experimentó un vago terror. Se acordó de su padre que yacía solo en la choza del Foso de los Lobos, y se resbaló por el tronco del castaño para ver á dónde se dirigía la cabalgata.

«La cabalgata se detuvo no lejos de aquí, en la cruz de Mi-Foret. Los soldados se tendieron sobre el césped y el frasco circuló de mano en mano.

«Los hombres vestidos de negro rodearon



á los dos caballeros y celebraron una especie de consejo.

«Juan se acercó todo lo posible. Hablaban, pero no oía una palabra. Quería saber, sin embargo, lo que decían, porque veía claramente, como te vería á ti si hubiese luz en esta choza, el hipócrita semblante de Hervé de Vaunoy.

«Acercóse mas, y se puso tan cerca, que los soldados del rey hubieran podido ver al nivel de las hojas mas cercanas el vello blanco de su mejilla.

«Pero hablaban bajo y Juan Blanco no pudo oír mas que una sola palabra.

«Está palabra era el nombre de su padre.

«Juan Blanco esperiméntó una angustia terrible. El nombre de Mateo Blanco en boca de Vaunoy y en semejante sitio, era la mas terrible de las aménazas.

«Juan se tendió en el suelo boca abajo y se arrastró entre los brezos como una serpiente. Nadie le vió y pudo oír entonces distintamente.

«Oyó que los hombres vestidos de negro venían al bosque á saquear las chozas en nombre del rey de Francia. Los soldados venían á asesinar á los que opusiesen resistencia.

«Los hombres vestidos de negro se repartieron el trabajo: eran los agentes del intendente real.

«Habíase pronunciado el nombre del padre

de Juan, porque los recaudadores no querian molestarte por un hombre tan pobre; pero Vaunoy los habia escitado.

—«Tiene oro, decia, lo sé: no es un indigente: su miseria es fingida. ¡Santo Dios! Si es preciso yo os acompañaré á su camaranchon. Pero tened presente que allí hay oro, y que algunos golpes con el sable de plano le harán confesar el sitio dónde esconde su peculio.

«Los hombres vestidos de negro respondieron:

—«Vamos á casa Mateo Blanco.

«Entonces Juan se arrastró segunda vez, sin que le viesen, entre los matorrales.

«Así que estuvo en la espesura corrió como un gamo al Foso de los Lobos.

«Por casualidad Vaunoy no mentia: en la pobre choza de Mateo Blanco habia oro; algunas monedas de oro, resto de la última limosna que le habia hecho Nicolás Trembl al dejar para siempre la Bretaña.»

—Sí, sí, murmuró Judas, al partir no olvidó á su antiguo servidor. Yo fui quien arrojó la bolsa al umbral de la choza.

Pelo Rouan no dió muestras de parar mientes en esta interrupcion.

«Cuando Juan Blanco llegó á la cabaña, prosiguió Pelo Rouan, la emocion le habia quitado casi las fuerzas. Tenia el presentimiento de una desgracia terrible.... Vos conociais á Mateo Blanco, amigo Judas; era un

hombre fuerte y valeroso; pero la vejez y los padecimientos abrumaban con terrible peso los últimos días de su vida.

«En la época á que me refiero no era mas que un pobre viejo constantemente tendido en un gergon, minado por los males físicos y aledado por los progresos lentos y seguros de una muerte largo tiempo esperada.

«Al entrar Juan le dió un beso en la frente, segun costumbre, y el anciano le dijo: —Juan, hijo mio, sufro menos...

«En otra ocasion Juan se hubiera alegrado, porque amaba á su padre con ardor; pero pensaba en los caballeros que sin duda en aquel momento galopaban hácia la choza, y tembló de rabia y de miedo.

«La bolsa en que se hallaba lo restante de las monedas de oro de Trembl, estaba sobre la mesa. A Juan no se le ocurrió ocultarlo. Lo que ocultó fue el antiguo mosquete de que se servia su padre cuando era soldado. —Una excelente arma, buen hombre; de mucho alcance y muy fina. Juan la dejó entre los matorrales con su frasco de pólvora y balas.

«Despues volvió á sentarse á la cabecera del lecho de su padre.

«Trascurrieron algunos minutos. Resonó á lo lejos un ruido sordo sobre el césped de los senderos del bosque, Juan comprendió que los caballeros se habian apeado cerca de allí y que avanzaban hácia el barranco. Acercóse

al agujero que servia de ventana y levantó la estera para mirar afuera.

«No esperó mucho tiempo. Los matorrales se agitaron al otro lado del barranco y aparecieron unos hombres. Juan los contó. Había un recaudador, un soldado y Hervé de Vaunoy.

«Juan los vió subir penosamente el repecho del barranco. Despues llamaron bruscamente á la puerta, cuyas tablas carcomidas crugieron. Juan abrió antes que el hombre vestido de negro diese la voz ¡en nombre del rey!

«Los soldados entraron tumultuosamente, seguidos de Vaunoy, que tuvo la precaucion de quedarse á la puerta. El recaudador sacó del bolsillo un papel y leyó algunas frases que Juan no comprendió. Despues dijo:

— «Mateo Blanco, os intimo al pago de cien libras tornesas por las cuotas de impuesto corrientes y las que corresponden á diez años de atrasos.

«Mateo Blanco se habia vuelto y miraba con ojos atónitos á todos aquellos hombres armados.

«El colector repitió su intimacion y los soldados le apoyaron golpeando la mesa con el puño de la espada.

— «Juan, tengo sed, dijo el anciano con voz débil.

«El corazon de Juan estaba desgarrado,

porque en el rostro demacrado de su anciano padre se reflejaba la agonía. Quiso tomar el remedio que habia sobre la mesa, pero uno de los soldados levantó la espada y rompió el vaso en mil pedazos.

— «Que pague primero, dijo el soldado; despues beberá....

«Vaunoy, que estaba á la puerta, se echó á reir.

«Los dientes de Juan Blanco rechinaban horriblemente. No podia hablar, pero mostró por señas la bolsa y el recaudador se apoderó de ella.

— «¿No os dije que tenia oro? murmuró Hervé de Vaunoy sin cesar de reir.

«El recaudador contó cuatro luises y pidió las cuatro libras que faltaban.

— ¡Tengo sed! murmuró Mateo Blanco, de quien se habia ya apoderado el estertor de la muerte.

«No habia una gota de líquido en la cabaña. Juan Blanco... se hincó de rodillas á los pies de un soldado que llevaba una caramañola. El soldado comprendió y tuvo compasion; pero Vaunoy se acercó y rechazando al albino con rabia:

— «¡Que pague! dijo.

— «¡No tengo mas! respondió Juan sollozando; nada mas, lo juro por mi salvacion. Matadme y tened piedad de mi padre.

«Mateo Blanco hizo un esfuerzo para in-

corporarse: se ahogaba... Era una cosa horrible.

—«Tengo sed, murmuró por última vez.

«Y cayó muerto sobre el misero tablado.

Al llegar á este punto de su relacion Pelo Rouan hablaba con voz temblorosa y ahogada. Al pronunciar estas últimas palabras se apagó completamente, y Judas se sintió la mano mojada por una gota de sudor ó por una lágrima.

El buen escudero no estaba menos conmovido que el mismo Pelo Rouan.

—¡Pobre mozo! murmuró cerrando convulsivamente sus puños de hierro; ¡pobre mozo! ¡Ver asesinar á su padre de tal modo!... ¡Y el miserable de Vaunoy!... ¡Vive Dios, camarada! ¿y qué hizo entonces Juan Blanco?

Pelo Rouan respiró penosamente.

—¿Juan Blanco? respondió el carbonero. Juan Blanco no experimentará cuando muera una angustia con parable á la de aquel horrible momento. Cubrió el rostro de su padre muerto y se arrodilló junto al lecho sin pensar que habia allí diez miserables para burlarse de su dolor. Pero no pasó mucho rato sin que diesen señales de su presencia.

—«Y bien, patan, dijo el recaudador; ¿y las cuatro libras que debes al rey?

Juan Blanco se levantó y encontróse cara á cara con aquellos hombres que acababan de matar á su padre. Por un momento creyó

que iba á estallar su cerebro. El acceso de locura le amenazaba; sintió los amagos del delirio; pero una fuerza estraña y desconocida le infundió vigor de repente. Su espíritu vacilante se fortaleció: sintióse hombre despues de tan larga infancia, y esto fue como una gota de júbilo en medio de tanto dolor.

— «¡Atrás! gritó con voz que no conservaba ni asomo de su pasada debilidad.

«Los soldados se interpusieron entre él y la puerta; pero Juan Blanco habia conservado al menos su agilidad prodigiosa. Dió un brinco, y su cuerpo, disparado como la bala de un mosquete, pasó destrozando la cortina que cubria la ventana.

«Juan cayó de pies. Cuando los soldados corrieron en pos gritando y amenazando, habia ya desaparecido entre los matorrales.

— «¡Haced fuego! gritó Vaunoy, matadle como á un animal dañino, ó él tomará la revancha...

«Se oyeron algunos tiros; pero ninguno alcanzó al albino, aunque se hallaba á unos veinte pasos escasamente de la cabaña. Juan se estuvo inmóvil oculto en los matorrales.

«Entonces comenzó una escena inaudita. Furioso al ver que se le escapaba una de sus víctimas, Vaunoy, el hombre del semblante bonachon y jovial que asesina sin fruncir las cejas, mandó á los soldados que incendiasen la cabaña. Encendieron retama con la ayuda

de una batería de fusil, y una intensa llama rodeó á los pocos momentos el lecho de muerte del anciano servidor de Trembl.

— ¡Miserables! exclamó Judas: ¿y qué hizo Juan Blanco?

— Espera, dijo Pelo Rouan con los dientes apretados como si quisiera refrenar la voz. — «Juan no se movió mientras los asesinos permanecieron junto á la cabaña, riendo como salvajes y blasfemando como demonios. Cuando se retiraron Juan salió de su escondrijo, penetró en la choza incendiada, y cargó con el cadáver de su padre, sacándolo al campo á fin de darle despues cristiana sepultura. En aquel momento no se detuvo á orar: se contentó con dar un beso en la frente del anciano, tostada ya por el ardiente soplo del incendio.

«Juan Blanco tenia mucha prisa.

«Tomó el fusil que habia dejado entre los matorrales, lo cargó y bajó en tres brincos al fondo del barranco, subiendo con la misma celeridad el talud opuesto. En seguida penetró como un rayo en la espesura.

» Los asesinos le llevaban ventaja; pero el viento del equinoccio no corre con la rapidéz con que caminaba Juan Blanco en persecucion de los asesinos de su padre.

— ¡Bien! exclamó Judas, ¡bien por Juan Blanco!

— ¡Aguarda un poco!... Antes de llegar al



claro del bosque donde habia dejado atados los caballos, sonó un tiro en la espesura y el recaudador cayó para no volver á levantarse.”

Judas batió las palmas con entusiasmo.

—¿Y Vaunoy? dijo, ¿y Vaunoy?

—«Vaunoy se puso mas pálido que el cadáver de Mateo, y comenzó á temblar y á dar diente con diente.

—«¡Démonos prisa, démonos prisa! dijo.

«Así lo hicieron, en efecto; pero en el momento en que llegaban junto á los caballos, se oyó otro tiro. El soldado que habia roto sobre la mesa el vaso que contenia el remedio de Mateo Blanco, dió un grito y cayó sobre el césped.”

—Pero, ¡y Vaunoy! ¡y Vaunoy! interrumpió Judas.

—Aguarda un poco.... «Montaron á caballo. El terror estaba pintado en todos aquellos semblantes poco antes tan insolentes. Tomaron el galope creyendo ponerse de este modo al abrigo.... ¡Insensatos!... ¿No sabia Juan Blanco cómo abreviar la distancia? El camino formaba un recodo, pero Juan Blanco siguió en línea recta. No habia matorral bastante espeso para detener su ímpetu, ni barranco tan ancho que no pudiese salvar de un brinco.... A cada recodo del camino el mosquete hacia su deber. Ya te he dicho que era una excelente arma, y Juan Blanco tenia el ojo certero.

«A cada detonacion que resonaba bajo la

bóveda de follage vacilaba un hombre sobre el caballo y venia al suelo. Juan Blanco los cazaba en el bosque y ni una sola vez quemó la pólvora en vano.

«De vez en cuando los que quedaban procuraban registrar los matorrales para destruir al invisible enemigo que les hacia tan encarnizada guerra. Mas de una bala le silbó en los oidos á Juan Blanco, mientras cargaba su arma detrás de algun tronco de castaño; pero estos esfuerzos solo conducian á hacer mas lenta la marcha de los soldados. No bien volvian á tomar el camino sonaba un tiro y moria un hombre.»

—¡Por el nombre de Trem! que nunca hubiera creido al pobre Conejo Blanco capáz de todo eso! exclamó Judas exaltándose per grados al oir la narracion de tan salvage venganza... A fe mia que es un mozo bravo si los hay... ¿Pero y Vaunoy? ¿no probó á matar á ese malvado?

—¡Aguarda, aguarda!... «Juan Blanco no olvidaba á Vaunoy, camarada; pero hacia como los glotones que se guardan para lo último el mejor bocado. Por esto contemplaba á Vaunoy.

«Llegó el momento en que el último soldado abandonó la silla y vino al suelo como sus compañeros. Juan Blanco habia muerto ocho hombres y un recaudador. Faltaba solo Vaunoy. Este, mas muerto que vivo, espoleaba furiosamente el caballo que estaba muerto de fa-

tiga. Juan Blanco puso dos balas en el fusil y fue á esperarle al último recodo del camino, en el claro del bosque.»

— ¡Ya era hora! interrumpió Judas Leker batiendo las palmas.

El bueno del escudero hacia como la gente del pueblo que se interesa de buena fe en las peripecias fabulosas de un drama. Habia visto á Vaunoy el dia anterior, y sin embargo esperaba formalmente la muerte del señor de Trembl en el relato de Pelo Rouan.

Este meneó la cabeza.

— «Cuando asomó el señor de la Tremlays, prosiguió el carbonero, Juan Blanco apuntó. Nada en el mundo podia salvar á Hervé de Vaunoy...»

—¿Y qué? dijo Judas viendo que el carbonero vacilaba.

—Vaunoy volvió á su castillo sano y salvo, respondió Pelo Rouan.

—¿Por qué? ¿Juan Blanco erró el tiro?

—Juan Blanco no tiró.

Judas dejó escapar una exclamacion enérgica de disgusto.

—Juan Blanco no tiró, repuso lentamente el carbonero, porque el recuerdo de Trembl cruzó en aquel momento por su imaginacion, y no quiso aniquilar, ni aun por vengar á su padre, la última probabilidad de averiguar el paradero del señorito Jorge.

## XXVI.

### *Un ataque de epilepsia.*

La voz de Pelo Rouan habia sido ronca y vigorosamente entonada al referir la terrible caza de Juan Blanco en el bosque. La respiracion agitaba su pecho penosamente y sus ojos encarnados brillaban con espantosa fosforescencia.

Cuando comenzó á hablar de Trem! su voz tomó una entonacion grave y perdió el salvaje énfasis que habia dado tanto movimiento á su relato.

—Si fue por interés del señorito por lo que Juan perdonó la vida á Hervé de Vaunoy, no se le puede reconvenir, dijo Judas; pero lléve-me el diablo si comprendo, como ese traidor, podrá ser nunca de ningun provecho á la raza de Trem!

—Camarada, cuando tenga en la garganta la boca de una pistola montada y sepa que sus esbirros están demasiado lejos para socorrerle.

Judas se rascó la frente pensativo.

—Algo hay de cierto en eso, dijo, pero ¿Vaunoy sabe mas que nosotros en ese asunto?

—Quizá sí;... pero sea lo que quiera se acerca la hora en que álguien le ha de interrogar en forma acerca de ello... Juan Blanco hizo

lo que te he dicho; perdonó la vida por entonces al asesino de su padre; pero este buen sentimiento que anteponia la gratitud á la venganza, debia ser pasajero. Las cenizas de la cabaña estaban aun demasiado calientes para que callase la venganza. Juan Blanco se arrepintió de haber olvidado á su padre por el hijo de un extraño...

—¡De un extraño! repitió Judas escandalizado: por el hijo de su amo, querreis decir.

—Juan Blanco no tuvo amo nunca, camarada, replicó Pedro Rouan con altivez, ni aun cuando estaba loco... Como iba diciendo, pues, se arrepintió, y quiso proseguir la caza comenzada, pero Vaunoy habia salido ya del claro del bosque y galopaba por el gran anden que conducia al castillo... Era ya tarde.

—No me atrevo á decir si fue para bien ó para mal, murmuró Judas.

—Tiempo hay para concluir la tarea comenzada. Lo difícil no es hallar un hombre á la boca del fusil en lo espeso del bosque, y sabe Dios que Juan Blanco hubiera podido muy bien desde aquella época enviar muchas veces la muerte á Hervé de Vaunoy. Lo difícil es cogerlo vivo, solo y sin defensa, y decirle: —Habla, ó muere... Pues esto es lo que intentará Juan Blanco.

—Y yo le ayudaré.

Pelo Rouan le tomó la mano á Judas y la estrechó bruscamente.

—¿Y el servicio del capitán Didier? le preguntó.

—Será pospuesto al de Tremi: es cosa convenida.

—¡Andate con pies de plomo! dijo Pelo Rouan con severidad: ¡guárdate de confiar á un francés el secreto de un breton!

—Es bueno y noble: yo respondo de él.

—Es noble y bueno á la manera de los franceses, repuso con amargura el carbonero: bastante noble y bastante bueno para no tener escrúpulo en engañar cobardemente á una pobre jóven... Pero ya he dicho que la guerra que existe entre ese hombre y yo no te importa....

Continúo mi relato:

«Cuando Juan Blanco volvió al Foso de los Lobos olvidó á Tremi y á todos los demás para entregarse completamente al dolor. Por espacio de dos días cortó madera sin cesar, y el pobre Mateo tuvo una tumba cristiana.

«Cumplido este deber, Juan no quiso volver á la choza, cuyas ruinas le traian á la imaginacion tan funestas memorias. Cruzó todo el bosque y fue á ocultarse en el extremo opuesto, al otro lado de Saint-Aubin-du-Cornier. Iba solo por las arboledas siempre triste y herido mas que nunca por la mano de Dios; porque la locura al desaparecer habia dejado huellas crueles.

«Juan Blanco estaba atacado de ese horrible mal que espanta á la muchedumbre y re-

chaza hasta la compasion: estaba epiléptico.

«En este estado de afliccion sombria y sin esperanza vino á buscarle la felicidad, una felicidad tan grande que no se puede esperar otra mas completa en el cielo; pero tan corta que no tardó en desaparecer y dejarle sumergido en su profunda tristeza, mas desesperado que nunca.

«Halló una muger, hermosa entre las mas hermosas, que se compadeció de aquel desdichado proserito de la sociedad. Era una jóven buena, apacible y amorosa. Llamábase Santa y merecia su nombre. No huyó la primera vez que le habló Juan Blanco: permitióle sentarse al fuego de su choza, y cuando Juan Blanco tuvo sed le dió la leche de su cabra.... Veo que esto te maravilla, amigo Judas, dijo bruscamente Pelo Rouan; pero aun hizo más.

«Juan Blanco es un hombre, á pesar de la máscara repugnante que la suerte le ha dado. Al lado de aquella encantadora jóven, el amor le abrasaba, y un dia se atrevió á decirle: Yo te amo...»

—¿Y qué? dijo Judas en tono algo zumbon.

—«Un año despues vino María al mundo; María que es el gracioso retrato de su madre y á quien la gente del bosque llama Flor de Retama, por ser la flor mas linda que crece en nuestras salvages campiñas.

«María es hija de Juan Blanco y de Santa.

—Era una escelente jóven esa Santa, mur-

muró Judas, á quien la historia interesaba ya poco.

— «Era una niña angelical y misericordiosa. Los dos años que Juan Blanco pasó á su lado fueron como un risueño oasis en medio del árido desierto de su vida. Embriagado con la felicidad presente olvidaba las heridas cicatrizadas de su corazón. No tenía ni deseos, ni temor, ni esperanza: vivía en ella como los elegidos viven en Dios.

Pelo Rouan se detuvo y se pasó lentamente la mano por la frente.

«Esto duró dos años, repuso con voz temblorosa después de un momento de silencio. Al cabo de dos años Juan Blanco volvió á ver soldados de Francia y empleados en el impuesto. Vaunoy había descubierto su paradero y su pobre cabaña fue otra vez invadida.

«La primera vez los rechazó; pero volvieron estando ausente, y un cobarde, un soldado del rey, ultrajó á Santa que no tenía más defensa que la cuna de su hija dormida.

«No te contaré lo que medió entonces: no podría, camarada, porque la sangre me hierve en las venas, y en este momento necesito de las dos manos para contener los latidos de mi corazón.

«Santa murió rogando á Dios por Juan y por su hija...»

Pelo Rouan volvió á guardar silencio, porque le faltaba la voz.



—¡Vive Dios! murmuró Judas: realmente que el pobre mozo no puede querer mucho á la gente del rey de Francia.

—¡Los ódia! exclamó Pelo con ímpetu, y yo aborrezco y abomino todo lo que él ódia.... ¡Ah! Uno de ellos quisiera hacer con la hija lo que otro hizo con la madre!... ¡con mi pobre Santa!... ¡Pero vive Dios, amigo Judas, que hay un mosquete que vela junto á Flor de Retama; una buena arma, segura y de mucho alcance!... Ya que sirves al capitan Didier, aconséjale que limite sus deseos á la hija de su huésped y que olvide el camino de los senderos perdidos que frecuenta María.

—Ignoro los secretos del capitan, respondió Judas con frialdad; solo sé que es generoso y leal. Si alguno le ataca traídoramente ó cara á cara, no le hará falta mi ayuda, salvo el servicio de Tremi.

—Haz lo que quieras, buen hombre... Juan Blanco tomó á su hija en brazos y cruzó otra vez el bosque. Llevaba la muerte en el corazón y su mente revolvía proyectos de venganza. Al ver el sitio donde habia sido asesinado su padre, despertáronse antiguas memorias. El pasado y el presente se combinaron y fermentó en su alma un ódio inmenso, implacable.

«Sucedió que en aquella época la pobre gente del bosque, acosada á la vez por el intendente real y los señores de las tierras que

á instigacion de Vaunoy habian resuelto espulsarla de sus dominios, volvió á levantar la cabeza é intentó rechazar la fuerza con la fuerza. Los del bosque siguieron viviendo de dia en sus chozas, pero por la noche se reunian en los grandes subterráneos del Foso de los Lobos, cuyo secreto le reveló un hombre en el momento preciso.

«Este hombre era Juan Blanco que habia descubierto en otro tiempo la boca de la caverna á quince pasos de su primera choza detrás de los dos molinos de viento arruinados.

«Cuando aun era débil Juan Blanco, un dia se habia dicho á sí mismo: El conejo se hace lobo para proteger á los que ama. Juan Blanco habia visto morir ó desaparecer á todos los que amaba, y ya no podia proteger. El conejo se hizo lobo para tomar venganza.»

—Algo me habia dicho acerca de eso, interrumpió Judas.

«Por aquel tiempo fue, repuso el carbonero, cuando vine á establecerme en esta cabaña. Por motivos que no necesitas saber, me encargué de educar á la hija de Juan Blanco. En su infancia tenia las bellas facciones de su madre y los blancos cabellos del pobre albino, pero la edad doró los abundantes rizos que hermocean la graciosa frente de la flor del bosque, y ya no le queda nada de su padre: es bella.

«¿Que mas te diré? Llegaste ayer al bosque y ya debes haber oido hablar de los Lobos. Es la primera palabra que resuena en el oido del viagero al llegar al bosque y la última que oye cuando lo deja. Los codiciosos hidalgüelos que por ganar algunos trozos mas de bosque han querido arrebatár el pan á quinientas familias, tiemblan ahora detrás de las paredes agrietadas de sus casas solares. No solo no penetra ya en el bosque la gente del rey, si no que ese estúpido gloton que tiene ahora á su cargo la percepcion del impuesto, se anda con pies de plomo para enviar á París el producto de la recaudacion. — Porque el bosque está entre Rennes y París.

—Muy bien, dijo Judas; los lobos son soldados temibles; pero ¿no podríamos hablar un poco de Treml, y volver á tratar de ese medio?...

—Amigo, interrumpió Pelo Rouan, los Lobos y Treml tienen entre sí mas analogía de lo que imaginas. Mr. Nicolás, que esté en gloria, fué el último hidalgo breton. Los Lobos son los últimos bretones.... Por lo que hace al medio á que aludimos aunque eres un servidor honrado, bueno y valiente no se ha esperado tu regreso para intentarlo ... Juan Blanco tiene tanta ó mas prisa que tú de acabar con Vaunoy, porque Mateo y Santa no están aun vengados. Ahora bien, el dia en que

Vaunoy haya pronunciado la última palabra acerca de Tremi, Juan Blanco cargará su mosquete y seguirá la caza interrumpida, diez y ocho años há, en el claro del bosque. Pero hasta ahora ha escapado ese miserable asesino. Hace poco que el castillo de Bouëxis ha sido atacado con el mismo objeto de apoderarse de su persona; pero aquella misma noche lo había dejado y los sitiadores no encontraron mas que los restos calientes aun de su cena.

—Vaunoy es un raposo redomado, dijo Judas meneando la cabeza.

—Y Juan Blanco un cazador cachazudo, respondió Pelo Rouan, y su jauria se compone de dos mil lobos.

—¿De veras? exclamó Judas cuya lenta inteligencia comprendió al fin. ¿Será por ventura Juan ese misterioso y terrible Lobo Blanco?

—Compadre, interrumpió el carbonero con alguna ironía, Juan es Lobo y es blanco; pero yo no sé si es de él, de quien hablan, en las veladas de los castillos inmediatos, las amas de gobierno y los criados miedosos.... Juan Blanco puede mucho; pero es como siempre, un desgraciado, sobre el cual pesa incesantemente el dedo de Dios. Los accesos de su terrible mal van siendo cada dia mas frecuentes.... Y por cierto, añadió Pelo Rouan, cuya voz se ahogó de repente, que no hubiera podido hacer el relato que acabais de oír sin recibir el

castigo de su temeridad. Juan no evoca nunca en vano estos recuerdos.

Después de pronunciar penosamente estas palabras, Pelo Rouan guardó silencio y Judas le vió agitarse convulsivamente en el banco en que estaba sentado.

—¿Qué teneis? le preguntó.

—¡Vete! dijo haciendo un esfuerzo el carbonero; ya sabes todo lo que yo podía decirte.

—¿Pero qué debo hacer? ¿No puedo ayudar á Juan Blanco?

—¡Vete! repitió Pelo Rouan imperiosamente; ¡por Dios, vete!... Cuando llegue la hora Juan Blanco ya sabrá encontrarte.

Asombrado Judas se levantó y dirigióse á la puerta de la choza. Antes de pasar el umbral, Pelo se resbaló del banco y cayó al suelo, donde se revolcó dando gemidos ahogados.

Volvió Judas la cabeza, pero el día declinaba. La choza se iba poniendo cada vez mas sombría. Solo vió una masa negra que se movía desordenadamente en las tinieblas.

—¿Qué teneis, compañero? preguntó otra vez suavizando su voz áspera.

Respondióle un grito de angustia, y á poco la voz de Pelo Rouan resonó temblorosa, y dijo por tercera vez:

—¡Vete!

Judas obedeció, y como no tenia costumbre en ocuparse mucho de cosas que no comprendia, apenas montó á caballo olvidó á Pelo

Rouan para pensar únicamente en Juan Blanco, en los Lobos y en los medios de coger vivo á Vaunoy.

Con tales pensamientos metió espuelas al caballo y tomó el camino de Rennes, donde le tenia citado el capitán Didier.

Aun se oía el ruido de los pasos de su caballo en la espesura, cuando se cerró la puerta de la cabaña.

Flor de Retama entró en ella y encendió una lámpara. Pelo Rouan se revolcaba por el suelo entregado á un furioso ataque de epilepsia.

La jóven estaba sin duda familiarizada con tan espantosos accesos, pues se acercó en seguida á su padre y le cuidó sin revelar otra emocion mas que la del dolor.

A la luz de la lámpara la choza parecia menos miserable. Veíase en un rincon una puertecilla que daba paso al retrete de María. Sobre la chimenea se veian pendientes un par de pistolas y un pesado mosquete de forma antigua. Frente por frente y al lado de la puerta se veia un reloj de péndulo como los que existen todavía en todas las casas de labor bretonas.

En el momento en que con mas violencia se habia desarrollado el ataque del carbonero, llamaron de un modo particular á la puerta exterior y Flor de Retama abrió sin vacilar. El hombre que entró llevaba el traje de los

campesinos del bosque, y tenía el rostro cubierto con la máscara salvaje de que hemos hablado mas de una vez.

El Lobo entró aceleradamente.

—¿Dónde está el amo? dijo con acento perentorio.

Flor de Retama le mostró á Pelo Rouan que, arrojando espumarajos, se revolcaba convulsivamente por el suelo húmedo de la choza.

El Lobo dejó escapar una exclamacion de cólera y se sentó murmurando en un banco. El acceso duró mucho tiempo. De minuto en minuto el Lobo miraba el reloj con impaciencia.

Cuando la aguja hubo dado la vuelta al cuadrante, levantóse y dió una patada en el suelo con rabia.

—¡Vaya un ataque intempestivo, hija mia! dijo. Dirás á tu padre que ha venido Yaumi, que se ha esperado... y que Pelo Rouan no se consolará jamás de haber desperdiciado la hora que acaba de trascurrir.

Cuando el Lobo acababa de hablar, Pelo exhaló un prolongado suspiro y comenzaron á recobrar la flexibilidad sus dedos crispados.

—¡Vuelve en sí! exclamó María acercando á los labios del enfermo un frasco, cuyo contenido bebia Pelo con avidéz.

Despues de beber se pasó la mano por la frente empapada en sudor y se levantó ayudado por la jóven.

Al ver al Lobo se estremeció.

—Déjanos, dijo á María.

Esta obedeció, pero con lentitud, y separándose de su padre en aquel momento con repugnancia.

Antes de salir la jóven, Pelo Rouan y el Lobo habian ya trabado conversacion.

—¿Qué hay? preguntó el carbonero.

Yaumi dirigió una mirada de desconfianza á María y pronunció algunas palabras en voz baja.

—¿Es de veras? dijo Pelo irguiéndose de repente; ¡el cielo ha condenado por fin á ese hombre!

Y diciendo esto hizo ademan de correr hácia la puerta; pero Yaumi le detuvo.

—Bien temia yo, amo, dijo el Lobo, que esto os ocasionaria gran disgusto.... El cielo tal vez le habia condenado; pero vos le habeis absuelto... Hace rato que ha pasado la hora de obrar.

Yaumi tendió la mano hácia el reloj:

—Me han dado dos horas de tiempo, añadió, y he perdido una en veros sufrir.

Pelo Rouan apretó los puños con violencia y se sentó en el banco.

—¿Qué han hecho por ello? preguntó.

Yaumi pronunciaba las primeras palabras de su contestacion en voz baja, en el momento en que María entreabria la puerta de su cuarto. Por casualidad llegó á su oido una de las



palabras que acababan de pronunciar. Mudósele el color del rostro, dejó la puerta entornada y aplicó el oído.

La palabra que habia oido era el nombre del capitán.

## XXVII.

### *La primera crema.*

Aquel día Antinoo Bechameil, marqués de Nintel, habia resuelto dar un golpe decisivo en el corazón de su bella inhumana, como él llamaba á la señorita de Vaunoy.

No durmió mas que dos horas despues del almuerzo y bajó apresuradamente á las cocinas del castillo de La Tremlays, preguntando á gritos por el gefe.

Bechameil estaba en casa de Vaunoy como vecino, y no gastaba cumplimientos, pero en aquella ocasion importante fue una desgracia para él; porque privado de los preciosos consejos del judío Salomon Bador, su cocinero, de quien las memorias de aquella época hablan ventajosamente, tuvo que guiarse únicamente por las inspiraciones de su propio génio.

Felizmente, su génio era singularmente fértil en todo lo que concierne á la cocina, y sus mas encarnizados enemigos no pueden desconocer esta verdad; á saber: que la natu-

raleza le habia dotado de disposiciones muy brillantes y que el intendente real poseia moralmente todo lo que se necesita para llegar á ser un pinche de cocina de mucho mérito.

No hay persona que no desee hacer alarde de todas sus buenas dotes ante la muger que ama. Bechameil no tenia rayos para incendiar á las mugeres á imitacion de Júpiter: su plumage, que era muy ordinario, no le permitia hacer la rueda y el bueno del intendente se hacia justicia de buena fe, respecto de su elocuencia.

Bechameil resolvió seducir á la señorita de Vaunoy definitivamente y de un solo golpe, con la ayuda de un manjar del mas esquisito mérito, de un manjar blanco, original, nuevo, que Alix gustaria antes que nadie, y que debia conservar el nombre de tan bella persona, á fin de inmortalizarlo en los siglos futuros.

Ovidio, Rafael, Petrarca, Ticiano, Leonardo de Vinci y otros muchos enamorados célebres hicieron el mismo obsequio á sus amadas.

Y no se crea que el Sr. marqués de Nointel bajó á las cocinas de La Tremlays con un proyecto vago y mal meditado.

Su manjar blanco existia en su cabeza completo y todo de una pieza. No le faltaba ni un escrúpulo de nuez moscada, ni un átomo de clavo, ni un escrúpulo de canela.

Los poetas dramáticos no coordinaron ja-

más con tanto arte el plan de una obra maestra, como Mr. de Bechameil el plan de su manjar. Fuerza es decir también que el plato del intendente real debía vivir más años que días viven las comedias y minutos las tragedias. Debía ser un manjar blanco inmortal, glorioso, universal: un manjar blanco que los fondistas de las cinco partes del mundo inscribirán con orgullo en sus listas hasta la consumación de los siglos.

El cocinero de La Tremlays puso á disposición de su ilustre cofrade sus especias y sus hornillos. Bechameil se recogió por espacio de diez minutos, y después con la precisión necesaria á todas las grandes empresas puso manos á la obra.

La vieja Goton Rehou, ama de gobierno del castillo, que estaba al lado de la chimenea fumando en pipa mientras operaba el intendente real, repitió muchas veces que en su vida había visto un marmiton tan activo.

El intendente real no estaba para fijar la atención en la vieja. Se había levantado las mangas de su casaca á la francesa, escondido-se la pechera de blonda, y echado atrás la peluca.

Su rostro encendido ostentaba las tintas más ardientes de la púrpura; de ese régio color que no nos ha legado la antigüedad. Sus ojos eran vivos, brillantes, y despedían profundos reflejos: sus manos blancas y cargadas

de diamantes agitaban el mango del cazo con gracia indescriptible.

Cualquier observador imparcial hubiera confesado que aquel era su sitio mejor que otro ninguno.

— ¡Divina Alix! murmuraba con mas ternura á medida que se levantaba el humo mas oloroso hácia la bóveda ennegrecida; ¡vos que poseeis todas las perfecciones, debeis estar dotada del paladar mas delicado. ¡Si resistis á este manjar, no me queda mas remedio que morir!

Era la frase consagrada en aquella época en que los enamorados hablaban en madrigales y de ningun otro modo.

Bechameil ponía un poco de gengibre y abría convulsivamente las narices para sentir el efecto:

— ¡Delicioso! ¡celestial! exclamaba: Alix, sois mia. ¡Bella inhumana, habiais de ser una salvaje para resistir á este delicioso aroma!

— ¡Es verdad que huele bien! murmuró Goton.

Bechameil se puso el lente y miró hácia la chimenea con semblante modesto y satisfecho.

— ¿No es verdad que es excelente, abuela? exclamó. ¡Es un manjar de emperatriz!

— La verdad es que debe ser un excelente guisado, respondió Goton encendiendo su pipa con gravedad; pero, con vuestro perdon sea dicho, si yo fuera hombre y marqués, me parece que gustaria mas de manejar una espada que el mango de un cazo.

Bechameil dejó caer el lente, y volviendo á otro lado la cabeza con desprecio, volvió á engolfarse en el recuerdo de la bella Alix.

Esta, por el contrario, no pensaba ni por sueños en el intendente real. Estaba sentada junto á su tia en el salon de La Tremlays y trabajaba distraida en una obra de bordado. Lo mismo hacia la señorita Olivia; pero esta recomendable persona habia tenido la precaucion de colocarse entre tres espejos. A cualquier lado que volviese la cabeza tenia la seguridad de sonreirse á sí misma y de contemplar en toda su ambiciosa magestad el imponente edificio de su peinado.

Cada vez que daba una puntada dirigia á uno de los tres espejos una mirada llena de coqueteria, que el espejo le devolvía con fidelidad. Este inocente juego agradaba mucho, al parecer, á la señorita Olivia de Vaunoy; pero era un juego mudo, y la lengua de la solterona era por lo menos tan exigente como sus ojos.

Repetidas veces habia procurado trabar conversacion con su sobrina sobre sus temas favoritos; á saber: los defectos del prógimo, el mérito de los trages y adornos recién llegados de Rennes, y sobre todo las novelas de mademoiselle de Scudery, que aun estaban en moda en Bretaña.

Alix habia contestado con monosilabos y sin concierto. No solo no daba la respuesta, sino que tampoco prestaba atencion, cosa muy

desagradable para todo interlocutor é insufrible para una solterona de cierta edad, aguijada del deseo de hablar.

—¡Dios mio! dijo al fin la tia despues de hacer un esfuerzo para guardar profundo silencio por espacio de un minuto; hija mia, esto es intolerable.... Hacedme el obsequio de decirme dónde teneis la cabeza hace una hora.

Alix levantó lentamente sus rasgados ojos fijos y distraidos.

—Soy de vuestra opinion, respondió al azar.

—¡Otra vez!... Pero eso es distraccion, niña... ¿Estariais por ventura....

La señorita Olivia habia leido el dia anterior en Clelia, que la distraccion, síntoma delicioso, anuncia el amor, y aun estuvo á pique de hacer sobre este asunto una pregunta directa á su sobrina; pero no se atrevió. El carácter firme y noble de Alix imponia algun respeto á la solterona.

—Hija mia, repuso ésta con intencion diplomática bien marcada, ¿no opinais como yo que es un jóven seductor?

—¡Es preciso que yo le vea! respondió resueltamente Alix.

—¡Verle, amor mio, verle! ¿Qué quereis decir con eso? Hay muchas clases de entrevistas: la simple conversacion, que es un placer decente y permitido; la conversacion particular en que dos almas se aislan en medio de la muchedumbre, y de la cual os debeis guar-

dar, hija mia, ... y en fin, la cita sin testigos que exige la mayor discrecion y que una jóven no debe... ¿Le habeis concedido una cita sin testigos, amor mio?

Cuando hablaba la señorita Olimpia, su sobrina la escuchaba algunas veces con paciencia heróica. Pero aquel dia era invencible la distraccion de Alix y el largo discurso de su tia rozó sus oidos sin producir mas efecto que un zumbido.

—¿Hija mia, os pregunto si habeis cometido la imperdonable imprudencia de concederle una cita sin testigos? repitió la señorita Olivia con alguna acritud.

Alix levantó la cabeza con asombro como si despertara de un sueño.

—Creo, hija mia, repuso Olivia refrenando su mal humor, que tendreis la bondad de contestarme aunque solo sea sí ó nó.

—No hay inconveniente, tia.

—¿Y qué?

—Sí, tia.

La señorita Olivia se agitó febrilmente en la silla. Alix se levantó, saludóla y salió.

—¡Al menos tiene el mérito de la franqueza! exclamó Olivia mirando por costumbre el espejo, que en vez de una sonrisa reprodujo una mueca muy fea.... Y no ha mostrado la menor emociion, ni ha exhalado un suspiro... ¡Nada, como si se tratara de la cosa mas sencilla del mundo! ¡Una cita! una intriga en forma... y

sin ningun misterio... á la luz del dia... ¡Ah! si el amor me hubiera inflamado alguna vez con sus dardos de fuego, ¡con qué velo tan delicioso hubiera ocultado mi debilidad! Hubiera ido á decir el nombre de mi adorado á la brisa de la noche: hubiera paseado errante por el jardin y pasado horas enteras contemplando la luna...

La señorita Olivia de Vaunoy dijo otras muchas cosas deliciosas que pasamos en silencio.

Alix no sospechaba siquiera la tempestad que acababa de levantar. A decir verdad tenia otra cosa en la cabeza.

Cruzó rápidamente el corredor y entró en el cuarto, donde comenzó á pasear á largos pasos.

—¡Quiero verle! dijo despues de algunos minutos de silencio y agitacion.

La jóven sacó de su costurero una bolsa de seda y agitó una campanilla de plata que tenia á la cabecera de la cama. Este campanillazo iba dirigido á la señorita Renée, camarrera de Alix.

Renée se apresuró á poner término á una conversacion muy interesante que tenia en el vestibulo con el gallardo Ibon, perrero de La Tremlays, se arregló la toca, se alisó los cabellos que estaban algo enmarañados, y subió los escalones de cuatro en cuatro.



—Decid á Lapierre, dijo Alix, que quiero hablarle al instante.

Salió Renée, y un momento despues entró Lapierre en el aposento de la señorita de Vaunoy. Al verlo, Alix no pudo contener un ademán de invencible repugnancia.

Lapierre entró con el sombrero en la mano, pero su semblante conservaba la espresion impudente que le era habitual.

—¿La señorita me ha mandado llamar? dijo.

Alix se sentó é hizo seña á Renée para que saliese. Por espacio de un momento guardó silencio y bajó los ojos, como si vacilase en tomar la palabra.

—¿Os interesa mucho permanecer al servicio de Mr. de Vaunoy? le preguntó al fin en tono algo brusco.

Otro hubiera mostrado asombro al oír esta pregunta: pero Lapierre era hombre á prueba de sorpresas.

—Infinito, señora, respondió.

—Es lástima, repuso Alix que iba venciendo su túrbacion y recobrando su acostumbrada firmeza; es lástima, porque he resuelto alejaros.

—¿Vos, señorita?

—Yo.

—¿Y me será permitido preguntaros...

—No.

Lapierre bajó la cabeza y se sonrió en sus

barbas. Alix notó este movimiento y su frente se tiñó de carmin.

—Dejareis la Tremlays, prosiguió refrenando una exclamacion de cólera despreciativa: es preciso, ¡yo lo quiero!....

—¡Diantre! murmuró irónicamente Lapierre.

—Dejareis La Tremlays hoy mismo, al instante.

—¡Tan pronto.!

—¡Silencio! si os retirais buenamente pagaré vuestra obediencia.

Alix hizo sonar las monedas de oro que contenia la bolsa de seda.

—Si os resistis haré que os eche mi padre.

—¡Ah! dijo Lapierre con indiferencia.

—¿Quereis este oro?

—Sí.... pero quiero quedarme.... á menos que la señorita no se digne decirme, añadió con irritante ironía, cómo un pobre diablo como yo ha podido captarse el ódio de una señorita de noble cuna... Tengo mucha curiosidad en saberlo.

—¡El ódio! repitió Alix, cuyas facciones expresaron el mas profundo desprecio... Me estais perdiendo el respeto... Pero quiero decir por qué vuestra permanencia en el castillo es desde ahora imposible... Sois un asesino, Lapierre.

—¡Ah!... dijo éste sin mostrar la menor emocion.

—No sé, continuó Alix, lo que ha podido

haber de comun entre un hombre como vos y el capitan Didier.

—Ya hemos tocado el punto de la cuestion, interrumpió Lapierre en voz bastante recia para ser oido.

—¡Silencio, digo, ó haré castigar vuestra insolencia!... Ignoro lo que ha podido conducirnos á cometer ese crimen; pero vos fuisteis quien atacó por la noche, el año anterior, al capitan Didier en las calles de Rennes.

—Os engañais, señorita.

Alix sacó de su seno la medalla de cobre que ya conoce el lector.

—La mentira es inútil, continuó, yo fui quien os vendé la herida cuando os trajeron á casa, y os encontré esta medalla que pertenecia al capitan Didier.... Se la habiais robado, creyendo sin duda que era de oro.

—Y vos, señorita, repuso Lapierre sonriendo, la habeis guardado preciosamente desde entonces, aunque no es sino de cobre.

—¿Negais aun? preguntó Alix sin dignarse contestar.

—¿Para qué?

—¿Entonces no os negais á dejar el castillo?

—Sí tal.

—Pero, miserable, exclamó la señorita de Vaunoy, vuestra insolencia raya en delirio: ¿no temeis que os denuncie á mi padre?

Lapierre soltó la carcajada. Alix se levantó indignada.

—Eso ya es demasiado, dijo: así que vuelva mi padre...

—¿Quién sabe cuándo volverá vuestro padre, señorita? dijo Lapierre en voz baja.

—¿Qué quereis decir? preguntó con viveza la jóven asaltada de una vaga inquietud.

Lapierre abrió la boca para hablar; pero se contuvo y apareció en sus labios una sonrisa de ironía.

—Todos' somos mortales, dijo inclinándose, y cada hombre está espuesto á perecer siete veces en un dia... Esto es cuanto queria decirs señorita.... En cuanto á vuestra amenaza está ya hecha: no se hable mas de ella, pero os ruego que os vayais con pies de plomo en dirigirme otras en lo sucesivo... Es humillante y peligroso amenazar en vano á un criado.

—¡Pues yo os juro por el nombre de mi madre que no amenazo en vano! exclamó Alix á quien sacó de sus casillas esta obstinada provocacion. Mr. de Vaunoy lo sabrá todo.

—Cambiad el tiempo... Yo sé un poco de gramática. En vez del futuro usad del presente, y habreis dicho la verdad, señorita.

—No os comprendo, dijo Alix poniéndose pálida y tambaleándose.

—Sí, señorita, me comprendeis, y muy bien. Creedme, no me obligueis á hablar.

—¡Esplicaos.... esplicaos!... dijo Alix con angustia.

—Como gustéis.... El buen sentido esquisito que os distingue os ha hecho comprender en el acto que no podia existir ódio entre un mozo honrado como yo y un muchacho sin padre como el capitán Didier.... Ese ódio no existe, en efecto: pero la suerte ha sido injusta conmigo. Yo no soy mas que un criado: el ódio de otro puede ser ódio mio, y para ganar mi salario puedo verme en la necesidad de sacar la espada como si odiase realmente.

—¡Mientes!... interrumpió la jóven aterrada.

—Bien sabeis que no. He matado porque me han dicho: mata....

—¡Te atreves á acusar á mi padre, infame!...

—¡Yo!... No creo haber pronunciado el nombre respetable de Mr. Hervé de Vaunoy.... Pero al buen entendedor con media palabra basta.

—¡Mientes! ¡mientes! repitió Alix fuera de sí.

—Supongamos que miento, señorita, ya que teneis gusto en ello.... Pero diga verdad ó mentira, si, como creo, os inspira algun interés el capitán Didier, no perdais tiempo en amenazar á un hombre que no puede temeros,... y que al fin y á la postre no es mas que el instrumento. Detened el brazo ó ablandad el corazon.

Detúvose y añadió en voz baja:

(EL LOBO BLANCO.)

—Y cuando vuelva vuestro padre, si es que le volveis á ver, no perdaís un minuto.

Dicho esto Lapierre saludó profundamente y se despidió, al parecer con la calma mas perfecta.

Alix no oyó estas últimas palabras, pero bastante había oído. Así que salió el criado cayó sobre la silla y se ocultó la cabeza entre las manos. Agolpáronse á su imaginacion una multitud de ideas terribles.

—¡Padre mio! ¡padre mio!... murmuró prorrumpiendo en sollozos. No quiero creerlo... Ese miserable miente.

Pero en vano trataba de hacerse ilusiones: apoderábase de su alma la mas horrible conviccion: era su padre quien habia ordenado el asesinato de Didier.

¿Por qué?

Levantóse vacilante y agitó la campanilla. Quería buscar á Didier, aconsejarle que huyese de una casa donde su vida debia estar en peligro, y decirle.... ¿Qué decirle sin acusar á su padre?

Cuando Renée acudió al sonido de la campanilla, halló á su señorita desmayada en el suelo. Alix habia sucumbido á su terrible emocion. Despues de su desmayo se apoderó de ella una fiebre espantosa; acometióla el delirio, y los que se acercaron á ella creyeron observar los síntomas de una enfermedad grave, si no mortal.

Llegó, sin embargo, la hora de comer como si nada hubiera sucedido, y Mr. de Bechameil, dejando la cocina, hizo su entrada en el salón, seguido de su incomparable manjar blanco.

El semblante del marqués revelaba á la vez modestia y la conciencia de su mérito. Parecía que saboreaba de antemano los unánimes elogios con que iban á recibir aquella obra maestra del arte culinario, y preparaba ya una frase en forma de madrigal, en la cual pensaba pedir á la señorita de Vaunoy el honor de asociar su nombre al plato recién nacido.

Por lo que hace á Alix le iba en ello la inmortalidad, porque el plato era nada menos que un manjar blanco á la Bechamelle; era, en una palabra, el primero de todos los Bechamelles. (Los cocineros han corrompido el apellido.)

¡Ah! ¡la casualidad tiene caminos desconocidos y los designios de los hombres son como verduras de las eras! La virginidad de aquel precioso alimento debia caer en suerte al grosero paladar de dos ignobles criados.

Al entrar en el salón Bechameil hizo asomar á sus labios su sonrisa mas amable á fin de saludar á sus huéspedes. Pero fue en vano, porque no habia nadie á la mesa.

Hervé de Vaunoy no habia vuelto. Alix estaba sufriendo y la señorita Olivia la cuidaba. Didier no se sabia dónde se hallaba.

Viendo esto Bechameil montó en cólera, á pesar de su carácter apacible. Aplastado al ver que no habia nadie que pudiese apreciar el mérito de su manjar, pidió en el momento su carroza y salió al instante en direccion á su *Locura* de la Cour Rose.

El manjar blanco se quedó sobre la mesa.

Una hora despues el mayordomo y Lapierre entraron por casualidad en el salon.

—No volverá, dijo Lapierre.

—Eres un pájaro de mal agüero, respondió maese Alain: volverá.

Los dos criados vieron el plato de Mr. de Bechameil. Sentáronse á la mesa sin ceremonia y al cabo de diez minutos no quedaba ni vestigio del manjar; lo cual prueba que lo hallaron muy de su gusto.

—¡No volverá! repitió Lapierre arrellanándose en su sillón como quien ha comido muy bien.

—Volverá, repitió maese Alain acercando á los labios el cuello de su frasco de aguardiente. ¿Quiéres?

—Venga... Si no vuelve quizá no perdamos nada con ello. Didier tiene el corazón generoso y la mano siempre abierta... Comprará á buen precio nuestra mercancía.

—¿Y si nos manda ahorcar?...

—¡Disparate!...

Dieron en aquel momento tres golpes recios



á la puerta exterior, y los dos criados dieron un brinco sobresaltados.

—Es Vaunoy, dijo el mayordomo.

—¡Oh, Didier! repuso Lapierre. —¡Una idea!... Si es Didier ¿quieres que hablemos? Vaunoy es avaro... Nos consumimos en su casa.

Alain vaciló y bebió. Despues de beber ya no vaciló.

—¡Vengan esos cinco! exclamó con desenfado; si es Didier hablaremos... Por lo que hace á Vaunoy si vuelve despues volverá demasiado tarde... Pero ¿y si es Vaunoy?

—Entonces será para mí cosa averiguada que Satanás le protege, y ¡Dios reciba el alma del capitan!

—¡Amen! respondió maese Alain.

Se oyeron pasos en la antesala.

Los dos criados se levantaron y fijaron los ojos en la puerta.

—No sé por qué se me antoja que es el capitan, murmuró Lapierre.

—Pues yo apostaria á que es Vaunoy, respondió el mayordomo.

—Apostemos.

—Apostemos.

—Un escudo por el capitan.

—Un escudo por Vaunoy.

## XXVIII.

### *Entre los Lobos.*

Mientras Pelo Rouan referia á Judas la historia de Juan Blanco, un hombre embozado en su capa bajaba con precaucion la cuesta del barranco del Foso de los Lobos.

Dirigia en torno suyo miradas inquietas, y la espresion de su semblante daba á entender que tenia la conciencia de que corria un peligro inevitable.

Sin embargo avanzaba.

Cuando llegó al fondo del barranco, delante de la gran encina hueca donde Nicolás Tremel habia escondido su cofrecillo de hierro se detuvo para tomar aliento.

—¿No me habrán visto? murmuró dando diente con diente de terror.

Sin duda tenia la vista turbada por la febril emocion que hacia temblar todos sus miembros. De otro modo no habria manifestado esta duda, pues por todos lados comenzaban á asomar cabezas humanas entre los matorrales.

En el momento en que el viagero iba á continuar su camino, dirigiéndose hácia el sitio que ocupaba la choza de Mateo Blanco, tres ó cuatro hombres con máscaras de piel de lobo salieron de los matorrales, se arrojaron sobre él y le derribaron en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Quién será éste? preguntó uno de ellos poniendo el pie sobre el pecho del hombre de la capa.

Este, á pesar de su espanto, no se mostró sorprendido del ataque y procuró ocultar el rostro.

—Amigos míos, dijo con voz que, á pesar de sus esfuerzos no era firme y segura, no me maltrateis. Yo no vengo aquí por casualidad.

—¡Un espía! exclamaron los Lobos en coro. ¡Debemos ahorcarlo!

—¡Santo Dios! mis buenos amigos, no cometais semejante enormidad, repuso el paciente temblando más y más.—Vengo á vosotros por vuestro bien....

—¡A otro perro con ese hueso!

—¡Por mi salvacion os juro que digo verdad! Vendadme los ojos para que no pueda ver nada de lo que teneis interés en ocultar, y llevadme á presencia de vuestro gefe.

Los Lobos consultaron unos con otros.

—Siempre estamos á tiempo de ahorcarle, dijo uno de ellos que se llamaba Simon Lion.

Los otros aprobaron con la cabeza.

—Sin embargo, dijo un tonelero llamado Livandré, convendria al menos verle la cara.

Simon Lion arrancó bruscamente la capa al viajero, el cual dejó caer sobre el pecho la cara lívida como la de un muerto.

Los cuatro Lobos retrocedieron, llevados de un común é inesplicable asombro.

—¡El señor de La Tremlays! exclamaron á un mismo tiempo.

Vaunoy, porque era él en efecto, procuró sonreír, y solo consiguió guiñar convulsivamente los ojos.

—El señor de La Tremlays en persona, mis buenos amigos.

—No somos tus amigos, murmuró Levandré en voz baja y amenazadora. ¿Tan completamente ignoras los senderos del bosque que has tomado al azar el camino que te conducía en derechura á la muerte?

—¡Vamos, vamos! dijo Vaunoy con lengua balbuciente, os chanceais sin duda, camarada; no se mata de ese modo á un hombre que trae una fortuna consigo.

Los Lobos cambiaron una mirada significativa, y Simon, haciendo un rápido movimiento, le tentó los bolsillos á Vaunoy.

—Mientes, dijo despues de este exámen, mientes hoy como siempre.... ¡pero lléveme el diablo si escapas esta vez!

El terror de Vaunoy llegaba al colmo y aumentaba el peligro en que se veía, porque perdía el sentido y el uso de la palabra.

Levandré se quitó una cuerda que llevaba rollada á la cintura y arrojó el extremo con un nudo corredizo para sujetarle á una de las ramas bajas de la hueca encina.

La cuerda quedó colgando y se balanceó junto al rostro de Vaunoy.

No se puede decir que éste hubiera emprendido á la ligera su peligrosa empresa. Al contrario, habia calculado laboriosamente todas las probabilidades, pero no habia contado con su cobardía y su cobardía le iba á costar la vida.

Habia salido de La Tremlays en uno de esos momentos de resolucion desesperada en que el mas cobarde suele obrar con temeridad. El ódio que profesaba á Didier, ó por mejor decir, el intenso deseo que tenia de apartar de su camino aquel obstáculo que le cortaba constantemente el paso, le habia ocultado parte del peligro, mostrándole mas claras de lo que eran en realidad las probabilidades de buen éxito.

Por sí mismo nada podia contra Didier, oficial del rey y huésped de La Tremlays, y sin embargo era preciso que Didier desapareciese. No habia medio: era una cuestion de fortuna que podia llegar á ser cuestion de vida ó muerte.

Por un extraño capricho de la suerte, el jóven oficial se hallaba fatalmente en contacto con Vaunoy por muchas razones y circunstancias simultáneas. El amor que le profesaba Alix y su alejamiento de Bechameil, que era una consecuencia natural, hubieran constituido por sí solos una causa suficiente de enemistad;

porque en aquella época en que el parlamento se ocupaba constantemente del exámen de títulos de nobleza, era preciso que Vaunoy conquistara á toda costa el apoyo del intendente real, del cual dependia absolutamente la conservacion de la opulenta herencia de Trembl.

Pero aparte de este motivo Vaunoy tenia otro mas imperioso aun y no vacilaremos en afirmar que Vaunoy y él no cabian en el mundo.

Por lo demás, si no hemos fracasado en la pintura de su carácter, se debe imaginar que Vaunoy habia de tener un motivo muy poderoso para arrostrar así la venganza de los Lobos, él que habia sido su mas activo ó implacable perseguidor.

Aceptado, pues, el motivo, un hombre verdaderamente resuelto, no tenia ya sino combinar su plan, y no entrar en batalla sin el pleno egercicio de su sangre fria. El señor de La Tremlays estaba en otra disposicion de ánimo. Al atravesar el bosque habia experimentado alternativamente las influencias del terror mas exagerado y de la mas loca esperanza. Ahora que era preciso obrar, so pena de perder la vida, estaba vencido por el miedo, incapáz, insensible, idiota, muerto de antemano como los desgraciados que se precipitan de una torre elevada y que espiran antes de llegar al suelo.

Simon Lion le asió por mitad del cuerpo y Livaudré hizo un nudo corredizo al extremo de la cuerda, Vaunoy no se movió y dejó que le pusieran la cuerda al cuello sin oponer resistencia. Solo cuando el esparto le rozó la garganta, volvió entornando los ojos espantados y dió un gemido ahogado.

—¡Arriba! gritó Livaudré.

Los pies del desgraciado Vaunoy dejaron el suelo.

Como se ve, los presentimientos de Lapierre no eran infundados.

Pero en el momento en que el rostro del paciente pasaba del color violeta al negro, por efecto de la estrangulación, salió repentinamente de los matorrales otro personaje.

Era un Lobo.

—Ven, Yaumi, le dijeron sus camaradas; ven á ver la última mueca de un conocido tuyo.

Yaumi, á quien ya hemos visto en la choza de Pelo Rouan, era un fornido jayan, de seis pies de estatura y membrudo á proporcion. Dirigió una mirada á Vaunoy y le conoció, á pesar de la horrible contracción de su semblante.

—¡Bergantes! murmuró; iban á matarlo.

Y de un revés cortó la cuerda con su cuchillo de caza. Vaunoy cayó como una masa inerte, y se quedó tendido en el césped.

—Buen negocio estabais haciendo, repuso

Yaumi. ¿Qué hubiera dicho el amo? ¿No sabéis que media algo entre él y ese bribon, para quien la cuerda seria una muerte demasiado suave? ¿El amo está en la mina?

—El diablo sabe dónde está el amo, respondió Livaudré con bronco acento; y por lo que hace á ese bribon, puede decir que ha escapado de buena;... pero aun no está libre de polvo y paja, y hemos de ver si los *ancianos* le vuelven á poner la cuerda al cuello.

—Los *ancianos* obedecen al amo lo mismo que tú y yo camarada, dijo Yaumi sosegadamente, y harán lo que el amo quiera.

Entretanto Vaunoy habia recobrado el sentido, y se agitaba sobre la yerba.

—Arriba, gritó Simon Lion dándole con el pie.

Vaunoy, que habia experimentado mas terror que daño, obedeció sin gran trabajo. Por una especie de reaccion esplicable, aquel primer peligro, de que habia escapado milagrosamente, le infundia algun valor.

—Impedid que la gente me maltrate, dijo á Yaumi con voz mas firme: ese cabo de cuerda por poco os ha hecho perder quinientas mil libras.

Yaumi no mostró la menor emocion; pero no sucedió lo mismo á los cuatro Lobos.

—¡Quinientas mil libras! repitieron estuñefectos.

Vaunoy respiró al ver que habia producido efecto.



—Conducidme á la presencia de vuestros gefes, dijo en tono de autoridad.

—Ahora, murmuró Yaumi encogiéndose de hombros, van á dejarle escapar.... Daria un escudo por que el amo estuviera aquí.

Simon Lion vendó los ojos á Vaunoy con el pañuelo á cuadros que le servia de cinto, y los cuatro Lobos le empujaron hácia el talud occidental del barranco, en cuya cima se veian las ruinas de dos molinos de viento.

Vaunoy no tardó en sentir en sus mejillas la impresion de un aire húmedo; y al propio tiempo el vago resplandor que veía á pesar de la venda, desapareció de repente. Tan pronto bajaba las gradas de una especie de escalera cortada casi á pico, como sus conductores le levantaban á fuerza de brazos, llevándole por espacio de algunos segundos con precaucion, y dejándole otra vez en el suelo.

Esto duró cerca de diez minutos, al cabo de los cuales Vaunoy oyó rumor confuso de voces, y un fuerte olor de tabaco y de aguardiente.

Le arrancaron la venda.

Estaba entre los Lobos, en su refectorio, y llegaba á los postres.

La roja luz de media docena de teas que ardian junto á él le deslumbró al principio los ojos acostumbrados á las tinieblas. Por otra parte los gritos atronadores que dieron al verle

un millar de laringes tomadas del licor, por poco le hizo perder otra vez el sentido.

Y habia razon para ello; porque por todas partes se oian enérgicas amenazas y clamores de muerte.

Pero pronto reinó el mayer silencio posible. Simon Lion pronunció tres palabras, que produjeron un efecto mágico. Los clamores degeneraron al instante en murmullos, y las tres palabras corrieron al instante de boca en boca.

—¡Quinientas mil libras! decian por todas partes.

Este cuchicheo de buen agüero reanimó á Hervé de Vaunoy, mejor que el bálsamo mas exquisito. Sintióse vigoroso, y cobró tanto valor como miedo habia pasado.

El espectáculo que iba viendo, á medida que sus ojos se acostumbraban á la sombría luz de las teas, no era, sin embargo, muy á propósito para infundirle la conciencia de que estaba en seguridad.

Estaba precisamente en el centro de una numerosa reunion, cuyos grupos, diseminados en órden, en derredor de unas tablas sostenidas por pies derechos fijos en el suelo, bebian, comian ó fumaban.

Parecíase aquello á una inmensa taberna, ó á cosa todavía peor. La luz reunida en su foco, y partiendo de un solo centro, se debilitaba radiando de tal manera, que la mayor parte de los circunstantes, fantásticamente su-

mergidos en un resplandor amortiguado y vacilante, presentaban de lejos un aspecto extraño y casi diabólico.

No se podía calcular, ni aun aproximadamente, el número de los Lobos, y el aspecto de aquella muchedumbre infundía la idea de lo infinito. En efecto, las últimas filas casi desaparecían en la oscuridad, y parecía que se prolongaban hasta perderse de vista: y cuando un movimiento fortuito ó el chisporroteo de una tea agrandaba la zona luminosa, veíanse surgir por todas partes otras figuras de bebedores y fumadores.

Todos aquellos hombres eran Lobos, como ya hemos dicho; honrados artesanos del bosque, cuyos rostros á la luz del día presentaban sin duda alguna la espresion mas bonachona; pero el resplandor sangriento de las teas daba á sus facciones una espresion de ferocidad salvaje. Si eran buenos no lo parecían. Entre todos aquellos hombres Vaunoy conocia á alguno que otro artesano de los que encontraba con frecuencia por el bosque. Dos ó tres Lobos habían conservado su máscara de piel, y á pesar del flujo perpétuo de la luz y de la sombra, Vaunoy creyó poder afirmar despues que aquellos Lobos que se mantenían obstinadamente enmascarados, tenían sus razones para obrar así en su presencia; porque llevaban la librea de La Tremlays.

En medio de la sala, de la gruta ó de la

caverna (porque Vaunoy que no veía ni las paredes ni la bóveda no podía dar á aquella mansion el nombre exacto), habia una mesa de forma mas regular que las otras. En torno de ella estaban sentados nueve Lobos ancianos, de gran esperiencia, que sin duda eran los senadores de aquella estraña república.

Por lo que hace al dictador, al famoso Lobo Blanco, de quien tanto decia la fama, Vaunoy le buscó inútilmente. No pudo reconocerle por ninguna señal exterior y supuso que estaria ausente.

Al cabo de algunos minutos uno de los ancianos reclamó el silencio por señas y dirigióse á Vaunoy que encaminaba todos sus esfuerzos á recobrar su sangre fria.

—¿Qué has venido á hacer al Foso de los Lobos? preguntó el anciano.

Vaunoy se armó de valor.

—He venido á buscar lo que he encontrado, respondió con desembarazo. Quería ver á los Lobos.

—Es una vista que puede costar cara, Hervé de Vaunoy... ¿Has olvidado el mal que has hecho?

—No..., pero he contado con vuestro buen sentido y tambien con vuestra miseria.... que creia mayor de lo que es en realidad, añadió en voz mas baja.

—Vivimos lo mejor que podemos, repuso el anciano. Han querido robarnos nuestro pan

negro y nuestra pobre cidra, y nosotros robamos á nuestros ladrones; lo cual nos proporcionará ocasion de comer pan blanco y de beber aguardiente.

Estas palabras fueron recibidas con una estrepitosa y alegre carcajada.

—¡Bien dicho, tio Toussaint! gritaron todos.

—¡Silencio, hijos míos, silencio!... Por lo que hace á nuestro buen sentido te agradecemos el cumplimento... Pero en resúmen, ¿de qué te sirve nuestro buen sentido que nos aconseja ahorcarte y nuestra miseria que tu haces lo posible porque sea completa?

—Quisiera vengarme, dijo Vaunoy.

—¿No tienes en La Tremlays á los asesinos ordinarios?

—¡Basta! interrumpió Vaunoy en un arranque de impaciencia muy oportuno: espliquémonos como hombres y vengamos al grano... ¿quereis ganar quinientas mil libras?

—¡Quinientas mil libras! repitieron los Lobos con avaricia.

—¡Quinientos millones de mentiras! exclamó una voz bronca, cuyo propietario, que era Yau-mi, rompió por medio de la turba y se cuadró delante de la mesa ocupada por el senado del Foso de los Lobos. Tio Toussaint, y vosotros todos, añadió, no hagais caso de lo que dice ese miserable... Ya le conoceis... Además, que estando ausente el amo no podeis resolver nada.

Vaunoy aguzó el oído al oír la palabra amo. Era otra dificultad que no habia podido entrar en sus cálculos.

El tío Toussaint meneó la cabeza muy descontento.

—Amigo Yaumi, dijo, el amo es el amo; pero nosotros tambien somos algo aquí, y quinientas mil libras no se encuentran en la espera á cada trascantillo... La cosa merece pensarse.

—Pero es que miente....

Los Lobos prorumpieron unánimemente en un murmullo de desaprobacion; porque el ofrecimiento de las quinientas mil libras habia causado mucha sensacion.

—Yaumi, hijo mio, repuso Toussaint con la firmeza de quien se ve apoyado; déjanos atender á nuestros negocios: el amo quedará contento.

—¿Y si sucede lo contrario? preguntó Yaumi.

Nadie pronunció una palabra y el anciano quedó perplejo.

—Quedará contento, repuso despues de un momento de silencio. Nadie está mas dispuesto que yo á obedecer al amo... pero...

—Pero quereis correr el riesgo de desobedecerlo... ¡Escuchad! yo sé que el amo daria lo mas puro de su sangre por ver á este hombre cara á cara y en nuestro poder.

Vaunoy se estremeció de pies á cabeza.

—Yo sé, prosiguió Yaumi, que este hombre

y él tienen que ajustar una cuenta larga y embrollada. Quiero ir á buscar al amo.

—¿Quién sabe dónde se le encontrará?

—Yo me encargo de ello: vosotros me esperaréis.

—¡Es imposible! exclamó Vaunoy jugándose el todo por el todo. Todo queda frustrado si dentro de dos horas no estoy de regreso en La Tremlays.

—Dos horas me bastan, dijo Yaumi.

Los ancianos consultaron entre sí. La autoridad del hombre á quien llamaban *el amo*, y que no era otro sino el Lobo Blanco, tenia proporciones muy absolutas, y á pesar del deseo ardiente que tenían de conquistar las quinientas mil libras, los Lobos apoyaron á Yaumi.

—¡No se hable mas! murmuró la turba: es preciso avisar al amo.

—Ve, pues, dijo Toussaint á Yaumi; pero si dentro de dos horas no estás de vuelta, obra-remos á nuestro antojo.

Yaumi no cejó por esto.

—Antes, repuso, es preciso que yo sepa lo que quiere ese hombre.

—Es verdad, respondió Toussaint. Explicaos Hervé de Vaunoy.

—Las quinientas mil libras de que se trata, dijo el señor de La Tremlays, son el producto de los pechos del obispo de Dol, que el intendente real envia á París. Esas quinientas mil

libras estarán una noche en el castillo, y eso bastará.

—¡Ya lo creo! exclamó Toussaint.

—¡Ya lo creo! repitieron los Lobos.

—En cuanto al hombre que quiero matar, es tan enemigo vuestro como mio. Es el capitán que acaba de llegar....

—Aunque fuera otra cosa peor, Hervé de Vaunoy, dijo Toussaint con gravedad, aunque no sin algún sentimiento, no esperes la ayuda de nuestro brazo.... Los Lobos no asesinan.

—Los Lobos atacarán la caja; los Lobos tomarán las quinientas mil libras, y los Lobos tendrán todo el provecho.... Lo demás lo haré yo.

El anciano Toussaint meneó la cabeza con equívoca satisfacción.

—Eso puede aceptarse, dijo; en conciencia puede aceptarse. Y bien, Yaumi, ¿estás ya bastante enterado?

—Me voy, respondió éste.

Se puso, en efecto, la máscara, y desapareció en la oscuridad.

Vaunoy se sentó, y le pusieron delante un vaso de aguardiente, que acercó á los labios.

—¡Dos horas! decía para sí con angustia; ¡dos horas!... Y si ese hombre viene, ¿cuál será mi suerte?

Los Lobos se habían puesto otra vez á fumar y á beber, porque aquellos pobres hom-



bres, en otro tiempo artesanos honrados y laboriosos, una vez fuera de su camino, habían adquirido casi todos los vicios que trae consigo la holgazanería sostenida por la rapiña.

Vaunoy se había puesto el reloj delante, y contaba los minutos. De vez en cuando la voz del anciano Toussaint, que pedía algunas explicaciones sobre el sistema de ataque, sobre el momento en que había de darse el golpe de mano, etc., interrumpía su laboriosa meditación. Fue una fortuna para el señor de La Tremlays, porque si no le hubieran distraído, el miedo le hubiera muerto.

Pasó una hora, pasó hora y media, y al fin la saeta de su reloj señaló las dos horas convenidas.

Vaunoy respiró libremente y se levantó.

—Hervé de Vaunoy está en su derecho, dijo Toussaint. Un hombre honrado no tiene más que su palabra: hemos dado la nuestra y somos hombres honrados.

—¡Es claro! dijeron los circunstantes.

—Puedes retirarte.... Tu interés nos responde de tu exactitud.... Mañana, una hora después de ponerse el sol, estaremos en el sitio designado.

—Hasta mañana, pues, dijo Vaunoy anticipándose á sus guías en el camino del subterráneo.

Vendáronle otra vez los ojos y al cabo de

un cuarto de hora montaba lleno de júbilo su caballo que esperaba fuera de los matorrales.

—¡Santo Dios, Santo Dios, Santo Dios! gritó como un loco durante todo el camino, castigando sin cesar los ijares del caballo.

Resultó, pues, que el mayordomo ganó la apuesta, porque era Vaunoy quien había dado los aldabazos á la puerta exterior de La Tremlays, y él fue el que en el momento en que se hacia la apuesta entró en el salon con no poco asombro de Lapierre.

Al entrar se dejó caer jadeando en un sillón.

—¡Es nuestro! exclamó con gozo febril. Me he jugado la vida y he ganado; ¡pero juro á Dios que no me volverán á coger!

—Vuelvo á lo que decia, murmuró Lapierre. ¡Dios tenga piedad del capitán!... Maese Alain tomad el escudo que os debo.

## XXIX.

### *Antes de la lucha.*

Al otro dia el convoy de los fondos del impuesto partió de Rennes por la mañana. Iba escoltado por soldados á cuya cabeza marchaba el capitán Didier, y por una compañía de gendarmes á pie.

El trayecto de Rennes á La Tremlays se hizo sin obstáculo. Mientras las pesadas carre-

tas cargadas de escudos de á seis libras se enfangaban en los lodazales del bosque, el ataque hubiera sido muy fácil; pero ninguna cara hostil ó sospechosa apareció en el camino; y Judas, que seguía al capitán, apenas pudo conjeturar dos ó tres veces por el movimiento de las ramas que hubiese un sér viviente oculto en la espesura.

Los Lobos dormían ó no se curaban de desafiar los mosquetes de los soldados, á no ser que tuviesen otro motivo para no mostrarse.

Caminaban con mucha lentitud, y el sol se ponía en el momento en que el convoy llegaba á los primeros árboles de la avenida de La Tremlays.

— Señor, dijo Judas hablándole al oído al capitán, yo no estoy bien en el castillo: lo que busco no está allí y puedo muy bien encontrar lo que no busco.

— ¡Qué tontería, Judas! respondió el capitán sonriendo: desde ayer no haces mas que soñar con asesinatos.... En verdad que si todo lo que me has contado de Vaunoy es cierto, ese hombre es un malvado infame y sin vergüenza, pero no puedo creer... Y además, ¿quién te ha dicho que ese carbonero no ha mentido.

— ¿Pelo Rouan?... No mentía, señor, porque su voz temblaba, y yo sentía caer sobre mi mano el sudor de su frente... ¡Oh! ¡no mentía!.... ¿Y la Sra. Goton?... ¿Y la ausencia del señorito?

—Quizá tienes razon, dijo el capitan.... Pero de todos modos eres libre, Judas ; y si tienes algun amigo en el bosque, te permito que le pidas hospitalidad.... Mañana te reunirás con nosotros en Vitré.

—Pues hasta mañana, respondió Judas.

Antes de alejarse se acercó mas, y añadió en voz baja:

—No olvideis lo que os concierne, señorito; ese Pelo Rouan ha hablado de venganza, y tiene trazas de ser un hombre terrible.

Didier se sonrió otra vez, é hizo una mueca de indiferencia y desprecio.

—Hasta mañana, Judas, dijo en vez de responder.

Judas tomó un sendero, y pronto perdió de vista el convoy. El sol se habia puesto hacia apenas algunos minutos, pero reinaba ya la oscuridad bajo las sombrías bóvedas del bosque. Judas se alejaba á paso lento y con la cabeza tristemente inclinada sobre el pecho. Habia dado su caballo á un soldado.

El buen escudero sentia que le abandonaba el valor y la esperanza, ¿Para qué buscar mas, cuando estaba seguro de no encontrar? Judas necesitaba evocar el recuerdo venerado de su señor para dar alguna energía á su voluntad vacilante. Cualquier peligro le hubiera encontrado fuerte y valeroso. A ser preciso morir, hubiera muerto con alegría.

Pero no habia nada ; ni peligro que arros-

trar, ni muerte que desafiar. ¿Para qué el combate?

Judas, despues de caminar por algun tiempo sin direccion, tomó el camino de la choza de Pelo Rouan el carbonero.

—Hablabamos de Trembl, decia para sí suspirando; quizá haya averiguado algo desde ayer.

No habia andado Judas veinte pasos en aquella direccion, cuando llegó á su oido un ruido sordo, lejano todavia, pero familiar para un veterano.

Era evidentemente el ruido producido por la marcha de una turba numerosa, cuyo paso ensordecia el musgo del bosque.

Judas se detuvo. No podia ser la escuadra de los gendarmes de Rennes, porque los pasos venian del lado opuesto á la ciudad, y avanzaban con mas rapidéz de la que lleva ordinariamente una tropa sometida á las reglas de la disciplina.

Judas no adivinaba las cosas con facilidad, y aun estaba en duda cuando la agitacion de las ramas de la espesura le anunció la proximidad del misterioso ejército.

El escudero se ocultó entre los matorrales.

Casi en el mismo instante, una muchedumbre presurosa que caminaba sin órden, pero silenciosamente, penetró tumultuosamente en el sendero que Judas acababa de dejar. Al dudoso resplandor que reinaba todavia, el bueno del escudero intentó contar á los individuos que

componian aquel ejército, pero no le fue posible.

Los hombres pasaban por centenares, y sin cesar salían pelotones de la espesura.

Era un espectáculo extraño y muy á propósito para causar terror, porque ninguno de aquellos hombres mostraba el rostro á los últimos rayos del crepúsculo. Todos llevaban el rostro cubierto con una máscara de color sombrío; todos, escepto uno solo que llevaba, por el contrario, una máscara blanca como la nieve, en cuyo centro brillaban dos ojos redondos é incandescentes como los de un gato salvaje.

Este hombre, que era de elevada estatura y de extraño continente, caminaba el último.

Cuando pasó por delante de Judas iba á unos cincuenta pasos de sus compañeros, y el escudero le vió con asombro dar, sin esfuerzo aparente, dos ó tres brincos realmente extraordinarios, que le condujeron en algunos segundos á la retaguardia del fantástico ejército.

Judas se quedó atónito y estupefacto por espacio de algunos minutos, al cabo de los cuales, habiendo su lenta inteligencia efectuado la operación que otro hubiera hecho al primer golpe de vista, conjeturó que aquellos soldados salvajes serian Lobos.

¿Pero dónde iban en tanto número y armados hasta los dientes? Judas se hizo á sí

mismo esta pregunta, pero no respondió en el acto, aunque los Lobos que iban cuchicheando pronunciaron al pasar junto á él mas de una palabra que hubiera podido ponerle en camino.

El escudero siguió su camino muy pensativo y confuso hácia la choza de Pelo Rouan.

Mientras caminaba por los senderos otra vez desiertos del bosque, su imaginacion trabajaba y las palabras vagas que habia oido pronunciar á los Lobos, se le venian á la memoria como otras tantas amenazas.

La choza de Pelo Rouan estaba cerrada. Judas llamó con toda su fuerza; pero nadie respondió.

—Es singular, dijo para sí, mezclando sin saberlo el chasco presente y el motivo de su reciente cavilacion. Ese extraño personaje, que llevaba máscara blanca y que iba detrás de todos, tenia unos ojos parecidos á los que ví brillar ayer en las tinieblas de esta choza... Abrid, compañero, abrid al escudero de Treml.

Nadie respondió, y al otro lado de la choza se oyeron otros golpes como para burlarse ó imitar los que el escudero daba á la puerta.

Judas dió la vuelta á la cabaña. Un rayo de luna, perdido entre las ramas de los árboles, le hizo ver una ventanilla con fuertes maderas que se agitaban impelidas por una mano que desde el interior forcejaba por abrirlas. En el

momento en que Judas iba á repetir su apóstrofe, una de las maderas arrancada violentamente, cayó junto á él. Al mismo tiempo una jóven, cuyos esquisitos contornos alumbró vagamente la luna, subió al antepecho de la ventana, cayó á los pies de Judas con la ligereza de una sílfide y se quedó un instante de rodillas con los brazos levantados al cielo.

— ¡Virgen Santa de Mi-Foret, os doy gracias infinitas! murmuró la jóven con ardiente devoción. ¡Protegedle, protegedle!.... Si yo lo salvo, Señora, os haré ofrenda de un cirio y de una corona y de mi cruz de oro, y de todo lo que tengo, ¡Virgen mia!

Dicho esto se santiguó, besó una medallita que llevaba al cuello, levantóse de un brinco y desapareció como una cierva entre los matorrales.

No habia visto á Judas.

— ¡Flor de Retama! dijo el bueno del escudero á quien aquellas diversas é inesplicables peripecias tenian estupefacto. ¿A quién quiere salvar?... Y los otros... ¿á quién quieren atacar?

De la estrema confusion brota siempre la luz. Judas se apretó la frente con ambas manos como para esprimir una idea vaga, oscura, cuya importancia comprendia instintivamente sin poderla formular.

Al cabo de algunos minutos se enderezó bruscamente y dejó caer los brazos. La idea



habia brotado: la luz se habia hecho en las tinieblas de su cerebro. Comprendia.

—¡Didier! exclamó muy agitado... ¡La jóven le ama.... Pelo Rouan le aborrece.... Ella quiere salvarle.... y él quiere darle muerte!... ¡Y los Lobos.... Por el nombre de Trem! ¡álguien habrá para defenderle!

Y diciendo esto echó á andar á paso de gigante en direccion á La Tremlays.

No parecia sino que el buen escudero habia recobrado la agilidad de sus verdes años, y penetraba por la espesura en línea recta, rompiendo por los mas espesos matorrales como un jabalí acosado.

En aquel momento comprendió por primera vez el incremento que en su corazon habia tomado el afecto que profesaba al capitan. La organizacion generosa de aquel hombre necesitaba una persona á quien sacrificarse, y el recuerdo de Trem! no bastaba á satisfacer la eterna necesidad de obedecer y de amar que constituia en él casi todo el hombre moral.

Al llegar á la verja del parque de La Tremlays, Judas estaba mas inquieto que al emprender su caminata, porque su olfato de hijo del bosque, le revelaba la presencia de una inmensa emboscada. Por instinto comprendia que el castillo estaba rodeado de misteriosos enemigos.

Sin embargo, todo estaba tranquilo todavía, y Judas permaneció indeciso sin atreverse

á agitar la cuerda de la campana de la verja. Bien entrase por allí ó por la puerta principal que daba al patio del castillo, corría igual peligro de que le conociesen.

Ahora bien, Judas no era dueño de su persona y su celo en favor del capitán no podía hacerle olvidar enteramente que había jurado consagrar su vida á Trembl.

Felizmente mientras vacilaba vió brillar la luz de una linterna entre los árboles, y no tardó en distinguir la imponente figura de la Sra. Goton que con la pipa en la boca y un enorme manojó de llaves en la mano iba á ver, según costumbre, si todas las puertas estaban cerradas.

La Sra. Goton y Judas eran demasiado buenos amigos para que el lector conserve la menor inquietud relativamente al desenlace de la perplejidad del escudero. Dejaremos que el ama de gobierno le introduzca con todo el misterio apetecible y reclamaremos un asiento en la mesa de Mr. Hervé de Vaunoy.

La cena era copiosa y estaba bien dispuesta. Bechameil, á quien se le había pasado ya el rencor y que por otra parte tenía interés en cuidar personalmente de sus quinientas mil libras, hacía honor á una segunda edición de su famoso manjar blanco, corregido y aumentado para el caso. El vino era excelente y el oficial del rey que mandaba los gendarmes de Rennes, era un mozo muy jo-

vial. Hasta el mismo Didier recibia con mas benevolencia la hospitalidad afectuosa de Vaunoy.

Una sola cosa faltaba al festin, y era la presencia de Alix que desde el dia anterior estaba abrasada por la fiebre. Pero fuerza es añadir que Alix era maravilósísimamente sustituida por su tia, la señorita Olivia de Vaunoy, que se hallaba en el centro de la mesa, y hacia los honores con una gracia que no es posible describir.

Entre los criados que servian á la mesa citaremos á maese Alain y á Lapierre: Vaunoy no los perdía de vista y hacia mil caricias al capitán, aparentando impaciencia por la poca eficacia de sus dos esbirros.

La primera entrada habia desaparecido para dejar la mesa libre á los asados y á la pastelería que, colocada en el centro, quedó rodeada de dos hileras de postres. Los vinos de Mediodia que se escarciaban á placer, causaban á Bechameil y al oficial de Rennes notable satisfaccion.

Didier tendió el vaso por cima del hombro y Lapierre le sirvió. Vaunoy y él se dirigieron una mirada rápida; pero en el momento de acercar el vaso á los labios, Didier se volvió bruscamente y miró á Lapierre cara á cara.

El ex-saltimbanqui sostuvo perfectamente la mirada y permaneció sin pestañear en la

posicion de un criado detrás de la silla de su señor.

Didier vertió ostensiblemente el contenido del vaso en el suelo, é hizo á Lapierre una seña imperiosa para que se retirase. Este obedió al instante inclinándose con aparente respeto.

Vaunoy se habia puesto pálido.

—¿El capitan Didier no gusta del vino de Guiena? preguntó procurando sonreír.

—No digais eso, amigo mio, interrumpió Bechameil que buscaba un chiste desde la copa, ó el Sr. capitan os acusará de calumnia ante el parlamento.

Dicho esto Bechameil se creyó en el caso de soltar la carcajada.

— Señor de Vaunoy, respondió el capitan con tono cortés, pero frío, tened la bondad de dispensarme... y sobre todo de que ese hombre no se acerque jamás á mí... Tengo mis razones para ello, señor de Vaunoy.

—¡Salid, Lapierre! dijo el señor de La Tremlays. Amigo mio, añadió, escoged entre todos mis criados. ¿Quereis que os sirva mi mayordomo en persona?

Esto era ir de Scila á Caribdis; porque Lapierre al salir habia dado al mayordomo la botella que tenia en la mano.

Didier saludó sóbriamente en señal de aquiescencia y tendió el vaso á maese Alain que lo llenó hasta los bordes.

¡A la salud del rey! dijo el señor de La Tremlays levantándose.

Todos los huéspedes le imitaron, escepto la señorita Olivia á quien su calidad de señora dispensaba de este deber.

—¡A la salud del rey! repitió Didier bebiéndose de un trago el contenido del vaso.

Asomó á los labios de Vaunoy una imperceptible sonrisa, é hizo una seña á maese Alain. Este arrojó por la ventana la botella con que habia llenado el vaso de Didier.

Nadie observó este incidente y la cena continuó como si tal cosa.

Al cabo de algunos minutos Didier cesó de repente de contestar á las amables palabras que le prodigaba la señorita Olivia. Su cabeza osciló pesadamente sobre los hombros y sus párpados se agitaron como para combatir su sueño irresistible.

Olivia guardó silencio escandalizada, lo cual permitió al capitán dormirse completamente.

—¡Santo Dios! dijo Vaunoy, ¡nuestro jóven amigo no está amable esta noche! Vierte en el suelo mucho vino y se duerme en nuestras barbas... ¿Le habeis contado alguna historia, señora hermana?

Olivia se mordió los labios y dirigió á su hermano una mirada fulminante.

—Esto no me esplica por qué ha vertido el

vino de Guiena, dijo Bechameil con su ordinaria candidéz.

—Le dispensaremos todo eso á título de oficial del rey, repuso jovialmente el señor de La Temblays, y aun tendremos la atención de hacer que le lleven en el sillón, á fin de no turbar su sueño.

En efecto, dos criados levantaron el sillón de Didier y se lo llevaron durmiendo á su aposento. Esto puso de muy buen humor á Bechameil y al oficial de Rennes, los cuales juraron por su honor que Mr. de Vaunoy sabia egercer en forma la hospitalidad.

Didier no se despertó durante el trayecto. Los dos criados lo colocaron dormido en su lecho y se retiraron.

Habria pasado una hora cuando se oyó un ruido terrible en los alrededores del castillo. Las puertas fueron atacadas todas á la vez y derribadas tanto mas fácilmente cuanto que nadie se presentó á defenderlas.

Por una sigular fatalidad gendarmes y soldados se hallaban alojados en una granja que habian cerrado por fuera.

Una sola persona opuso resistencia y fue la vieja Goton que, despues de haber procurado inúti mente despertar el valor de maese Simonnet y otros criados de Vaunoy, cogió valerosamente un mosquete y disparó un tiro por la ventana de la cocina.

En el momento en que se oyeron los pri-

meros ruidos de aquel ataque imprevisto y furioso, Vaunoy estaba en su cuarto con maese Alain, Lapierre y otros criados armados.

—¡Este es el momento! dijo con voz algo turbada: está durmiendo y sois cuatro... ¡Santo Dios!... no erreis el golpe esta vez.

— Yo solo me encargaré, dijo Lapierre, y en verdad que ese loco se ha propuesto darme gana de matarle... Dos insultos me ha hecho desde ayer.... La venganza me importa poco, pero tendré cierto placer...

—¡Basta de palabras! interrumpió Vaunoy. ¡A vosotros el capitan y á mí los Lobos!

Los cuatro esbirros penetraron en el largo corredor que conducia al aposento de Didier. Lapierre caminaba el primero con la espada desnuda en la mano derecha y el puñal en la izquierda. Maese Alain cerraba la marcha, y por ello tuvo ocasion de dar un tiento, con disimulo, al frasco cuadrado.

—¡Atención! dijo Lapierre al llegar á la puerta; voy á dar el golpe. Si por una gran casualidad se despierta me secundareis.

Entró al decir esto. Reinaba en el aposento de Didier la mas profunda oscuridad. Lapierre se acercó sin hacer ruido y cuando se creyó á tiro de la cama levantó la espada.

Otra espada detuvo la suya en la oscuridad. Lapierre retrocedió asombrado.

—Levanta la linterna, Jacobo, dijo á uno de los esbirros.

Este obedeció y los cuatro asesinos vieron de pie, delante de la cama de Didier, un hombre de elevada estatura, que puesto en guardia con la mayor firmeza, presentaba la punta de la espada.

El mayordomo dió un grito de sorpresa.

—¡Jesus me valga! dijo; ¡ay de nosotros!... Ahora le conozco y no somos demasiados los cuatro... ¡Es Judas Leker, el antiguo escudero de Nicolás Trem!!

### XXX.

#### *Cuatro contra uno.*

Judas habia penetrado, como ya hemos dicho, en el castillo con el auxilio del ama de llaves y habia esperado á su amo en su lecho de campaña que estaba á un rincon del aposento.

Mucha fue su admiracion al ver á los dos criados que llevaban á Didier dormido, y esto hizo crecer de punto su inquietud, pero se quedó inmóvil á fin de que no le viesen.

Cuando salieron los criados llamó repetidas veces á su amo en voz baja. Este se hallaba bajo la influencia de un sueño de plomo y no le respondió. El brebaje que le habia suministrado maese Alain en la cena era un



narcótico poderoso, mezclado en alta dosis con el vino de Guiena.

Este silencio obstinado infundió una lúgubre sospecha en el ánimo de Judas.

—¡Es extraño! dijo para sí. ¿Será un cadáver lo que han traído esos hombres?

Levantóse silenciosamente y puso la mano sobre el corazón del jóven que latía muy tranquilamente.

—¡Duerme! dijo Judas respirando con libertad. Que Dios le dé un prolongado y tranquilo sueño.

Este deseo debía realizarse mas de lo que él quisiera.

En el momento en que Judas volvía á su lecho sonó por todas partes el estruendo del ataque. El escudero empuñó su espada y se preparó á cualquier accidente.

Al cabo de algunos minutos oyó ruido de pasos en el corredor y entendió algunas palabras de la conversacion de los cuatro asesinos.

—Es fuerza despertarle, dijo para sí:—¡Capitan, capitan!

Diciendo esto agitó bruscamente á Didier que permanecía inerte y como sin vida. El valiente escudero tomó entonces su partido y se colocó delante de la cama.

—Si es Pelo Rouan, dijo para sí, le hablaré en nombre de Tremi; y además, Pelo Rouan no herirá á un hombre dormido... ¿Pero y si no es Pelo Rouan?

Por via de contestacion á esta pregunta, Judas sacó la espada y se puso en guardia. En el mismo instante se abrió la puerta y dió paso á los esbirros de Vaunoy.

Aunque habian pasado mas de veinte años Judas Leker conservaba la robusta y marcial apariencia que en otro tiempo impuso respeto al séquito del regente. En la actitud que habia tomado delante del capitan, su elevada estatura se mostraba en todo su desarrollo, y presentaba á la vacilante claridad de la linterna el vigoroso contorno de sus formas atléticas. Reinaba en su rostro esa calma profunda que cuando un hombre se halla en presencia del peligro, anuncia una determinacion indomable.

Su mirada era tranquila, casi apática y todos sus músculos conservaban una inmovilidad perfecta.

Al oír el nombre de Judas, Lapierre creyó adivinar una alarmante complicacion. La presencia del antiguo escudero de Trembl al lado del capitan, haria mas irrevocable, si es posible, la sentencia de muerte que pesaba sobre este último: porque aquella reunion tenia algo de providencial y daba mas fuerza á los motivos que tenia Vaunoy para temer á Didier.

El primer impulso de Lapierre fue dar la voz de ataque; pero al observar la firme y amenazadora actitud del escudero se contuvo.

Conocia de nombre á Judas que en otro tiempo habia pasado por el mas valiente hombre de armas del pais de Rennes, y lo que veia en aquel momento no era á propósito para desmentir su nombradía.

Judas estaba solo; pero de los cuatro asesinos, dos eran criados enviados para aumentar el número, maese Alain era un viejo débil y consumido por la embriaguéz, y el cuarto, que era Lapierre, podia no ser un adversario despreciable en caso estremo, pero la guerra no era su oficio y no se batía sino en último caso.

De suerte que las fuerzas enemigas, aunque no estaban exactamente niveladas, no eran tampoco muy desiguales.

Maese Alain estaba al flanco de Judas, aunque á distancia respetuosa, Lapierre, se hallaba enfrente y los dos criados entre éste y el mayordomo.

Lapierre bajó la espada y envainó el puñal despues de vacilar un momento. Mientras vacilaba frunció un poco los ojos; pero pronto recobró su habitual indiferencia.

—Compañero, dijo á Judas, el venerable mayordomo de La Tremlays dice que vos sois un antiguo servidor de la casa. En este concepto me doy por muy dichoso en conoceres... ¿Tendreis la bondad de dejarnos el paso libre á fin de que podamos desempeñar nuestra misión?

Judas no respondió ni se movió del sitio.

—Compañero, repuso Lapierre, somos cuatro y estais solo... Además, si quereis tomaros la molestia de abrir los oídos, no dudareis que tenemos en el castillo numerosos auxiliares.

El estruendo aumentaba, en efecto. Los Lobos habian penetrado tumultuosamente en el castillo. Reinaba un estrépito terrible capaz de despertar á un muerto.

El capitán, sin embargo, seguia durmiendo.

—Compañero, dijo por tercera vez Lapierre con mucho halago y dirigiendo una rápida mirada á los criados; mucho sentiré tener que apelar á la violencia, pero...

No acabó de hablar. Las cinco espadas despidieron á la vez cinco relámpagos. Comenzó la pelea. Maese Alain cayó de rodillas exhalando un sordo gemido y uno de los criados midió el suelo en medio de un charco de sangre.

Judas, que se habia ido á fondo dos veces sin intermision, volvió á ponerse en guardia.

Lapierre y el otro criado retrocedieron. El mal éxito del traidor ataque que habia intentado en el instante mismo en que aparentaba querer parlamentar, le desanimó algun tanto y dirigió una mirada poco satisfecha á sus compañeros de combate.

—¡Vive Dios! murmuró entre dientes: con cuatro no habia de sobra en efecto; levanta la linterna, Jacobo.

La luz dió de lleno á Judas, y Lapierre lanzó un grito de júbilo. El escudero permanecia impertérito y firme; pero brotábale la sangre en abundancia por tres heridas. El combate no era tan desfavorable como Lapierre habia creído.

—Todo está reducido á esperar, repuso éste recobrando su fria indiferencia. El diablo me lleve si se mantiene un cuarto de hora de pie con esas tres sangrías.... Atención, Jacobo; nuestro es.... Haz lo que yo; arrímate á la pared y ponte en guardia.... Cuando caiga ese jayan, acabaremos la obra.

Jacobo obedeció, y Lapierre y él se arrimaron á la pared. Maese Alain y el otro criado yacian en el suelo sin moverse, y muertos segun todos los indicios.

Judas comprendió su situacion con toda la calma de su estóico valor: su situacion era desesperada; sentíase mas débil á cada momento que pasaba, y perdía las fuerzas con la sangre.

El ruido que hacían los Lobos se oyó una vez cerca del aposento y brilló para Judas un rayo de esperanza.

—¡Pelo Rouan! gritó: ¡socorro!

Preferia un enemigo leal á aquellos miserables pagados para asesinar.

Pero el ruido se alejó y Pelo Rouan no acudió.

—¡Hola! dijo Lapierre; ¿tambien el carbonero protege al huérfano?... Felizmente está á demasiada distancia para oír,... y ya que ese valiente llama á los ausentes es que no tiene bueno el cerebro.... ¡Ya se tambalea!

Judas se enderezó con presteza; pero Lapierre no se habia engañado. El pobre escudero no podia tenerse en pie.

—¡Diantre! dijo el ex-saltimbanqui; ¿es un toro ese escudero? Ha perdido ya mas sangre de la que hay en mis venas y aun está de pie. ¡Si el otro despertara no haríamos muy buena jornada!

Judas se ponía pálido y jadeaba.

—¡Despertad, Sr. capitan! gritó con voz apagada ya; ¡despertad!

—¿Por qué no le dais el nombre de su padre, como pañero? preguntó Lapierre con ironía. ¡Vamos!... no gastes cumplimientos.... Ese nombre pronunciado en este sitio haria quizás un efecto mágico.

Judas no comprendia. Puso la mano sobre una de sus heridas para detener la sangre; pero el implacable Lapierre, que tenia priesa de acabar, simuló un ataque que le obligó á ponerse en guardia.

La sangre volvió á correr.

—Despertad, señor, despertad! gritó Judas

otra vez apoyándose exánime en las columnas de la cama.

Didier seguía durmiendo.

Agotadas sus fuerzas, Judas soltó la espada y cayó en el charco que había formado con su sangre.

—Dios no ha querido que muriese por Tremi, murmuró dolorosamente.

—¿Pues por quién, compañero? exclamó Lapierre soltando la carcajada. ¿Ignoras por ventura?... ¡Sería una broma deliciosa!

Una sonrisa de maldad crispó los labios del saltimbanqui, y se acercó á Judas que respiraba con dificultad y sin moverse.

—Compañero, le dijo tomándole el pulso; te quedan tres minutos de vida por lo menos. ¿Quiéres que te cuente una historia?... Bien, bien; quien calla otorga, y estoy seguro de que tienes grandes deseos de oirla... Retarda un poco la muerte, porque vas á divertirte... Figúrate que una tarde pasaba yo por el bosque de Rennes; era de oficio charlatan y necesitaba un niño... Tu pulso parece que va ya á apagarse. ¡Qué diablo! un poco de paciencia... A la orilla de un foso descubrí una linda criatura envuelta en pieles de conejo. Dejé las pieles de conejo y me llevé la criatura, que era justamente lo que necesitaba. Al llegar á París... ¿Me vas á dejar con la palabra en la boca? Ya acabo... Aquel niño creció y la casualidad quiso que se escapase de

mi tutela. Ascendió á page del Sr. conde de Tolosa, despues á gentil-hombre de cámara y despues... Así me gusta, ya vuelve á latir tu pulso con fuerza.... Despues á capitán.... ¿Adivinas?...

El rostro de Judas se tiñó de una ligera y furtiva tinta encarnada; pero sin embargo continuó inmóvil y con los ojos cerrados.

—¿No adivinas? repuso Lapierre. Pues bien, voy á esplicártelo mejor para que te vayas contento al otro mundo. Con esto quedarás enterado tambien del motivo que nos trae aquí por órden de Hervé de Vaunoy... El niño que encontré en el bosque se llamaba Jorge Trembl.

Apenas Lapierre habia pronunciado este nombre cuando dió un grito de rabia y de dolor.

Un rayo de inconmensurable alegría habia penetrado en el corazón de Judas y galvanizado su agonía. El buen escudero, recobrando la fuerza por un instante al oír el nombre adorado del hijo de su señor, oprimió con soberano esfuerzo la garganta del saltimbanqui.

—Socorro. Jacobo, murmuró éste.

Jacobo se acercó, pero no con tanta rapidéz como era menester. Judas habia cogido su espada y la sepultó en el pecho de Lapierre. Apoyándose en seguida con una mano á las columnas de la cama, recibió el choque del último criado.



Judas Leker era todavía un campeón formidable en su última hora. El criado, gravemente herido en el primer asalto, arrojó la espada y echó á correr.

Judas se llegó arrastrando á la linterna que, medio apagada y olvidada en el suelo, iluminaba con débil é intermitente resplandor los resultados de la sangrienta lucha. Tomó-la y reanimando la llama y auxiliándose con las manos, volvió al lecho donde Didier, bajo la influencia del narcótico dormía todavía con sueño letárgico.

Con infinito trabajo, y apelando á la poca fuerza que le quedaba, Judas consiguió levantarse. Apoyó una mano en el colchon y con la otra dirigió el foco de la linterna al rostro de Didier.

El capitán estaba echado boca arriba en la postura en que le habían dejado los criados de Vaunoy. No se había movido desde entonces. La luz de la linterna iluminó de lleno sus facciones atrevidas y regulares.

Judas se moría, pero su gozo rayaba en el delirio. Contempló por un momento á Didier dormido, y una estática alegría iluminó su candorosa fisonomía, mientras que dos lágrimas ardientes surcaban sus mejillas.

— ¡El es! murmuró al fin, ¡que Dios le salve y le bendiga! Esa es la hermosa frente de Trembl... y ahora recuerdo; esos ojos cerrados son los ojos de un breton.... atrevidos y alti-

vos.... ¡Oh! ¡es un gallardo soldado el último vástago de Trem! es un noble retoño del antiguo tronco. ¡Si le hubiera conocido antes!...

Diciendo esto tomó la mano á Didier y se inclinó para besarla no pudiendo levantarla á la altura de sus labios.

—¡Monseñor!... Hijo mio, prosiguió con pasión tan ardiente que las últimas gotas de su sangre leal se agolparon á sus mejillas. Despertad para que pueda saludaros con el nombre de vuestros padres; despertad, hijo de Trem!.... Vuestra vida será bella y gloriosa de hoy mas, caballero Jorge....

Detúvose, y su mirada espresó profundo terror.

—¡Dios mio, Dios mio! gritó con voz sorda; ¡duerme y yo voy á morir! Voy á morir llevándome su secreto, su felicidad... ¡todo lo que Dios acaba de devolverle!

La alegría de Judas se habia convertido en amarga desesperacion y miró á su señor con desaliento. La vida le abandonaba: comprendíalo, y era para él una terrible situacion el faltar, por decirlo así, al último Trem!, y el abandonarle en aquel momento supremo en que una sola palabra pronunciada y oída le devolvía fortuna y nobleza.

—No quiero morir, repuso haciendo un esfuerzo; sería una traicion. Es fuerza que yo viva para servirle y amarle... No corras, sangre mia, porque le perteneces á él, á él solo...

¡Virgen de Mi-Foret, Santa Madre de Dios, tened piedad de mí! ¡Que despierte ó que viva yo un dia mas! ¡Virgen Santa, la muerte me acosa y... tengo miedo!

El desgraciado anciano temblaba al sentir próxima la agonía y necesitaba de ambas manos para aferrarse á las sábanas de la cama. Trascurrió un minuto, durante el cual sufrió un martirio que no intentaremos describir.

Sus manos se resbalaron al fin por las sábanas.

— ¡Despierta, despierta! decia con voz apagada... Escucha.... Escuchadme, amado señor... ¡Ah! ¿me ois, no es verdad? En el hueco de la encina del Foso de los Lobos hay un pergamino y oro... Todo es vuestro, Jerge Treml... vuestro.... Yo soy un mal servidor... y muero cuando necesitáis que viva... ¡Perdonadme,... perdonadme!...

Flaqueáronle las piernas y cayó pesadamente pronunciando por última vez el nombre idolatrado de su señor.

Didier seguia durmiendo.

Un silencio de muerte reinó en el aposento por espacio de algunos minutos. La linterna que se habia quedado sobre la cama despedia de vez en cuando tristes reflejos que iluminaban con luz siniestra aquella escena sangrienta.

De repente se oyó un prolongado y estrepiti-

toso bostezo. Uno de los cadáveres se agitó y estiró sus miembros como si despertase de un largo sueño.

Este cadáver era el de maese Alain, el mayordomo, el cual no tenia otra herida mas que un rasguño en la chupa. El viejo habia caído al choque de Judas, y sea por efecto del terror ó de la embriaguéz no se habia levantado. Ahora bien; es sabido que un hombre ébrio, por cobarde que sea, se dormiria á diez pasos de la rueda de una locomotora. Maese Alain se habia dormido.

Al despertar, su primer cuidado fue dar una muestra de cariño á su frasco cuadrado. Ni se acordaba de nada. Despues de beber un trago copioso, se levantó vacilante y mas ébrio que nunca.

—¿Por qué diablo estoy fuera de la cama? dijo para sí.

Una mirada dirigida en torno le devolvió la memoria.

—¡Hola! dijo, la batalla ha terminado.... Ahí está mi compañero Judas en el estado en que le deseaba.... y ese tunante es Jorge Trembl.... duerme como un bienaventurado.... Entonces, voy á dar el golpe....

Tomó su puñal y avanzó trabajosamente hácia la cama, no sin beber un trago por el camino á fin de cobrar valor. En el centro del aposento tropezó con el cadáver de Lapierre.

—¡Calle! dijo entre dientes, ¡tambien éste

duerme!.... ¡Lapierre! ven á ayudarme, muchacho.

Lapierre no respondió. Maese Alain se inclinó y le puso el cuello del frasco en la boca.

—¿Quiéres? preguntó segun costumbre.

El aguardiente se vertió por el suelo. Maese Alain se levantó.

—¡No beberá mas! dijo con solemnidad.

En el momento en que llegaba junto á la cama, se detuvo para escuchar una voz dulce, pero lastimera, que cantaba en el patio debajo de las ventanas una copla de la balada de Arturo de Bretaña.

—¡Buena ocasion para cantar! murmuró el viejo.

La voz interrumpió su canto y dijo en voz baja, con acento de desconsuelo:

—¡Didier..., Didier mio!

—¡Presente! dijo riendo el mayordomo. ¡Vamos, otra copla!

La dulce voz de la jóven, como si quisiera obedecer esta órden irónica, repitió el pasage de la balada, que refiere los dolores de la condesa de Bretaña y cantó con voz dolorida:

La horrible torre sombría  
busca la madre angustiada  
donde gime sepultado  
el hijo de sus entrañas.

Despues añadió:

—¡Didier, Didier mio!... ¿Dónde estás?

El mayordomo, reducido al estado de la

(EL LOBO BLANCO.)

infancia á causa de la embriaguez, se acercó, llevado de la curiosidad, á la ventana, para ver á la que cantaba; pero en el mismo instante se abrió la puerta y el aposento se inundó de luz.

Maese Alain se volvió y vió á Alix de Vaunoy, pálida, con la mirada atónita y una antorcha en la mano.

Tambien ella pronunció con voz ahogada las mismas palabras que la que cantaba la balada.

—¡Didier, Didier mio!

### XXXI.

#### *Alix y María.*

Entró Alix de Vaunoy.

Estaba pálida y su bello semblante conservaba las huellas de sus padecimientos.

Sus ojos tenían esa llama sombría y fija que deja en pos la ardiente exaltacion de la fiebre.

En el momento en que el señor de La-Tremlays dió la señal á los cuatro esbirros, Alix estaba postrada en el lecho y entregada á una febril somnolencia. A su cabecera estaban la señorita Olivia, su tia, la camarera Renné y otra criada.

El estruendo ocasionado por el ataque de los Lobos vino á despertar á Alix sobresalta-

da y á llenar de espanto á las tres mugeres que la asistian.

La señorita Olivia se desmayó al primer tiro y las dos criadas huyeron aterradas.

Alix se quedó sola.

Su sueño, aunque corto y agitado, la habia calmado un poco. El estruendo del ataque al propio tiempo que aturdió su cerebro débil, hizo surgir algunas ideas vagas, como el sacudimiento que se imprime al agua turbia de una vasija hace subir á la superficie los cuerpos sumergidos.

La jóven se acordó de su conversacion con Lapierre y del dolor mortal que habia atormentado su alma. Pronunció el nombre de su padre y despues el de Didier.

Despues se levantó lentamente, se echó á la espalda un peinador blanco, tomó una lámpara y salió de su aposento.

No habia nadie que la detuviese. En el corredor encontró muchos Lobos que, dueños del castillo, le trataban como pais conquistado; pero los Lobos huian al ver aquella figura y aquel rostro pálido que de lejos parecia estar envuelto en un sudario.

La tomaron por un fantasma y se guardaron bien de impedirle el paso.

Alix se dirigió al aposento de Didier.

No se puede decir que la jóven estuviese en estado de sonambulismo. Estaba realmente despierta; pero su inteligencia estaba velada

por una especie de crepúsculo. Pensaba como si soñase.

Cuando abrió la puerta del capitan, sola, á altas horas de la noche, no se le ocurrió la idea de que pudiera ser un acto vituperable ó que se opusiese á las leyes del decoro femenino. A pesar de la especie de niebla que envolvía su espíritu, sabia que entre ella y Didier existía un obstáculo insuperable, un abismo que habia hecho mas profundo las terribles reticencias de Lapierre.

Venia á socorrer á un hombre á quien amaba con pasion séria, indestructible, pero sin esperanza, y casi estamos por decir sin deseos. Por una ternura instintivamente previsora, mas bien que por el encadenamiento lógico de sus recuerdos y de las horribles sospechas que habian precedido y ocasionado la fiebre, comprendia que Didier estaba amenazado y acudia en su auxilio.

La escena, cuya narracion nos ha absorbido tanto tiempo en el capítulo anterior, no duró en realidad sino algunos minutos, y cuando Alix llegó al umbral del aposento de Didier, el combate habia ya terminado.

La jóven entró, como ya lo hemos dicho, pronunciando involuntariamente y quizá sin saberlo, el nombre que tenia incesantemente en el fondo del corazon.

El mayordomo se quedó estupefacto é inmóvil al ver aquella estraña aparicion, y ni



aun tuvo fuerza para pedir consejo á su frac-co cuadrado.

Alix, que habia avanzado algunos pasos sin reparar en él, le vió al fin, y con el brazo tendido le mostró la puerta.

El viejo salió con la presteza que le permitia el mal estado de sus piernas vacilantes.

Alix puso su antorcha sobre la mesa y sentóse al pie de la cama. Sus miradas se perdieron en la oscuridad del corredor penetrando por la rendija de la puerta entornada.

La fiebre volvía y velaba su espíritu con un velo mas denso.

— ¡Qué extraño olor! dijo despues de algunos momentos de silencio, durante los cuales sus ojos no buscaron á Didier. Reina aquí una atmósfera que sofoca... ¿Por qué dormirán esos hombres en el suelo?... Dichosos ellos que pueden entregarse al sueño!... ¡Yo sufro... hasta en mis sueños!...

Pasóse la mano por la frente y sus pálidos labios sonrieron.

— Didier, murmuró, ¿os acordais de los maravillosos bailes del conde de Tolosa? Bailábamos juntos... siempre juntos.... ¿Y aquel otro baile... que no habreis podido olvidar... en casa de mi padre?

Detúvose la jóven y tembló de pies á cabeza.

— Toda la noche, repuso, entregamos el co-

razon á una loca alegría...; pero por la mañana... al salir... ¡Mienten, Didier, mienten! ¡no fue mi padre quien dirigió el brazo del asesino!

—¡Didier! ¡Didier mio! gritó en el patio, debajo de la ventana, la voz que ya hemos oído.

—¡Didier! repitió la señorita de Vaunoy haciendo un esfuerzo para reanudar sus fugitivas ideas... Sí, he venido por él... ¿Dónde se halla?...

Dirigió la mirada en torno y vió al capitán durmiendo junto á ella.

Entonces volvió la lucidez á su inteligencia.

—¡Ya recuerdo, dijo, ya recuerdo! Había en las palabras de ese miserable criado una terrible amenaza. Los asesinos quizá van á venir....

Volvió los ojos con terror á la puerta, y su mirada encontró de paso en el suelo á los tres hombres que creía dormidos. Al mismo tiempo el olor de la sangre volvió á ofender su olfato.

—Han venido, gritó; ¿estará herido?... ¡Loado sea Dios! su sueño es tranquilo.... ¿Pero quién ha podido defenderle?

Tomó la antorcha y la acercó sucesivamente á los tres cadáveres. Conoció á Lapierre, que conservaba despues de muerto su sonrisa

indiferente y cinica, y conoció tambien al otro criado.

El tercer rostro, el de Judas, le era desconocido. Contemplóle un instante en silencio, é inclinando el cuerpo de pronto le dió un beso en la frente.

—¡Dios te tenga en su seno! murmuró con apasionada gratitud: ha muerto por defenderle. Mientras viva rezaré una oracion por su alma todas las mañanas y todas las noches.... ¡Eran tres contra él!... quizá mas.... ¡Era un criado valeroso!

Levantóse al decir esto y volvió junto á Didier.

—Quiero estarme aquí, dijo, hasta que despierte.... No se atreverán á matarle en mi presencia.

Entretanto los Lobos seguian recorriendo el castillo: los unos bebian; los otros devastaban. El estruendo del saqueo y de la orgía llegaba como á ráfagas por los corredores. Cuando se calmaba el estruendo Alix oia, sin parar mientes en ello, sollozos de muger en el patio. Entre ellos creyó oir por segunda vez el nombre de Didier y abrió el oido con avidéz.

—¡No me oye! decia la voz con desaliento.... ¡Ya no conoce mi canto.... Didier! ¡soy yo!...

Y en seguida cantaba anegada en llanto:

La horrible torre sombría  
busca la madre angustiada  
donde gime sepultado

el hijo de sus entrañas.

Alix corrió á la ventana: la voz continuó:

Al pie de la crespa torre  
acerbo llanto derrama,  
y ¡Arturo, Arturo! murmura  
con voz que desgarrá el alma.

—¡María! ¡es María! dijo Alix, cuyo corazón latía con violencia: es María que le ama... y á quien él corresponde.... ¡Es María, que tiene derecho de ocupar este sitio y que va á echarme!

—¡Didier... Didier mio! gritó la voz apagada de María.

—¡Su Didier! repitió la señorita de Vaunoy con amargura.... Es verdad.... es suyo.... y yo... ¿no tengo ya fuerza para sufrir?

Diciendo esto abrió la ventana.

—¡María! gritó.

La pobre Flor de Retama se habia sentado en una piedra. Levantóse con presteza y reconoció en la ventana iluminada las facciones pálidas de la señorita de Vaunoy.

—¿Le habeis visto? preguntó.

—Está aquí, respondió Alix.

El aposento de Didier estaba en el primer piso. La ventana que daba al patio estaba rodeada de una parra vigorosa, cuyas ramas tortuosas bajaban hasta el suelo.

Flor de Retama trepó ligera como un pájaro. La viña le servia de escala. Un momen-

to despues se hallaba en el aposento del capitan.

¿Dónde esta, dónde está? exclamó.

Alix le mostró la cama y Flor de Retama se puso de rodillas junto á ella.

—¡Cómo he sufrido! dijo al fin enjugándose una lágrima que brillaba haciendo contraste con su sonrisa. He estado gritando y cantando mucho tiempo para que me conociese. Temia llegar demasiado tarde... Gracias, Alix... gracias, señorita... Duerme... No sabe que su vida está en peligro...

—¿Y cómo lo sabes, María? preguntó la señorita de Vaunoy, que pensaba en su padre y tenia miedo.

—¿Cómo lo sé, Alix?... ¿No sé todo lo que le concierne?... Pero ved, señorita, ved cuán bello es.

Los ojos de las dos jóvenes acariciaron al propio tiempo el rostro del capitan.

—Sí, dijo Alix con tristeza, eres muy feliz, María.... ¿Pero es conocido en el bosque el peligro que le amenazaba?

—Y viene del bosque ese peligro, señorita. Han salido esta tarde del Foso de los Lobos para matar á mi gallardo capitan.... Dios ha permitido que los Lobos no hayan encontrado todavía el aposento donde reposa, y es fuerza despertarle pronto.

—¡Los Lobos! repitió lá señorita de Vaunoy

con terror; ¿los Lobos tambien quieren asesinarle?

—No ellos, sino un miserable cuyo nombre ignoro, y que les ha abierto las puertas de La Tremlays.... Mi padre aborrece al capitan porque es francés, y yo le amo.... Mi padre ha dicho: No heriré, pero dejaré que hieran.... Esto lo dijo ayer en nuestra cabaña, y yo lo escuchaba detrás de la puerta de mi aposento. Me arrojé á los pies de mi padre, y le rogué llorando que me dejase salvar á Didier: mi padre me encerró en mi aposento.... He llorado mucho.... y despues he cobrado valor. Miradme las manos, Alix; aun están chorreando sangre. He roto las maderas de mi ventana; he saltado por ella, y he venido corriendo por la espesura.... Pero las tapias del parque son muy elevadas, señorita, y he encomendado mi alma á Dios antes de escalarlas, porque creí que era llegada mi última hora. Nuestra Señora de Mi-Foret ha tenido compasion de esta infeliz; mi gallardo capitan está sano y salvo, y os hallo velando á su lado como un buen ángel....

Al llegar aquí se detuvo de pronto, y pasó una nube por su frente.

— Pero ¿por qué velais su sueño, Alix? preguntó.

El alma de Maria acababa de conocer los celos; pero fue un movimiento pasagero. Alix no tuvo necesidad de responder. En efecto,

Flor de Retama por primera vez, desde que habia entrado, separó la vista del rostro querido de Didier. Echó de ver los tres cadáveres, y dió un grito de horror.

—Nuestra Señora de Mi-Foret ha tenido compasion de ti, hija mia, repitió la señorita de Vaunoy en tono lento y grave. Dos de esos hombres que están ahora en la presencia de Dios eran asesinos.... Yo los conocia. El otro, á quien no conozco, tenia corazon generoso y brazo fuerte. Pluguiera al cielo que viviese todavía, porque Didier no está fuera de peligro.... Ese sueño singular me espanta, y sé que los enemigos del capitan son capaces de todo.

María tomó la mano de Didier, y la sacudió.

—¡Despierta, dijo, despierta!.... Nada.... está inmóvil.

—En los libros frívolos y mentirosos, de que tanto gusta mi tia, murmuró Alix hablando consigo misma, he leído por casualidad que el cobarde hace dormir á veces al valiente á quien quiere herir con mano segura..... Yo no estaba allí.... ¿Si le habrán dado algun narcótico?... De otro modo tantos ruidos diversos le hubieran despertado.

—Pero mirad, Alix, gritaba María, no se mueve.

La jóven se puso pálida, y tembló.

—Ese sueño se parece á la muerte, añadió.

—¿Y podrá conducir á ella, hija mia, respondió Alix, cuyas bellas facciones habian perdido la frescura de la juventud, como si hubiesen envejecido diez años desde el dia anterior? ¿Eres fuerte?

—No lo sé.... Por Dios, ayudadme á despertarle.

—No despertará.... Ayudadme á salvarle.

Flor de Retama, sometiendo su espíritu á la superior inteligencia de su compañera, se acercó á ella, y la imploró con los ojos, esperando de ella sola la salvacion de Didier.

Alix sufría cruelmente y no temía. La presencia de aquella niña, cuyo amor feliz mataba su esperanza y que ni siquiera la sospechaba, atormentaba su alma sin poder engendrar el ódio ó la envidia. Era una joven generosa digna de mejor padre. Acercóse á Flor de Retama y le dió un beso naturalmente en la megilla.

—Cuando te dé su mano, dijo, serás buena y afectuosa. ¿no es verdad? En cambio de su amor le darás todo tu corazón... Sí... mejor es así... Tú le harás feliz.

—No os comprendo, Alix, respondió María: hablabais de salvarle...

Alix se estremeció.

—Tienes razon, dijo, apresurémonos y apela á todo tu valor, hija mia.

—Púsose en el cinturón el puñal de Judas y dió el de Lapierre á María que abría unos



ojos desmesurados y no adivinaba el proyecto de su compañera.

—Eres hija del bosque, repuso Alix: sabes montar á caballo, amas y debes ser fuerte... Es preciso que esta noche obremos como hombres, hija mia. Haz lo que yo, y si en los corredores se levanta un arma contra Didier, imítame y muere defendiéndole.

El fuego del heroísmo brillaba en los ojos de Alix al hablar de este modo. Flor de Retama la contempló un momento, y despues bajó la cabeza en silencio.

—¿Tienes miedo? preguntó la señorita de Vaunoy en tono compasivo.

—No, respondió María, pero creo que le amais, Alix.

El entusiasmo de ésta sucumbió como por mágia.

—¡Crees, que le amo! repitió con voz ahogada; pero, hija mia, ¿piensas en ti en el momento en que va á morir?... ¡Crees que le amo!... ¡Pues yo sé que le amas, sé que te ama y solo pienso en salvarle!... Escucha, María, hace un año que soy muy desgraciada; pero sufriria demasiado si te creyese indigna de él... ¡Le amaba! añadió con repentina violencia, le amaba antes que tú y mas que tú... pero, ¿qué importa!

—¡Oh! ¡sois bella! murmuró, la pobre Flor de Retama llorando.

Alix tenia los ojos enjutos é hizo asomar

á sus labios una de esas sonrisas impregnadas de animoso dolor que dan espanto y compasion á los débiles por el dolor y la fuerza que revelan.

— Dame la mano, niña, le dijo. Es tuyo;.... yo no le amo.

—¿Pero él?...

— Nunca me ha amado. Toma, te sacrifico mi último recuerdo.

Diciendo esto se acercó á Didier y le puso al cuello la medalla de cobre que le habia quitado á Lapierre la noche en que éste habia querido asesinar al capitán en las calles de Rennes. María no tuvo tiempo de ver en qué consistia la ofrenda, porque Alix repuso al instante con energía:

— Ahora manos á la obra, hija mia. Es preciso que Didier dispierte fuera de la casa de mi padre.

Alix tenia un vigor de que nadie la hubiera creído capaz, sobre todo en aquel momento en que acababa de dejar el lecho donde la tenia elevada la fiebre. Levantó por los hombros á Didier é hizo seña á María para que le cogiese por los pies. María obedeció pasivamente como un niño que egecuta, sin discutirlas, las órdenes de su amo. Las dos jóvenes asieron la manta por las cuatro puntas y echaron á andar con esta carga.

El peso las doblaba; pero con todo emprendieron su caminata resueltamente por los lar-

gos corredores de La Tremlays. Por todas partes se oían las risas y los cantares de los Lobos que por fortuna estaban seriamente ocupados en beber y no fueron obstáculo á la huida de las dos jóvenes. Estas cruzaron sin impedimento las sombrías galerías del castillo y llegaron al patio, donde dejaron en el suelo al capitán para tomar aliento.

Flor de Retama jadeaba y temblaba. Alix respiraba apaciblemente y no se mostraba fatigada. Su compañera la contemplaba con asombro y terror. Quedáronse por un momento inmóviles, separadas únicamente por la distancia que ocupaba el cuerpo del capitán. Alix reflexionaba: Flor de Retama la contemplaba tímidamente á los rayos de la luna que brillaba con todo su esplendor.

—¿Qué es eso? preguntó la señorita de Vau-noy, designando un objeto que se movía en la penumbra de la pared.

— Es un caballo, respondió María. Mientras yo discurría por el patio, un criado del señor de La Tremlays, vuestro padre, ha venido y lo ha atado junto á la puerta.

—Entonces no necesitamos la llave de las cuadras. Por lo que hace á la de la puerta exterior, sin duda la gente del bosque ha hecho de modo que podamos prescindir de ella... Hagamos otro esfuerzo, hija mía.

Las dos jóvenes volvieron á levantar al

capitan, y despues de muchas tentativas inútiles consiguieron colocar al capitan sobre el caballo, y María, que se subió á la silla, lo sostuvo en sus brazos.

—Vé, hija mia, le dijo Alix: le amas y sabrás buscarle un asilo.

En el momento de la separacion Flor de Retama se arrepintió avergonzada de sus sospechas. Inclínose, y la señorita de Vaunoy la besó en la frente.

—Sois buena y generosa, señorita, murmuró María. Gracias por él y por mí.

Los Lobos habian dejado, en efecto, la puerta abierta. Alix dió una palmada al caballo, y el animal salió del patio.

—¡Dios le proteja! dijo.

La jóven se sentó agobiada en el banco de piedra, que es el accesorio obligado de toda puerta bretona. Habia conseguido su objeto: su fuerza, que era ficticia y nacia de un heróico esfuerzo de la voluntad, se relajó como por encanto, y la jóven volvió á ser lo que era una hora antes; una pobre niña abrasada por la fiebre, é incapáz de moverse.

Entretanto maese Alain, que se habia serenado algun tanto á causa de la aparicion de la hija de su señor, habia ido á dar cuenta á Mr. de Vaunoy del resultado desfavorable del ataque nocturno intentado contra la persona de Didier. Mucho trabajo le costó al mayordomo

encontrar á su amo. Este habia dejado su aposento al oír el primer estruendo del ataque, mandando ensillar su caballo, en el cual galopaba Flor de Retama y Didier; y confiando en las pérfidas medidas adoptadas para reducir á la impotencia á la fuerza armada, se habia presentado á los Lobos, á los cuales habia conducido al cobertizo donde se hallaban los carruages cargados de dinero.

Hecho esto contaba montar su caballo y correr á escape á Rennes.

Despues de hacer por espacio de dos horas vanos esfuerzos para escapar á la vigilancia de aquellos peligrosos compañeros, se habia al fin escurrido y se acercaba á tientas á la puerta del patio en busca de su caballo, cuando tropezó en la oscuridad con maese Alain.

A las primeras palabras del mayordomo, Vaunoy quedó aplastado como si le hubieran dado con una maza en la cabeza. Didier vivia y todo lo demás habia sido trabajo perdido.

—¡Cómo! ¡miserable! ¡cobarde! exclamó Vaunoy blasfemando, ¿no habeis podido? ¡Juro á Dios que ese bribon de Lapierre!...

—Lapierre ha muerto, interrumpió Alain.

—¡Muerto!... ¿Pero es que se ha despertado ese demonio de capitán?

—No, si no que su criado, á quien ayer no pude conocer, era Judas Leker, el antiguo escudero de Treml.

—¡Judas Leker! ¡entonces Jorge Trembl lo sabe todo!... ¡Y vive!

—No es culpa mia, repuso maese Alain; Judas Leker ha sido muerto por los nuestros, y yo me he quedado solo delante de ese Didier ó de ese Jorge que dormia como un liron.

—¿Y qué?

—En el momento en que iba á despachar el negocio, he visto á una persona....

—¿A quién? interrumpió Vaunoy sacudiendo el hombro del viejo con violencia. ¿Quién ha podido impedirlo?

—La señorita Alix de Vaunoy, vuestra hija, respondió el mayordomo.

—¡Mi hija! ¡Alix!

Y añadió con furor enderezándose.

—¡Mientes! mientes ó te engañas. Mi hija está en cama.... Pero aunque haya de matarle yo mismo no perderé esta ocasion comprada con riesgo de mi vida!

Dicho esto apartó violentamente al viejo que se quedó pegado á la pared de la galería, y corrió al cuarto de Didier.

Hacia cinco minutos, poco mas ó menos, que Alix y Flor de Retama habian salido. La lámpara de la señorita de Vaunoy estaba aun sobre la mesa.

Hervé, que aunque prudente y cauteloso estaba en aquel momento exaltado en alto grado, saltó por encima de los tres cadáveres y corrió á la cama. Estaba vacía.

—¡Se ha escapado! murmuró con voz ahogada; ¡y mi hija ha venido!

Arrancó las sábanas de la cama y las pisoteó ciego de furor. Despues corrió furioso á la puerta: pero no pasó del umbral. Asíóle un brazo de hierro y le empujó otra vez adentro con vigor irresistible. Vaunoy levantó la cabeza y vió de pie, delante de él, al estraño personaje con máscara blanca que cerraba la marcha de los Lobos en el bosque, y cuya admirable agilidad habia admirado el infeliz Judas.

Vaunoy quiso hablar, pero el Lobo Blanco le cerró la boca con una seña imperiosa y se acercó á paso lento.

— Siempre dejas sangre por donde quiera que pasas, Sr. de Vaunoy, dijo en voz baja y amenazadora.

Tomó la antorcha y examinó sucesivamente á los tres cadáveres. Al llegar á Judas se le contrajeron dolorosamente los músculos de su rostro, bajo la blanca piel que los cubria.

—Habia prometido defenderle, murmuró; era un breton.

Despues añadió en tono lento y melancólico:

—Ya no quedo mas que yo para servir á Trem l vivo, ó adorar su recuerdo si ha muerto.

—¡Santo Dios! dijo en este momento Vaunoy que habia conseguido recobrar un poco de calma: os he dado esta noche quinientas mil libras en buenos escudos, y bien merece la pe-

na de que me dejeis atender á mis negocios... Hacedme el favor de abrir paso, compañero.

El Lobo Blanco salió de su meditacion y miró fijamente á Hervé. Despues volvió la cabeza á la puerta que estaba abierta, é hizo una seña. Cinco ó seis hombres armados penetraron en el aposento.

—¡Al Foso! dijo el Lobo Blanco.

Vaunoy sintió que le levantaban en brazos y que una mano le cerraba la boca para que no gritase.

Algunos minutos despues, tendido en una litera que llevaban cuatro hombres, entre los cuales creyó reconocer á dos de sus criados, Ivon y Corentin, con máscaras de piel, Vaunoy caminaba hácia el Foso de los Lobos.

## **XXXII.**

### *La choza.*

Flor de Retama sostenia sobre la silla lo mejor que le era posible al capitan dormido. No queria confesarse á sí misma que la fatiga la rendia; pero era una débil niña y sus fuerzas desfallecian rápidamente.

Afortunadamente, por violento que fuese el narcótico; su efecto no pudo resistir por mucho tiempo al movimiento del caballo. Al cabo de algunos minutos Didier estiró los



miembros y todo su cuerpo experimentó ligeras convulsiones.

—¡Didier mio! exclamó con gozo María; despierta; ¡te he salvado!

Didier llevó las manos á los ojos. Flor de Retama las apartó con cariño y el jóven la vió.

—¿Eres tú? murmuró poniéndose firme en la silla por instinto de ginete: ¿tú aquí, á caballo á esta hora... y conmigo?

La voz del capitán espresaba un asombro tan profundo que María no pudo reprimir una sonrisa.

—Yo soy, respondió: yo te explicaré este misterio... ¿No sientes ningun dolor, Didier?

La jóven no repitió las palabras te he salvado que habia pronunciado en un arranque de gozo. El instinto le aconsejaba la discrecion.

—Vamos, dijo Didier procurando sacudir el entorpecimiento que experimentaba á su pesar: esto tiene todas las apariencias de un raptó; pero yo no represento el papel que suelen representar los oficiales de su magestad... Apeémonos, María... no sé lo que me pasa... Necesito reposo.

Se habian ya dejado atrás los últimos árboles de la avenida y estaban bajo la bóveda del bosque. María bajó del caballo.

—Perfectamente, murmuró Didier; me ser-

virás de escudero... Pero cómo diantre estoy tan débil... Sostenme.

Dió algunos pasos tambaleándose y cayó al pie de un árbol, donde otra vez se quedó dormido en el acto. María metió el caballo entre los matorrales, colocó la cabeza de Didier sobre sus rodillas y se quedó inmóvil.

Apenas había trascurrido un cuarto de hora cuando oyó ruido de pasos en el sendero. Contuvo el aliento y vió cuatro hombres que traían una camilla, en la cual iba tendido y amarrado un individuo. Los cuatro hombres caminaban en silencio y pasaron.

Después se oyó un ruido sordo por el camino de La Tremlays que fue aumentando y aproximándose con rapidéz. María, asustada, arrastró al capitán hácia lo más espeso del bosque. Casi en el mismo instante invadió el sendero la muchedumbre de los Lobos. Venían ébrios, en desórden, cantando y dando alaridos.

Flor de Retama temblaba. En aquella marcha desordenada podía salirse un Lobo fuera del camino y descubrir al capitán dormido; y según la conversacion que la jóven había oído en la choza entre Pelo Rouan y Yaumi, el enviado de los Lobos, debía creer que éstos amenazaban la vida de Didier.

Todos pasaron, no obstante, sin accidente.

A retaguardia de la muchedumbre, marchaba el personaje extraño á quien llamaban en el bosque el Lobo Blanco. Lejos de tomar

parte en la alegría de sus compañeros, caminaba triste y con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Cuando pasó por delante de Flor de Retama la jóven se estremeció y asomó la cabeza.

—¿Será él? murmuró con emocion y espanto.

El Lobo Blanco desapareció como sus compañeros en un recodo del camino. Todo volvió á quedar en silencio y no se oyó mas que la misteriosa y fugitiva armonía que se desprende en las noches serenas de las copas de los árboles de un bosque.

Las horas trascurrian. Didier no venció su letargo hasta que la brisa comenzó á refrescar, anunciando la proximidad del alba. Estaba helado y sus miembros rígidos se negaban al movimiento.

Al despertar se asombró como la primera vez é hizo pregunta sobre pregunta.

— Estás conmigo, respondió María. ¿Quisieras estar en otra parte? Ven.... Tengo un cuartito bien cerrado en la choza de mi padre. Allí te daré asilo.

—Pero ¿por qué no vamos al castillo? preguntó Didier. Hay en todo esto un misterio que en vano intento descifrar.... Mis ideas se embrollan.... Recuerdo vagamente que anoche se apoderó de mí en la mesa de Mr. de Vau-noy un sueño irresistible.... ¿qué ha sucedido, María? quiero saberlo.

—Lo sabrás todo, respondió Flor de Retama

sonriendo; pero tus miembros están helados, mi gallardo capitán... No quiero verte temblar así. Ven; yo te acostaré en mi cama y velaré á tu lado.

—¡Velar! dijo Didier.

—Como se vela á la cabecera de la persona amada, añadió con presteza María; como vela una madre junto á su hijo. Pero ven y no perdamos tiempo.

Dicho esto se llevó á Didier que, vencido por el entorpecimiento de sus miembros no tenía ni voluntad ni fuerza. Ambos se afirmaron sobre la silla y el caballo se dirigió á la encrucijada de Mi-Foret: á unos cien pasos de la choza María echó pio á tierra.

—Hemos llegado, dijo en voz baja, pero es preciss que no te vea mi padre.

Diciendo esto se acercó á la choza; la puerta estaba abierta.

—¡Padre! dijo Flor de Retama, al mismo tiempo que introducía su linda cabeza.

Nadie respondió.

—Estamos solos, pensó la joven con alegría, ¡Dios sea loado! Didier tendrá un asilo.

Y dirigiéndose al encuentro del capitán le tomó de la mano, y ambos se introdujeron en la choza.

—¡Silencio! murmuró María, anda con precaución.

Los jóvenes atravesaron la sombrío habitación donde hemos asistido á la entrevista de

Judas con Pelo Rouan, despues abrió María la puerta de su cuarto é introdujo en él á Didier.

—Ahora, dijo al cerrar la puerta por dentro, ¡estamos seguros!... Estás bajo mi proteccion, y mi padre nunca entra en este sitio.

Flor de Retama no habia echado de ver, al entrar en la choza, dos ojos rojizos y chispeantes que brillaban detrás del monton de paja que servia de lecho á Pelo Rouan. Al pasar ella los ojos brillaron con mas sangriento resplandor. Cuando pasó cambiaron bruscamente de posicion y se elevaron á algunos pies de altura. Esto indicaba que, Pelo Rouan que estaba tendido en la paja, acababa de ponerse de rodillas.

—Doy gracias á Dios, murmuró con ódio, por haberme dado pupilas de animal feróz, y ojos que ven en las tinieblas... Le he conocido, ¡es el francés maldito!... ¡Está ahí!... ¡María! ¡Pobre niña!

Estas últimas palabras fueron pronunciadas en tono de profunda ternura y de compasion paternal, lo cual no impidió á Pelo Rouan descolgar su mosquete de la pared y cargarlo con dos balas y una copiosa cantidad de pólvora.

Hecho esto visitó escrupulosamente la llave, salió de la cabaña y trépo, sin hacer el menor ruido y casi sin esfuerzo aparente, á lo largo del tronco recto y liso de un árbol plantado delante de la ventana de María, y cuyas ramas se cruzaban por cima del techo.

Sentóse en una de las ramas de tal modo que, oculto por el tronco, podia sumergir su mirada en el interior del aposento de María.

En este momento la ventana estaba cerrada. Pelo Rouan esperó inmóvil.

Al cabo de media hora el cielo se cubrió por la parte de Oriente de una tinta sonrosada: las tinieblas se iluminaron poco á poco y los pájaros entonaron sus alegres cantares entre el follage.

Flor de Retama abrió su ventana.

Pelo Rouan miró con atencion.

Antes de retirarse otra vez al fondo de su aposento María hizo lo que acostumbraba todas las mañanas. Arrodillóse, cruzó las blancas manos sobre el antepecho de la ventana, y rezó su oracion á nuestra Señora de Mi-Foret.

Luego volvió al lado de la cama cantando una copla de la balada de Arturo, y presentó al capitan un vaso lleno de leche.

El aposento de Flor de Retama era una especie de nido fresco y gracioso, contiguo y de la misma longitud que la sombría pieza donde dormia el carbonero. Las paredes eran blancas y sembradas de ramas de fumaria, linda flor que, segun la antigua creencia de la gente del bosque, tiene la propiedad de ahuyentar la fiebre.

Enfrente de la ventana habia una cama pequeña de roble negro, sin pies ni cortinas, que daba á la celda un carácter de virginal austeri-

dad. Encima de la cama se veía un piadoso trofeo, formado de una pila de agua bendita, de cristal, de una pequeña estatua de nuestra Señora y de una rama de laurel, bendito el santo domingo de Ramos en la parroquia de Liffé.

El resto del mueblage se componía de una silla y media docena de canastos de madreseiva, de diversas formas, que Flor de Retama había acomodado á sus necesidades, sirviéndose de ellos en vez de armarios y cómodas.

Didier estaba echado en la cama, y María se acercó sin temor ni vergüenza y se puso otra vez de rodillas. La jóven ignoraba el mal y por consiguiente el pudor; virtud que no poseía la primera muger cuando salió inmaculada y casi divina de manos del Criador.

Didier la contemplaba con ternura y respeto. Ambos sonreían y gozaban silenciosamente de esa felicidad infinita del amor vigoroso que sienten los poetas y no saben pintar, porque el hombre no se ha tomado el trabajo de inventar palabras para expresar dichas tan raras y fugitivas.

El día se acercaba.

Hasta entonces Pelo Rouan no había podido distinguir nada en el aposento. Al fin percibió los contornos varoniles de Didier que se destacaban sobre la blanca cabecera.

Entonces sintió el temblor de la rabia y apretó convulsivamente el mosquete.

—¡Qué dichosa soy! murmuró María con recogimiento.

Didier tomó la cabeza de la jóven con ambas manos y acercó la frente de la jóven á sus labios.

Pelo Rouan oyó el ruido de un beso.

Montó el mosquete.

—¿Qué es eso? dijo de repente María cogiendo la medalla que la señorita de Vaunoy le habia puesto al cuello al capitán.

Didier tomó la medalla y sus facciones espresaron alguna admiracion.

—¿Qué es? respondió con lentitud; son mis títulos y pergaminos, María. Siempre he creido que era una señal que mi madre me puso al cuello al esponerme á la caridad de los transeuntes... Pero no hablemos de eso, hija mia... Creia haberla perdido, y hacia un año que la buscaba inútilmente... ¡Hay algo de mágia en lo que ha sucedido esta noche!

María seguia contemplando la medalla.

—¡Es extraño! dijo al fin: yo tengo una muy semejante.

Dicho esto le sacó el cordon del cuello con viveza y buscando la suya en su seno, corrió á la ventana á compararlas.

Pelo Rouan, que hacia cinco minutos acechaba la ocasion en que María dejase de interponerse entre él y el capitán, exhaló un suspiro de satisfaccion y se echó á la cara el mosquete.



—¡Son iguales! exclamó María con gozo infantil: ¡enteramente iguales!

Pelo Rouan apuntaba al pecho del capitán, é iba á hacer fuego.

El grito de María distrajo su atencion y dirigió la vista involuntariamente á las medallas.

Arrojó el mosquete que de rama en rama fue á caer al suelo estrepitosamente, y se escapó de sus labios una exclamacion de sorpresa.

María levantó la cabeza, vió á su padre y se quedó aterrada.

Por un arranque instintivo quiso esconderse en el fondo del aposento y cerrar la ventana; pero Pelo Rouan la detuvo haciéndole una seña imperativa, y se puso un dedo en los labios encargándole el silencio.

Didier habia cerrado los ojos y estaba entregado á alguna dulce quimera de amante feliz.

Pelo Rouan se dejó caer de una rama del árbol sobre el cáñamo de la cabaña y desde allí al antepecho de la ventana.

María no osaba moverse y el capitán no veia nada.

Pelo tomó las dos medallas y las examinó con gran atencion. En seguida apartó á su hija para acercarse á la cama.

—¡No le mateis, padre mio! ¡oh! ¡no le mateis! exclamó María llorando.

Didier al oír este grito se incorporó en la cama; pero Pelo Rouan le habia ganado la accion y hacia pesar ya su mano de hierro sobre el hombro desnudo del capitan.

— ¡Padre mio! ¡Padre mio! gritó María con desesperacion.

— ¡Silencio! dijo él carbonero en voz baja.

Por espacio de algunos minutos contempló silenciosamente al capitan. Mientras le miraba reflejóse en sus facciones ennegrecidas una emocion progresiva. Brotaron al fin dos lágrimas de sus ojos, cayó de rodillas y besó la mano á Didier con respeto y amor.

— ¿Qué significa eso, buen hombre? preguntó el capitan admirado.

— ¡Tambien la voz! murmuró Pelo Rouan, que estaba como en éxtasis: su voz y sus facciones.... ¡y yo no le habia conocido!

Didier le tuvo por loco.

Flor de Retama creia estar soñando.

— Ahora comprendo, repuso Pedro Rouan hablando consigo mismo; comprendo porque Vaunoy queria asesinarle.... ¡Y yo lo consentia!... ¿quién le ha salvado por mí?

— Yo, dijo María con voz apagada.

— ¡Tú! repuso Pelo Rouan estrechando á la jóven contra su corazon con entusiasmo. — ¿Tú, niña? ¡Gracias, gracias te doy con todo mi corazon!... ¡Has hecho lo que me tocaba hacer á mí!... ¡Le has amado cuando yo le aborrecia ciegamente!... ¡Le has adivinado cuando yo le

desconocíal... ¡y le has dado tu lecho cuando yo quería matarle! Perdon, añadió volviendo á Didier que estaba asombrado y no comprendía una palabra, ¡perdon, señorito Jorge!

—¿Jorge?... murmuró el capitán: os engañais.

—¡No, no! no me engaño... Esa medalla que vuelvo á encontrar por un favor de la Providencia, fui yo quien os la puse al cuello há veinte años en una tarde terrible en que Vaunoy intentó asesinaros... Porque há mucho tiempo que os persigue, señorito. ¡Y yo que tenía miedo... un miedo terrible cuando os veía discurrir por la espesura solo con María! ¡Como si un Treml pudiera engañar á una pobre jóven! ¡Como si el corazón de un Treml no encerrase todo lo que hay de bueno, de noble, de leal y generoso....

—Pero en todo lo que acabais de decir no veo pruebas, objetó Didier con incredulidad.

—¡Que no hay pruebas!... ¿Vuestros ojos no son los de Nicolás Treml, que está en el cielo? La voz, la edad, la medalla, el odio de Vaunoy, que os ha robado vuestra inmensa herencia....

¡Escuchad! añadió de repente el carbonero levantándose:—teniais entonces cerca de seis años, y Dios me ha dado un semblante que visto una vez no es fácil olvidar....

— No os conozco, interrumpió Didier.

Pelo Rouan salió corriendo del aposento. Oyóse en el cuarto contiguo ruido de agua agi-

tada que se vertía en el suelo, y despues reinó el silencio. Al cabo de un momento, un hombre de elevada estatura, vestido de pieles de conejo blanco, y cuyo rostro pálido estaba mojado, entró precipitadamente en el aposento, y de un brinco se puso al lado de la cama de Didier, que seguía acostado.

Al ver á aquel hombre cuyos cabellos blancos caían en desórden sobre sus hombros, Didier esperimentó una emocion estraña. Pasóse la mano por la frente repetidas veces, como para evocar un recuerdo rebelde.

El hombre estaba allí, delante de él, inmóvil y entregado á una visible y violenta ansiedad.

Al fin surgió una idea en la mente de Didier. Encendiéronse sus megillas y su boca se abrió casi involuntariamente para pronunciar esta palabra:

—¡Juan Blanco!

Pelo Rouan batió las palmas con delirante alegría.

—¡Se acuerda de mi nombre! gritó llorando, ¡de mi verdadero nombre! ¡Pobre señorito!... ¡se acuerda de mí!

—Sí, dijo el capitan, me acuerdo de vos... y de otras muchas cosas... Una multitud de recuerdos invaden mi cerebro... No me engañaba ayer cuando creí reconocer las cortinas de aquel aposento...

—Era el vuestro en otro tiempo... ¡Oh! ¡loa-

do sea Dios que no ha permitido que el tronco generoso perdiese hasta la última rama! ¡Que Dios y la Virgen sean benditos por la alegría que inunda mi pobre corazón!

Reinó el silencio por un momento.

El capitán se recogió en sus recuerdos.

Flor de Retama reía, lloraba y daba gracias á nuestra Señora de Mi-Foret.

Pelo Rouan ó Juan Blanco, con la cabeza inclinada sobre la mano de su señor, saboreaba la inmensa alegría que inundaba su alma.

Al cabo de algunos minutos Juan Blanco se levantó. Había fruncido algo las cejas y sus facciones espresaban una invariable resolución.

—Ahora bien, Jorge Treml, dijo, sois breton y noble: necesitáis volver á conquistar la herencia entera de vuestro padre: ¡nobleza y fortuna!

Juan Blanco no tuvo que dar largas esplicaciones á su señor, que sabia en gran parte su historia, por haberla oído de boca de su pobre escudero Judas, sin sospechar que pudiera haber la menor relacion entre él, que era un oficial de fortuna, y Jorge Treml, el representante de una familia poderosa.

Dicen que las circunstancias hacen á los hombres. Este proverbio es cierto en un sentido y hace el elogio de la humanidad. ¿Quién puede negar que un hijo de ilustre casa, despojado

por un fraude infame, y protector natural de toda una poblacion desgraciada, debe portarse de diverso modo que un soldado que no tiene en el mundo otra mision que la de batirse bien y divertirse cuando llegue la ocasion? Didier, al saber que era Jorge Trembl, sintió en el corazon una gravedad desconocida. Comprendió lo que exigia de él su nombre y la memoria de sus padres.

Era valiente y se hizo fuerte.

—Me voy á La Tremlays, dijo, y Mr. de Vaunoy me dará una satisfaccion.

—Así lo espero, respondió Juan Blanco haciendo asomar á sus labios una sonrisa cuya significacion no pudo comprender el capitán. Id á La Tremlays, señorito Jorge, y esperad allí á Mr. de Vaunoy.

Antes de separarse de Juan Blanco, el capitán le apretó la mano.

—En efecto, le dijo, debe ser una noble raza la de Trembl, y me envanezco de tener en las venas un poco de su sangre generosa. Una familia vulgar no puede tener servidores como vos... Juan Blanco, os doy gracias.

—Judas ha hecho mas que yo, respondió el albino con modestia; el pobre Judas ha muerto por vos... y lo merecia, Sr. Jorge, porque os amaba mucho.

—¡Pobre Judas! murmuró Didier; tenia un gran corazon.

—¡Era un breton! interrumpió Juan Blanco.

Y á propósito, señor, será fuerza olvidar que habeis llevado el uniforme de Francia.... Los huesos de vuestro abuelo se están calcinando en aquella tierra, y se levantarían contra vos si vuestra espada continuase al servicio del rey de Francia.

El capitán no respondió. Abrochóse el cinturón, se puso el sombrero y se preparó á marchar. En el umbral de la puerta estaba María apoyada en la pared y cuyos labios habían perdido su alegre sonrisa.

Una idea triste acibaraba su gozo; ¿qué era la hija de un carbonero para el heredero de Trembl?

Al pasar junto á ella el capitán la estrechó contra su corazón.

—Juan, amigo mio, dijo sonriendo; hubierais hecho muy mal en matarme, porque yo, que en otro tiempo he tratado á mas de una noble señora como á una chicuela, he tratado á María como á una gran señora... y si Dios me dá vida fuerza será que todos la traten del mismo modo.

Flor de Retama recobró su alegría. Marchó el capitán y Pelo Rouan se acercó á su hija besándola en la frente.

—Niña, le dijo en tono grave y triste, eres mi único bien en este mundo y te amo como el recuerdo de tu madre.... pero no esperes... Los Trembl nunca hicieron casamiento des-

igual y mientras yo viva mi hija no será la muger de Jorge.

Flor de Retama se puso pálida é inclinó la cabeza sobre el seno.

—Entonces será fuerza morir, murmuró la jóven.

—Dios hará que lo olvides, respondió Pelo Rouan: además, nuestra vida pertenece á Trembl.

Dicho esto se puso el trage de carbonero, y besando otra vez la megilla descolorida de María, salió de la choza.

María se arrodilló delante de la Imágen de nuestra Señora, y rendida por las lágrimas y la fatiga se quedó dormida.

### **XXXIII.**

#### *El tribunal de los Lobos.*

Dos horas despues los subterráneos del Foso de los Lobos presentaban un aspecto extraño y casi solemne.

No era el desórden que hemos visto la primera vez que hemos penetrado en la caverna: los Lobos, alineados con método, enmascarados y armados como para un combate, formaban círculo de pie en derredor de la mesa de los ancianos. Estos no tenian armas y custodiaban, cuatro á cada lado, un asiento



dos gradas mas elevado donde se hallaba sentado el Lobo Blanco.

Reinaba en el subterráneo un silencio profundo.

Al cabo de algunos minutos las filas se abrieron y dieron paso á un hombre pálido y tembloroso cuyo rostro espresaba mortal terror.

Este hombre era Hervé de Vaunoy: dos Lobos le escoltaron hasta la mesa donde se hallaban sentados los ocho ancianos, presididos por el rey de los Lobos: el Lobo Blanco.

—Señor, dijo uno de los ancianos dirigiéndose respetuosamente al carbonero: se ha hecho lo que habeis mandado. Ahí está el asesino. ¿Quereis que se le interrogue?

—Sí, respondió el Lobo Blanco.

El tio Toussaint se levantó.

—Hervé de Vaunoy, dijo, veinte de nuestros hermanos han muerto por tu culpa; su sangre pesa sobre ti, y vas á morir si no puedes probarnos tu inocencia.

—Habíamos hecho un pacto, dijo Vaunoy con lengua balbuciente: he cumplido mis compromisos y están en vuestro poder las quinientas mil libras... ¿Por qué no cumplis vosotros vuestra palabra?

—Nuestra palabra no es nada, respondió Toussaint; la del amo es la que vale y tú no la tenias...

La frente de Vaunoy se cubrió de un sudor glacial.

— ¡Mis buenos amigos, exclamó, tened piedad de mí!... Me han calumniado. Yo siempre he amado con ternura á mis pobres vasallos del bosque... En lo sucesivo haré mas todavía por ellos...

— ¡Calla! interrumpió la voz severa del Lobo Blanco: ¡mientes!

— ¿Está preparada la cuerda, Yaumi? preguntó Toussaint con la mayor sencillez.

Yaumi respondió afirmativamente, y Vaunoy, volviendo la cabeza, vió en efecto una cuerda que se balanceaba en la penumbra, detrás de las compactas filas de los Lobos.

Un temblor convulsivo se apoderó de sus miembros.

— ¡Miserables! dijo con la rabia que produce el terror llevado al extremo; ¿con qué derecho me juzgais, á mí que soy noble y señor vuestro?... Pero mi muerte será vengada.... vuestra caverna destruída, y vosotros... Pero no, amigos míos, ¡mi cabeza desvaría! ¡Misericordia, misericordia!... Yo no os he hecho daño... os han engañado... Si hubierais examinado de cerca mi conducta....

— Eso es justamente lo que te pierde, dijo Toussaint. Por tu desgracia te conocemos perfectamente.

— Os engañais, repuso Vaunoy; por mi salud os juro que no apreciáis bien mis sentimientos.

Si pudierais interrogar á Mr. de Bechameil ó á mi mayordomo... ó á mis criados... Un plazo, amigos míos, ¡concededme un plazo á fin de que pueda justificarme!

—¿Quiéres que se interrogue á tu servidumbre? preguntó irónicamente Toussaint.

—¡Sí quiero! exclamó Vaunoy asiéndose á esta débil esperanza y deseando pasar tiempo; todos os dirán mi cariño á la gente del bosque.

—Enhorabuena, interrumpió Toussaint. No te se puede negar lo que pides.

Vaunoy respiró.

—¡Acercaos! repuso Toussaint dirigiéndose á los dos Lobos que estaban á derecha é izquierda de Vaunoy.

Los dos Lobos se acercaron, y á una señal del anciano se quitaron la máscara de pieles.

Vaunoy dió un grito de angustia.

—¡Ivon! murmuró; ¡Corentin!

—Ahora, repuso Toussaint, tus criados van á decirnos algo sobre tu cariño á la gente del bosque...

—¡Misericordia! interrumpió Vaunoy cayendo de rodillas.

El tribunal consultó por espacio de un minuto.

El Lobo Blanco no tomó parte en la deliberacion.

—Hervé de Vaunoy, dijo en seguida Toussaint con lentitud, los Lobos te condenan á mo-

rir ahorcado, y se va á egecutar la sentencia, salvo el mejor parecer del gefe.

El Lobo Blanco se levantó.

—Bien está, dijo; quédese Yaumi junto á la cuerda... Vosotros retiraos.

Esta órden se egecutó como por encanto. La caverna se iluminó á lo lejos, dejando ver inmensas galerías subterráneas y bóvedas interminables.

Los Lobos se alejaron en diferentes direcciones y sus teas aparecieron á los pocos instantes como puntos luminosos, mientras ellos disminuyendo su volúmen por la distancia y estrañamente alumbrados en medio de las tinieblas, parecian séres dotados de forma humana, pero de talle pequeño y fantástico. Parecian esos duendes ó demonios estraños que bailan á la luz de la luna, en los arenales, en derredor de las cruces solitarias, y que la gente sencilla del pais de Rennes aprenden á temer desde la infancia, bajo el nombre de *Gatos rabones*.

Vaunoy seguia de rodillas.

El Lobo Blanco bajó las gradas de su trono y se acercó á él.

Vaunoy se levantó.

—Eres hombre muerto, repuso el Lobo Blanco, si no interpongo mi influencia entre la horca y tú.

—¿A qué precio he de comprar la vida?

—¿La vida? repitió el Lobo con espresion

estraña, no se la venderé á ninguno á Hervé de Vaunoy, asesino de mi padre y de mi mujer.

¡Yo..., yo!... ¡Pero yo no os conozco!

El Lobo Blanco se quitó la máscara.

—¡Vos! exclamó Vaunoy estupefacto, ¡Juan Blanco!...

—Me creías enterrado há mucho tiempo, ¿no es verdad? preguntó el rey de los Lobos: no esperabas encontrar en el hombre fuerte y poderoso al gusanillo que tus pies aplastaron un dia tan sin piedad... Dios me ha tenido en su santa guarda, no por mí, sino por los Trembl, que son una raza de caballeros y cristianos, y por su hijo.

—¡El hijo de Trembl! repitió Vaunoy, cuyo terror no estaba exento de un poco de curiosidad.

—¡Otro á quien has intentado asesinar dos veces!

Vaunoy vió que el Lobo olvidaba una.

—¡Por dos veces! repuso Juan Blanco. ¡Insensato! ¡No sabias que el hijo de Trembl era tu escudo; no sabias que muerto él no quedaba nada entre tu pecho desleal y el plomo del mosquete de mi padre!... ¡Cuántas veces has tenido apuntado al pecho su cañon en la espesura, Hervé de Vaunoy!

Este se estremeció.

—¡Cuántas veces, cuando pasabas por las grandes avenidas del bosque, solo ó con cria-

—dos que no podían defenderte de una bala bien dirigida, he apoyado mi mosquete en el hombro y te he dirigido la boca al pecho!... Pero siempre me detenía una voz secreta. Tenía presente que te necesitaria para encontrar á Jorge y no te mataba. Hice bien en obrar de ese modo. Gracias á la Virgen ha llegado el momento en que tu vida y tu confesion son necesarias al legítimo heredero de Treml.

—¿Luego sabéis dónde está? preguntó Vaunoy en voz baja.

—Está en su casa, en la casa de su padre, en el castillo de La Tremlays.

—¡Ah!... dijo Vaunoy muy pensativo.

—Sí, repuso el Lobo Blanco, pero esta vez no le asesinarás... Abreviemos, ¿quieres salir de aquí sano y salvo?

—¡A toda costa! repuso Vaunoy, que contra su costumbre espresaba su pensamiento entero.

—Entendámonos, yo no te devuelvo la vida. Eres mio por la sangre de mi padre y el honor y la sangre de mi muger: solo que te doy un plazo y una esperanza de librarte de mí. En cambio vas á ver lo que te pido.

Juan Blanco mostró con el dedo en un ángulo de la mesa recado de escribir, y añadió:

—Voy á dictar: escribe.

«Yo, Hervé de Vaunoy, declaro; que reconozco en la persona del Sr. Didier, capitán al servicio de su magestad el rey de Francia

y de Navarra, á Jorge Trembl, nieto y legítimo heredero de Nicolás Trembl de La Tremblays, señor de Bouexis en Foret, mi venerado pariente. En fe de lo cual firmo este escrito.»

—Vaunoy no vaciló un instante. Escribió y firmó de corrido sin omitir una sílaba.

—Y ahora, dijo, ¿soy libre?

—Juan Blanco leyó trabajosamente la declaración y se la guardó en el pecho.

—¡Eres libre, respondió, pero ten mucho cuidado con lo que te digo! Desde hoy ya no te necesito: por lo tanto esconde bien el pecho que ya no está protegido contra mi venganza. ¡Vete!

Vaunoy no esperó á que se lo repitiese y se dirigió al azar hácia uno de los centros de luz.

—Por ahí no, dijo Juan Blanco. Yaumi, véndale los ojos y condúcele al otro lado del barranco.... Una palabra, Sr. de Vaunoy: vais á encontrar en La Tremblays á Jorge Trembl, el hijo de vuestro bienhechor, el jefe de vuestra familia. Si es que teneis en las venas una sola gota de esa noble sangre, cosa que dudo,... os aconsejo que le reconozcais en el acto y le tratéis como conviene.

Vaunoy presentó la cabeza á Yaumi que le vendó los ojos y le asió del brazo. Subieron de este modo las escaleras húmedas y resbaladizas que bajaban al subterráneo. Despues Vaunoy sintió un soplo de aire puro y distinguió un resplandor encarnado á través de la venda.

Respiró con satisfacción y no pudo contener una exclamación de alegría.

—Teneis razon en alegraros, dijo Yaumi. Yo creo que el diablo os protege, porque por donde vos habeis pasado hubiera dejado los huesos un hombre honrado.... Es igual: habeis escapado de buena dos veces, y yo que vos no iria en busca de la tercera.

—Tu consejo es bueno, muchacho, repuso Vaunoy que comenzaba á serenarse: más haré; venderé mi castillo de La Tremlays y mi castillo de Bouexis en Foret y me iré tan lejos que creo que no volveré á oir hablar de Lobos. ¡A Dios!

Yaumi le siguió con la vista mientras se internaba apresuradamente en la espesura.

—Creo que hubiera hecho mejor en dejar que le ahorcasen la primera vez que le ataron la cuerda al cuello, murmuró: pero el gefe tiene su proyecto y es mas astuto que nosotros.

Vaunoy atravesó la espesura á escape, y tomó, sin aflojar el paso, los senderos del bosque. Durante el camino no se volvió una sola vez, y no pocas veces experimentó un temblor convulsivo al ver agitarse las ramas de algun arbusto.

No le ocurrió ningun incidente por el camino.

Cuando se vió al fin entre las dos hileras de chopos de la avenida de La Tremblays, se quitó el fieltro y se dió aire en la frente bañada en



sudor, aspirando el aire con todos sus pulmones.

—¡Santo Dios, murmuró: dos veces la cuerda al cuello en veinticuatro horas! Es una vida insoportable. Lo haré como lo he dicho.... Dejaré la Bretaña.... Con el precio del dominio de Treml seré en cualquier parte un gran señor.... ¿Pero quién habia de creer que ese miserable de Juan Blanco vivia? ¡Santo Dios! si cae alguna vez en mis manos no me volverá á apuntar con su carabina ni en el bosque ni en la llanura.

Vaunoy caminó algunos minutos silenciosamente: de pronto se detuvo y agitó sus delgados labios una sonrisa de satisfaccion.

—De todas maneras, dijo, ya he salido de apuros á poca costa. Mi declaracion podrá dar nombre á Jorge Treml, si Mr. de Bechameil y el parlamento no hallan medio de desechar sus pretensiones, lo cual es muy posible; pero en todo caso esos borrones no pueden arrebatar-me mi dominio. Tengo un acta de venta estendida en forma, amigos en el parlamento y la posesion de veinte años, que es algo... En honor de la verdad mejor quisiera ver al capitan muerto que vivo, pero ya que la casualidad le protege, que viva. Me lavo las manos y hago juramento de no devolverle jamás un solo dinero de su herencia....

Entretenido en esta plática consigo mismo,

Mr. de Vaunoy habia llegado á la puerta del castillo y entró.

Juan Blanco, despues que se fue su prisionero, se quedó por algunos instantes abismado en sus reflexiones. Despues, con la ayuda de Yaumi, que estaba de vuelta, se tiznó la cara y se puso el trage de carbonero.

Hecho esto salió del subterráneo, bajó al fondo del barranco y entró en el hueco de la encina, provisto de una herramienta para cavar la tierra.

#### **XXXIV.**

##### *Juan Blanco.*

Cuando Didier llegó al castillo de La Trem-lays Hervé de Vaunoy estaba ausente. El castillo conservaba el aspecto de una plaza tomada por asalto, y no fue poco el asombro del capitan al saber lo que habia ocurrido la noche anterior.

Ni Juan Blanco ni María le habian referido, en efecto, mas que lo que tenia relacion inmediata con él; á saber, el ataque nocturno, la muerte de Judas y su rapto llevado á cabo por las dos jóvenes.

No sabia nada del robo de las quinientas mil libras, y casi nada sobre el ataque de los Lobos.

La primera persona que encontró en el vestibulo fue al Sr. intendente real.

El pobre Bechameil habia perdido las brillantes rosas de sus megillas. Estaba pálido y su rostro abatido espresaba un profundo disgusto.

El fue quien refirió al capitán los sucesos de la noche anterior, lo cual hizo minuciosamente y con voz lastimera.

—Ha habido traicion, dijo, al terminar: se ha impedido traidoramente á los gendarmes y á los soldados que cumpliesen con su deber... y esto me cuesta quinientas mil libras, caballero.

—Ha habido traicion, en efecto, caballero, respondió el capitán. ¿No abrigais ninguna sospecha?... ¿No sabeis quién pueda ser el culpable?

Bechameil metió los dedos en su tabaquera de concha y miró de reojo al capitán.

—¿Si abrigo alguna sospecha? repuso; no sé: de lo que no tengo por de gracia la menor duda, es de que he perdido las quinientas mil libras.... Sr. capitán, daría seis meses de mi vida por veros en posesion de un opulento dominio...

—¿Por qué? preguntó Didier admirado.

—Porque he perdido quinientas mil libras, y siendo pobre como lo sois, el parlamento no puede menos de mandaros ahorcar ó decapitar. Sea esto dicho, Sr. capitán, sin ofensa ninguna y con toda la consideracion debida á vuestro título de oficial del rey.

- ¡Osarian acusarme! exclamó Didier.
- ¿Quién? respondió Bechameil con melancolía, ¿quién se habia de tomar ese trabajo sino yo, caballero? Yo soy la única víctima y no me quejo... porque necesitariais mucho tiempo, señor capitán, para resarcirme de las quinientas mil libras con el producto de vuestra paga.

Didier estaba en uno de esos momentos en que el corazón es, por decirlo así, inaccesible á la cólera. Su vida acababa de pasar por una crisis harto grave para que pensase en gastar su cólera con una persona como Mr. de Bechameil. Por el contrario, inclinado á compadecer una desgracia que en realidad tenia un origen sério, é impresionado todavía por las revelaciones de Juan Blanco, respondió al intendente, poco mas ó menos, como hubiera contestado á una persona razonable, y le dió á entender que su fortuna iba á experimentar un cambio completo.

Bechameil se encogió de hombros.

— ¡Alguna herencia plebeya! murmuró: ¡doscientos escudos de renta!... No importa; si es posible cogerlos, los cogeré... Pero aunque pudierais devolverme las quinientas mil libras hasta el último escudo, caballero, aun no estaríamos en paz.

— ¿Cómo? exclamó Didier que ni siquiera se tomó el trabajo de responder á lo referente al robo de la noche anterior.

— ¡Y vos me lo preguntais, caballero! esclama-

mó Bechameil animado por la calma de su interlocutor... Yo he sido el prometido esposo de la señorita Alix de Vaunoy.

—¿Y qué?...

—Esta mañana la he encontrado á medio vestir en el aposento que ocupabáis, y oraba junto al cadáver de vuestro criado... No me pidais explicaciones sobre ese asesinato. Esta casa es una selva negra, y no dormiria en ella una noche mas, aunque se tratase de recobrar mis quinientas mil libras... Alix oraba. Usando de los derechos que creia tener, la he amonestado para que volviese á su aposento. Me han hablado de vos... en términos que no me ha dejado duda de mi desgracia.

—¡Pobre Alix! murmuró el capitán; no supon-  
gais nada que pueda menoscabar el honor de la señorita de Vaunoy, caballero, añadió con severidad.

—Tengo hartas evidencias para acudir á las suposiciones, respondió Bechameil. Quinientas mil libras y mi muger... porque ella me ha dicho que se meteria en un convento antes que casarse conmigo.

A estas últimas palabras, dichas en tono lastimero, el Sr. intendente real sacó el reloj del bolsillo y levantó los ojos al cielo.

—¡Las once! murmuró. ¡Ya vereis como en medio de este desórden nadie habrá pensado en el almuerzo!

Dicho esto saludó á Didier presurosamente y se dirigió á las cocinas.

Didier se quedó pensativo. Evidentemente Mr. de Bechemeil no seria el único que iba á acusarle. El dinero del impuesto habia sido confiado á su custodia: para disculparse se ofrecia un medio único, y era el de descubrir la infame conducta de Mr. de Vaunoy. ¿Pero y Alix? ¡Alix que acababa de salvarle! ¡Alix que le amaba y á quien hacia tan desgraciada!... Didier desechó esta idea y esperó con mas impaciencia el regreso del señor de La Tremlays.

Sin pensarlo tomó el camino de su aposento. Al atravesar el patio vió una multitud de objetos que al principio no le habian llamado la atencion, y despertaron recuerdos que dormian hacia mucho tiempo. Creyó reconocer las esculturas de la fachada y los esmaltes de los escudos.

La puerta del aposento estaba abierta de par en par, y entró.

En su cama estaba tendido el cadáver del valiente escudero. Una muger arrodillada á la cabecera oraba en alta voz recitando lentamente los versículos del *De profundis*.

Era la Sra. Goton Rehou que rendia el último tributo á su antiguo amigo.

Didier se quitó el sombrero y se acercó. Al oir el ruido de las espuelas el ama de llaves volvió la cabeza. Antes de fijarse en el

capitan su vista le causó una emocion, cuya causa era para ella un misterio. Didier se detuvo cerca de la cama y contempló largo rato en silencio las facciones de Judas, á las cuales la muerte no habia podido robar su expresion de firmeza y de serena intrepidéz.

—¡Pobre Judas! dijo al cabo de algunos minutos. Dios no ha permitido que consiguiese el objeto tan ardientemente deseado.... Ha muerto antes de haber encontrado al hijo de su señor.... Ha muerto un dia demasiado pronto.

La anciana Goton Rehou se puso á temblar.

—Señor, señor, dijo, mis ojos están debilitados por la vejez y há veinte años que no he visto á Jorge Trembl, pero... por Dios decidme ¿quién sois?

En aquel momento se oyó el ruido de los goznes enmohecidos de la puerta exterior. Didier corrió á la ventana y vió á Vaunoy que entraba en el patio.

—¿Quién sois? repitió Goton cruzando las manos.

—¿Por ventura tambien vos os acordais de Trembl? dijo el capitan.

—¡Si me acuerdo! ¡Jesus me valga!

—Pues bien, seguidme y oireis al señor de La Tremlays que me va á dar el nombre que me corresponde.

Didier salió del aposento, atravesó el cor-

redor á largos pasos y llegó al salon donde acababa de entrar Mr. de Vaunoy. Goton le siguió de lejos.

En el salon se hallaba la señorita Olivia de Vaunoy, Mr. de Bechameil y el oficial de gendarmes de Rennes. Este se acercó bruscamente á Didier.

—Capitan, le dijo, ayer noche, durante la cena, os dormisteis. Eso no es natural. Durante vuestro sueño saquearon el castillo... Yo me hallé encerrado en mi aposento y la gente en una granja... ¿Qué opinais de todo esto?

—Os contestaré esta tarde, respondió Didier acercándose á Mr. de Vaunoy

Este se armó de su sonrisa mas melosa.

—¡Santo Dios! ¡amigo mio! exclamó abriendo los brazos y partiendo la distancia, acabo de saber cosas que me vuelven loco de alegría... La Bretaña encuentra en vos uno de sus antiguos apellidos y yo al hijo de un excelente primo... Abracémonos, mi querido pariente... Sr. de Bechameil, hermano mio, y vosotros todos los que estais presentes, os participo que el verdadero nombre del capitan es Jorge Trembl...

—De La Tremlays, Sr. de Bouexis en Foret, añadió Jorge.

La anciana Goton, que llegaba en aquel momento á la puerta, se apoyó en la pared. Las piernas le flaqueaban á causa de la emocion.

—¡Lo adiviné! murmuró enjugándose una



lágrima con el dorso de su mano arrugada. ¡Oh! ¡así es como yo esperaba volverle á ver, gallardo, fuerte, con la espada al cinto y la cabeza erguida y fiera, como conviene á un breton de sangre pura.

La señorita Olivia hizo funcionar el abanico. Mr. de Bechameil abrió dos ojos como linternas.

—¡Diantre! dijo para sí; pues no es un mendigo.

—Tales eran los nombres y título de Nicolás Trembl, vuestro venerado abuelo, amigo querido, repuso Vaunoy, contestando á las últimas palabras del capitán.

—Y tales serán también los míos, caballero, repuso Jorge con firmeza.

—¡Bien hablado! dijo para sí Goton Rehou que admiraba cada palabra y cada ademán de su señor.

—Primo y señor mío, replicó Vaunoy suprimiendo su sonrisa de mieles, creo que estais en un error y que os formais una idea sumamente exagerada de vuestra posición actual.

—¿No soy el heredero de mi abuelo?

—¡Santo Dios! sí tal... pero...

—¿Pero qué? preguntó Jorge con impaciencia.

—¿Pero qué? preguntó para sí la anciana Goton radiante de gozo.

No hubo nadie, incluso el Sr. intendente

real que persuadido del buen derecho del capitán no se preguntase *in petto*:—¿Pero qué?

Hervé de Vaunoy volvió á sonreír.

—Amigo mio, repuso, la ligereza perjudica algunas veces y no sirve de nada. A mi edad no se habla á la ligera.... Creedme; la herencia de Nicolás Trembl, que en paz descanse, no os hará muy rico.

El capitán sintió agolpársele la sangre al rostro de indignacion. Acercóse á Vaunoy de suerte que solo él pudiese oírle.

—Debajo de vuestro techo, dijo con voz reprimida y temblorosa de cólera, hay una persona que respeto tanto como os desprecio y á quien amo tanto como os ódio.... Dad gracias á Dios que os depara esa égida, caballero, porque os conozco. Llevo en el cuerpo señales de vuestros traidores ataques, y sé cuántas veces habeis intentado asesinarne: sé que esta misma noche....

—¿Por qué no hablais en alta voz, primo mio? dijo Vaunoy apelando á toda su desvergüenza.

—¡Miserable! prosiguió Jorge sin alzar la voz, ¡bien sabes que está tu hija entre los dos!... ¡tu hija, que es una santa, como tú impuro y encenagado.... No diré nada: pero estás en mi casa, y cuando menos puedo hacer que te echen ignominiosamente mis soldados.

Vaunoy hizo un saludo irónico.

—Señora hermana, dijo, y vos Sr. intenden-

te, tened la bondad de perdonar nuestra secreta conversacion. Voy á ponerlos al corriente....

Mi primo, por primer acto de buen parentesco, me amenaza con mandar que me echen de mi casa los soldados de su magestad.

— ¡De veras! dijo Bechameil por decir algo.

— ¡Es posible! exclamó la señorita Olivia haciendo como que comprendia perfectamente.

— Entre nosotros no hay buen parentesco, caballero, repuso Didier haciendo un esfuerzo para concentrar su cólera dentro de sí mismo: os amenazo, en efecto, con echaros; pero nó de vuestra casa, porque este castillo es propiedad mia.

— ¡En cuanto á eso bien puedes jurarlo, hijo de mi alma! murmuró Goton Rehou.

— ¡Qué tal! exclamó Vaunoy en tono socarron, ¿no lo ois?... Pues bien, primito mio, estais en un error. Permitidme que me ausente un minuto,... el tiempo necesario para ir á mi gabinete.... y volveré á informaros de una porcion de cosas que ignorais por lo visto.

Dicho esto hizo un saludo y salió. El capitán se quedó indeciso y sin saber ya á qué atenerse.

Bechameil, el oficial de Rennes y la señorita Olivia se reunieron en grupo á fin de comentar á su antojo tan extraño suceso.

Mientras estaban ocupados en esto el rostro tiznado de Pelo Rouan se asomó á la puerta. Juan Blanco llevaba debajo del brazo un co-

frecillo de hierro enmohecido. Goton fue la única que le vió, é hizo un ademan de sorpresa, pero Pelo Rouan llevó el dedo á los labios y se ocultó en la sombra que proyectaba una de las elevadas hojas de la puerta.

Casi en el mismo instante apareció monsieur Vaunoy, seguido de maese Alain. Traia en la mano un pergamino.

—Amiguito mio, dijo con insolencia, os ruego humildemente que me dispenseis si he tardado. Tened la bondad de enteraros de este documento.

El capitan tomó el pergamino y leyó.

Era el acta de venta, escrita de puño de Nicolás Treml y confiada por éste á Hervé de Vaunoy.

Al leerla Jorge se puso pálido.

—Parece, murmuró Rechameil, que ese escrito no dá mucho gusto al mancebo. Pero ¿cómo diablo haré para recobrar mis quinientas mil libras?

—¡Silencio! dijo la señorita Olivia, dándose mucha importancia.

—Caballero, dijo el capitan despues de algunos momentos de silencio; hay en todo esto alguna odiosa maquinacion que no comprendo... ¿Cómo vos, pobre y mantenido por mi abuelo, habeis podido comprar y pagar su dominio?

—La economía, amigo mio, respondió Vaunoy burlándose; con la economía y alguna experiencia de los negocios se llevan á cabo co-

sas muy sorprendentes... Pero esa no es la cuestion, y espero que no os volverá á dar el capricho de amenazarme... ¿Quereis que hagamos las paces?

—¡Jamás! exclamó Jorge rechazando la mano que le tendia Vaunoy. Puedo perdonaros por consideracion á vuestra hija; puedo tender un velo sobre vuestras infamias...

—Sr. primo, dijo Vaunoy enderezándose, la paciencia tiene limites.

—¡Vuestras infamias! repitió Jorge estallando. ¡Pero desde hoy queda declarada la guerra entre nosotros!

—¿La guerra? enhorabuena... Sra. hermana, y vos, Sr. intendente, sois testigos de que he llevado la moderacion al mas alto grado.... Creo, pues, á mi vez, poder decir al capitan que me ha ultrajado á presencia de todos: ¡salid de mi casa, caballero!

—¡Bendito Jesus! murmuró Goton, va á echar á mi pobre Jorge.

El capitan se cubrió, dirigió al señor de La Tremlays una mirada de provocativo desden y se encaminó á la puerta.

A la mitad del camino se encontró cara á cara con Pelo Rouan, que le tomó de la mano y lo acompañó hasta la mitad del salon.

—¡Juan Blanco! dijo el capitan admirado.

—¡Juan Blanco! repitió mentalmente Vaunoy mirando atentamente al personage. ¡Santo Dios! ól es en efecto.

Acercóse al mayordomo y le dijo una palabra al oído. Este salió.

—¿Qué venis á hacer aquí? añadió dirigiéndose al carbonero.

—Vengo á hacer justicia, respondió Juan Blanco con gravedad; vengo Hervé de Vaunoy á arrebatarte el producto de veinte años de fraude y de crímenes.

Vaunoy miró á la puerta. Maese Alain no volvía.

—Te has escudado con un pergamino firmado por Nicolás Treml: nuestro señorito va á contestarte con un pergamino firmado por ti.

—¿Qué quieres decir? interrumpió Vaunoy con inquietud.

Juan Blanco puso el cofrecillo de hierro en el suelo, se arrodilló junto á él, é introdujo un cuchillo haciendo saltar la cerradura enmohecida. El cofre contenía oro y un pergamino que Vaunoy reconoció sin duda, porque se abalanzó para cogerlo. Jorge Treml le rechazó y tomó el acta de manos de Juan Blanco.

—Bien sabia yo, exclamó despues de haber leído, bien sabia yo que habia fraude y mentira.... Hé aquí una declaracion firmada por vos, en la cual se lee, que cualquier descendiente de Treml podrá rescatar el dominio mediante cien mil libras tornesas.

—Y aquí están las cien mil libras, añadió Juan Blanco dando una palmada sobre el cofre.

Vaunoy tembló de rábía: sus labios ma-

naban espuma y temblaban; los ojos se le salían de las órbitas.

El oficial de Rennes, la señorita Olivia, y Bechameil estaban muy asombrados, y este último concebía una vaga esperanza de recobrar sus quinientas mil libras.

La señora Goton se maravillaba y ofrecía una novena á nuestra Señora de Mi-Foret.

En este momento apareció otra vez maese Alain á la puerta del salon. Venía con los criados del castillo armados hasta los dientes y con los gendarmes de Rennes. Los ojos de Hervé de Vaunoy despidieron un relámpago.

—¡Guardad todas las salidas! exclamó. Prometo diez luises de oro al primero que se apodere de ese bandido!—Esa acta es contra mí, repuso haciendo un esfuerzo para contener su rabia: pero yo me vengaré... Mirad bien á ese hombre, Mr. de Bechameil: esta noche os han robado quinientas mil libras: el capitán no ha sabido defenderla ó por mejor decir las ha entregado, y sin duda ese dinero, añadió mostrando el cofrecillo, es el precio de su traición.

—¡Infame! ¡infame! exclamó Jorge fuera de sí.

Mr. de Bechameil era todo oídos y el oficial de Rennes estaba medio convencido.

—¡Tienes valor para negar, Jorge Trem! prosiguió Vaunoy: ¿ese hombre que viene en tu auxilio no es el mismo que anoche dirigió el ataque? ¿Ese hombre que te trae dinero no es

un criminal?... ¡Adelante, muchachos, apoderaos del jefe de los Lobos!

—¡El Lobo Blanco! exclamó á una voz Bechameil, la señorita Olivia, los soldados y los criados.

Al mismo tiempo estos últimos hicieron un prudente ademán de retirada. Los soldados avanzaron y rodearon á Juan Blanco.

—¡Cogedle! exclamó Bechameil. ¡Ah, bandido abominable! ¡vas á devolverme mis quinientas mil libras!

La señorita Olivia se desmayó.

Jorge Treml echó mano á la espada, resuelto á defender al hombre que le habia servido con tanta lealtad y que era el padre de María.

Pero no tuvo que hacer uso de su arma. En el momento en que los gendarmes estrechaban el círculo é iban á apoderarse del rey de los Lobos, éste recogió las piernas y dió un brinco extraordinario por encima de la fila de los sitiadores, quedando sobre una de las ventanas del salon. Los soldados se quedaron estupefactos. Juan Blanco se puso de pie sobre la ventana.

—Por mas que hagas, Hervé de Vaunoy, dijo, estás vencido.... Ni siquiera te queda el placer de la venganza.

—¡Fuego, fuego!... ¡Tirad, tirad pronto! gritó Vaunoy quitando de las manos el mosquito á un gendarme y apuntando él mismo á Juan Blanco.



Jorge desvió el cañon de un revés y la bala fue á clavarse en la pared.

—Ya nos encontraremos otra vez, Hervé de Vaunoy, repuso el albino con la mayor serenidad: será la última y entonces quedarán zanjadas todas las cuentas.

Al decir estas palabras saltó al patio y despues le vieron brincar por la pared exterior con la prodigiosa agilidad que le era propia.

—¡Fuego, fuego! repitió Vaunoy cayendo sin fuerzas sobre un sillón.

Los soldados hicieron una descarga; pero solo resultó de ella humo y ruido.

---

La acusacion dirigida contra el heredero de Treml era insostenible. El mismo Vaunoy, pasado el primer parasismo de furibunda exaltacion, no se atrevió á renovarla.

Dos ó tres meses habian trascurrido apenas desde los sucesos que hemos referido y ya no habia ni vestigios de los lobos en la espesura. En cambio, se veia mucha gente arrodillada al pie de la cruz de Mi-Foret, dando gracias á la Virgen que les habian devuelto con el hijo de Treml un protector poderoso y un infatigable bienhechor.

Juan Blanco negó redondamente la mano de su hija á su señor. Didier apeló á los ruegos y á los mandatos, pero siempre en vano. Un dia tuvo la buena inspiracion de jurar á fe de caballero breton que si no se casaba con

María moriría soltero. Juan Blanco cedió, porque era fuerza que Trembl tuviera herederos.

Mucho tiempo despues, cuando los hijos de Jorge y María corrian ya por el bosque, guiados por la anciana Goton Rehou, habia en el convento de Saint Aubin du Cornier una religiosa llamada sor Alix que los acechaba al pasar y los besaba llorando.

Hervé de Vaunoy habia dejado la Tremlays para retirarse á Rennes. Al cabo de seis meses pidió permiso á Jorge para sacar del gabinete que habia ocupado en el castillo, algunos objetos de su uso. Jorge accedió gustoso. Vaunoy vino acompañado de muchos hombres y abrió un armario que contenia unas fuertes sumas y el producto de sus economías. Este opulento peculio es lo que iba á buscar.

Jorge no le puso ningun obstáculo, y Vaunoy volvió á tomar por la tarde el camino de Rennes.

Pero los criados llegaron á la ciudad sin él, y refirieron espantados que, al atravesar el bosque, habian oido de repente un tiro, y que Hervé de Vaunoy habia caído muerto del caballo.

Al dia siguiente de este suceso, encontraron el cadáver tendido en el musgo, y á su lado el mosquete de Juan Blanco.

## INDICE.

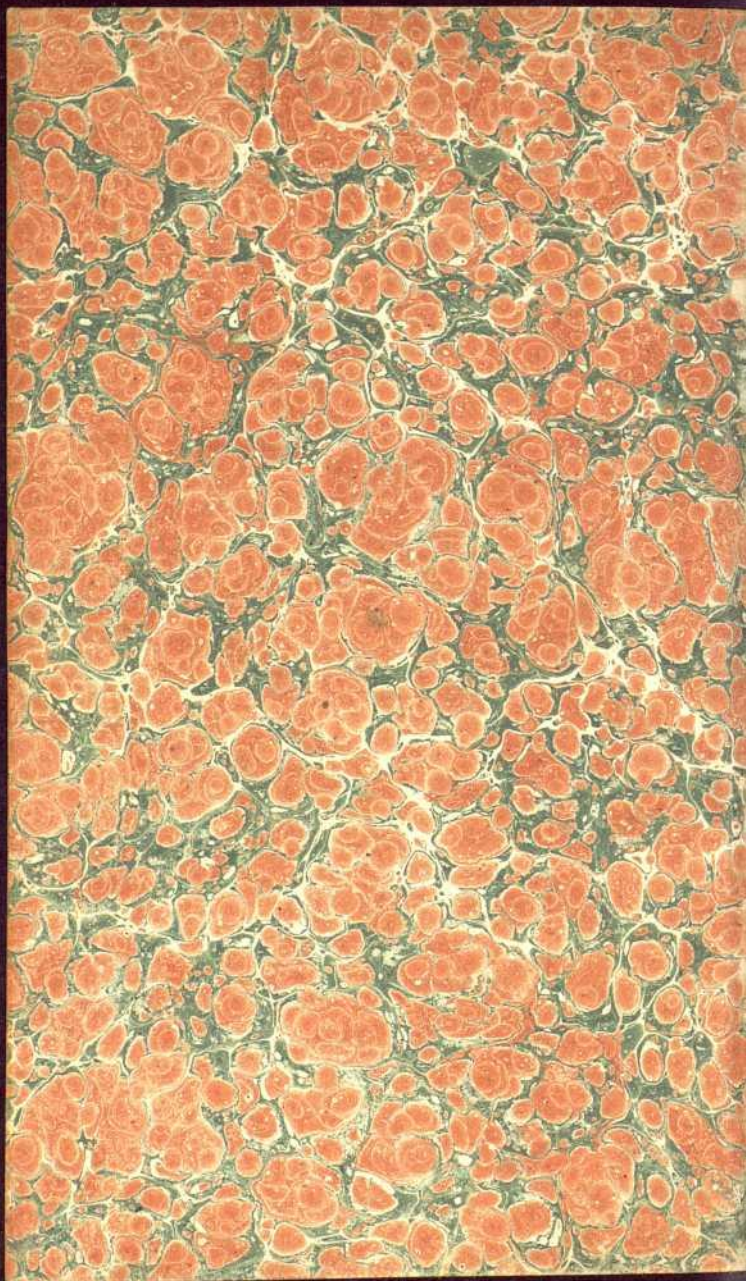
	<u>Pág.</u>
I. <i>La cancion</i> .....	3
II. <i>El cofrecillo de hierro</i> .....	17
III. <i>El depósito</i> .....	29
IV. <i>El foso de los Lobos</i> .....	40
V. <i>El hueco de una encina</i> .....	48
VI. <i>El viage</i> .....	57
VII. <i>El bosque de Villers-Cotterets</i> .....	63
VIII. <i>Tutela</i> .....	74
IX. <i>El estanque de La Tremlays</i> .....	79
X. <i>La velada</i> .....	86
XI. <i>Flor de Retama</i> .....	94
XII. <i>En el bosque</i> .....	102
XIII. <i>El capitán Didier</i> .....	109
XIV. <i>Donde el Lobo Blanco comienza á enseñar el hocico</i> .....	116
XV. <i>Retratos</i> .....	127
XVI. <i>El consejo privado de Mr. de Vaunoy</i> .....	138
XVII. <i>Visita matinal</i> .....	147
XVIII. <i>Sueños</i> .....	154
XIX. <i>En el jardín</i> .....	162
XX. <i>Antes y despues de almorzar</i> .....	171
XXI. <i>La señorita de Vaunoy</i> .....	186
XXII. <i>Dos criados á pedir de boca</i> .....	194
XXIII. <i>Viage de Judas Leher</i> .....	207
XXIV. <i>La choza</i> .....	222
XXV. <i>Ocho hombres y un recaudador</i> ....	234

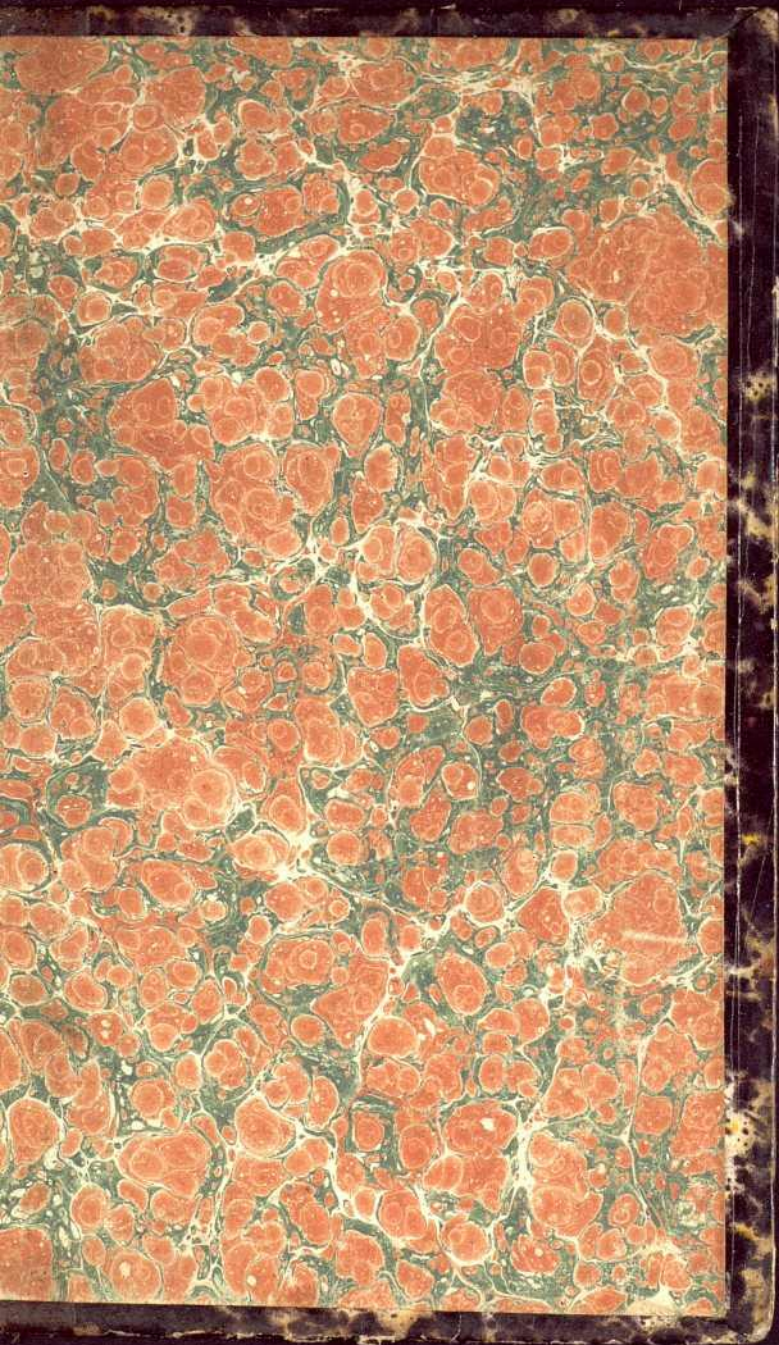
XXVI.	<i>Un ataque de epilepsia</i> .....	248
XXVII.	<i>La primera crema</i> .....	261
XXVIII.	<i>Entre los Lobos</i> .....	278
XXIX.	<i>Antes de la lucha</i> .....	294
XXX.	<i>Cuatro contra uno</i> .....	308
XXXI.	<i>Alia y Maria</i> .....	322
XXXII.	<i>La choza</i> .....	340
XXXIII.	<i>El tribunal de los Lobos</i> .....	356
XXXIV.	<i>Juan Blanco</i> .....	366

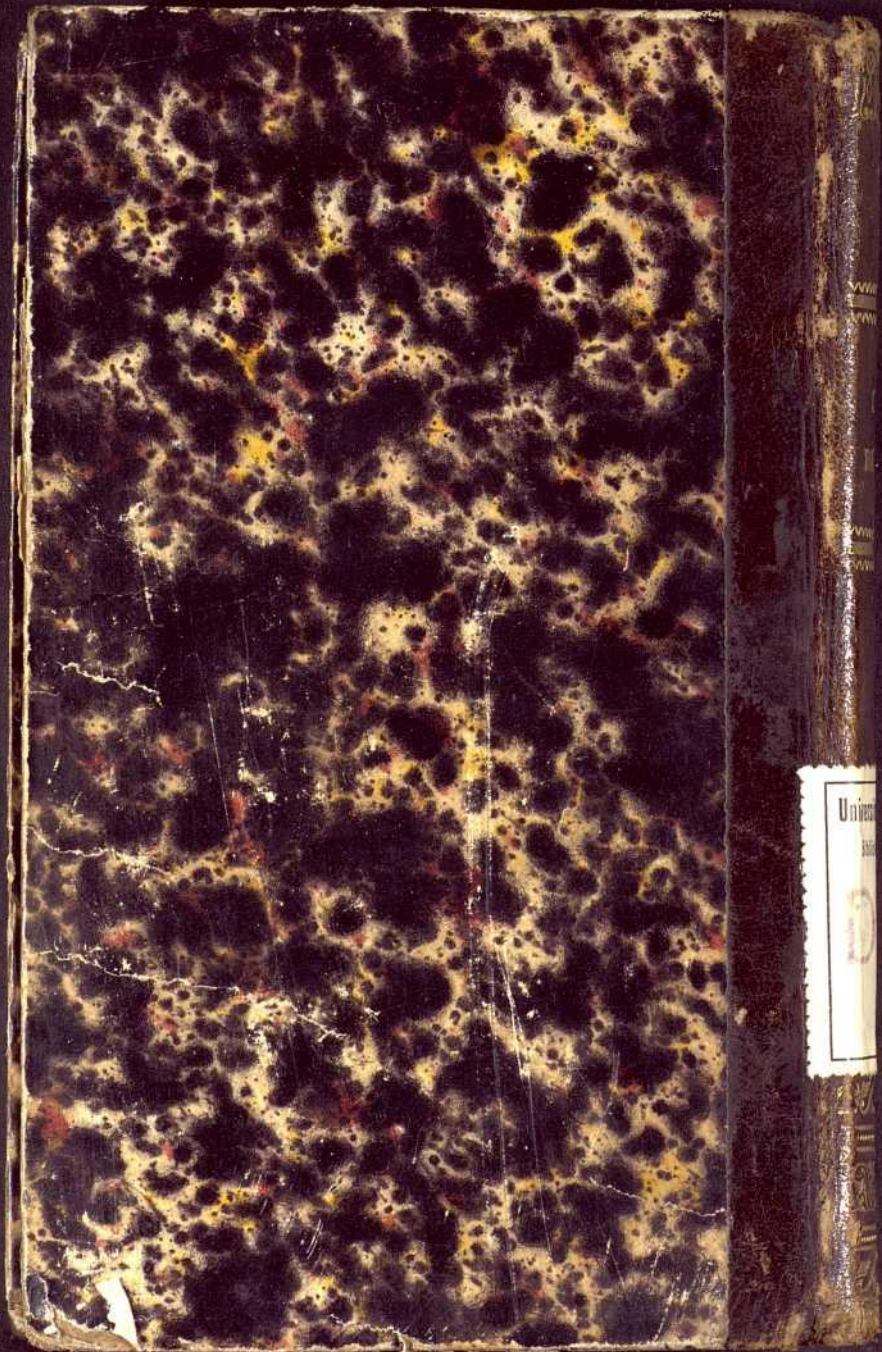
ERRATAS.

<i>Pág.</i>	<i>Lin.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Léase.</i>
37	14	poseian	ponian
96	21	no sostenemos lo dicho	nos sostenemos en lo dicho
120	<i>última</i>	hay que añadir lo que sigue para dejar terminada la frase: hendiduras que el tiempo habia abierto en el hueco tronco de la encina.	
136	22	Nos referiremos	No referiremos
138	<i>última</i>	enamorado	enamorada
179	20	ó Bechameil	á Bechameil
188	19	casándose con Vaunoy,	casándose con Bechameil,
209	17	leal caballo,	leal perro,
334	23	elevada	clavada
344	15	pio	pie
352	9	caín	caian









Univers  
libr





EL  
LOBO  
BLANCO

Universidad de Valencia  
Biblioteca General

Q-92  
65

